

David **BALDACCI**



FRÍO COMO EL ACERO

Por el autor de los best sellers Camel Club y Los coleccionistas

EDICIONES B

L A T R A M A

Frío como el acero

(Camel Club - 03)

David Baldacci

OceanofPDF.com

Título: Frío como el acero
@2009-06 David Baldacci
Título original: *Stone Cold*
Serie: Camel Club 03
Editorial: Ediciones B
ISBN: 9788466637442
Revisado por: teref

Reseña:

Oliver Stone y el Camel Club —un grupo de ex agentes de la CIA dispuesto a no dejar impunes los crímenes perpetrados por los servicios de inteligencia— se enfrentan a una peligrosa aventura. Su amiga Annabelle Conroy ha estafado millones de dólares a Jerry Bagger, asesino de su madre y dueño de un exitoso casino en Atlantic City. Stone y sus colegas cierran filas para proteger a Annabelle, pero sus habilidades no serán suficientes cuando un mortífero adversario resurja del misterioso pasado de Stone...

Una novela del Camel Club, un brillante e intenso thriller político. Una inolvidable novela de venganzas, conspiraciones y asesinatos que enfrentará a un grupo de héroes con las peores amenazas.

OceanofPDF.com

Dedicatoria

*Para Bernard Mason,
honrado y fiable como pocos,
y a la memoria de Frank L. Jennings,
que significó tanto para tantas personas*

OceanofPDF.com

1

Harry Finn se levantó como de costumbre a las seis y media, preparó café, dejó salir al perro al patio vallado para el paseo matutino, se duchó, se afeitó, levantó a los niños para llevarlos al colegio y supervisó la complicada operación de media hora durante la que desayunaban, cogían las mochilas y el calzado pertinente e iniciaban y dirimían peleas. Su mujer le acompañó, con cara de dormida pero lista para otra jornada como madre y chófer de sus tres hijos, entre los que había un adolescente precoz y de espíritu independiente.

Harry Finn tenía treinta y pocos años y facciones todavía juveniles, con unos ojos azul claro siempre alerta. Se había casado joven y quería a su esposa y a sus tres hijos, e incluso sentía verdadero cariño por el perro de la familia, un cruce de labrador y caniche de pelaje claro y orejas caídas llamado *George*. Finn medía un metro ochenta y cinco y tenía piernas largas y una complexión fibrosa idónea para la velocidad y la resistencia. Como era habitual en él, llevaba unos vaqueros gastados y una camisa por fuera. Tras las gafas redondas y la expresión inteligente e introspectiva, tenía la pinta de un contable que disfrutaba escuchando Aerosmith tras una jornada dedicada a teclear números. Aunque poseía un cuerpo de lo más atlético, se ganaba el pan y los iPods de sus hijos con el cerebro, trabajo en el que, además, sobresalía. De hecho, existían pocas personas capaces de hacer lo que Harry Finn y sobrevivir.

Le dio un beso de despedida a su mujer, abrazó a los niños, incluso al adolescente, recogió una mochila que había dejado junto a la puerta de entrada la noche anterior, subió al Toyota Prius y se dirigió al National Airport, situado en las afueras de Washington D.C., junto al río Potomac. Le habían cambiado el nombre oficial por el de Ronald Reagan Washington

National Airport, pero para los lugareños siempre sería el «National». Finn estacionó en una de las plazas situadas cerca de la terminal principal, cuya característica arquitectónica más destacada era una serie de cúpulas conectadas a semejanza de las de Monticello, la residencia de Thomas Jefferson. Mochila en mano, cruzó fatigosamente una pasarela que conducía al elegante interior del aeropuerto. En una de las cabinas de los aseos abrió la mochila, extrajo una gruesa chaqueta azul con bandas reflectantes en las mangas y unos pantalones de trabajo azules, se colgó unos amortiguadores de sonido naranjas alrededor del cuello y se sujetó la placa de identificación, que parecía auténtica, en la chaqueta.

Utilizando el típico truco de bloqueo del torniquete, se mezcló entre un grupo de trabajadores del aeropuerto que cruzaban una línea de seguridad «especial». Por irónico que parezca, la línea en cuestión carecía incluso del nivel de control obligado para los pasajeros normales y corrientes. Una vez traspasada la barrera, pidió un café y siguió tranquilamente a otro trabajador por una puerta de seguridad que conducía a la zona de pistas. El hombre incluso le aguantó la puerta abierta para que pasara.

—¿En qué turno trabajas? —preguntó Finn al hombre, quien le respondió—. Yo acabo de entrar, lo cual no estaría mal si no me hubiera quedado levantado hasta tarde viendo el dichoso partido de fútbol americano.

—Lo mismo digo —apuntó el otro.

Finn bajó con agilidad los escalones metálicos y se dirigió hacia un 737 que estaban preparando para un vuelo corto hasta Detroit que continuaría luego hacia Seattle. Pasó junto a varias personas por el camino, incluidos el encargado del combustible, dos cargadores de maletas y un mecánico que inspeccionaba las ruedas del avión con destino a Michigan. Nadie le plantó cara porque presentaba el comportamiento y el aspecto típicos de quienes se hallaban en pleno derecho de estar allí. Rodeó el avión mientras se terminaba el café.

A continuación, se dirigió a un Airbus A320 que volaría a Florida al cabo de una hora. A su lado había un convoy de equipajes. Con un movimiento ensayado, Finn sacó un paquetito de la chaqueta y lo introdujo en el bolsillo lateral de una de las maletas apiladas en el convoy. Acto seguido, se arrodilló junto a las ruedas traseras del avión y fingió

comprobar las bandas de rodadura de los neumáticos. Tampoco nadie se fijó en él porque Harry Finn aparentaba ser una persona totalmente cómoda en ese entorno. Al cabo de un rato estaba charlando con un miembro del personal de tierra, analizando las posibilidades de los Washington Redskins y las condiciones de empleo deplorables de quienes trabajaban en el sector aeronáutico.

—Todos excepto los mandamases —declaró Finn—. Esos cabrones se están forrando.

—Y que lo digas —convino el otro, y los dos entrechocaron los nudillos para sellar un acuerdo solemne sobre la asquerosa avaricia de los ricos y despiadados que gobernaban los cielos.

Finn reparó en que la escotilla trasera de carga del vuelo a Detroit estaba abierta. Esperó a que los mozos se marcharan con el convoy de equipajes para recoger las maletas, subió al elevador y lo accionó. Se introdujo en la bodega del avión y se situó en su escondite. Lo había escogido con anterioridad estudiando la distribución de la bodega del 737, accesible si se sabía dónde buscar, y estaba claro que Finn lo sabía. También había descubierto en Internet que ese avión sólo iría a media capacidad, por lo que añadir su peso a la parte posterior no supondría ningún problema.

Mientras estaba agazapado en su escondrijo, fueron llenando el avión con maletas grandes y pasajeros estresados antes de despegar rumbo a Detroit. Finn viajó cómodamente en la bodega presurizada, si bien allí hacía más frío que en la cabina de pasajeros, por lo que se alegró de llevar una chaqueta gruesa. Al cabo de aproximadamente una hora de vuelo, el avión aterrizó y rodó hacia la puerta correspondiente. Minutos después abrieron la bodega y descargaron el equipaje. Finn esperó pacientemente a que retiraran la última maleta para salir del escondrijo y echar un vistazo por la puerta posterior. Había gente en el exterior, pero nadie miraba en su dirección. Bajó del avión y saltó a la pista. Al cabo de unos instantes, reparó en que un par de agentes de seguridad se acercaban a él mientras bebían café y charlaban. Se introdujo la mano en el bolsillo, extrajo la bolsa del almuerzo, sacó un sándwich de jamón y empezó a comérselo al tiempo que se alejaba del avión.

Asintió cuando se cruzó con los dos guardias.

—¿Sois de los que toman café normal o sólo descafeinado con cuatro chorros de vete a saber qué? —Sonrió y dio otro mordisco al sándwich.

Los dos agentes rieron mientras se alejaba.

Entró en la terminal, fue a un servicio, se quitó la chaqueta, los amortiguadores de sonido y la placa de identificación. Hizo una llamada breve y luego se dirigió a la oficina de seguridad del aeropuerto.

—He colocado una bomba en una bolsa de equipaje que han cargado en un A320 en el National Airport —explicó al agente de guardia—. Y acabo de viajar en la bodega de un 737 desde Washington D.C. Podría haber abatido el avión en cualquier momento.

El asombrado agente no iba armado, así que se abalanzó sobre él para inmovilizarlo. Finn esquivó el ataque hábilmente y el hombre quedó tumbado en el suelo pidiendo ayuda a gritos. De la sala posterior aparecieron otros agentes que avanzaron hacia Finn, pistola en mano. No obstante, Finn ya había sacado sus credenciales.

En ese preciso momento, la puerta de la oficina se abrió de golpe y entraron tres hombres exhibiendo placas de agentes federales como si fueran cetros reales.

—Seguridad Interior —ladró uno de ellos a los guardias. Señaló a Harry Finn—. Este hombre trabaja para nosotros. Y alguien de aquí va a tener un problema muy gordo.

OceanofPDF.com

2

—Un gran trabajo, Harry, como siempre —lo felicitó el jefe del equipo de Seguridad Interior, dándole una palmada en la espalda.

Habían advertido a muchas personas, presentado informes, enviado muchos mensajes de correo electrónico y agotado las baterías de los móviles para comunicar los fallos de seguridad que Harry Finn había puesto de manifiesto.

En circunstancias normales, el Departamento de Seguridad Interior, el DHS, no habría encomendado a Finn que burlara los sistemas de seguridad del aeropuerto. La Administración Federal de Aviación, FAA, tenía un control absoluto sobre ese tema y Finn sospechaba que los responsables de la FAA, perfectamente conscientes de los muchos agujeros que había en el sistema, no querían que nadie ajeno se enterara. Sin embargo, los chicos del DHS habían conseguido la autorización para ello y le habían elegido a él para hacerlo.

Finn no era un funcionario del DHS, sino que trabajaba para una empresa subcontratada por la agencia para comprobar el nivel de seguridad de instalaciones delicadas, tanto gubernamentales como privadas, en todo el país. Empleaban un enfoque práctico y directo: burlar los sistemas de seguridad y así demostrar sus fallos y carencias. El DHS hacía muchas subcontrataciones de ese tipo. Disponía de un presupuesto anual próximo a los cuarenta mil millones de dólares y tenía que tirar el dinero en algún sitio. La empresa de Finn recibía una pequeñísima parte de esa tajada, aunque una inyección de unos miles de millones siempre suponía una excelente fuente de ingresos.

En circunstancias normales, Finn se habría marchado del aeropuerto sin revelar lo que había hecho y habría dejado que rodaran cabezas. Sin

embargo, el DHS, más que harto del bajo nivel de seguridad en los aeropuertos y deseoso de ponerlos en evidencia, le había ordenado que denunciara lo ocurrido para así irrumpir detrás de él y armar una buena. Los medios se frotarían las manos y la industria aeronáutica se tambalearía, y el Departamento de Seguridad Interior ofrecería una imagen eficiente y heroica. Finn nunca se inmiscuía en eso. No concedía entrevistas y su nombre nunca aparecía en los medios. Se limitaba a hacer su trabajo discretamente.

Sí se reuniría con el personal de seguridad al que había puesto en evidencia, intentando mostrarse alentador y diplomático al valorar su competencia, o falta de ella, y recomendarles ciertos cambios. A veces esa clase de reuniones informativas resultaban peligrosas. La gente se tomaba muy mal el que les hubiera burlado y ridiculizado. En muchas ocasiones, Finn había tenido que marcharse de la reunión temiendo por su integridad física.

—Ya conseguiremos hacer entrar en vereda a esta gente —añadió el hombre del DHS.

—No sé si viviré para verlo, señor —dijo Finn.

—Puedes volver en el avión a Washington con nosotros. Nos espera un Falcon de la agencia.

—Gracias, pero tengo que visitar a alguien aquí. Volveré mañana.

—De acuerdo. Hasta la próxima.

Los hombres se marcharon. Finn alquiló un coche y se dirigió a las afueras de Detroit. Paró en un centro comercial. Sacó de la mochila un mapa y un expediente con foto incluida en la que se veía a un hombre de sesenta y tres años, calvo, con varios tatuajes y que respondía al nombre de Dan Ross.

No era su verdadero nombre, pero él tampoco se llamaba Harry Finn.

OceanofPDF.com

3

Artritis. Y encima el dichoso lupus. Formaban un dúo encantador, perfectamente sincronizados para convertir su vida en un tormento punzante. Le crujían todos los huesos y los tendones le chirriaban. Sentía cada movimiento como la coz de una mula en el vientre, y aun así no paraba, porque si lo hacía sería para siempre. Engulló un par de pastillas potentes que se suponía no debía tomar y se encasquetó una gorra de béisbol en la cabeza calva y pálida, con la visera bien pegada a los ojos, gafas de sol incluidas. No le gustaba que la gente supiera qué estaba mirando, y tampoco quería que la gente le viera bien.

Se acomodó en el coche y se dirigió a la tienda. Durante el trayecto las medicinas surtieron efecto y se sintió bien; por lo menos se sentiría así un par de horas.

—Gracias, señor Ross —dijo el dependiente fijándose en el nombre de la tarjeta de crédito antes de devolvérsela junto con sus compras—. Que pase un buen día.

—Yo ya no tengo buenos días —repuso Dan Ross—. Tengo los días contados, eso es todo.

El dependiente lanzó una mirada a la gorra que le cubría la calva.

—No es cáncer —apuntó Ross—. A lo mejor sería preferible. Más rápido, no sé si me entiende.

El dependiente, que tenía poco más de veinte años y por ello se consideraba inmortal, no parecía entender nada. Le dedicó un curioso asentimiento y se dispuso a atender a otro cliente.

Ross salió de la tienda y se planteó qué hacer a continuación. No tenía problemas económicos. El Tío Sam se ocupaba de él en su achacosa

jubilación. La pensión era de primera, el seguro médico completo; eso sí que se les daba bien a los federales, pero pocas cosas más, según él. Ahora sólo tenía tiempo. Era su principal preocupación. ¿Ahora qué? ¿A casa a no hacer nada? ¿O a almorzar en el *deli* local, donde podría llenarse el estómago, mirar la ESPN y coquetear con las guapas camareras que apenas le darían la hora? Qué lejos quedaba la época en que las féminas le daban mucho más que la hora.

No podía decirse que aquello fuera una gran vida. Estaba pensándolo mientras con la mirada recorría discretamente todos los puntos. Aún no había superado el impulso de comprobar si le seguían. Uno se vuelve así cuando siempre hay gente que quiere matarle. Cielos, pero entonces sí que disfrutaba. Era mucho mejor que el dilema de ir al restaurante o a casa cada puto día de su miserable existencia, considerada sus años «dorados». Hacía treinta años o más, estaba en un país distinto cada mes. Cada mes durante la temporada alta, al menos. Siempre decía que había visto el mundo desde el ala de un avión, armado con una oración y el arma que tocara. Se permitió una sonrisa nostálgica. Eso era cuanto le quedaba: recuerdos. Y el dichoso lupus. «Supongo que al fin y al cabo Dios existe.» Menuda mierda descubrirlo ahora.

Desgraciadamente para Ross, aunque sus dotes de observación seguían siendo buenas, ya no eran infalibles. Harry Finn estaba más abajo sentado en el coche de alquiler observando al inimitable señor Ross. «¿Adónde vas, Danny? ¿A casa o al restaurante? ¿Al restaurante o a casa? Mira que has caído bajo.» Los días que Finn había observado ese debate interno, Dan se había decidido por el restaurante tres de cada cuatro veces. Esa estadística volvió a cumplirse cuando Dan se giró y caminó calle abajo hasta el Edsel Deli, local de éxito desde 1954, según rezaba el cartel de la puerta, lo cual le otorgaba mucha más fama que el deprimente coche que había inspirado su nombre.

Ross pasaría por lo menos una hora allí dentro comiendo y observando los movimientos de la guapa camarera. Luego tardaría unos veinte minutos en volver a casa en coche. Al llegar se sentaría en el patio, leería el periódico y entonces sería la hora de entrar, echarse la siesta, preparar una cena modesta, mirar la tele, jugar al solitario junto a la mesita de la ventana delantera con la lámpara encendida y luego dar por concluida la jornada. A las nueve de la noche Dan Ross apagaba las luces del pequeño búngalo y se quedaba dormido y se despertaba al día siguiente

para hacer otra vez lo mismo. Finn fue repasando mentalmente esas costumbres en la repetitiva vida del viejo.

En cuanto hubo localizado a Ross en esa ciudad, realizó varios viajes para familiarizarse con la rutina del hombre. Esa vigilancia le había permitido urdir el plan perfecto para llevar a cabo su misión.

Unos cinco minutos antes de que Ross saliera del Edsel, Finn bajó del coche, cruzó la calle, miró por la ventana del restaurante y localizó a Ross en su mesa habitual del fondo, repasando la cuenta que acababan de entregarle. Finn caminó tranquilamente por la calle hasta el coche de Ross. Al cabo de dos minutos ya había regresado a su coche alquilado. Tres minutos después, Ross salió del restaurante, fue calle abajo lentamente, subió a su coche y se marchó.

Finn se alejó en la dirección contraria.

Aquella tarde Ross repitió su habitual letanía de trivialidades. Finalmente, se sirvió tres dedos de Johnnie Walker Black que, haciendo caso omiso de las advertencias de los prospectos, combinó con una mezcla potente de analgésicos. Acababa de llegar a la cama cuando le sobrevino la parálisis. Al comienzo supuso que era por la medicación y de hecho agradeció esa sensación de entumecimiento. Pero, ya tumbado en la cama, le entró un poco de pánico al pensar que quizá se debiera a que el lupus había pasado a una etapa superior, más agresiva. Cuando empezó a tener dificultades para respirar, se dio cuenta de que era algo distinto. ¿Un ataque al corazón? Pero ¿dónde estaba la presión en el pecho, el dolor punzante en el brazo izquierdo? ¿Una embolia? No tenía dificultades para pensar ni para hablar.

Pronunció unas cuantas palabras con toda claridad. No tenía la impresión de que se le hubiera torcido la cara. No había notado ningún dolor con anterioridad, pero en ese momento no sentía las extremidades, nada de nada. Recorrió el brazo con la mirada hasta llegar a la mano izquierda. Intentó frotarse los dedos, pero no les llegó la orden del cerebro.

Sin embargo, hacía un rato había notado algo en los dedos. Algo viscoso, como la vaselina. Por mucho que se frotara no llegaba a deshacerse de aquella sustancia. Se había lavado las manos al llegar a casa y le había ido bien. Ya no se notaba los dedos pegajosos. No sabía si era por el jabón y el agua o porque la sustancia se había evaporado.

Entonces el peso de la realidad cayó sobre él como una losa: «O absorbido. Absorbido por mi cuerpo.» ¿Dónde se le habían humedecido los dedos? Se esforzó por recordar. Por la mañana no. Ni en la tienda. Tampoco en el restaurante. ¿Después? Quizás. Al subir al coche. ¡La manija de la portezuela! Si hubiera sido capaz de incorporarse, habría saltado con un «eureka». Pero era incapaz. Apenas podía respirar. Lo único que brotaba de su boca era una especie de resuello corto. Habían untado la manija con algo que ahora le estaba matando. Miró el teléfono en la mesita de noche. Se encontraba a poco más de medio metro, pero bien podría haber estado en China, porque no le servía de nada.

La silueta apareció en la oscuridad junto a su cama. El hombre iba al descubierto; Ross le vio los rasgos incluso a la tenue luz. Era joven y de aspecto normal. Ross había visto miles de caras como aquélla y no les había prestado demasiada atención. Su trabajo no tenía nada de normal, sino que se consideraba extraordinario. No le entraba en la cabeza que un hombre como ése hubiera conseguido matarle.

Cuando la respiración de Ross se tornó más dificultosa, el hombre sacó algo del bolsillo y se lo tendió. Era una foto, pero Ross no logró identificar a la persona de la instantánea. Harry Finn se percató de ello y encendió un pequeño boli—linterna para iluminar la foto. Ross la recorrió con la mirada. Siguió sin reconocer a la persona hasta que Finn dijo su nombre.

—Ahora ya lo sabes —añadió con toda tranquilidad—. Ahora ya lo sabes.

Guardó la foto y permaneció quieto y en silencio contemplando a Ross mientras la parálisis iba propagándose. Siguió así hasta que el hombre exhaló un último suspiro irregular y las pupilas se le volvieron vidriosas.

Al cabo de dos minutos Harry Finn caminaba por el bosque lindante con la parte posterior de la casa de Ross. A la mañana siguiente subió a un avión, esta vez en la cabina principal. Aterrizó, fue en coche a su casa, besó a su mujer, jugó con el perro y recogió a los niños del colegio. Esa noche salieron todos a cenar para celebrar que en la escuela habían elegido a la benjamina de la familia, Susie, de ocho años, para hacer de árbol parlante en una obra de teatro.

Aproximadamente a las doce de la noche, Harry Finn bajó a la cocina, donde el fiel *George* se levantó de su lecho para saludarlo. Sentado en la

cocina y mientras acariciaba al perro, Finn tachó mentalmente a Dan Ross de su lista.

Se centró en el siguiente nombre, Carter Gray, ex jefe del imperio de inteligencia de Estados Unidos.

OceanofPDF.com

4

Annabelle Conroy estiró sus largas piernas y observó el paso del paisaje por la ventanilla del tren Amtrak Acela en que viajaba. Casi nunca tomaba el tren; su medio de transporte habitual solía ir a 39.000 pies de altitud, donde engullía cacahuetes, bebía cócteles aguados de siete dólares y soñaba con la siguiente estafa. Ese día viajaba en tren porque su compañero, Milton Farb, no estaba dispuesto a subir en ningún medio de transporte que se elevase del suelo.

—El avión es el medio de transporte más seguro —le había informado ella.

—No si vas en un avión que está cayendo en picado. Entonces las posibilidades de morir son básicamente del cien por cien. Y no me gustan esas probabilidades.

Annabelle había llegado a la conclusión de que discutir con genios resultaba demasiado duro. De todos modos, Milton, el hombre con memoria fotográfica y un talento incipiente para mentir con brillantez, había realizado un buen trabajo. Se habían marchado de Boston tras acometer con éxito su misión. El artículo volvía a estar donde debía y a nadie se le había ocurrido llamar a la policía. En el mundo de los grandes golpes de Annabelle, aquello era sinónimo de perfección.

Media hora después, mientras el único tren de alta velocidad de Amtrak bajaba por la costa Este y llegaba a la estación, Annabelle miró por la ventanilla y se estremeció sin querer cuando el conductor anunció que estaban llegando a Newark, Nueva Jersey. Aquél era el territorio de Jerry Bagger, aunque, por suerte, el tren Acela no paraba en Atlantic City, sede del imperio del desquiciado magnate de los casinos. Si así fuera, Annabelle no habría viajado en él.

No obstante, era suficientemente lista como para saber que Jerry Bagger tenía sobrados motivos para salir de Atlantic City e ir a buscarla a dondequiera que estuviera. Cuando alguien estafaba a un tío como Bagger cuarenta millones de dólares, suponer que haría todo lo posible por despellejar lenta y dolorosamente a su estafador no resultaba nada descabellado.

Miró a Milton, que aparentaba unos veinte años gracias a su rostro juvenil y el pelo largo. En realidad se acercaba a los cincuenta. Estaba con su ordenador, haciendo algo que ni Annabelle ni nadie de un nivel inferior al de genio sería capaz de comprender.

Aburrida, se puso en pie, fue al vagón—cafetería y pidió una cerveza y una bolsa de patatas fritas. Luego echó un vistazo a un ejemplar del *New York Times* que habían dejado en una mesa. Se sentó en un taburete y, mientras tomaba la cerveza y comía las patatas, hojeó el periódico buscando alguna noticia que pudiera brindarle una idea para su siguiente aventura. En cuanto volviera a Washington, tenía que tomar varias decisiones, principalmente si quedarse donde estaba o huir del país. Sabía la respuesta. Una isla perdida del sur del Pacífico era el lugar más seguro para ella en esos momentos, el lugar donde esperar que pasara el tsunami *Jerry*. Bagger tenía unos sesenta y cinco años y la estafa que había perpetrado contra él seguro que le había subido la tensión arterial de forma considerable. Con un poco de suerte, pronto estiraría la pata por culpa de un ataque al corazón y ella quedaría impune. Sin embargo, no era seguro. Con Jerry siempre había que pensar que se tenían todas las de perder.

No debería haber sido una decisión difícil y, sin embargo, lo era. Había conocido y entablado una buena amistad, o lo más parecido para alguien como ella, con un grupo de excéntricos que se hacían llamar el Camel Club. Sonrió para sus adentros mientras pensaba en el cuarteto, uno de cuyos miembros se llamaba Caleb Shaw y trabajaba en la Biblioteca del Congreso. Según ella, guardaba un gran parecido con el león cobarde de *El mago de Oz*. Entonces se le apagó la sonrisa. Oliver Stone, el cabecilla de la pequeña banda de malhechores era muy distinto. Seguramente había tenido un pasado horroroso, suponía Annabelle, una historia que incluso superaba a la de ella por inusual y extraordinaria, lo cual no era moco de pavo. No sabía si sería capaz de despedirse de Oliver Stone. Dudaba volver a encontrarse jamás con alguien como él.

Se fijó en un joven que pasaba por allí que no intentó disimular su admiración por su cuerpo alto y curvilíneo, larga melena rubia y rostro de treinta y seis años que, si no hacía volver la cabeza a todos los hombres, poco le faltaba. Eso a pesar de la pequeña cicatriz en forma de anzuelo que tenía debajo del ojo, gentileza de su padre, Paddy Conroy, el mejor artista del timo de su generación y el peor padre del mundo, por lo menos en opinión de su única hija.

—Hola —dijo el joven. Con su cuerpo delgado, el pelo alborotado y ropa cara diseñada para parecer barata y cutre, parecía sacado de un anuncio de Abercrombie & Fitch. Enseguida lo catalogó como estudiante de una universidad prestigiosa con mucho más dinero de lo que resulta saludable y la insufrible actitud altanera que se deriva de tales circunstancias.

—Hola —respondió ella, y siguió leyendo el periódico.

—¿Adónde vas? —preguntó él al tiempo que se sentaba a su lado.

—A un sitio distinto del que vas tú.

—Pero si no sabes adónde voy —repuso él en tono juguetón.

—Ahí está la gracia, ¿no?

O no la entendió o le dio igual.

—Voy a Harvard.

—Vaya, nunca lo habría dicho.

—Pero soy de Filadelfia. De la Main Line. Mis padres tienen una finca en esa zona.

—Vaya otra vez. No está mal tener padres dueños de una finca —comentó ella sin mostrar interés alguno.

—Tampoco está mal tener padres que se pasen la mitad del año en el extranjero. Esta noche he organizado una fiestecilla allí. Va a ser un desenfreno total. ¿Te apuntas?

Annabelle notaba que el chico se la comía con los ojos. «Bueno, ya estamos otra vez.» Sabía que no debía pero, con tíos como ése, era incapaz de contenerse.

Cerró el periódico.

—No sé. Cuando dices desenfreno, ¿a qué te refieres exactamente?

—¿Cuan desenfrenada quieres que sea? —Vio que formaba la palabra «nena» con los labios pero, al parecer, se lo pensó dos veces antes de utilizarla; era demasiado pronto.

—No soporto las decepciones.

Él le tocó el brazo.

—No creo que te lleves una decepción.

Ella sonrió y le dio una palmadita en la mano.

—¿A qué te refieres entonces? ¿Alcohol y sexo?

—Eso está hecho. —Le dio un apretón en el brazo—. Oye, viajo en primera clase, ¿por qué no te vienes conmigo?

—¿Va a haber algo más aparte de alcohol y sexo?

—¿Quieres todos los detalles?

—Los pequeños detalles son los que cuentan, ¿no?

—Steve. Steve Brinkman. —Soltó una risita estudiada—. Ya sabes, de la familia Brinkman. Mi padre es el vicepresidente de uno de los mayores bancos del país.

—Que sepas, Steve, que si sólo tienes coca en la fiesta, y no me refiero al refresco de cola, me llevaré una gran decepción.

—¿Qué buscas? Seguro que puedo conseguirlo. Tengo contactos.

—Pirulas, azúcar moreno, polen, con la artillería para hacerlo bien y nada de pastel, el pastel siempre me deja fatal —añadió, refiriéndose a las drogas de mala calidad.

—Vaya, sí que estás puesta en el tema —dijo Steve mientras miraba nervioso hacia el resto de los viajeros del vagón cafetería.

—¿Has perseguido al dragón alguna vez, Steve? —preguntó.

—Pues no.

—Es una forma genial de inhalar heroína. Te da el mejor subidón del mundo, si no la palmas.

Él le apartó la mano del brazo.

—Pues no suena muy inteligente.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte. ¿Por qué?

—Me gustan los hombres más jovencitos. Considero que cuando un hombre llega a los dieciocho ya ha dejado atrás lo mejor de su potencia sexual. Así pues, ¿va a haber menores en esa fiesta?

Él se levantó.

—Creo que esta invitación no ha sido muy buena idea.

—Oh, no tengo manías. Pueden ser chicos o chicas. Porque cuando vas hasta el culo de metas, ¿qué más da?

—Bueno, me voy —se apresuró a decir Steve.

—Una cosa más. —Annabelle sacó la cartera y le mostró rápidamente una placa falsa al tiempo que añadía en voz baja—: ¿Reconoces la placa de la DEA, Steve? ¿La agencia antidroga?

—¡Oh, Dios mío!

—Y ahora que me has contado lo de la finca de papá y mamá Brinkman en Main Line, estoy segura de que mi equipo de asalto no tendrá problemas para encontrar el sitio. Eso si es que todavía tienes la intención de montar esa fiestecita.

—Por favor, te juro por Dios que sólo estaba... —Estiró una mano para mantenerse en pie.

Annabelle se la cogió y le apretó los dedos con fuerza.

—Vuelve a Harvard, Stevie y, cuando acabes la carrera, destrózate la vida como te dé la gana. Pero de ahora en adelante vete con cuidado con lo que le dices a las desconocidas en los trenes.

Annabelle lo vio desaparecer a toda prisa por el pasillo que conducía a la seguridad de la primera clase.

Se acabó la cerveza y ojeó distraídamente las dos últimas páginas del periódico. Entonces fue ella quien se quedó pálida.

Un estadounidense identificado provisionalmente como Anthony Wallace había sido encontrado moribundo víctima de una paliza en una mansión en la costa de Portugal. Otras tres personas habían sido asesinadas en la casa y encontradas en un tramo de difícil acceso en la costa. Todo apuntaba a que el móvil era robo. Aunque Wallace seguía con vida, estaba en coma tras sufrir lesiones cerebrales considerables y los médicos no albergaban demasiadas esperanzas.

Arrancó la noticia y se dirigió con paso vacilante a su asiento.

Jerry Bagger había encontrado a Tony, uno de sus compinches en la estafa. ¿Una mansión? Le había dicho a Tony que fuera especialmente discreto y que no hiciera ostentaciones con el dinero. Él no le había hecho caso y ahora estaba prácticamente muerto. Lo normal era que Jerry no dejara testigos.

Pero ¿qué le había sonsacado Jerry a Tony a fuerza de palizas? Sabía la respuesta: todo.

Milton dejó de teclear en el ordenador y alzó la mirada hacia ella.

—¿Estás bien?

Annabelle no respondió. Mientras el tren se dirigía a Washington, ella miraba por la ventanilla sin ver el paisaje de Jersey. Ya no se sentía segura, sólo pensaba en su muerte inminente con todo lujo de detalles, cortesía de Jerry Bagger.

OceanofPDF.com

5

Oliver Stone consiguió colocar la vieja lápida cubierta de musgo en posición vertical y la rodeó de tierra allanada para que se mantuviera erguida. Se puso en cuclillas y se secó la frente. A su lado, en el suelo, había dejado una radio portátil sintonizada en la emisora de noticias local. Stone necesitaba información tanto como el oxígeno. Mientras escuchaba se sobresaltó. Esa misma tarde se celebraría una ceremonia de entrega de condecoraciones en la Casa Blanca en la que nada menos que Carter Gray, recién jubilado como jefe de las agencias de inteligencia, recibiría la Medalla de la Libertad de manos del presidente, el mayor honor al que podía aspirar un civil. Gray había servido a su país de forma excepcional durante casi cuatro décadas, dijo el locutor, y citó las palabras del presidente al decir que Carter Gray era un hombre del que toda América debía estar orgullosa, un verdadero patriota al servicio de la nación.

Stone no acababa de estar de acuerdo con tal afirmación. De hecho, Carter Gray había dimitido repentinamente de su cargo como zar de los servicios de inteligencia de la nación por él.

«Si el presidente supiera que el hombre al que va a imponer la medalla estaba dispuesto a pegarle un tiro en la cabeza...», se dijo Stone. El país nunca estaría preparado para esa clase de verdades.

Consultó la hora. No cabía duda de que los muertos podían seguir existiendo un rato sin él. Al cabo de una hora, duchado y vestido con sus mejores galas, compuestas por ropa de segunda mano de una organización benéfica, salió de su casita de cuidador del cementerio de Mount Zion, parada del ferrocarril clandestino y última morada de importantes afroamericanos del siglo XIX. Stone cubrió rápidamente la distancia que

separaba las afueras de Georgetown de la Casa Blanca con las grandes zancadas de su cuerpo esbelto de casi metro noventa.

A sus sesenta y un años había perdido muy poca energía y vigor. Con el pelo cano cortado al rape, parecía un instructor de marines jubilado. Seguía siendo una especie de comandante, aunque su variopinto regimiento llamado Camel Club era totalmente extraoficial. Lo formaban él y tres hombres más: Caleb Shaw, Reuben Rhodes y Milton Farb.

No obstante, Stone quizá tuviera que añadir otro nombre a la lista: Annabelle Conroy. Había estado a punto de morir con ellos en su última aventura. La verdad, Annabelle era una de las personas más despiertas, preparadas y valientes que había conocido jamás. Sin embargo, tenía la corazonada de que aquella mujer, que había ido a ocuparse de un asunto pendiente con la ayuda de Milton Farb, les dejaría pronto. Stone sabía que alguien iba a por ella, alguien a quien ella temía; en tales circunstancias a veces lo más inteligente es huir. Stone tenía ese concepto bien claro.

La Casa Blanca estaba justo delante. Nunca se le permitiría cruzar las sagradas puertas de entrada y ni siquiera tenía derecho ¡i estar en ese lado codiciado de Pennsylvania Avenue. Lo que sí podía hacer era esperar en el Lafayette Park, situado al otro lado de la calle. Había tenido una tienda plantada allí hasta que recientemente el Servicio Secreto le había obligado a retirarla. De todos modos, la libertad de expresión seguía vigente en EE.UU. y por tanto su pancarta seguía en pie. Desplegada entre dos postes clavados en el suelo, rezaba: «Quiero la verdad.» Igual que otras cuantas personas de la ciudad, se rumoreaba. Hasta el momento, Stone no había sabido de nadie que la descubriera en la capital mundial de las ocultaciones y los engaños.

Pasó el rato charlando con un par de agentes del Servicio Secreto uniformados que conocía. Cuando las puertas de la Casa Blanca empezaron a abrirse, interrumpió la conversación y observó el sedán negro que salía. No veía a través de los cristales tintados pero, por algún motivo, sabía que Carter Gray viajaba en ese vehículo. Quizá lo había reconocido por el olor.

La corazonada se confirmó cuando el hombre bajó la ventanilla y Stone se encontró cara a cara con el ex jefe de los servicios de inteligencia, el recién galardonado con la Medalla de la Libertad y uno de sus principales enemigos.

Cuando el coche redujo la velocidad para doblar la esquina, el rostro ancho y con gafas de Gray le observó impasible. Entonces, con una sonrisa, sostuvo en la mano la medalla grande y reluciente para que Stone la viera.

Como Stone carecía de medallas, optó por hacerle un corte de mangas. La sonrisa del hombre se convirtió en gruñido y subió la ventanilla rápidamente.

Stone se volvió y regresó al cementerio, convencido de que el viaje bien había valido la pena.

Cuando el coche de Carter Gray giró en la calle Diecisiete, le siguió otro vehículo. Harry Finn había llegado a Washington aquella mañana. Él también se había enterado de que era el gran día para Gray en la Casa Blanca y, al igual que Stone, había ido a verle. Si bien éste se había aventurado allí para tener un gesto desafiante con un hombre al que odiaba, Finn había acudido para seguir urdiendo un plan para matarle.

El viaje en coche les llevó fuera de Washington D.C., a Maryland, hasta la ciudad costera de Annapolis, situada en la bahía de Chesapeake. Entre otras cosas, era famosa por los pasteles de cangrejo y por ser la sede de la Academia Naval. Hacía poco que Gray había cambiado su alejada granja en Virginia por una casa aislada en un acantilado con vistas a la bahía. Como ya no formaba parte del Gobierno, las medidas de seguridad que le rodeaban eran mucho más discretas que antes. De todos modos, como había sido director de la CIA, seguía recibiendo informes diarios. Y tenía dos agentes asignados porque su labor pasada había contrariado a unos cuantos enemigos de Estados Unidos, cuyo mayor deseo sería meterle un tiro entre ceja y ceja.

Finn sabía que matar a Gray sería mucho más difícil que cargarse a alguien como Dan Ross. Debido a lo complejo del caso, éste era uno de sus numerosos viajes de reconocimiento. En cada ocasión había empleado un vehículo distinto, alquilado con nombre falso, y se había disfrazado para que no identificaran su perfil. Además, aunque perdiera al vehículo que seguía entre el tráfico, sabía adónde se dirigía. No dejó de seguirlo hasta que el coche tomó un camino de tierra privado que conducía a la casa de Gray y los acantilados, donde diez metros más abajo las aguas de la bahía retumbaban contra las rocas.

Más tarde, encaramado a un árbol con unos prismáticos de largo alcance, Finn vio algo en la parte trasera de la casa de Gray que le

permitiría matarle. Esbozó una sonrisa mientras el plan se iba dibujando rápidamente en su cabeza.

Esa noche llevó a su hija Susie a clases de natación. Sentado en las gradas y contemplando con orgullo cómo su cuerpecito se deslizaba a la perfección por la piscina, imaginó los últimos segundos de la vida de Carter Gray. Sin duda valdría la pena.

Llevó a su hija a casa, ayudó a acostarles a ella y a su hermano Patrick de diez años, discutió con su hijo adolescente y luego jugaron al baloncesto en el camino de entrada de la casa hasta que los dos acabaron sudando y riendo. Más tarde, hizo el amor con su mujer Amanda, a quien todo el mundo llamaba Mandy, e, inquieto, se despertó alrededor de la medianoche y preparó las bolsas del almuerzo de sus hijos para el día siguiente. También firmó una autorización para que el mayor, David, pudiera ir a una excursión al Capitolio y otros lugares de interés de la capital. David empezaría el instituto el curso siguiente, y Finn y Mandy le habían llevado a varias jornadas de puertas abiertas. A David le gustaban las matemáticas y las ciencias. Finn pensaba que probablemente acabaría siendo ingeniero. Él, a quien también se le daba bien la mecánica, había estado a punto de seguir ese camino antes de que su vida diera un giro. Se había alistado en la Marina y rápidamente había llegado a la élite.

Finn había pertenecido a los SEAL, con experiencia en operaciones especiales y acciones de combate. Además, tenía un excepcional conocimiento de lenguas extranjeras gracias a múltiples cursos en California, donde había pasado buena parte de su vida estudiando árabe, y luego se había familiarizado con los dialectos que no le habían enseñado en la escuela sobre el terreno en el mundo árabe. En su empleo actual viajaba a menudo, pero también pasaba mucho tiempo en casa. Casi nunca se perdía un acontecimiento deportivo o escolar. Quería que sus hijos contasen con él, con la esperanza de que ellos siguieran su ejemplo en el futuro. Consideraba que era lo mejor que un padre podía hacer.

Cuando acabó de preparar los almuerzos, se encerró en el estudio y empezó a trazar planes para Carter Gray. Por cuestiones prácticas, no pensaba imitar su enfrentamiento con Dan Ross. Sin embargo, Finn no era de los que acometía misiones imposibles. Hasta los asesinos tenían que ser flexibles; de hecho, quizás eran las personas más flexibles.

Clavó la mirada en las fotos de sus tres hijos que tenía en el escritorio. El nacimiento y la muerte. Era igual para todo el mundo. Empezábamos en un extremo y acabábamos en el otro. Lo que hacíamos entre ambos extremos definía qué y quiénes éramos. No obstante, Harry Finn sabía que era sumamente difícil catalogarlo a él. Algunas veces ni siquiera él se entendía del todo.

OceanofPDF.com

6

El coche de alquiler se detuvo frente a la entrada del cementerio en el preciso instante en que Oliver Stone acababa un trabajo. Mientras se sacudía el polvo de los pantalones y miraba en esa dirección, tuvo una sensación de *déjà vu*. Ya le había hecho lo mismo en otra ocasión, pero había acabado regresando. No sabía por qué, pero Stone creía que Annabelle no volvería a permitir que ocurriera. Tendría que pensar qué hacer al respecto, porque no quería perderla.

Annabelle Conroy bajó del coche y cruzó las puertas abiertas. El viento le abrió el abrigo negro y largo que llevaba y dejó al descubierto una falda marrón hasta las rodillas y unas botas; llevaba el pelo recogido bajo un sombrero blando de ala ancha. Stone cerró la puerta del pequeño cobertizo que utilizaba de almacén cerca de su casa y le puso el candado.

—Milton me ha dicho que vuestro viaje a Boston fue un gran éxito —dijo—. Creo que nunca he oído las palabras «brillante», «increíble» e «impasible» tantas veces para describir a una persona. Espero que te reconozcas.

—Milton sería un gran estafador. Aunque no es que le recomiende esa vida a nadie que me importe.

—También me ha dicho que en el viaje de vuelta parecías preocupada. ¿Ha pasado algo?

Annabelle lanzó una mirada a la casita.

—¿Podemos hablar dentro?

Describir el interior de la casita de Stone como espartano sería quedarse corto. Unas sillas, varias mesas, estanterías combadas de libros en distintos idiomas y un viejo escritorio carcomido, junto con una pequeña

cocina americana, un dormitorio y un baño minúsculo, todo ello en 55 metros cuadrados.

Se sentaron cerca de la chimenea vacía en las dos sillas más cómodas, es decir, las únicas tapizadas.

—He venido a decirte que me marchó. Y después de todo lo que ha pasado, considero que te debo una explicación —empezó ella.

—No me debes nada, Annabelle.

—¡No digas eso! La situación ya me resulta lo bastante dura tal como es. Así que escúchame, Oliver.

El se reclinó en el respaldo, entrecruzó los brazos sobre el pecho y esperó.

Ella sacó la noticia del periódico de la chaqueta y se la pasó.

—Primero lee esto.

—¿Quién es Anthony Wallace? —preguntó cuando terminó de leer.

—Alguien con quien trabajé —respondió ella vagamente.

—¿Alguien con quien hiciste una estafa?

Annabelle asintió.

—¿Tres personas asesinadas? —se asombró él.

Annabelle se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia.

—Eso es lo que me cabrea. Le dije a Tony que fuera discreto y no alardeara del dinero. Pero ¿qué hizo? Exactamente lo contrario, y ahora han muerto tres personas inocentes.

Stone dio una palmadita al periódico.

—Pues, por lo que parece, tu amigo Wallace pronto será la cuarta.

—Pero Tony no era inocente. Sabía exactamente en qué se estaba metiendo.

—¿Y qué era exactamente?

Annabelle dejó de caminar.

—Oliver, me caes bien y te respeto, pero esto es un poco...

—¿Ilegal? Supongo que eres consciente de que no voy a escandalizarme.

—¿Y eso no te preocupa?

—Dudo que hayas hecho algo que supere lo que he visto en la vida.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Visto o hecho?

—¿Quién te persigue y por qué?

—No es asunto tuyo.

—Lo es si quieres que te ayude.

—No busco ayuda. Sólo quería que entendieras por qué tengo que marcharme.

—¿Realmente crees que sola estarás más a salvo?

—Creo que tú y los demás estaréis más seguros si yo no rondo por aquí.

—No te he preguntado eso.

—He estado metida en muchos líos y siempre he logrado salir airosa.

—¿En líos tan complicados como éste? —Oliver miró el periódico—. Esta persona no parece andarse con chiquitas.

—Tony cometió un error, un error garrafal. No tengo intención de hacer lo mismo. Soy bastante discreta y me marcharé lo más lejos posible de aquí.

—Pero no sabes lo que Tony les habrá contado. ¿Tenía información que pudiera servir para localizarte?

Annabelle se sentó en el saliente de la chimenea.

—Quizá —se limitó a responder—. Probablemente —corrigió.

—Entonces razón de más para no enfrentarte a esto sola. Podemos protegerte.

—Oliver, te lo agradezco, pero no tienes ni idea de cuan peligroso es. Este tío no sólo es la escoria de la sociedad y está forrado de dinero y tiene a un montón de matones, sino que además le hice algo ilegal. Además de poner tu vida en peligro, estarías protegiendo a una criminal.

—No sería la primera vez que hago esas cosas.

—¿Quién eres? —preguntó ella con toda la intención.

—Sabes todo lo que necesitas saber sobre mí.

—Y yo que pensaba que era una mentirosa de primera.

—Estamos perdiendo el tiempo. Háblame de él.

Annabelle se frotó los dedos largos y finos, respiró hondo y dijo:

—Se llama Jerry Bagger. Es dueño del Pompeii Casino, el más importante de Atlantic City. Hace años lo echaron de Las Vegas porque era un bestia. Era capaz de destriparte si intentabas robarle una ficha de cinco dólares en el casino.

—¿Y cuánto le soplaste tú?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es importante saber cuan motivado está el tío para ir a por ti.

—Cuarenta millones. ¿Te parece motivación suficiente?

—Estoy impresionado. No parece fácil estafar a un tipo como Bagger.

Annabelle se permitió esbozar una breve sonrisa.

—He de reconocer que fue uno de mis mejores golpes. Pero Jerry es muy peligroso y no está del todo cuerdo. Si piensa siquiera que alguien me ayuda, esa persona recibirá el mismo trato: una muerte dolorosa, muy dolorosa.

—¿Tienes motivos para creer que sabe que estás en Washington?

—No. Tony ignoraba que iba a venir aquí. Los demás también.

—¿O sea que erais un equipo de estafadores? Bagger podría localizar a los demás.

—Es posible. Pero, como he dicho, ellos tampoco saben que estoy aquí.

Stone asintió lentamente.

—Por supuesto no podemos estar seguros de lo que Bagger sabe o no en estos momentos. En los detalles que se hicieron públicos de nuestra aventurilla en la Biblioteca del Congreso no apareció tu nombre ni tu foto. Sin embargo, no sabemos a ciencia cierta si hay algo por ahí que le permita localizarte.

—Mi plan original era marcharme al Pacífico Sur.

Stone negó con la cabeza.

—Los fugitivos siempre van al Pacífico Sur. Probablemente sea el primer lugar en que Bagger te busque.

—¿Bromeas?

—En parte sí, pero sólo en parte.

—¿O sea que realmente piensas que debería quedarme aquí?

—Sí. Doy por supuesto que no has dejado rastro. ¿Ninguna pista que conduzca hasta aquí: nombres, planes de viaje, teléfonos, amigos?

Annabelle negó con la cabeza.

—Vine aquí de forma imprevista. Y siempre bajo nombre falso.

—Lo más inteligente sería descubrir, del modo más discreto posible, qué sabe Bagger.

—Oliver, no es nada sensato acercarse a ese tío. Sería un suicidio.

—Sé cómo husmear, así que déjame intentarlo.

—Nunca he pedido ayuda a nadie.

—Yo tardé décadas en pedirla por primera vez.

Annabelle se extrañó.

—Pero ¿te alegras de haberla pedido?

—Es el único motivo por el que sigo con vida. Cambia de hotel. Supongo que tienes dinero.

—El dinero no me supone ningún problema. —Se levantó y se dirigió a la puerta, pero se volvió antes de llegar—. Oliver, te lo agradezco.

—Espero que sigas pensando lo mismo cuando todo esto acabe.

OceanofPDF.com

7

—¿Me tomas por imbécil? —gritó Jerry Bagger.

El dueño del casino encajó el brazo en la tráquea del otro hombre mientras lo empujaba contra una pared de su lujoso despacho, situado en la vigésimo tercera planta del Pompeii Casino. Las cortinas estaban corridas. Bagger siempre las corría cuando se disponía a echar un polvo en el sofá con alguna mujer o a dar una paliza a alguien. Consideraba que tales asuntos debían mantenerse siempre en privado. Para él era una cuestión de honor.

El hombre no respondió a su pregunta más que nada porque no podía respirar. Sin embargo, Bagger no esperaba respuesta. Le rompió la nariz de un puñetazo. Con el segundo tortazo le arrancó un diente delantero. El hombre cayó al suelo sollozando. No contento con ello, Bagger le propinó una patada en el estómago. Eso hizo que el apaleado vomitara en la alfombra. Mientras el vómito se extendía por la cara lana taraceada, los propios guardaespaldas de Bagger tuvieron que apartar a su enfurecido jefe para que no provocara un desastre sin remedio.

Se llevaron al hombre mientras lloraba, sangraba y murmuraba que lo sentía. Bagger se sentó tras el escritorio y se frotó los nudillos agrietados.

Se dirigió a su jefe de seguridad con un gruñido.

—Bobby, si vuelves a traerme más mequetrefes que digan saber algo de Annabelle Conroy y pretendan sacarme dinero con mentiras, te juro que me cargo a tu madre. Y que conste que tu madre me cae bien, pero igual la mato. ¿Está claro?

El jefe de seguridad, un negro corpulento, dio un paso atrás y tragó saliva nerviosamente.

—Nunca más, señor Bagger. Lo siento, señor. Lo siento mucho, de verdad.

—Todo el mundo lo siente, pero nadie mueve un puto dedo para encontrar a esa zorra, ¿verdad? —aulló Bagger.

—Pensamos que teníamos una pista. Una buena.

—¿Pensasteis? ¿Pensasteis? Pues entonces a lo mejor deberíais dejar de pensar.

Bagger pulsó un botón de su escritorio y las cortinas se descorrieron. Se levantó y miró por la ventana.

—Me quitó cuarenta kilos. Esto podría acabar con mi negocio, ¿sabes? No tengo suficientes reservas para cumplir con las obligaciones tributarias. Si ahora mismo se presenta aquí un chupatintas del Gobierno para inspeccionar los libros, podría cerrarme el tinglado. ¡A mí! Antes era fácil sobornar a esos gilipollas, pero ahora, con toda esa mierda de la ética y la anticorrupción, ya no se puede. Acuérdate de lo que voy a decirte: toda esta gilipollez de las cuentas claras va a destruir un gran país.

—La encontraremos, jefe, y recuperaremos el dinero —le aseguró el jefe de seguridad.

Bagger no parecía escucharle. Con la mirada perdida en la calle allá abajo, añadió:

—Veo a esa zorra por todas partes. En sueños, en la comida, en el espejo mientras me afeito. Joder, incluso cuando echo una meada veo su cara en la taza del váter. ¡Me estoy volviendo loco!

Se sentó en el sofá y se tranquilizó un poco.

—¿Cuáles son las últimas noticias sobre nuestro joven Tony Wallace?

—Tenemos a un infiltrado en ese hospital portugués. El muy imbécil sigue en coma. Y aunque lo supere, la cabeza no se le arreglará. Nuestro hombre dice que el tío quedará retrasado de por vida.

—Pues ya era un retrasado mucho antes de que fuéramos a por él.

—¿Sabe qué, jefe? Deberíamos haberlo matado igual que hicimos con los demás.

—Le di mi palabra. Me contó lo que sabía y por eso sobrevivió; ése era el trato. Pero, que yo sepa, con muerte cerebral uno sigue vivo. Mucha gente vive cuarenta o cincuenta años de ese modo. Es como ser un bebé hasta los ochenta. Te alimentan con un tubo, te limpian el culo cada día y

juegas con bloques de construcción. Reconozco que no es que sea una gran vida, pero cumplí mi palabra. La gente dice que soy violento y que tengo mal carácter y tal, pero nunca podrán acusarme de no cumplir mi palabra. ¿Sabes por qué?

El jefe de seguridad negó con la cabeza, inseguro de si su jefe quería una respuesta o no.

—Porque tengo principios, joder, por eso. Ahora lárgate.

Una vez a solas, Bagger se sentó al escritorio y se cogió la cabeza entre las manos. Nunca lo reconocería ante nadie, pero junto con todo el odio que sentía por Annabelle Conroy había también admiración, aunque le fastidiara admitirlo.

—Annabelle —dijo en voz alta—. No me cabe duda de que eres la mejor estafadora del mundo. Habría sido un placer trabajar contigo. Y probablemente tengas el mejor culo en que he posado la mano. Así que es una lástima que cometieras la idiotez de desafiarme, porque ahora tengo que matarte. He de dar ejemplo contigo. Y es una pena, pero así son las cosas.

A Bagger no sólo le había enfurecido perder cuarenta millones. Desde que se había filtrado la noticia de la estafa, los tramposos se habían vuelto más temerarios en su casino. Las pérdidas habían aumentado rápidamente. Y sus competidores y socios ya no eran tan respetuosos porque tenían la sensación de que Bagger ya no estaba en la cima y era vulnerable. No le devolvían las llamadas de forma inmediata. Los movimientos con que siempre solía contar no se producían ahora con tanta seguridad.

—Sí, dar ejemplo —volvió a decir—. Para demostrar a esos capullos que no sólo sigo en la cima, sino que soy cada día más fuerte. Y te encontraré, guapa. Te encontraré.

OceanofPDF.com

8

El contacto que Oliver Stone propuso era un miembro honorario del Camel Club llamado Alex Ford, agente del Servicio Secreto.

Los dos hombres se tenían plena confianza y Stone sabía que era su único recurso para obtener información de forma discreta.

—¿Esto tiene algo que ver con esa mujer con la que trabajabas? Se llamaba Susan, ¿verdad? —preguntó Alex cuando Stone lo llamó para transmitirle su petición.

—No tiene nada que ver con ella —mintió Stone—. De hecho, dentro de poco se marchará de la ciudad. Esto está relacionado con otro tema en que estoy metido.

—Para trabajar en un cementerio, hay que ver lo mucho que te mueves.

—Así me mantengo joven.

—El FBI también puede ayudarte. Después de lo que hiciste por ellos la última vez, te deben una. ¿Cuándo necesitas saberlo?

—En cuanto te enteres de algo.

—Supongo que te interesará saber que he oído hablar de ese tal Jerry Bagger. Hace tiempo que el Departamento de Justicia le va detrás.

—Seguro que se merece tanta atención. Gracias, Alex.

Más tarde esa misma noche, Reuben Rhodes y Caleb Shaw fueron a ver a Stone a su casa. Caleb estaba muy indeciso.

—Me lo han pedido, pero no sé si aceptar o no. No sé qué hacer —se lamentó.

—O sea que la Biblioteca del Congreso quiere que seas el director del Departamento de Libros Raros —dijo Stone—. Parece un ascenso

excelente, Caleb. ¿Por qué dudas?

—Pues porque teniendo en cuenta que el cargo está vacante porque el director anterior fue horriblemente asesinado en el trabajo y el director en funciones que lo sustituyó sufrió una crisis nerviosa por lo ocurrido, pues da que pensar —repuso Caleb con rigidez.

—Joder, Caleb, acepta —farfulló Reuben—. ¿Quién va a meterse con un joven pimpollo como tú?

A Caleb, que ya había cumplido los cincuenta, de estatura media, un poco rechoncho y sin pizca de complexión atlética u osadía personal, no le divirtió el comentario.

—Has dicho que el sueldo es muy bueno —le recordó Stone—. De hecho cobrarías mucho más.

—Sí, pero si eso tiene que servir para costear un funeral mucho mejor, no sé si me interesa.

—Pero cuando te mueras —añadió Reuben bruscamente—, morirás sabiendo que tienes más para dejarles a tus amigos. Si eso no es todo un consuelo, ya me dirás qué.

—No sé por qué me molesto siquiera en pedir tu opinión —repuso Caleb acaloradamente.

Reuben se dirigió a Stone.

—¿Has visto a Susan últimamente?

Stone era el único que conocía el verdadero nombre de Annabelle.

—Pasó por aquí el otro día, pero sólo unos minutos. La misión que tenía con Milton fue todo un éxito. El objeto vuelve a estar en su sitio.

—Tengo que reconocer que hizo lo que dijo que haría —intervino Caleb.

—Ojalá consiguiera que aceptara salir conmigo —dijo Reuben—. Siempre tiene otros planes. No estoy seguro de si intenta darme esquinazo o qué. La verdad, no lo entiendo. Miradme. ¿No os parezco irresistible?

A Reuben le faltaba poco para cumplir los sesenta, tenía una buena barba y un pelo rizado y oscuro salpicado de canas largo hasta los hombros. Medía casi dos metros y tenía pinta de jugador de rugby. Después de recibir numerosas condecoraciones como veterano de Vietnam y pertenecer al cuerpo militar de inteligencia, había quemado muchas naves desde un punto de vista profesional y a punto había estado de sucumbir a las pastillas

y el alcohol antes de que Oliver Stone lo sacara del abismo. En la actualidad trabajaba en un muelle de carga.

—Ya vi que tu amigo Carter Gray recibió la Medalla de la Libertad —dijo Caleb tras dedicar una mirada incrédula a Reuben—. Hay que ver cómo es la vida. Si ese hombre se hubiese salido con la suya, vosotros dos estaríais muertos y el resto de nosotros sufriendo de lo lindo en alguna cámara de tortura ultramarina de la CIA.

—¡Te he dicho cien veces que es tortura submarina, no ultramarina! —vociferó Reuben.

—Da igual, sea lo que sea es un mal hombre.

—Es de los que creen que la única forma válida de hacer las cosas es la suya, y desde luego hay muchos como él —añadió Stone—. Fui a la Casa Blanca y lo vi al salir después de ser condecorado.

—¿Fuiste a la Casa Blanca? —exclamó Caleb.

—Bueno, me enseñó la medalla y digamos que más o menos le saludé.

—Vaya, ¿ahora resulta que sois amigos? —bufó Reuben—. ¿De un hombre que ha intentado matarte varias veces?

—También salvó a alguien por mí —repuso Stone con toda tranquilidad.

—¿No vas a darnos más detalles? —preguntó Reuben picado por la curiosidad.

—No.

Alguien llamó a la puerta. Stone se levantó para abrir pensando que quizá fuera Milton o Annabelle.

Era un hombre de traje oscuro. Stone se fijó en la pistola que ocultaba bajo la americana. El tipo le entregó un papel y se marchó. Stone abrió la nota.

Carter Gray quería que fuera a verle a su casa al cabo de dos días; un coche lo recogería. No parecía haber la posibilidad de negarse. Cuando se lo contó a los demás, Caleb dijo:

—Oliver, no vayas.

—Por supuesto que iré.

OceanofPDF.com

9

Harry Finn estaba aspirando oxígeno y observando desde su casco especial. Iba tan rápido que no había mucho que ver. Había tormenta, y quienes se encontraban en la cubierta del barco seguro que se estaban mojando yendo de un lado a otro. Para Finn la situación no era mucho mejor. De nuevo ponía de manifiesto su predilección por los medios de transporte poco habituales, pues iba sujeto al costado de un barco hecho un ovillo mediante un dispositivo de soporte no disponible para el gran público. Había descubierto una laguna en las medidas de seguridad y se había convertido en un bulto invisible pegado al lateral gris del buque, cerca de la popa. El viaje resultaba mucho menos cómodo que en la bodega del avión. De hecho, a pesar del dispositivo especial, estuvo a punto de caerse en un par de ocasiones, lo que probablemente lo habría matado por el impacto con las dobles hélices que propulsaban el barco. Su viaje había empezado en lo que se suponía era un muelle militar de alta seguridad en la base de Norfolk. Sin embargo, la «alta seguridad» había fallado con la aparición de Harry Finn ataviado con uno de sus múltiples disfraces y su pinta de hallarse en su salsa en cualquier situación apurada.

El barco aminoró y viró hacia babor del buque mayor. Finn esperó a que parara antes de deslizarse bajo el agua. Llevaba una mochila impermeable a la espalda y un transmisor electrónico alrededor de la cintura que lo tornaba invisible para cualquier dispositivo de vigilancia y seguimiento. Se sumergió más todavía. Hasta el fondo del otro barco, que llegaba bastante abajo, lo cual no era de extrañar. Pesaba más de 80.000 toneladas, transportaba casi cien aviones y seis mil hombres, albergaba nada menos que dos generadores nucleares y había costado tres mil millones de dólares a los contribuyentes estadounidenses.

En cuanto llegó al lugar, no tardó más de dos minutos en sujetar el dispositivo bajo el casco y luego, cuidándose mucho de no acercarse a las gigantescas hélices, regresó a su barco nodriza, se sujetó de nuevo y esperó a que lo transportaran de regreso a la costa. Había aceptado esa misión sobre todo porque le serviría de ensayo para una tarea futura de cariz más personal. De hecho pensó en los detalles de ese trabajo durante el trayecto de regreso a la costa. En cuanto el barco atracó, Finn abandonó su escondite, nadó hasta una zona alejada del muelle, salió a la superficie y se despojó de la vestimenta. Realizó la llamada de teléfono de rigor y luego acudió al despacho de los oficiales de guardia con un escolta militar de alto nivel. Los oficiales habían apostado en privado que nadie era capaz de hacer lo que Finn acababa de hacer: colocar una bomba en el casco del portaaviones *George Washington*, de la clase Nimitz, orgullo de la Marina norteamericana, mientras se encontraba junto a la costa de Virginia. La bomba tenía la potencia suficiente para hundir el portaaviones, lo que incluía toda la tripulación y aviones valorados en dos mil millones de dólares.

En esa ocasión, el almirante de la flota del Atlántico y todo el personal de su cadena de mando recibieron un rapapolvo de proporciones bíblicas por parte del jefe del Estado Mayor Conjunto, que resultó ser un general del Ejército de los más condecorados. El hombre apenas disimuló su satisfacción al machacar a su colega de la Marina; tal fue la bronca que dicen que al general le oyeron hasta en el Pentágono, situado a trescientos kilómetros de distancia. El rapapolvo público quedó reforzado por la presencia del secretario de Defensa, que había esperado en su helicóptero para ver si Harry Finn era realmente capaz de salir airoso de aquella misión. Su inesperado y rotundo éxito impulsó al secretario a ofrecerle un cargo en su departamento.

El secretario de Seguridad Interior no acogió favorablemente aquella oferta. Los dos miembros del gabinete se enzarzaron en una disputa como niños por un juguete, hasta que el mismísimo presidente intercedió a través de una videoconferencia de alta seguridad y decretó que Harry Finn se quedaba donde estaba, como contratista independiente del Departamento de Seguridad Interior. El secretario de Defensa, derrotado y mosqueado, subió a su helicóptero privado y regresó a Washington.

Harry Finn se quedó en Norfolk para dar una charla al desazonado personal de Seguridad Naval. Si bien siempre se mostraba educado y

respetuoso, no dulcificaba sus comentarios. «Se han producido fallos: esto es lo que yo he hecho, y esto es lo que tenéis que hacer para evitar que un auténtico terrorista lo haga de verdad.» Sobre el terreno, el trabajo de Finn solía denominarse «célula roja». Un ex miembro de los SEAL que había ayudado a poner en marcha el programa había acuñado el término. El proyecto Célula Roja se había iniciado tras la guerra de Vietnam a petición de un vicealmirante para comprobar la seguridad de las instalaciones militares. Tras el 11—S se había ampliado para poner a prueba las instalaciones no militares contra la penetración de terroristas y otras organizaciones criminales.

A las personas con las aptitudes especiales de Finn, ex militares casi todas, se les encomendaba burlar las medidas de seguridad de una instalación como si fueran terroristas. Las incursiones se producían a menudo de forma poco ortodoxa, algo que solía considerarse «humanizar» la misión. Eso significaba que Finn y los miembros de su equipo emulaban el nivel de sofisticación de los terroristas a los que perseguían. En la actualidad, no se consideraba que los terroristas islámicos tuvieran un nivel de preparación elevado. Incluso después del 11—S, en los círculos de inteligencia de Estados Unidos se dudaba que tales células terroristas fueran capaces de apoderarse de una instalación importante o hacer lo que Finn había hecho esa noche con el portaaviones. Eran expertos en suicidarse con una bomba encima para matar así a otras personas o en estrellar aviones contra rascacielos, pero atacar una central nuclear o un complejo militar era harina de otro costal.

Sin embargo, al final, tanto los políticos como los altos mandos militares habían caído en la cuenta de que los musulmanes no eran los únicos terroristas potenciales del mundo. China, Rusia y otros países del ex bloque soviético, incluso algunas naciones occidentales, tenían motivos suficientes para querer atacar el país. Y esos países sí disponían de la infraestructura, el personal y el acceso a inteligencia suficientes para atentar con muchas posibilidades de éxito contra instalaciones estadounidenses dotadas de medidas de seguridad especiales. Por consiguiente, Finn había recibido órdenes de dar rienda suelta a todas sus habilidades y emplear el equipamiento más moderno para superar las defensas de la Marina. Y lo había conseguido.

Otros hombres, incluidos varios componentes de los equipos de Célula Roja con los que Finn había trabajado, habrían pasado la noche celebrando

ese triunfo excepcional. Sin embargo, Finn no era como la mayoría. Se había quedado en la zona de Norfolk un día más por un motivo muy importante: el equipo de fútbol de su hijo David jugaba un partido en la zona. El día después de la reunión, Finn asistió al partido de su hijo y por la noche llevó a casa al victorioso y exultante David. Durante el trayecto hablaron de la escuela, chicas y deportes. Y luego David, que con trece años era casi tan alto como su padre, le preguntó:

—¿Qué estabas haciendo en esta zona? ¿Asuntos de trabajo?

Finn asintió.

—Ciertas personas tenían problemas con un tema de seguridad y me pidieron ayuda.

—¿Y lo has solucionado?

—Oh, sí. De hecho no era tan complicado una vez identificados los problemas.

—¿La seguridad de qué?

—De muchas cosas. Nada del otro mundo.

—¿Puedes contármelo?

—Dudo que te interesara. Es lo mismo que hace mucha gente por todo el país. Lo único bueno es que no tengo que sentarme tras una mesa todos los días.

—Una vez le pregunté a mamá y me dijo que no sabía exactamente a qué te dedicabas.

—Supongo que bromeaba.

—No eres un espía, ¿verdad?

Finn sonrió.

—Si lo fuera no podría decírtelo.

—Porque si me lo dijeras tendrías que matarme, ¿no? —añadió David entre risas.

—Lo único que hago es ayudar a otras personas a que las cosas funcionen mejor señalando los fallos de sus sistemas.

—¿Igual que hacen los informáticos con los ordenadores? Entonces eres como un depurador.

—Exacto. Como he dicho, es bastante aburrido, pero me pagan bien y así consigo que no nos falte la comida que, por cierto, engulles como una

lima.

—Estoy creciendo, papá. Oye, ¿sabes que el padre de Barry Waller persiguió a un atracador de bancos por un callejón y consiguió arrebatarse la pistola? Barry dice que el tío estuvo a punto de disparar a su padre.

—El trabajo de la policía a veces resulta muy peligroso. El padre de Barry es un hombre valiente.

—Me alegro de que tú no te dediques a ese tipo de cosas.

—Yo también.

—Pues sigue con tu trabajo de depurador, papá. —Y le dio un puñetazo guasón en el brazo—. Y no te metas en líos, ¿vale?

—Descuida, hijo —dijo Harry Finn.

OceanofPDF.com

10

Stone y Alex Ford se reunieron en el Lafayette Park, un lugar conocido para ambos enfrente de la Casa Blanca. Ahí era donde Alex, un hombre de casi metro noventa, había custodiado al inquilino del Despacho Oval durante varios años y Stone había protestado respetuosamente contra ese mismo inquilino, igual que contra quienes le precedieron en el cargo, desde el otro lado de la calle. Se sentaron en un banco cerca de la estatua de un general polaco que había pasado a la historia por ser un firme aliado de los americanos en la guerra de Independencia. De todos modos, no sería erróneo conjeturar que ningún estadounidense vivo en la actualidad le conocía o le concedía la menor importancia.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Stone dirigiendo la mirada a la carpeta de papel manila que Alex extrajo de un maletín de cuero negro bien conservado.

—No estaba muy seguro de lo que buscas, así que he abarcado todo lo posible.

—Perfecto, Alex, gracias.

Mientras Stone echaba una ojeada al informe, Alex le observó.

—Como te dije por teléfono, hace tiempo que el Departamento de Justicia anda detrás de Bagger, pero no ha sido capaz de pillarle en falta. Hablé con Kate al respecto. Me dijo que Justicia no se ha rendido, pero que si al final no logran acusarle de nada tendrán que dejarlo correr. Incluso los recursos del Tío Sam son limitados.

—¿Qué tal está Kate? —preguntó Stone refiriéndose a Kate Adams, la abogada del Departamento de Justicia que fuera novia de Alex.

—La cosa no cuajó. Está saliendo con otro.

—Lo lamento. Es una mujer maravillosa —dijo Stone.

—Sí, es verdad, pero no parecemos hechos el uno para el otro. Y hablando de mujeres, ¿dónde está Adelpia?

Adelpia, una excéntrica mujer de origen incierto y acento curioso, era la única manifestante que quedaba en Lafayette Park aparte de Stone. Hacía mucho que Alex sospechaba que estaba colada por su amigo.

—Hace tiempo que no la veo —repuso Stone—. Incluso se llevó su pancarta.

—Era un bicho raro.

—Todos somos bichos raros. —Cerró la carpeta y se levantó—. Muchas gracias por esto. Será de gran ayuda.

—Jerry Bagger, dueño de un casino en Jersey. ¿Estás pensando en ir a jugar?

—Tal vez, sólo que probablemente no del modo que imaginas.

—Por lo que me han dicho, Bagger es un verdadero psicópata con una vena malvada. Mejor no meterse con él.

—No tengo intención de hacerlo.

Alex también se levantó.

—Aun así, ¿he de esperar otra llamada a las tantas de la noche pidiendo la ayuda de la caballería?

—Esperemos que no.

—Vi a nuestro querido amigo Carter Gray cuando recibió la Medalla de la Libertad. Tuve que esforzarme para no llamar a ese capullo y mandarlo a la mierda.

—Pues está claro que yo no tengo tanta fuerza de voluntad como tú. —Acto seguido Stone le explicó lo que había hecho.

A Alex se le iluminó el semblante.

—¡No me lo creo!

—Pues sí. Y encima Gray me ha pedido que vaya a verle a su casa esta noche.

—¿Vas a ir?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Por qué? ¿Acaso puede decirte algo que te interese?

—Tengo un par de preguntas que hacerle sobre mi hija.

Alex suavizó la expresión y dio una palmadita en el hombro a Stone.

—Lo siento mucho.

—La vida es así, Alex. Hay que aceptarla tal como viene porque no queda otro remedio.

OceanofPDF.com

11

El barco en cuyo costado viajaba Harry Finn no era tan rápido como el anterior de la Marina, pero le bastaba. Al igual que en el caso de los militares, la gente que le proporcionaba transporte no tenía ni idea de su presencia. Lo había escogido porque iba en la dirección que le interesaba. Tendría que volver a casa de otro modo, y ya se le había ocurrido cuál. El trayecto había acabado, y no dejaba de mirar su reloj luminoso esperando ansioso el momento de nadar hasta la orilla. Se estaba fraguando una tormenta, lo cual era bueno y malo para su plan. Había venido preparado, como siempre.

Mientras el barco se acercaba al lugar donde él lo dejaría, Finn reflexionó sobre la última conversación mantenida con su esposa, Mandy. Tras cortar el césped, había entrado en casa para ducharse cuando ella le había salido al encuentro en el dormitorio.

—David me ha dicho que habéis hablado de tu trabajo.

—Sí. Al parecer le dijiste que no sabes exactamente a qué me dedico.

—Es que no lo sé.

—Ya sabes que cuando dejé el ejército me contrató el Departamento de Seguridad Interior.

—¿Y David no puede saber eso? ¿Y yo no puedo saber más?

—Es mejor así. Lo siento, pero has de confiar en mí.

—Por lo menos cuando estabas en la Marina sabía a qué atenerme. ¿Ahora qué tipo de trabajo te piden que hagas?

Harry le rodeó la cintura con un brazo.

—Como te he dicho otras veces, ayudo a que vivamos más seguros. Hay un montón de agujeros por ahí. Mi trabajo consiste en taparlos y

reforzarlos. No tiene nada de peligroso.

La tensión se reflejaba en el rostro de Mandy.

—Si no tiene nada de peligroso, ¿por qué no puedes decírmelo?

—No puedo.

—Nunca has sido muy hablador, ¿verdad?

—Siempre supuse que era uno de los rasgos que más te gustaban de mí.

Y lo habían dejado ahí. Mandy nunca sabría que viajaba de polizón en la bodega de los aviones comerciales y pegado al casco de barcos, porque ¿qué cónyuge necesita saber tales cosas? Y nunca sabría nada sobre los Dan Ross del mundo y la suerte que habían corrido. O sobre los Carter Gray que habían tenido todas las sartenes por el mango pero ya no las tenían.

No obstante, seguía siendo un motivo de preocupación para Harry Finn, un hombre que valoraba la sinceridad por encima de todo, a quien no le gustaba ocultar cosas a la mujer a la que amaba desde que la había visto en un campus universitario hacía casi quince años. Entonces estaba de permiso y había ido a visitar a un amigo al volver de un destino en el extranjero. Siempre había sido tímido y bastante introvertido, característica que le había resultado positiva en su carrera militar. Su trabajo requería semanas o meses de preparación meticulosa seguida de segundos de caos alimentados por la adrenalina en medio del que tenía que actuar con una calma letal. Había sobresalido en ambos extremos de tan exigente espectro.

Sin embargo, aquel día en que vio a Amanda Graham caminar por el césped con sus shorts téjanos y sandalias, con una melena rubia hasta la cintura y el rostro más precioso que había visto jamás, la abordó sin más y le propuso que salieran juntos esa misma noche. Ella había rehusado, molesta tal vez porque él creyera que no tenía ningún compromiso. Pero Finn era muy persuasivo. Consiguió la cita y acabaron siendo marido y mujer. Finn logró —no sin esfuerzos— que la Marina no le diera más destinos en el extranjero y la boda se celebró justo después de que ella se licenciara. David llegó antes de un año, seguido de Patrick y Susie. Eran muy felices como pareja. Habían criado a unos buenos hijos, niños que sobresaldrían en su mundo, quizá sólo en pequeñas cosas, pero de todos modos serían felices.

Finn no sabía por qué le asaltaban esos pensamientos tan profundos mientras hacía locuras imposibles, como viajar en el costado de un barco a toda velocidad, pero solía pasarle.

Consultó su reloj, tensó la correa de la bolsa impermeable que llevaba al hombro y se preparó para el siguiente paso. Era la parte peliaguda, desprenderse de su medio de transporte a toda velocidad y evitar las hélices de popa. Porque cuando se soltara era muy probable que, si no se alejaba y sumergía lo suficiente, su último recuerdo sería el de las hélices troceándolo sin piedad.

Encogió las piernas y las apoyó contra el barco. Contó hasta tres, se impulsó con todas sus fuerzas y se zambulló hacia delante y abajo a pesar de que las hélices lo tironeaban hacia la popa. Luego emergió a la superficie y contempló cómo desaparecían las luces de navegación del barco. Miró alrededor, se ubicó rápidamente y nadó decidido hacia el acantilado.

OceanofPDF.com

12

Jerry Bagger raras veces se aventuraba fuera de Atlantic City. Tenía un Learjet privado, pero casi nunca lo utilizaba. El último viaje había sido la visita mortífera al desventurado Tony Wallace en Portugal. También había tenido un yate, pero lo vendió cuando se dio cuenta de que se mareaba con facilidad, algo bochornoso para alguien que se enorgullecía de ser un tipo duro. De hecho, pocas veces salía ya del casino, el único lugar donde se sentía cómodo.

Lo irónico del caso es que Bagger no había nacido ni en Las Vegas ni en Jersey. El osado y vivaracho chico de ciudad había venido al mundo en Wyoming, en el rancho donde su padre trabajaba por menos del salario mínimo. Su madre había muerto el primer día de vida de Bagger debido a complicaciones durante el parto, complicaciones que en cualquier hospital habrían sido fácilmente tratables. Pero no había ningún hospital en quinientos kilómetros a la redonda, así que había muerto. El padre de Bagger se había reunido con ella un año y medio después, a raíz de un accidente en que el whisky y un caballo refunfuñón habían desempeñado un papel destacado.

El rancho de Wyoming no tenía ningún interés en criar un hijo bastardo —el padre y la madre de Bagger no se habían molestado en casarse— y lo había enviado a Brooklyn con la familia de su madre. Bagger estaba hecho para los espacios cerrados de aquel crisol que era Nueva York, no para los amplios cielos abiertos de Wyoming, y prosperó.

Con el tiempo había vuelto al Oeste. Tras quince años de jornadas laborales de veinte horas, de chanchullos sin fin y de arriesgar y estar a punto de perder todo lo que tenía unas cuantas veces, consiguió ser propietario de un casino. Y enseguida el negocio fue tan bien que empezó a

forrarse. Pero su mal genio pudo más que él y al final lo expulsaron de Las Vegas y le pidieron que no volviera jamás. Había cumplido esa petición, aunque cada vez que sobrevolaba esa ciudad miraba por la ventanilla del avión y dedicaba un buen corte de mangas a todo el estado de Nevada.

Bagger salió del ático y bajó en el ascensor privado a la zona del casino. Caminó entre una multitud de tragaperras, mesas de juego y salas de apuestas deportivas en que los jugadores —desde los más novatos a los más experimentados— se dejaban mucho más dinero del que jamás llegarían a recuperar. Siempre que veía a algún niño sentado con cara de aburrimiento en la sala, mientras sus padres se dedicaban a alimentar las máquinas tragaperras —con los dedos ennegrecidos de tanto echar monedas—, Bagger ordenaba que trajeran comida, libros y videojuegos al niño, aparte de darle disimuladamente un billete de veinte dólares. Acto seguido, realizaba una llamada y alguien del Pompeii aparecía para recordar a los padres que, si bien se permitía la entrada en el casino a los niños, no podían estar en las zonas de juego.

Bagger era capaz de machacar a cualquier adulto que se interpusiera en su camino, pero los niños eran sagrados. Eso cambiaba cuando cumplían los dieciocho, entonces todo el mundo era igual, pero hasta ese momento los niños eran intocables. Según él, bastante putada era ya ser adulto, así que mejor dejar que los mocosos disfrutaran de su infancia. Quizás el motivo subyacente era que Jerry Bagger no había tenido una infancia normal. Pobre de solemnidad, había montado sus primeros chanchullos en un piso de Brooklyn a los nueve años y nunca había mirado atrás. Esa vida tan dura era en gran medida la razón de su éxito, pero la procesión iba por dentro. Tan dentro que nunca pensaba en lo que había sufrido. Sencillamente aquellos orígenes le habían convertido en lo que era.

A lo largo del recorrido, Bagger hizo tres llamadas sobre niños dejados por sus padres en la zona de juegos, y meneó la cabeza en cada ocasión.

—Perdedores —musitó.

Jerry Bagger nunca había apostado ni una triste moneda a nada. Eso era para los pringados. Él era muchas cosas, pero no idiota. Esos imbéciles gritaban y saltaban después de ganar cien pavos, pero olvidaban que habían despilfarrado doscientos dólares para gozar de ese privilegio. No obstante,

Bagger se había hecho rico gracias a esa curiosa rareza de los humanos, así que no se quejaba.

Hizo una parada en uno de los bares y arqueó una ceja en dirección a una camarera, que se apresuró a traerle su habitual soda con lima. Nunca tomaba alcohol en la planta del casino, y sus empleados tampoco. Se encaramó a un taburete y observó cómo el Pompeii funcionaba a pleno rendimiento. Todas las edades estaban representadas, y había un montón de pirados, eso se lo habían enseñado décadas de experiencia. No existía ninguna clase de chalado que no hubiera entrado en su casino alguna vez. Lo cierto es que Bagger se entendía mejor con ellos que con la gente «normal».

Se fijó en una pareja de recién casados que todavía iba vestida de boda. El Pompeii disponía de una oferta a precio reducido, propinas no incluidas, para quienes deseaban casarse, consistente en una habitación estándar con un colchón nuevo y robusto, un ramo de flores barato, los servicios de un sacerdote, cena, bebidas y masajes para aliviar las agujetas después de tanto folleteo. Y, lo más importante, la oferta también incluía cincuenta dólares en fichas para el casino. Bagger no tenía ningún interés en promocionar el amor; sabía por experiencia que esos cincuenta pavos en fichas solían convertirse en un beneficio de dos mil dólares para la casa al final de un largo fin de semana, descontando incluso los regalitos.

La pareja a la que observaba parecía empeñada en engullirse la lengua mutuamente. Bagger hizo una mueca ante tal espectáculo bochornoso.

—Buscaos una habitación —masculló—. Es la cosa más barata que encontraréis en esta ciudad aparte del alcohol. Y el sexo.

Bagger nunca se había casado, ya que nunca había conocido a una mujer capaz de interesarle lo suficiente. Annabelle Conroy sí le había interesado. Era más que fascinante. Le habría gustado pasar todo el tiempo del mundo con ella. De hecho, antes de enterarse de que lo había estafado, se había preguntado si después de tantos años por fin había encontrado a una dama a la que llevar al altar. Teniendo en cuenta lo ocurrido, ahora le parecía increíble cómo lo había engatusado. Aun así, Bagger no tenía más remedio que sonreír de oreja a oreja. Menuda imagen habrían ofrecido. ¿Él y Annabelle como marido y mujer? La bomba.

Entonces, como era habitual en él, tuvo una idea brillante sin siquiera esforzarse.

Se terminó la soda y se dirigió a su despacho para hacer unas llamadas con la intención de averiguar algo. Mientras se lo había estado camelando, Annabelle le había dicho que nunca se había casado ni tenía hijos. Pero ¿y si resultaba que sí se había casado? Porque, si alguna vez había pronunciado el «sí, quiero», sería mucho más fácil localizarla.

OceanofPDF.com

13

Stone rechazó la invitación de tomar algo en casa de Gray. Ambos hombres se acomodaron en el acogedor estudio, donde había tantos libros en tantos idiomas como en la casa de Stone, aunque aquí estaban guardados de forma más elegante.

Stone miró por el ventanal con vistas al acantilado.

—¿Te cansaste de la zona rural de Virginia? —preguntó.

—De joven mi ambición era ser marinero, ver el mundo desde la cubierta de un barco —respondió Gray, sujetando el vaso de whisky con ambas manos. Su rostro ancho quedaba contrarrestado por unos ojos muy juntos. Stone sabía perfectamente que esa cabeza albergaba muchas cosas. Gray no era un hombre fácil de sobreestimar.

—La ambición de un joven, ¿acaso existe una perspectiva más fugaz? —comentó Stone con indolencia.

Fuera reinaba la oscuridad más absoluta. Ni luna ni estrellas; la tormenta que se avecinaba había cubierto el cielo.

—Nunca creí que a John Carr le daría por filosofar de vez en cuando.

—Lo cual demuestra lo poco que me conocías, y ya no respondo al nombre de John Carr. Está muerto. Estoy seguro de que te informaron al respecto hace años.

Gray continuó, impasible:

—Esta casa perteneció a otro ex director de la CIA que llegó a vicepresidente. Tiene todo lo que necesito para estar cómodo y seguro en la vejez.

—No sabes cuánto me alegro —dijo Stone.

—De hecho, me sorprende que hayas venido. ¿Después del gesto que me dedicaste al salir de la Casa Blanca?

—¿Qué tal está el presidente, por cierto?

—Bien.

—¿Sentiste algún impulso homicida cuando te colgó la medalla? ¿O ya se te han pasado las ganas de matarlo?

—No voy a responder a esas preguntas tan ridículas; las circunstancias cambian. Nunca se trata de algo personal. Deberías saberlo igual que todo hijo de vecino.

—Lo cierto es que yo no estaría vivo si te hubieras salido con la tuya.

—Antes de que Gray pudiera responder, Stone continuó—: Quiero hacerte algunas preguntas y te agradecería que me dieras respuestas, respuestas verdaderas.

Gray dejó el whisky.

—De acuerdo.

Stone apartó la vista del ventanal para mirarlo.

—¿Así de fácil?

—¿Para qué perder el tiempo que nos queda con jueguecitos que ya no importan? Supongo que quieres saber más sobre Elizabeth.

—Quiero saber qué fue de Beth, mi hija.

—Te contaré lo que sé.

Stone se sentó delante de él y fue desgranando preguntas durante veinte minutos. Formuló la última con cierta inquietud.

—¿Alguna vez preguntó por mí, por su padre?

—Como sabes, el senador Simpson y su esposa la adoptaron y criaron.

—Pero me dijiste que les llevaste a Beth cuando Simpson todavía estaba en la CIA. Si ella hubiera dicho algo, seguro que...

Gray levantó una mano.

—Sí. De hecho fue después de que Simpson dejara la CIA e iniciara su carrera política. Supongo que debió de preguntar algo al respecto con anterioridad, pero ésa fue la primera vez que tuve constancia de ello. Hacía años que le habían contado lo de su adopción. No es algo a lo que Beth diera muchas vueltas. De hecho, creo que no se lo contó a casi nadie.

Stone se inclinó hacia delante.

—¿Qué dijo sobre sus verdaderos padres?

—Para ser justos, debes saber que primero preguntó por su madre. Ya sabes, las chicas son así.

—Por supuesto que tenía que saber quién era su madre.

—Tuvieron que andarse con tacto, teniendo en cuenta las... eh... pues las circunstancias de la muerte de su madre.

—De su asesinato, querrás decir. Por parte de personas que intentaban matarme.

—Como te he dicho, yo no tuve nada que ver con eso. La verdad es que tu mujer me caía bien. Y para ser sinceros, hoy estaría viva si tú no...

Stone se levantó y lo miró con una expresión que hizo sentir un escalofrío al mismísimo Gray, que conocía perfectamente los muchos modos en que John Carr era capaz de matar; a ningún hombre de los que había tenido a su cargo se le daba mejor.

—Lo siento, John... quiero decir, Oliver. Reconozco que no fue culpa tuya. —Hizo una pausa mientras Stone se sentaba de nuevo lentamente—. Le hablaron un poco de su madre, todo cosas positivas, te lo aseguro, y le dijeron que había muerto en un accidente.

—¿Y yo?

—Le contaron que su padre era un soldado muerto en acto de servicio. Creo que incluso la llevaron a tu «tumba» en Arlington. Para tu hija moriste como un héroe. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Eso te satisface?

El tono en que lo dijo hizo que Stone replicara:

—¿Es la pura verdad o es la verdad al estilo de Carter Gray, es decir, un sarta de mentiras para apaciguarme?

—¿Por qué iba a mentirte ahora? Ya no importa, ¿no? Tú y yo ya no pintamos nada.

—¿Por qué querías que viniera esta noche?

A modo de respuesta, Gray fue a buscar una carpeta al escritorio. La abrió y le enseñó tres fotos en color de hombres de unos sesenta años. Las colocó una a una delante de Stone.

—El primero es Joel Walter, el segundo, Douglas Bennett, y el último, Dan Ross.

—Los nombres no me dicen nada y las fotos tampoco.

Gray sacó tres fotos más de la carpeta, mucho más antiguas y en blanco y negro.

—Creo que éstos te resultarán más familiares. Y los nombres también: Judd Bingham, Bob Cole y Lou Cincetti.

Stone apenas escuchó los nombres. Tenía ante sí las fotos de hombres con quienes había convivido, trabajado y casi muerto durante más de una década. Alzó la vista hacia Gray.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Porque en los últimos dos meses estos tres antiguos compañeros tuyos han muerto.

—¿Cómo?

—A Bingham lo encontraron en la cama. Tenía lupus. La autopsia no encontró nada extraño. Cole se ahorcó; por lo menos eso parecía, y la policía dio por cerrado el caso. Cincetti se emborrachó, tropezó, se cayó en su piscina y se ahogó.

—Así pues, causa natural para Bingham, suicidio para Cole y accidente en el caso de Cincetti.

—Y tú te crees todo eso tanto como yo; ¿tres hombres de la misma unidad mueren en un periodo de dos meses?

—El mundo es un lugar peligroso —comentó Stone.

—Algo que los dos sabemos demasiado bien.

—¿Crees que los mataron?

—Por supuesto.

—¿Y me has invitado aquí para qué? ¿Para advertirme?

—Me parecía lo más prudente.

—Pero, como dijiste, John Carr está muerto. ¿Quién querría matar a un muerto?

—Estos tres hombres tenían una tapadera excelente. La identidad de Cincetti estaba especialmente «enterrada». Si alguien fue capaz de encontrarle, podría descubrir que John Carr no está en ese ataúd de Arlington, que en realidad está vivito y coleando y que se hace llamar Oliver Stone.

—¿Y tú? Carter Gray era el maestro estratega de nuestro grupito. Y no has tenido ninguna tapadera durante todos estos años.

—Yo tengo protección. Tú no.

—Entonces ya estoy avisado. —Stone se levantó.

—Siento que las cosas acabaran como acabaron. Te merecías algo mejor.

—No hace mucho estuviste dispuesto a sacrificarnos a mí y mis amigos por el bien del país.

—Todo lo que hice fue por el bien de este país —se justificó Gray.

—Por lo menos así lo definías tú. No yo.

—Podemos estar o no de acuerdo al respecto.

Stone se giró y salió por la puerta.

OceanofPDF.com

14

El correo de Carter Gray pasaba por el control de un centro externo gestionado por el FBI y se le entregaba por la tarde. El mensajero aparecía puntualmente en su vehículo y entregaba el correo a uno de los guardaespaldas de Gray. Estos hombres vivían en una casita situada a unos cien metros de la residencia principal. Gray no aceptaba que nadie viviera con él en la casa, protegida por un sistema de seguridad de última generación.

Gray fue abriendo las cartas y paquetes sin prestarles demasiada atención hasta que llegó a un sobre rojo con matasellos de Washington D.C. Sólo contenía una foto. Observó la imagen y luego dedicó una mirada a la carpeta que tenía en el escritorio. Parecía que había llegado su momento.

Apagó las luces del estudio y se dirigió al dormitorio. Besó las fotos de su esposa e hija, que ocupaban un puesto de honor en la repisa de la chimenea. En una jugarreta grotesca del destino, ambas mujeres habían perecido el 11—S en el Pentágono. Se arrodilló, pronunció sus oraciones habituales y apagó la luz.

En el exterior, a escasos quinientos metros de la casa, Harry Finn bajó la mira nocturna telescópica de largo alcance. Había visto a Gray abriendo el sobre rojo. Le había visto la cara perfectamente mientras observaba la foto. Ahora Gray lo sabía. La escalada por el acantilado rocoso y escarpado había sido toda una hazaña, incluso para Finn. Pero le había permitido llegar hasta allí. Y ahora le quedaba muy poco.

Esperó una hora más hasta que Gray se durmió y entonces se acercó sigilosamente a la caseta donde se encontraba el regulador de la entrada de gas. Habían hecho llegar hasta allí una tubería de gas especialmente para

Gray porque prefería la calefacción y la cocina a gas. Diez minutos después la presión de gas que entró en la casa reventó todos los pilotos y saturó los sistemas de seguridad incorporados. En cuestión de segundos, la casa se inundó del gas mortífero. Si todavía estaba despierto, Gray lo olería porque la compañía le añadía un olor al gas, inodoro por naturaleza, a modo de advertencia. Sí, Gray lo olería si estuviera despierto, pero eso sería todo lo que podría hacer.

Finn cargó una bala en el rifle. No parecía nada del otro mundo, salvo que la punta era verde. Apuntó y disparó al ventanal trasero de la casa. La bala incendiaria resquebrajó el cristal y provocó una explosión. El tejado salió despedido tres metros hacia arriba mientras las paredes se derrumbaban estrepitosamente. Lo que quedaba de tejado cayó de pleno encima del fuego infernal. En cuestión de segundos pareció imposible que allí hubiera habido una casa.

Finn se había girado para huir por la ruta de escape planeada cuando oyó un grito y se volvió. Uno de los guardias había salido de la casa de invitados y, alcanzado por un fragmento de escombros en llamas, estaba quemándose. No había ni rastro del otro guardia. Sin vacilar, Finn corrió, se abalanzó sobre el hombre, que se revolvía enloquecido, y lo hizo rodar por el suelo para apagar las llamas. Acto seguido, se levantó de un salto y corrió a toda velocidad hacia el equipo que había dejado al lado de la caseta del gas. Ya había colocado el ajuste de presión en la posición normal y cerró la portilla de acceso. Recogió la bolsa y la pistola, esprintó hasta el acantilado y lanzó el rifle y otros artículos por el borde. La marea pronto se los llevaría a alta mar.

Luego retrocedió unos pasos y corrió hacia el acantilado. Se lanzó al vacío y cayó en picado colocando el cuerpo en la postura clásica de la inmersión desde una gran altura. Entró en el agua limpiamente, se sumergió y luego salió a la superficie. Dio brazadas fuertes y con estilo y alcanzó la orilla situada a unos cientos de metros. En una pequeña zona boscosa había cubierto con hojarasca una motocicleta. Tomó varias pistas hasta llegar a una carretera y al final paró en un callejón donde había una furgoneta aparcada. Introdujo la motocicleta en la parte trasera, se puso al volante y salió a toda velocidad. Dejó furgoneta y motocicleta en un parking privado que tenía a unos quince kilómetros de su casa, adonde fue en su Prius. Se cambió en el garaje antes de entrar en casa, introducir la ropa sucia en la lavadora y ponerla en marcha.

Al cabo de unos minutos subió rápidamente a la planta de arriba y echó un vistazo a sus hijos. Mandy estaba dormida, con el libro que había estado leyendo aún abierto encima del pecho. Harry cerró el libro, lo dejó a un lado y apagó la lámpara de la mesita de noche antes de introducirse en la cama. Tachó mentalmente a Carter Gray de su lista y pasó al siguiente nombre.

Se miró las manos. Aunque se había puesto guantes, las tenía ligeramente chamuscadas por haber sofocado el fuego del guardia en llamas. Se había puesto hielo y un poco de pomada en la cocina antes de subir.

—No vuelvas a hacerlo, Harry —musitó.

Su mujer gimió y se revolvió un poco en la cama. Harry le puso una mano en la cabeza y empezó a acariciarle el pelo. Su mano enrojecida y el hermoso cabello rubio de su esposa; esa curiosa combinación hizo que de repente sintiera unas ganas terribles de echar a correr, como si fuera capaz de huir de alguna de esas dos cosas. Su querida esposa y sus tres hijos maravillosos. Una casa bonita, un trabajo con el que disfrutaba y en el que sobresalía. Su vida estaba llena de cosas que siempre había deseado tener, y sólo había una a la que nunca había querido enfrentarse. La verdad es que no parecía justo. Pero ¿cómo demonios iba a parar? Se lo habían grabado en la mente desde que tenía uso de razón. Formaba más parte de él que cualquier otra cosa, incluso más que su papel de esposo y padre. Y eso era lo único de todo aquello que realmente le asustaba.

Ocultó las manos bajo las mantas e intentó conciliar el sueño.

OceanofPDF.com

15

—Bagger encontró a Tony —dijo Annabelle. No había pegado ojo en toda la noche y al amanecer había llamado a su antiguo compañero Leo Richter. No tenía ni idea de en qué franja horaria se encontraba y lo cierto es que le daba igual.

Al otro lado de la línea Leo se incorporó y notó que su última comida empezaba a subírsele a la boca.

—¿De qué cono estás hablando?

—Tony la cagó. Fardó de dinero y Bagger lo localizó. Bagger mató a tres personas y dejó a Tony medio muerto después de machacarle la cabeza.

—Pues entonces seguro que ese cabroncete nos delató. ¿Por qué no hay nadie que se cargue a Bagger? ¿Tan difícil es?

—¿Y si Tony descubrió mi apellido? Tú se lo dijiste a Freddy y a lo mejor Freddy se lo dijo a Tony. O quizás el chico lo oyera en algún momento.

—No sé qué decirte, Annabelle. A lo mejor los dos estamos jodidos de todos modos. En el mundo de los estafadores no hay tantos Leos y Annabelles que actúen a ese nivel.

—Si sabes dónde está Freddy quizá debas advertirle.

—Haré lo que pueda. Mira, ¿quieres que nos veamos para intentar salir de este lío?

—¿Para que así Jerry mate dos pájaros de un tiro? Quédate dónde estás, Leo, y pasa desapercibido.

Colgó y se sentó otra vez en la cama. Quizás había llegado el momento de aprovechar sus millones. Utilizarlos para marcharse lo más lejos posible. Avión privado, isla privada, un montón de guardias. Le

resultaba tentador pero su instinto le decía que aquello sería como ondear un pañuelo rojo delante de un toro. Seguía planteándose qué hacer cuando sonó el teléfono. Era Oliver Stone.

—Espero no haberte despertado —dijo él.

—Soy madrugadora —mintió ella.

—Tengo noticias. Podemos reunirnos en mi casa luego.

—¿Por qué no vienes tú aquí, Oliver? Podemos desayunar juntos. Hay una cafetería en la esquina. —Le dio la dirección.

Al cabo de media hora ocupaban una mesa esquinera del fondo, lejos del resto de los clientes. Después de pedir el desayuno, Stone le contó sus descubrimientos.

—No acabo de ver de qué me sirve eso —dijo Annabelle mientras le añadía azúcar al café.

—La mejor defensa es un buen ataque. Al Gobierno le encantaría atraparlo con las manos en la masa. Si podemos ayudarles a hacerlo, dudo que tenga tiempo para ti. De hecho, si conseguimos distraer a Bagger con una inspección federal, quizá sea suficiente para mantenerte a salvo.

Annabelle no estaba muy convencida.

—No conoces a Jerry. Tiene cuarenta millones de razones para dedicar cada segundo del resto de su vida a intentar matarme.

Stone asintió con complicidad.

—Conozco a Jerry, por lo menos a hombres como él. No es sólo el dinero, por supuesto. Es la pérdida de prestigio, de respeto. Tiene que parecer invencible a ojos de todo el mundo. De lo contrario deja de ser Jerry Bagger.

—Lo has calado rápidamente.

—Como te he dicho, he conocido a muchos hombres como Bagger, incluso he trabajado para alguno.

—Entonces, si decidiéramos ir a por Jerry, ¿cómo lo haríamos?

—Tenemos que encontrar su punto débil. Será el punto que ofrezca menor resistencia, por supuesto. Mató a tres personas en Portugal y dejó a una cuarta en coma. Si podemos acusarle de eso, desaparecerá para siempre.

—Yo sé que fue él, pero no tengo pruebas. Y si voy a la poli, tendré que explicárselo todo y entonces no creo que decidan colgarme una medalla.

—O podrías devolver tu parte del dinero a Bagger y esperar que bastara con eso.

—Me gané ese dinero, hasta el último centavo. Y, como tú dices, no es sólo el dinero. De todos modos querría matarme.

—Pero ¿y si relacionamos a Bagger con esos crímenes sin que tengas que declarar ni implicarte en modo alguno?

—Así se solucionarían todos mis problemas, ¿no? Sólo que no acabo de ver cómo hacerlo.

—Se nos tendrá que ocurrir algo. —Stone estaba a punto de añadir algo más cuando sonó su móvil. Era Alex Ford y hablaba con voz tensa.

—Oliver, ¿viste a Carter Gray anoche?

—Sí.

—¿A qué hora llegaste y a qué hora te marchaste?

Stone le contestó.

—Seguro que el chófer podrá corroborarlo. ¿De qué va todo esto?

—No puedo creerme que no te hayas enterado.

—¿De qué?

—Anoche alguien hizo volar por los aires la casa de Carter Gray, con él dentro. Sé que te va a resultar extraño, pero creo que el FBI querrá hablar contigo sobre el encuentro que mantuviste con Gray.

Stone colgó.

«El FBI querrá hablar conmigo. Sobre Gray.»

—¿Problemas? —preguntó Annabelle abruptamente.

—Uno pequeño —respondió mientras las ideas se agolpaban en su cabeza—. A decir verdad, quizá más que pequeño.

Annabelle entrechocó su taza de café con la de él.

—Bienvenido al club.

OceanofPDF.com

16

Oliver Stone miraba fijamente la pared que tenía delante mientras los dos hombres de treinta y tantos años en mangas de camisa y con las armas y placas colgadas de su cinturón negro revoloteaban como buitres sobre víctimas de un accidente de tráfico. Su comparecencia voluntaria en la Oficina del FBI en Washington no le había granjeado ningún punto positivo, ni siquiera teniendo en cuenta que Alex Ford, del Servicio Secreto, le había acompañado a la entrevista. Alex había contado a los agentes encargados de investigar el homicidio de Carter Gray que Stone se había portado como un héroe al destapar recientemente una red de espionaje. Sin embargo, los agentes no le habían dado ninguna importancia.

Uno de ellos le dijo a Alex:

—Me dedico a homicidios y tengo una espada colgando sobre mi cabeza y un montón de presión de arriba para que obtenga resultados. —Se apoyó en la pequeña mesa delante de Stone—. Probemos otra vez con lo de los nombres. ¿Cómo te llamas?

—Oliver Stone, como he dicho las últimas cuatro veces que lo has preguntado.

—Enséñame algún documento de identidad.

—Como he dicho las últimas cuatro veces, no tengo ninguno.

—¿Cómo es posible que en el siglo veintiuno alguien no tenga un documento de identidad? —se planteó incrédulo el otro agente.

Stone lo miró desconcertado.

—Yo sé quién soy. Y me da igual si no lo sabe nadie más.

—Entonces, ¿has venido hasta aquí para decirnos qué? ¿Nada más aparte de que se supone que eres un director de cine famoso vestido como

un vagabundo?

—En realidad he venido para deciros que fui a ver a Carter Gray a su casa anoche a petición suya. Llegué alrededor de las nueve y me marché al cabo de tres cuartos de hora. Su chófer vino a buscarme. Seguro que el hombre dará fe de que cuando me marché la casa seguía en pie y de que su inquilino estaba vivo.

—¿Habéis hablado con el chófer? —intervino Al ex.

Los dos agentes intercambiaron una mirada.

—¿De qué hablasteis? —preguntó uno de ellos.

—De asuntos privados. Estoy convencido de que no tiene nada que ver con lo que le pasó al señor Gray. —Por supuesto, Stone sabía muy bien que lo que Gray le había contado sobre la muerte de los otros tres hombres estaba estrechamente ligado a su propia muerte.

—Me huele a falta de cooperación —aseveró el mismo agente.

—Y a mí me huele a obstrucción a la justicia —añadió su compañero—. ¿Te apetece quedarte en una celda, señor Stone, mientras intentamos averiguar quién eres realmente?

—Si creéis que tenéis suficiente para acusarme, pues acusadme —repuso Stone con tranquilidad—. De lo contrario, me esperan en otro sitio.

—Eres un hombre ocupado, ¿verdad, señor Stone? —comentó uno de los agentes con sarcasmo.

—Intento ser productivo. Pero haré un trato con vosotros.

—Nosotros no hacemos tratos.

—Os acompañaré a la escena del crimen. Si veo algo que me parezca raro, os lo diré.

—¿Que te parezca raro? ¿Qué diablos significa eso? —preguntó el otro agente.

—Pues lo que he dicho.

—No vamos a llevarte a la escena del crimen.

—Si mató al tío, quizá quiera borrar alguna pista —opinó el primer agente.

—Llamad al director del FBI, por favor. —Stone exhaló un suspiro.

—Pero ¡qué dices! —Lo miró incrédulo.

—Llama al jefe del FBI. Hace poco me mandó una carta encomiándome. Resulta que por casualidad traigo una copia conmigo. Le he llamado a su despacho antes de venir y le he dicho que si tenía algún problema le llamaría.

Stone le tendió la carta al agente. El compañero miró por encima de su hombro y ambos leyeron la carta detenidamente. Luego miraron a Alex, que se limitó a encogerse de hombros.

—¿Vais a llamar o decidimos no molestar al director e ir a la escena del crimen? No tengo todo el día.

—No hace falta molestar al director —dijo al final uno de los agentes.
Stone se levantó.

—Me alegra saberlo.

OceanofPDF.com

17

Stone caminó cerca de los escombros de la casa de Carter Gray con uno de los agentes del FBI y con Alex Ford.

—¿Una explosión de gas? —preguntó Alex al agente.

—Eso es lo que parece, pero no sé cómo pudo ser. La casa no era demasiado vieja. Y disponía de las medidas de seguridad más modernas.

Stone observó lo que quedaba de la casa en que había estado la noche anterior.

—¿Dónde encontraron el cadáver?

—Lo siento, no puedo decirlo. En el dormitorio encontramos los restos de un cuerpo.

—¿Lo han identificado?

—Basta con decir que lo consideramos una investigación por homicidio del ocupante de la casa.

—¿Habéis encontrado al chófer para que confirme la versión de Oliver?

El agente negó con la cabeza.

—El hombre ha desaparecido. Era de la CIA. No sé qué pintaba en todo esto. Por supuesto, eso significa que sólo contamos con su palabra de que le llevó a casa —añadió, repasando a Stone de arriba abajo.

—Si hubiera querido deshacerme de Gray, no le habría contado a nadie que iría a verle, mucho menos a un agente del Servicio Secreto. Y, por descontado, no lo habría hecho la misma noche que fui a verle.

—Lo que te convierte en sospechoso es el hecho de que la casa saltara por los aires justo después de que se reuniera contigo —aseveró el agente.

—Y también es el motivo por el que estoy aquí. Porque, cuanto antes encontréis al verdadero asesino, antes me borraréis de la lista.

—¿Había alguien más por aquí? —preguntó Alex.

El agente asintió sin apartar la mirada de Stone.

—Un guardia. Salió de aquella casa de invitados, le alcanzaron parte de los escombros y de hecho empezó a arder. Dice recordar que alguien lo tiró al suelo y sofocó las llamas. Se desmayó y lo siguiente que recuerda es que lo metieron en la ambulancia. Está en la unidad de quemaduras de un hospital de Annapolis. Se recuperará.

—O sea que anoche aquí había alguien más —dijo Alex.

El agente seguía observando a Stone, que levantó las manos para decir:

—Si quieres, puedes comprobar si tengo quemaduras.

—¿No sería el otro tipo, el chófer? —preguntó Alex rápidamente mientras dedicaba a Stone una mirada de «déjalo correr».

—El guardia estaba tan maltrecho que sólo vio que era un hombre —reconoció el agente—. Pero si fue el chófer, ¿por qué iba a marcharse corriendo?

—Sería lo normal si tuvo algo que ver con la explosión —comentó Stone—. ¿Y el hecho de que haya desaparecido? No es que quiera deciros cómo llevar la investigación, pero da que pensar.

—Ya lo hemos pensado —repuso el agente secamente.

—¿Han encontrado algo útil en la casa? —preguntó Stone.

—Si hubiéramos encontrado algo, no estarías en la lista de personas a las que informar.

Stone sonrió, se giró y lo vio.

—Bueno, como no pinto nada seguro que no os importa que vaya a dar un paseo por el acantilado —dijo pausadamente—. No me perdáis de vista por si se me ocurre huir corriendo.

Mientras se alejaba, el agente preguntó a Alex:

—Oye, de agente a agente, ¿quién cono es este tío?

—Una persona en la que tengo plena confianza. Un hombre en quien confío a ciegas.

—¿Podrías explicarte un poco mejor?

—No; es un asunto de seguridad nacional. De todos modos, nunca me creerías.

El agente observó al desaliñado Stone.

—¡Seguridad nacional! ¡Pero si el tío parece un sin techo!

—De hecho trabaja en un cementerio —dijo Alex tratando de dar información útil.

El agente se limitó a negar con la cabeza y luego siguió a Stone, que estaba cerca del acantilado.

Lo que había llamado la atención de Stone era la caseta del regulador del gas. Mientras se dirigía a ella, el mismo agente le dijo en voz alta:

—Ya la hemos comprobado. Era obvio.

—¿Y?

—Y funciona bien y la entrada no está forzada.

—No habría indicios de entrada forzada si la persona supiera qué está haciendo. Pero ¿desde aquí puede manipularse la presión del gas?

—Se supone. Pero hemos comprobado la caja y la presión no ha cambiado.

Stone recordó el ventanal de la casa de Gray con vistas al acantilado. Ese recuerdo tenía algo que le atormentaba. Se volvió hacia el agente.

—Bueno, la presión se puede cambiar y luego dejarla en el valor inicial.

—Vale, ¿hay algo más que te parezca raro? —preguntó el hombre.

—Digamos que alguien aumenta considerablemente la presión del gas que entra en la casa, lo cual revienta los automatismos de seguridad. En cuestión de segundos, la casa se llena de gas.

—Pero hace falta algo para inflamar el gas.

—Bastaría con encender una lámpara para producir una chispa.

—Cierto. Van a traer los perros rastreadores de explosivos. A no ser que encuentren dinamita o C4, tendremos que investigar el tema del gas más detenidamente.

De repente Stone recordó lo que necesitaba. Dejó al agente y se reunió de nuevo con Alex.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó Alex.

—Llenas la casa de gas manipulando la presión. Una pequeña chispa inflamará el gas, pero si Gray está dormido no puedes contar con él. Y tampoco quieres que huelga el gas y huya. Así que hay un hombre situado a unos cien metros de la parte trasera de la casa, cerca de esos acantilados. Dispara una bala incendiaria a la ventana. La bala atraviesa el cristal, se inflama por el impacto y provoca la explosión de gas. Si encuentran un trocito de metal de color en el interior podría ser la punta de la bala. Las balas incendiarias suelen ser de color para que la gente no las confunda.

Alex asintió pensativo.

—Pero ¿cómo se marchó? La parte delantera estaba bloqueada. A no ser que el guardia quemado perdiera el conocimiento y no viera al tipo que pasaba por su lado.

Stone y Alex se reunieron con el agente del FBI.

—¿Alguna prueba de que la persona se marchara por aquella zona boscosa? —le preguntó Stone.

El agente negó con la cabeza.

—Lo hemos examinado todo. Ningún rastro, y es imposible que no hubiera ninguno. Y desde allí tampoco es fácil volver a la carretera principal.

—Pero, en todo caso, ¿la persona podría haberse marchado directamente por la carretera principal?

—No creo. He olvidado decir que el guardia herido dijo que el tío que lo ayudó se fue corriendo por aquí, no hacia la carretera.

Stone se acercó al acantilado seguido de cerca por el agente.

—Entonces se marchó por aquí. Probablemente viniera por el mismo sitio.

El agente miró hacia abajo.

—Es toda roca lisa, por lo menos diez metros.

—No es lisa. Hay un montón de asideros, si uno sabe dónde mirar.

—Vale, escaló por aquí. ¿Y qué me dices de la bajada?

—Pues como no veo nada por aquí a lo que sujetar una cuerda, supongo que saltó.

El agente observó los remolinos de agua al pie del acantilado.

—Imposible.

—No tanto.

«De hecho, yo hice lo mismo hace treinta años. Sólo que desde una altura de quince metros y mientras me disparaban», pensó Stone.

Stone regresó a Washington D.C. con Alex.

—Ha sido una mañana productiva —dijo Alex agradecido.

—Saber cómo se hizo y encontrar al que lo hizo son dos cosas muy distintas. Carter Gray tenía muchos enemigos.

—No te lo discuto, pero ¿no se te ocurre nada? Me refiero a que seguro que quería que fueras a verle por algún motivo.

Stone vaciló. No le gustaba ocultarle cosas a Alex, pero a veces las revelaciones sinceras, aunque fueran por una buena causa, acababan siendo una mala decisión.

—No creo que guarde relación.

Notó que Alex no se lo tragaba, pero decidió no insistir.

Mientras iban en el coche, Stone miraba por la ventanilla. De repente tres hombres con los que había trabajado hacía décadas estaban muertos. Carter Gray lo había llamado para advertirle de esa curiosa concatenación de sucesos. Y la misma noche de la advertencia lo habían hecho saltar por los aires. Quienquiera que fuera había descubierto a tres ex asesinos muy bien preparados y encubiertos y los había matado. Y luego había conseguido acabar con Carter Gray, un experto en ser más listo que sus enemigos.

Cabía la posibilidad de que una persona lo suficientemente lista para hacer todo aquello descubriera la verdadera identidad de Oliver Stone. Y que decidiera matarlo también a él.

«A lo mejor me lo merecería», pensó. Porque lo único que tenía en común con los hombres muertos era que ellos también habían sido asesinos.

OceanofPDF.com

18

Annabelle estaba en el exterior del cementerio donde Stone trabajaba de cuidador. Tras su charla con Leo y la conversación con Stone, había tomado una decisión. Aquélla no era la batalla de Stone. Por muy amigos que fueran no podía permitir que se implicara en el asunto. Si Bagger llegara a matarlo, Annabelle no sería capaz de cargar con ese peso en su conciencia.

Las puertas estaban cerradas con llave, pero con un tensor y una ganzúa tardó un par de minutos en abrirlas y llegar al porche frontal de la casa. Deslizó por debajo de la puerta la nota que había tardado casi una hora en redactar, a pesar de su brevedad. Al cabo de unos instantes estaba en el coche. Tres horas después iba a bordo de un avión de United Airlines. Mientras la aeronave se elevaba siguiendo el curso del río Potomac, Annabelle miró por la ventanilla. Georgetown estaba justo allá abajo. Le pareció ver el pequeño y cuidado cementerio, el cementerio de Stone. Tal vez en ese momento estuviera en el camposanto ocupándose de las lápidas, encargándose de los muertos y enterrados, expiando pecados pasados.

—Hasta la vista, Oliver Stone —dijo para sí. «Adiós, John Carr.»

—Me encanta esta pijada de Internet —bramó Bagger mientras contemplaba los papeles que uno de los informáticos acababa de entregarle.

—Es increíble, señor Bagger —repuso el joven con gafas con tono vanidoso—. Y sinceramente...

—Lárgate de aquí —rugió Bagger.

El informático huyó aterrorizado.

Bagger se sentó tras el escritorio y volvió a examinar los papeles. Había contratado a una empresa de búsquedas por Internet. No sabía qué

fuentes utilizaban y le importaba muy poco. Le habían dado resultados satisfactorios, eso era lo que importaba. Annabelle Conroy había llegado al altar, hacía más de quince años, y por irónico que pareciera, había sido en Las Vegas. La lástima era que no había fotos de la feliz pareja, sólo los nombres. Tenía que ser la misma Annabelle Conroy, porque ¿cuántas personas que se casasen en la ciudad del pecado podrían llamarse así? Pero tenía que asegurarse al cien por cien. Así pues, cogió el teléfono y llamó a una empresa de detectives privados cuyos servicios ya había utilizado en otras ocasiones. Esa gente trabajaba al filo de la ley y, en ciertos casos, cruzaba la frontera. Le encantaban por eso y también porque obtenían resultados. Podría haberles encargado antes que localizaran a Annabelle, pero quería proporcionarles algo de información que les sirviera de punto de partida, y ahora ya la tenía. Cuando dos personas contraen matrimonio, firman un montón de documentos. Y tienen que vivir en algún sitio y contratar cosas como un seguro y los suministros energéticos y tal vez hacer testamento y tener un coche a nombre de los dos.

Rió por lo bajo. Annabelle había fingido ser de la CIA para estafarle, y ahora le demostraría lo que era la verdadera inteligencia.

—Hola, Joe, soy Jerry Bagger —dijo por el teléfono—. Tengo trabajo para ti. Un trabajo muy importante. Necesito encontrar a una vieja amiga. Y necesito que sea rápido porque quiero rodearla con los brazos y estrecharla con fuerza.

OceanofPDF.com

19

Stone vio la nota cuando regresó a su casa. Supo por instinto de qué se trataba incluso antes de abrirla, pero se tomó su tiempo para leerla. Al terminar, se recostó en el asiento y respiró hondo. Luego se enfadó. Llamó a Reuben, a Milton y a Caleb. Les dijo que esa noche habría una reunión del Camel Club en su casa. Aunque Caleb rezongó porque tenía que trabajar hasta tarde para acabar un proyecto, Stone insistió en que fuera.

—Es importante, Caleb. Tiene que ver con una de nuestras amistades.

—¿Qué amistades? —le había preguntado él con suspicacia.

—Susan.

—¿Se ha metido en algún lío?

—Sí.

—Entonces iré —dijo Caleb sin vacilar.

Stone pasó las horas siguientes trabajando en el cementerio, apuntalando lápidas antiguas que siempre parecían querer desprenderse de la tierra tras un aguacero, independientemente de las veces que las enderezaba y reforzaba. Estaba haciendo algo más que trabajar. Quería hacer aflorar algo que llevaba enterrado mucho tiempo, tanto en la tierra como en su mente.

La vieja lápida estaba coronada por un águila. Mientras fingía enderezarla por si alguien le observaba, Stone la dejó caer al suelo como por casualidad. En la tierra quedó entonces al descubierto un pequeño agujero que contenía una caja rectangular de metal hermética. La sacó y la introdujo en la bolsa de basura que estaba utilizando para recoger las malas hierbas. Dejó la lápida de lado, se sacudió el polvo de las manos y entró en su casa con la bolsa.

Abrió la caja en el escritorio con una llave que guardaba pegada con cinta adhesiva detrás del interruptor de luz del diminuto cuarto de baño. Dispuso el contenido de la caja delante de él. Aquello era su póliza de seguros por si alguna vez alguien iba a hacerle daño. Stone era consciente de que lo que le habían pedido que hiciera por su país podía considerarse, desde otro punto de vista, como meros crímenes cometidos bajo la frágil bandera del contraespionaje. Le habían dicho en innumerables ocasiones que, si él o los miembros de su equipo eran apresados durante una misión, no confiaran en que el Tío Sam fuera a sacarles del apuro. Estaban solos. Para unos jóvenes dotados de habilidades especiales y grandes dosis de confianza en sí mismos, aquello era una especie de reto imposible de rechazar.

Él y hombres como Lou Cincetti y Bob Cole solían bromear, en sesiones de humor negro, con que si su captura fuese inminente se limitarían a matarse mutuamente y así, como no podía ser de otro modo, dejarían el mundo juntos. No obstante, a medida que transcurrían los años y los asesinatos se sucedían, Stone había empezado a recopilar información y documentación sobre esas «misiones». El Tío Sam podía decir que no respondería por ellos, pero la situación cambiaría sobremanera si Stone demostraba la responsabilidad de la Agencia. No obstante, al final nada de todo aquello había importado. Su mujer había muerto y había perdido a su hija, y las personas responsables de ello, por el mero hecho de que él no quiso seguir matando, no habían recibido su merecido castigo.

Stone se quedó mirando una foto un buen rato. Era de Vietnam, de cuando todavía era soldado, aunque de los especializados. Había recibido el encargo de asesinar a un político norvietnamita. Normalmente, los francotiradores de largo alcance actuaban en equipo. Había vigías, observadores y personas que comprobaban el viento y otras condiciones atmosféricas. Sin embargo, a Stone lo habían enviado solo a una misión que incluso a él le parecía imposible. Lanzarse desde un helicóptero a una selva infectada de vietcongs. Recorrer ocho kilómetros a pie por terreno peligroso y matar al hombre en un mitin al que asistirían más de diez mil personas, con estrictas medidas de seguridad. Luego volver sobre sus pasos y recorrer varios kilómetros hasta el lugar asignado, difícil de encontrar de día y mucho más por la noche. El helicóptero estaría allí exactamente cuatro horas después de haberlo dejado. Pasaría una sola vez, si Stone no regresaba a tiempo quedaría a merced del Vietcong.

Al parecer, le habían elegido para aquella misión suicida porque era su mejor hombre; a decir de todos, el tirador con mejor puntería y el más incansable sobre el terreno. Por entonces Stone era una máquina, capaz de correr todo el día y toda la noche. En una ocasión ya lo habían lanzado desde un helicóptero en el sur del mar de China y había nadado varios kilómetros en aguas turbulentas para matar a una persona considerada hostil a Estados Unidos. Desde más de medio kilómetro de distancia le había pegado un tiro en la cabeza mientras el hombre en cuestión estaba sentado a la mesa de la cocina leyendo el periódico y fumando un cigarrillo. Luego había desandado el camino a nado y un submarino lo había recogido.

No obstante, con la misión de Vietnam, Stone había sospechado que sus superiores le transmitían un mensaje con respecto a su cada vez mayor oposición a la guerra. No cabía duda de que algunos rezaban para que fracasara. Y muriera. Aquella noche no les había complacido. Había matado al político desde una distancia más que considerable incluso para un francotirador de primera, utilizando una mira que habría hecho reír a los actuales tiradores de élite. Stone había llegado al claro cuando el helicóptero estaba a punto de marcharse después de su única pasada. Sabía que los pilotos le habían visto, pero daba la impresión de que no iban a tomarse la molestia de recogerle. Disparó una bala de gran calibre por las puertas de carga abiertas para demostrarles lo equivocados que estaban.

Habían aterrizado el tiempo estrictamente necesario para que subiera a los patines. Mientras el helicóptero se marchaba, no dejaban de dispararles desde la jungla. Aquella noche, Stone había corrido como nunca en su vida, pero no había sacado mucha ventaja a un batallón de airados norvietnamitas. El éxito de esa misión había llamado la atención de la CIA y le había valido la incorporación en el «estimado grupo» de asesinos llamado División Triple Seis.

La Triple Seis era una división desconocida incluso para la mayoría de los miembros de la CIA. Probablemente durmieran mejor sin saberlo. Sin embargo, todos los países «civilizados» tenían asesinos que actuaban en defensa del interés nacional y, por supuesto, Estados Unidos tenía los mejores. Por lo menos ésa era la justificación de sus misiones.

Stone se fijó en otro papel con varios nombres y una foto adjunta. Eran Stone, Bob Cole, Lou Cincetti, Roger Simpson, Judd Bingham y

Carter Gray. Que él supiera, era la única foto en que aparecían los seis hombres juntos. Y existía porque, tras una misión especialmente difícil, habían ido a emborracharse juntos en cuanto el avión hubo aterrizado en suelo estadounidense. Cuando Stone contempló su propio rostro prácticamente sin arrugas, el rostro confiado de un asesino que no tenía ni idea de las penalidades y pérdidas personales que le esperaban, notó una presión en el pecho.

Echó una ojeada a la imagen del hombre alto y elegante que Roger Simpson era entonces. Simpson nunca había sido agente de campo, sino que, al igual que Gray, había orquestado las actividades de Stone y los demás desde una distancia relativamente segura. Había saltado al ruedo de la política, donde seguía siendo alto y apuesto. Sin embargo, el carácter ambicioso que había parecido un atributo muy positivo en su juventud le había convertido, al cabo de más de tres décadas, en un conspirador maquiavélico y un hombre que nunca olvidaba un agravio, por nimio que fuera. No satisfecho con ser senador, codiciaba la presidencia y había hecho todo lo posible por alcanzarla. Y cuando el mandato del actual presidente terminara, todo apuntaba a que Simpson era uno de los favoritos para ocupar el cargo. Su esposa, ex Miss Alabama, le añadía un elemento de *glamour* que Simpson —un tanto estirado— nunca habría inspirado. De forma discreta y anónima se rumoreaba que la señora Simpson no disfrutaba demasiado de la compañía de su esposo. Sin embargo, parecía tener tantas ganas de convertirse en primera dama que le seguía el juego.

Stone siempre lo había considerado un hombre sin fuerza de voluntad y un capullo traicionero. El hecho de que un hombre como aquél tuviera muchas posibilidades de ocupar la presidencia en pocos años no hacía más que corroborar la baja opinión que Stone tenía de la política estadounidense.

Dejó los papeles otra vez en la caja y la ocultó en el agujero antes de volver a colocar la lápida en su sitio. Sin olvidar la posibilidad de que alguien fuera a matarle, decidió asegurarse de que Annabelle Conroy seguía perteneciendo al reino de los vivos, aunque hubiera dicho que no necesitaba su ayuda.

Stone había perdido a su hija. No estaba dispuesto a perder a Annabelle.

20

El Camel Club se reunió esa noche a las ocho en casa de Stone. Como de costumbre, Milton llevó su portátil y fue dándole a las teclas mientras Caleb se sentaba nervioso en una silla desvencijada y Reuben se quedaba apoyado contra la pared.

Stone les habló del dilema de Susan y les dijo que se había marchado de la ciudad.

—Pues qué rabia —se quejó Reuben—. Ni siquiera llegamos a salir para tomar algo.

—Es probable que Jerry Bagger matara a esa gente en Portugal y dejara a su compinche moribundo —explicó Stone—. Necesita nuestra ayuda, pero considera que correríamos demasiado peligro.

Caleb se irguió.

—Está claro que no sabe que este grupo disfruta con el peligro.

Stone carraspeó.

—Sí, bueno, mi plan original era investigar a Bagger y ver si podíamos hacer algo para que acabe en prisión.

—En la teoría es un buen plan, pero ¿cómo lo llevamos a la práctica? —inquirió Reuben.

—Creo que valdría la pena ir a Atlantic City y ver qué tal.

—Aquí sale una foto de él —intervino Milton—. El Pompeii Casino tiene página web.

Caleb miró a Bagger, que le sonreía desde la pantalla del ordenador, y lanzó un gemido.

—Dios mío, mirad qué cara, qué ojos. Está claro que es un gánster, Oliver. Uno no va a ver «qué tal» son los gánsteres.

Reuben observó a Stone.

—A lo mejor es un poco arriesgado ir a su territorio.

—Sólo sería para recopilar información —dijo Stone—. Nada de confrontaciones. Sólo observar y quizás hablar con algunas personas que puedan sernos útiles.

—Pero ¿y si Bagger se entera? ¡Vendrá a por nosotros! —exclamó Caleb.

—¿No disfrutabas con el peligro? —le recordó Reuben.

—Ese hombre mata gente y encima seguro que disfruta haciéndolo —replicó Caleb.

—La buena noticia es que tú no tienes que ir —le dijo Stone. Se giró hacia los otros dos—. He pensado que Milton y Reuben podrían hacer el primer reconocimiento; eso si Reuben consigue unos días libres del muelle.

—Siempre encuentro una buena excusa para no ir a descargar grandes camiones por una mierda de sueldo.

—Me parece bien —se limitó a decir Milton.

—¿Te parece bien? —exclamó Caleb—. Milton, este hombre es peligroso. Por el amor de Dios, si es el dueño de un casino —añadió con un susurro—. Se forra gracias a las adicciones de la gente. Seguro que también trafica con drogas. ¡Y prostitución! —acabó diciendo con gesto histriónico.

—Tenéis que ir con cuidado —advirtió Stone—. No corráis riesgos innecesarios.

—Entendido —dijo Reuben—. Mañana por la mañana puedo recoger a Milton en la furgoneta.

—Mientras vosotros os dedicáis a eso, intentaré localizar a Susan. Se ha marchado del hotel, pero tengo algunas ideas.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras vosotros tres estáis por ahí pendoneando? —preguntó Caleb.

—Lo de siempre, Superman —respondió Reuben—. Mantener a la capital de la nación a salvo y luchar por la verdad, la justicia y la libertad.

—Oh, Caleb, tienes que dejarme el coche —dijo Stone—. Dudo que Susan siga en la ciudad, así que tendré que viajar.

Caleb lo observó asustado.

—¿Quieres que te deje el coche? ¡Mi coche! Imposible. —El vehículo de Caleb era un viejo Nova gris peltre cuyo tubo de escape traqueteaba sin remedio. Tenía más óxido que metal, más muelles que tapicería, la calefacción y el aire acondicionado estropeados y su dueño lo trataba como si aquella cafetera fuera un Bentley antiguo.

—Dale las llaves y calla —gruñó Reuben.

—Y entonces, ¿cómo vuelvo a casa esta noche?

—Te llevaré en mi moto.

—Me niego a subir en esa máquina de matar.

Reuben le dedicó una mirada tan feroz que Caleb sacó las llaves del coche y se las dio a Stone.

—Bueno, no tiene nada de malo probar cosas nuevas.

—Oliver —le preguntó de repente Caleb—, ¿tienes carné de conducir?

—Sí, pero me caducó hace más de veinte años.

Caleb palideció.

—Eso quiere decir que, legalmente, no puedes conducir.

—Cierto. Pero dada la trascendencia de lo que estamos haciendo, sabía que lo comprenderías.

Stone dejó a Caleb boquiabierto y se dirigió a Reuben, que le hacía una seña desde la puerta de entrada.

—Han hecho saltar por los aires la casa de Carter Gray —le susurró Reuben.

—Lo sé.

—Espero que no lo sepas «demasiado».

—El FBI ya me ha interrogado. Fui a casa de Gray o a lo que quedaba de ella con un par de agentes y Alex Ford, y les concedí el beneficio de mis ideas.

—¿Asesinato?

—Sin duda.

—Esto no tiene nada que ver con... en fin... tu pasado, ¿no? —Era el único componente del Camel Club que sabía algo, por remoto que fuera, de lo que Stone había hecho hacía décadas.

—Espero que no. Ya nos veremos cuando volváis de Atlantic City.
Recuerda, sed discretos.

—Mientras esté allí, ¿quieres que apueste por ti en la mesa de dados?

—Nunca juego, Reuben.

—¿Y eso?

—Una: no tengo dinero, y dos: odio perder.

OceanofPDF.com

21

A la mañana siguiente, Bagger se reunió con Joe, de la agencia de detectives privados. Era un hombre esbelto y tenía unos ojos grises que transmitían tranquilidad. Aunque hablaba con voz queda, Joe no se sentía nada intimidado por el magnate de los casinos. Era una de las cosas que a Bagger más le gustaban de él. Joe se sentó y abrió una carpeta.

—Hemos obtenido resultados rápidamente, señor Bagger. —Eché una ojeada a las páginas antes de alzar la vista—. Tengo un informe escrito para usted, pero voy a hacerle un resumen. —Le tendió una foto—. Uno de nuestros socios de Las Vegas fue a la capilla donde Conroy y DeHaven se casaron. Es uno de los típicos negocios familiares; de hecho la sigue llevando la misma pareja. Tras un pequeño estímulo económico nos dejaron echar un vistazo al registro y de ahí obtuvimos la copia de esta foto. Según parece, hacen fotos de todas las parejas que casan y las cuelgan en la pared. A juzgar por su expresión, señor Bagger, supongo que ésa es la chica.

Bagger sonrió mientras contemplaba la foto de una Annabelle Conroy mucho más joven y su flamante esposo, Jonathan DeHaven.

—Es mi amiguita. Buen trabajo, Joe. ¿Qué más tienes?

—Algo que podría facilitarnos el trabajo. Pero todavía no estoy seguro.

Bagger apartó la mirada de la foto.

—¿De qué se trata?

Joe le tendió un recorte de periódico.

—El apellido DeHaven me sonaba, pero en aquel momento no supe por qué. Pero investigué un poco y ¡bingo!

—¡Fue asesinado! —exclamó Bagger al leer el titular.

—Hace muy poco. Lo encontraron en una cámara de la Biblioteca del Congreso. Fue un asunto relacionado con una red de espionaje que operaba en la capital.

—¿Estamos seguros de que se trata del mismo DeHaven?

Joe le mostró otra foto de DeHaven de un artículo de periódico que explicaba los detalles de su muerte.

—Se ve que es la misma persona, pero mayor.

—¿O sea que el marido de Annabelle era espía y lo trincaron?

—Su ex marido. También descubrimos que el matrimonio se anuló al cabo de un año.

—¿Anuló? ¿Eso significa que no consumaron el matrimonio o algo así? ¿Durante un puto año? —Bagger se quedó mirando la foto de boda. La mujer era un bombón. Por supuesto que él la odiaba por haberle estafado, pero ¿cómo era posible que su marido no se hubiera abalanzado sobre ella en cuanto dijeron los «sí quiero»?—. ¿Este DeHaven era homosexual o algo así?

—Desconozco los detalles de la anulación, pero se decretó y quedó registrada en Washington D.C., adonde se supone que la pareja fue a vivir. Y DeHaven no formaba parte de la red de espionaje. Todavía no se saben todos los detalles y algunos se consideran de interés para la seguridad nacional, pero parece que era un hombre inocente que fue asesinado porque se topó con algo que no debía toparse.

Bagger se reclinó en el asiento con aire pensativo. Annabelle le había hecho creer que pertenecía a la CIA y que podía blanquear dinero en el extranjero; por eso él se lo había dado. Pero ¿y si realmente pertenecía a la CIA? ¿Y si era el Gobierno el que lo había desplumado? No se puede demandar al Gobierno. No se puede matar al Tío Sam.

Miró fijamente al detective privado.

—Buen trabajo, Joe. Sigue buscando y a ver qué encuentras.

Joe se levantó.

—Estamos en ello, señor Bagger.

Cuando Joe se marchó, Bagger observó la foto de la joven Annabelle. Se la veía feliz, aunque su nuevo maridito tenía pinta de... pues eso, de bibliotecario.

Se levantó y miró por la ventana hacia su imperio, que ocupaba casi una manzana entera del paseo marítimo. Tomó una decisión, cogió el teléfono y llamó a su jefe de seguridad.

—Prepara el jet. Nos vamos.

—¿Adonde, señor Bagger?

—A mi ciudad favorita: Washington D.C.

OceanofPDF.com

22

A la mañana siguiente, mientras Reuben y Milton se dirigían a Atlantic City en el coche, Harry Finn también estaba ocupado. Él y dos miembros del equipo medían una parcela situada cerca del Capitolio. Los uniformes que llevaban eran impecables, el equipamiento, de lo más preciso. Lo más importante era que transmitían la apariencia de seguridad de quienes se hallan en todo su derecho de estar donde están. Cuando fueron abordados por dos agentes de policía del Capitolio, Finn sacó con toda tranquilidad un papel del bolsillo y les enseñó las supuestas órdenes oficiales recibidas.

—Hago lo que me mandan, chicos —dijo con aire de disculpa—. No estaremos aquí mucho rato. Es por el dichoso proyecto del centro de visitantes.

—¿Te refieres a ese pozo sin fondo que pagan los contribuyentes? —se quejó un poli. El proyecto se había convertido en la versión moderna de la construcción de una catedral gótica.

Finn asintió.

—Ya sabéis que en esta ciudad todo el mundo se considera con jurisdicción sobre algo. Por eso tenemos que hacer las cosas diez veces.

—Y que lo digas —convino el otro policía—. Pero hacedlo rápido.

—Descuida —repuso Finn mientras continuaba con su trabajo.

En realidad el aparato de topografía que utilizaban era una cámara de vídeo que en ese momento estaba filmando dos entradas del edificio del Capitolio y detallando la rotación de los guardias y otros elementos de seguridad para más tarde entrar en el edificio sin problemas. Desde que un hombre había franqueado el perímetro de seguridad del Capitolio con cierta

facilidad, varios políticos de alto rango se habían enfurecido. Habían contratado en secreto a la empresa de Finn para comprobar si la «mejora» de las medidas de seguridad puesta en práctica era la solución o no. Por lo que Finn había visto hasta el momento, estaba claro que no.

De vuelta en su despacho, Finn se pasó las dos horas siguientes inmerso en una «excavación telefónica». Se trataba de una actividad compleja consistente en telefonar a una persona tras otra para sonsacarle datos concretos capaces de ser utilizados en la siguiente llamada. Finn había empleado esta técnica para averiguar la ubicación en Estados Unidos de la vacuna para un peligroso virus de bioterrorismo fingiendo ser un estudiante de Marketing que hacía un trabajo sobre técnicas de distribución comercial. Habló con ocho personas, hasta llegar al vicepresidente de la empresa que fabricaba la vacuna, el cual, sin darse cuenta, confirmó la ubicación mientras respondía a preguntas aparentemente sin relación con el tema en cuestión.

Hoy Finn estaba recopilando información sobre dos proyectos futuros: la incursión en el Capitolio y una misión mucho más complicada en el Pentágono. Si bien por desgracia estaba claro que se podía estrellar un avión comercial contra la sede central del ejército de Estados Unidos, existían formas mucho más sutiles de burlar las medidas de seguridad del lugar y llegar a hacer incluso más daño del que hiciera el malogrado jumbo. Otras posibilidades eran colocar una bomba trampa en el sistema del centro de mando militar o sabotear el sistema de filtración de aire para matar o infectar a decenas de miles de altos funcionarios gubernamentales o incluso hacer volar el edificio entero desde el interior.

Finn seguía con su trabajo sin apartar la vista de Internet para seguir las noticias de la muerte de Carter Gray. Como era de esperar, las autoridades no desvelaban demasiado. No se habían producido filtraciones y buena parte de las noticias se limitaban a ensalzar una y otra vez la carrera gloriosa y el servicio a la patria del difunto, Carter Robert Gray. Al final, Finn no aguantó más y salió a dar un paseo.

Entonces, de repente, decidió visitar a su madre. Cogería un avión esa misma noche, en cuanto los niños estuvieran acostados. Podía verla al día siguiente y regresar a casa por la noche. Después del trabajo de la Marina le esperaba una temporada de inactividad. El suyo no era un trabajo de nueve a cinco. Teniendo en cuenta que varias misiones se encontraban en

fase de preparación previa a las operaciones sobre el terreno, aquél era un buen momento.

Ver a su madre le producía sentimientos encontrados. La rutina nunca variaba; de hecho era imposible que cambiara. No obstante, dado que todo había comenzado con ella, Finn tenía que regresar a esa base de vez en cuando. No es que tuviera que ir a rendir cuentas, pero, en cierto modo, eso era precisamente lo que hacía.

Reservó el vuelo por Internet y llamó a Mandy para decírselo. Salió pronto del trabajo, llevó a sus dos hijos pequeños a clases de natación y de béisbol respectivamente y más tarde pasó a recogerlos. Cuando ya estaban dormidos, se dirigió al aeropuerto para recorrer el corto trayecto hacia uno de los días más largos de su vida.

OceanofPDF.com

23

Stone marcó el número de Annabelle. Sonó cuatro veces y cuando creía que ya no respondería escuchó su voz.

—¿sí?

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Oliver, te dejé una nota.

—La nota me importa un bledo. ¿Dónde estás?

—No quiero que te metas en esto, así que olvídame.

—He mandado a Milton y a Reuben a Atlantic City para que hagan un reconocimiento de la situación.

—¿Que has hecho qué? —exclamó ella—. ¡Estás loco!

—Ésa es la Annabelle que he conocido y admirado.

—Enviarlos a los dominios de Bagger es un suicidio.

—Saben cuidarse solitos.

—Oliver, me marché de la ciudad para que no os implicarais.

—Pues entonces vuelve, porque estamos implicados.

—No puedo volver. No pienso hacerlo.

—Entonces respóndeme a una pregunta.

—¿Cuál? —dijo ella con recelo.

—¿Qué te hizo Jerry Bagger para que quisieras estafarle tantos millones?

—Lo estafé porque me dedico a eso. Soy una estafadora.

—Si sigues mintiendo, me voy a enfadar de verdad.

—¿Por qué te interesa?

—Tú nos ayudaste y ahora nos toca ayudarte.

—Me ayudé a mí misma. A vosotros os encontré por el camino.

—Como quieras, pero aun así nos necesitas. Y estamos perdiendo el tiempo. Si Bagger es tan bueno como dices, quizá no te quede mucho tiempo.

—Gracias por tu voto de confianza.

—Lo hago porque soy práctico. ¿Dónde estás?

—Olvidalo.

—En ese caso déjame adivinar. Pero si acierto tendrás que decirme en qué lugar exacto. ¿De acuerdo?

—He dicho que...

—¿Trato hecho?

—Vale —resopló—. Trato hecho.

—Vamos a ver, has seguido mi consejo e intentas que acusen de algo a Bagger. O sea, que lo acusen del motivo por el que lo desplumaste. Y ahí es donde estás ahora mismo, en el lugar donde te hizo algo tan malo, a ti o a los tuyos. Pretendes darle donde más le duele. ¿Me equivoco?

Annabelle se quedó muda.

—Bueno, como he ganado la apuesta tienes que decirme dónde estás.

—No has mencionado ningún lugar concreto.

—Yo no dije que fuera a mencionar un lugar en concreto. De hecho, lo que te he dicho es mucho más que nombrar una ciudad. Pero si quieres incumplir un trato...

—Nunca incumplo los tratos.

—Entonces dímelo.

Un silencio.

—Estoy en Maine.

—¿Dónde, exactamente?

—Un poco al sur de Kennebunk, en la costa.

—¿Ahí es donde ocurrió?

Otro silencio.

—Sí —admitió ella por fin.

—¿Y qué es lo que ocurrió?

—Es asunto mío.

—Creo que te he demostrado que puedes confiar en mí.

—No estoy convencida de que alguien pueda demostrarme tal cosa.

—Vale, como quieras. Iré a Atlantic City y le echaré el ojo al viejo Jerry personalmente.

—Oliver, no hagas eso. Te matará. ¿No lo entiendes?

—Entonces tendrás las manos manchadas con mi sangre —repuso en tono jocoso.

—No me jodas. Ahora mismo lo único que me falta son estas gilipolleces.

—Exacto —afirmó Stone—. No te hace falta que me haga el listillo; necesitas un plan que te aparte de la artillería de Bagger. Y luego tienes que ponerlo en práctica.

—¿Y tú te crees capaz de hacerlo?

—En el pasado me dedicaba a eso. Jerry Bagger es un cabrón de armas tomar, pero mi terreno de juego de aquella época no era precisamente Disneylandia. —Otro silencio. Stone creyó que ella había colgado—. ¿Annabelle?

—Mató a mi madre. Ya está, ahora ya lo sabes.

—¿Qué le hizo tu madre a Bagger?

—Nada. Fue mi padre, Paddy. Estafó diez mil dólares a Jerry y mi madre lo pagó con su vida.

—¿Mató también a tu padre?

—No. El consiguió escabullirse y olvidó decirle a mi madre que Bagger iría a por ella.

Stone exhaló un largo suspiro.

—Esa es una carga muy pesada de llevar. Lo siento, Annabelle.

—No necesito compasión, Oliver. Sólo necesito una forma de abatir a ese animal de una vez por todas porque, si te soy sincera, robarle cuarenta millones de dólares ni siquiera ha servido para aplacar mi sed de venganza.

—Dime dónde estás. Puedo llegar esta misma noche.

—¿Cómo vas a venir? ¿En avión?

—No tengo dinero para viajar en avión.

—Puedo comprarte el billete.

—Desgraciadamente no tengo ningún documento de identidad, y por tanto no puedo subir a ningún avión.

—Si me lo hubieras dicho te habría conseguido una documentación tan buena que ni siquiera el FBI sospecharía, mucho menos los guardias de seguridad de un aeropuerto.

—Algún día igual te tomo la palabra. Por ahora iré en coche.

Annabelle le dijo dónde estaba.

—¿Estás convencido? Si te rajas no pasa nada, estoy acostumbrada a ir sola por la vida.

—Ningún amigo del Camel Club va solo por la vida. Nos vemos en Maine, Annabelle.

OceanofPDF.com

24

Ubicado detrás de unos jugadores en la mesa de blackjack, Milton observaba el juego, recorriendo con una mirada de rayo láser las cartas que salían de la rampa.

Reuben se colocó a su lado.

—¿Qué tal va?

Milton sonrió.

—Parece divertido.

—Bueno, nuestra misión es mezclarnos con la gente, así que juega algunas manos. Pero no pierdas la camisa. Necesitamos dinero para la gasolina si queremos volver a casa.

Reuben siguió paseándose tranquilamente, observando aquí y allá, buscando algo o a alguien que pudiera resultar útil. Tras luchar en Vietnam había trabajado varios años en la Agencia de Inteligencia de Defensa, o DIA, el equivalente militar de la CIA. Aunque hacía tiempo que lo había dejado, no le costaba recordar cómo hacerlo bien. Y eso implicaba acercarse a un bar a tomar algo.

Acomodó el trasero en un taburete y pidió un gin—tonic, comprobó la hora y repasó con la mirada a la camarera, una mujer atractiva de mediana edad pero con el aspecto pálido y derrotado de quien ha pasado demasiados años trabajando en las salas de un casino.

—¿Qué actividad está de moda ahora? —le preguntó mientras comía cacahuets y bebía el cóctel.

La camarera pasó un trapo por la barra antes de contestar.

—Depende de lo que busques.

—Algo aparte de máquinas tragaperras, dados y otras cosas que cuesten dinero.

—Entonces te has equivocado de sitio.

Reuben rio.

—Es lo que llevo haciendo toda la vida. Me llamo Roy. —Le tendió la mano.

Ella se la estrechó.

—Angie. ¿De dónde eres?

—De un lugar un poco más al sur. ¿Tú eres de aquí?

—Vi la luz en Minnesota, imagínate. Pero llevo aquí lo suficiente para considerarme una nativa. Desde que llegaron los casinos, ¿cuánta gente puede decir que es de aquí? Aquí se viene, no se nace, por lo menos ya no.

Reuben alzó el vaso.

—Brindo por tu elocuencia. —Recorrió con la mirada la lujosa decoración—. Este sitio debe de ser de alguna empresa de las grandes. En comparación, el Bellagio o el Mandalay Bay parecen de pacotilla.

Angie negó con la cabeza.

—Nada de empresa, un solo hombre.

—Pensaba que todos los casinos eran propiedad de empresas millonarias.

—Éste no. Es propiedad de Jerry Bagger.

—¿Bagger? El nombre me suena.

—No me extraña. Si lo conoces, no se te olvida.

—¿He de deducir que no es precisamente un alma caritativa?

—No se construye un lugar así siendo un alma caritativa. —De repente miró a Reuben con recelo—. Esto no es ninguna artimaña, ¿eh? No trabajas para el señor Bagger, ¿verdad? Yo no digo nada malo de él. Es un buen jefe.

—Angie, tranquila. Soy lo que parezco, un pobre mamón de lucra de la ciudad que se ha gastado la pasta jugando y ha decidido pasar su última noche aquí disfrutando de verdad antes de marcharse a la rutina de siempre. —Miró por encima del hombro—. Pero gracias por la información. No quiero toparme con ese hombre y decir algo inconveniente. Parece un tío duro.

—No te preocupes. Ahora mismo no está en la ciudad. Ayer le vi marcharse con sus chicos.

—Oh. ¿Viaja mucho?

—La verdad es que no, aunque tiene un jet privado.

—Entonces probablemente haya ido a Las Vegas a ver qué tal le va a la competencia.

—Hace mucho tiempo que lo echaron de Las Vegas. Lo cierto es que sé adónde ha ido porque mi mejor amiga sale con el piloto del señor Bagger.

—¿Y adonde ha ido el gran jefe? —inquirió Reuben con tono aburrido mientras engullía un puñado de cacahuetes.

—A Washington.

Reuben se atragantó de tal manera que Angie tuvo que darle unas buenas palmadas en la espalda.

—Dichoso reflujo. Me ha dejado la garganta bien cerrada —dijo Reuben en cuanto se recuperó.

—Menudo susto me has pegado. Todavía no se me ha muerto nadie. —Miró alrededor y bajó la voz—: No todos los que están aquí pueden decir lo mismo.

—¿Alguien ha estirado la pata aquí hace poco? —preguntó Reuben tras respirar hondo.

—Digamos que un par de empleados de alto nivel acabaron en el hospital. Nos dijeron que tenían la gripe. Tengo una amiga en el hospital al que los llevaron. ¿Desde cuándo la gripe produce cortes y moratones? Qué me van a contar...

—Pero están vivos.

—Sí, pero otro tío de aquí, un informático, desapareció. Dijeron que había cambiado de trabajo. Pues resulta que no se lo contó a su familia y se olvidó de vaciar el apartamento.

—Vaya, ¿qué le habrá pasado?

Angie observó el corpachón de Reuben con satisfacción.

—Salgo de trabajar a las nueve, Roy. Si me invitas a cenar te cuento más cosas, ¿de acuerdo?

Al salir del bar Reuben llamó a Stone al móvil y le contó que Bagger estaba en Washington.

—Buen trabajo, Reuben. Ahora mismo voy de camino al encuentro de Susan.

—Pensaba que se había marchado.

—Digamos que la convencí para que nos diera otra oportunidad. ¿Has averiguado por qué Bagger está en Washington?

—Intentaré sonsacárselo esta noche. No quería presionarla demasiado, ya sabes.

—Mantenme informado.

—Y tú dile a Susan que sigue interesándome salir con ella.

OceanofPDF.com

25

Reuben continuó recorriendo el casino mientras intentaba memorizar detalles significativos. No sabía exactamente qué clase de información quería Stone, por lo que decidió ser más exhaustivo que superficial. En cualquier caso, era más entretenido que trabajar en el muelle de carga.

Al final volvió junto a Milton a la mesa de blackjack. Al llegar se quedó boquiabierto. Milton tenía un montón de columnas de fichas bien apiladitas delante de él.

—Milton, ¿qué cono ha pasado? —le preguntó.

—Lo que ha pasado es bien sencillo —dijo el jugador que estaba al lado de Milton—: su amigo ha ganado unos cuatro mil dólares.

Reuben se quedó mirando fijamente al hombre y luego al fornido jefe de mesa, que miraba con recelo a Milton y sus ganancias.

—¡Joder, Batman! —exclamó Reuben—. ¡Cuatro mil dólares!

El jefe de sala se acercó a Milton.

—Está haciendo trampas —le espetó.

—No es verdad —replicó Milton indignado.

—Está contando las cartas. ¿Así es como disfruta? ¿Qué pasa, no tiene suerte con las tías y por eso viene aquí a hacer trampas?

Milton se sonrojó.

—Es la primera vez que piso un casino.

—Y un cuerno —repuso el jefe de sala.

—Oiga, seguro que no es... —intervino Reuben educadamente.

—¿Y qué pasa si cuento las cartas? —interrumpió Milton—. ¿Acaso es ilegal en Nueva Jersey? Me parece que no, porque lo he comprobado. Y

el casino puede emplear contramedidas contra mí sólo si soy un «jugador experto», que no es el caso, y las contramedidas que puede aplicar están limitadas por ley. Ahora bien, en Las Vegas usted podría alegar que he entrado sin autorización, leerme la ley correspondiente y prohibirme la entrada a los casinos durante un año, pero esto no es Las Vegas, ¿verdad que no?

—¿Sabe todo eso y dice que es la primera vez que entra en un casino?
—replicó el jefe.

—Lo consulté en Internet ayer por la noche. Menudas normas. Así que apártese y déjeme jugar en paz.

El jefe parecía a punto de abalanzarse sobre Milton, pero Reuben se interpuso.

—Creo que mi amigo va a cambiar las fichas.

—Pero Reuben —se quejó Milton—, estoy en racha.

—Ahora mismo va a cambiarlas —afirmó Reuben, tajante.

Más tarde, Milton le preguntó:

—¿Por qué no me has dejado seguir jugando?

—Mejor seguir con vida, ¿no?

—Oh, venga ya, estamos en el siglo veintiuno. Esas cosas ya no se hacen.

—¿Tú crees? Olvídate de las leyes, en un casino te pueden echar por cualquier motivo. Tienes suerte de que el jefe de sala tardara en llegar a la mesa. Apuesto a que hay un par de matones siguiéndonos.

Milton giró la cabeza.

—¿Dónde?

—No se dejan ver, ¿sabes? —Reuben hizo una pausa—. ¿Cómo es que has ganado tanto dinero?

—Empecé utilizando un esquema alto—bajo multinivel con un añadido de conteo marginal basado en el sistema de recuento zen —susurró Milton—. Por supuesto, apliqué una metodología de conteo real que tiene en cuenta las distintas barajas con que se juega. Luego fui un poco más allá y utilicé el método de conteo de puntos avanzado de Uston. También me esforcé especialmente en optimizar mis apuestas de forma estratégica valiéndome de las fichas tricolores para disimular mi apuesta.

Reuben se quedó boquiabierto.

—Milton, ¿cómo demonios sabes todo eso?

—Anoche leí doce artículos sobre el tema en Internet. Eran muy interesantes, y en cuanto leo algo...

—Nunca lo olvidas, ya lo sé. —Reuben exhaló un suspiro. La capacidad intelectual de su amigo parecía no tener límites—. O sea que el jefe de sala tenía razón, estabas contando las cartas. Menos mal que lo has hecho sin un ordenador, eso sí que no se puede hacer.

—Tengo un ordenador, está en mi cerebro.

—Vale, cerebrín, para que lo sepas: en las misiones de reconocimiento la norma es que el equipo lo divida todo a medias.

—¿A medias?

—Sí, eso. Me tocan dos mil pavos. Venga, apoquina.

Milton le entregó el dinero y le advirtió:

—Recuerda que tienes que pagar los impuestos correspondientes.

—Yo no pago impuestos.

—Reuben, tienes que pagarlos.

—El Tío Sam ya le sacará la pasta a otro. Por cierto, mientras tú desplumabas al casino yo he estado recabando información. —Le contó lo de la camarera.

—Suená prometedor, Reuben, buen trabajo.

—Ya, pero el precio final quizá sea abusivo, a juzgar por cómo Angie me comía con los ojos.

—Bueno, no te supondrá problema alguno porque tienes dos mil dólares.

Reuben miró a su amigo de hito en hito, incrédulo.

OceanofPDF.com

26

Carter Gray caminó lentamente por el largo pasillo, que por algún motivo estaba pintado de color salmón, quizá para infundir tranquilidad, pensó. Sin embargo, no se trataba de un edificio que infundiera tranquilidad, ya que sólo se utilizaba en situaciones de emergencia. Al final del pasillo subterráneo había una única habitación enclavada tras una puerta acorazada. Introdujo los códigos de seguridad y dejó que los lectores biométricos le reconocieran. La puerta se abrió sin ruido alguno. Estas medidas de seguridad dignas de James Bond habían costado millones a los contribuyentes. De todos modos, pensó, ¿para qué otra cosa servían los contribuyentes si no? Consumían demasiado, pagaban muchos impuestos y su Gobierno gastaba mucho más de lo que debía, normalmente en estupideces. Si aquello no era equitativo, que bajara Dios y lo viera.

Gray se acercó a la pared de pequeños cofres acorazados y deslizó su llave electrónica por uno al tiempo que pasaba el pulgar por un lector de huellas dactilares. El cofre se abrió y él extrajo la carpeta y se sentó en una silla.

Al cabo de una hora Gray había terminado de leer el expediente. Acto seguido, extrajo la foto que había recibido por correo y la comparó con la del expediente. Se trataba del mismo hombre, sin duda. Había llegado a conocerle muy bien. En muchos sentidos había sido el mayor confidente de Gray. Durante décadas había temido que el desafortunado asunto de Rayfield Solomon acabara acechándole. Había llegado ese momento.

Cole, Cincetti, Bingham, todos muertos. Y él había estado a punto de correr la misma suerte, y así habría sido de no ser por la sala acorazada que el ex director de la CIA y vicepresidente que había vivido allí antes que él había ordenado construir en el sótano de la casa; una sala subterránea a

prueba de incendios y bombas. Cuando Gray le había dicho a Oliver Stone que en su nuevo hogar se sentía a gusto y seguro, lo había dicho en sentido literal. Y su hogar incluía un túnel fortificado que le había trasladado fuera de la finca sano y salvo hasta el otro lado de la calle principal, donde un coche conducido por uno de sus guardaespaldas le había recogido. Hacía más de una hora que Gray se había marchado de la casa cuando ésta explotó. Había salido a los pocos minutos de recibir la foto. De todos modos, le había ido por los pelos. El FBI había iniciado una investigación por homicidio, reconociendo públicamente que habían encontrado un cadáver entre los escombros. Gray había orquestado todo aquello entre bastidores. Quería que la gente lo diera por muerto.

Y lo estaría si su asesino en potencia no le hubiera mandado aquella foto. Qué arriesgado había sido. Menudo error táctico. No obstante, para él debía de ser importante que Gray comprendiera claramente por qué iba a matarle; por suerte aquello revelaba mucho del asesino. Sin duda se trataba de alguien para quien Rayfield Solomon era muy importante. Apuntaba a una relación familiar o algo muy parecido.

Ahora los demás objetivos resultaban obvios, reflexionó Gray sentado en una silla a treinta metros por debajo de la sede de la CIA en Langley, Virginia, coloso que había dirigido en otra época. El acceso a esa sala sólo se permitía al director y a los ex directores. Allí se encontraban los archivos que contenían secretos que nunca se desvelarían a la opinión pública estadounidense. Había información desconocida incluso para los mismísimos presidentes del Gobierno. La palabra «archivos» se refería a algo más que meros papeles. Incluía sangre, sudor y lágrimas. Sin duda aquél había sido el caso con Ray Solomon. Gray no había sido informado de la orden de matar a Solomon. Si lo hubiera sabido, lo habría evitado. Había lamentado la muerte de su amigo todos aquellos años. No obstante, en este caso lamentarse era un sentimiento inútil. Lo lamentaba, sí, pero Solomon estaba muerto.

Guardó los archivos y cerró la cámara acorazada. Había muchas personalidades que no deseaban que el caso de Ray Solomon saliera jamás a la luz. Utilizarían todos sus recursos para atrapar a quienquiera que intentara matar a Gray. Y ahora éste estaba plenamente de su lado. Su amigo llevaba décadas muerto. Reavivar ese fuego no entrañaría nada bueno.

Además, había jugado limpio al advertir a John Carr. No le proporcionaría más ayuda. Y si moría, pues que muriera.

OceanofPDF.com

27

Jerry Bagger estaba recorriendo Washington cuando pasó por delante del Departamento de Justicia. Al darse cuenta, dedicó un gesto obsceno con el dedo a todo el organismo federal.

—Éste sí que es un buen blanco para un ataque nuclear. Y ya puestos, también podrían alcanzar al FBI. Porque ¿quién necesita a los abogados y los polis? Yo no. —Miró a uno de sus hombres—. Mike, ¿tú los necesitas?

—No, señor Bagger.

—Así me gusta.

Bagger había recibido un informe más detallado del investigador privado a su llegada a Washington; por eso bajó del coche y entró en una biblioteca. No se trataba de una biblioteca cualquiera, sino que para muchos eruditos era la biblioteca: la Biblioteca del Congreso.

Sus hombres hicieron un par de averiguaciones, y al cabo de dos minutos Bagger y su séquito entraban en la sala de lectura de libros raros que había dirigido el difunto Jonathan DeHaven, el ex marido de Annabelle. También era el lugar de trabajo actual de Caleb Shaw. Precisamente estaba saliendo de una de las cámaras cuando Bagger entró.

Fue meritorio que Caleb no empezara a vomitar al reconocer a Bagger por la foto que Milton le había enseñado, aunque los retortijones de estómago estaban ahí. Sin embargo, se quedó allí con una sonrisa de oreja a oreja. No tenía ni idea de por qué sonreía. Con una punzada de horror, pensó que quizá fuera el primer paso antes de caer en el histerismo. Tenía que hacer algo ya.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo acercándose al grupo de seis jóvenes fornidos y con traje oscuro que rodeaban a un Bagger muy en

forma para sus sesenta y seis años, de espaldas anchas, pelo cano y piel bronceada, la nariz rota y una cicatriz horrorosa en una mejilla.

Caleb pensó que parecía un pirata.

—Espero que en algo —respondió Bagger educadamente—. ¿Es aquí lo de los libros raros? —Miró alrededor.

—La sala de lectura de libros raros, sí.

—¿Y son muy raros los libros que hay aquí?

—Mucho, y no hay sólo libros. Tenemos códices, incunables, libros de gran formato, una Biblia de Gutenberg, un ejemplar de la Declaración de Independencia, la biblioteca personal de Jefferson y muchas otras obras especiales. Algunas son únicas. Literalmente no existen en otro sitio.

—¿Ah, sí? —dijo Bagger, indiferente—. Pues yo tengo una cosa todavía más rara.

—¿De qué se trata? —inquirió Caleb.

—El libro que leo —respondió Bagger—. Porque es invisible. —Se echó a reír y sus hombres lo imitaron.

Caleb rió entre dientes educadamente mientras se aferraba al respaldo de un asiento para mantenerse en pie.

Bagger le rodeó los hombros con un brazo.

—Tengo la impresión de que puedes ayudarme. ¿Cómo te llamas?

Caleb intentó encontrar un alias pero lo único que le salió fue «Caleb Shaw».

—¿Caleb? ¡Vaya, ese nombre no se oye todos los días! ¿Eres *amish* o algo así?

—No; soy republicano —repuso Caleb en voz baja mientras Bagger lo sujetaba cada vez más fuerte con su brazo musculoso. «¿Será éste el brazo con el que mató a toda esa gente?»—Vale, don republicano, ¿podemos hablar en privado en algún sitio? Este edificio es grande. Seguro que hay algún sitio donde tener un pequeño mano a mano.

Caleb se había temido algo así. Al menos en la sala de lectura había testigos potenciales, aunque sólo fuera para ver cómo ese mafioso lo estrangulaba.

—Eh... pues... es que ahora tengo mucho trabajo. —El brazo de Bagger le apretó con más fuerza—. Pero seguro que puedo dedicarle unos

minutos.

Caleb lo condujo a un pequeño despacho situado al final del pasillo.

—Siéntate —ordenó Bagger. Caleb lo hizo en la única silla que había—. Bueno, tengo entendido que al tío que dirigía este sitio se lo cargaron.

—El director del Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales fue asesinado, eso es.

—¿Jonathan DeHaven?

—Eso es. Fue asesinado —repitió Caleb en voz baja—. En este mismo edificio.

—Vaya —dijo Bagger mientras lanzaba una mirada a sus hombres—. En una puta biblioteca. Vaya por Dios, hay que ver en qué mundo más violento vivimos. —Miró de nuevo a Caleb—. Resulta que tengo una amiga que conocía a ese tal DeHaven. De hecho, incluso estuvo casada con él.

—¿Ah, sí? No sabía que DeHaven se hubiera casado. —Caleb consiguió mentir bastante bien.

—Pues sí. Aunque duró poco. Era un ratón de biblioteca. No te lo tomes a mal. Y la mujer... pues... la mujer no. Ella era una especie de... ¿cómo se dice?

—¿Un torbellino de mujer? —sugirió Caleb.

Bagger le dedicó una mirada recelosa.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

Al advertir que había estado peligrosamente cerca de dar a Bagger motivos suficientes para torturarlo y sonsacarle más información, Caleb dijo:

—Yo también estuve casado, y mi mujer me dejó al cabo de cuatro meses. Era un torbellino de mujer y, como usted ha dicho, yo soy un ratón de biblioteca. —Era increíble lo bien que se le daba mentir.

—Bueno, pues ya lo entiendes. De todos modos, hace mucho tiempo que no la veo y quería ver cómo estaba. Así que se me ocurrió que quizá se enteró de la muerte de su ex y asistió al funeral. —Miró expectante a Caleb.

—Yo fui al funeral pero no vi a nadie desconocido. ¿Qué aspecto tiene esa mujer y cómo se llama?

—Alta, buenas curvas, un bombón. Tiene una pequeña cicatriz bajo el ojo derecho. El color de pelo y el peinado dependen del día de la semana, ¿me entiendes? Se llama Annabelle Conroy, pero eso también depende del día de la semana.

—No me suena de nada. —El nombre estaba claro que no le sonaba, puesto que Caleb conocía a Annabelle por Susan Hunter, pero la descripción física daba en el clavo—. Seguro que me habría fijado en alguien así. La mayoría de los asistentes al funeral eran normalitos. Ya me entiende, como yo.

—Ya, seguro —gruñó Bagger. Chasqueó los dedos y uno de sus hombres sacó una tarjeta que Bagger le tendió a Caleb—. Si recuerdas algo útil, me llamas. Pago bien. Y eso quiere decir muy bien. Cinco cifras.

Caleb abrió unos ojos como platos mientras cogía la tarjeta.

—Debe de tener muchas ganas de encontrarla.

—Ni te imaginas cuántas, don republicano.

OceanofPDF.com

28

Harry Finn entró silenciosamente en la habitación, se sentó en la silla y la observó. La mujer le devolvió la mirada o lo atravesó con ella, Finn nunca lo sabía a ciencia cierta. En el pasado hablaba bien inglés, sin acento. Pero la mujer políglota, quizá debido a una paranoia creciente, había decidido mezclar cuatro idiomas a la vez y crear una amalgama confusa que convertía la comunicación en una experiencia caótica. No sabía muy bien cómo, pero Finn conseguía comprenderla. Ella no habría esperado menos de él.

Dijo algo y él respondió al brusco saludo con pocas palabras. Aquello pareció satisfacerla, porque asintió mientras esbozaba una sonrisa entre sus flácidas mejillas. De hecho, ella supo que Finn estaba allí antes incluso de que entrara en la habitación. En otras ocasiones lo había explicado diciendo que notaba su «presencia». Tenía un aura especial, le había dicho; agradable y característica. Como hombre al que no gustaba dejar rastro en ningún sitio, aquello le preocupaba. Pero ¿cómo podía una persona borrar su aura?

De niño recordaba el cuerpo alto y fuerte de su madre y sus manos de pianista. Ahora había encogido, estaba marchita. Escudriñó su rostro. En el pasado había poseído una belleza extraña, frágil, un encanto que, de adulto, él siempre había relacionado con el más hermoso de los lirios. Eso se debía a que, de niño, por la noche la belleza se desvanecía y su madre se tornaba voluble y a veces violenta; nunca contra él sino contra sí misma. Y entonces Finn tenía que intervenir y hacerse cargo de la situación. Lo había hecho ya con sólo siete años. La experiencia le había hecho madurar rápido, más de lo que debía. Ahora la belleza había desaparecido de su rostro, el cuerpo flojo, las otrora hermosas manos, marcadas y arrugadas

sobre el regazo. Tenía poco más de setenta años, pero parecía más que preparada para la muerte.

De todos modos, seguía siendo capaz de dominarle con su indignación, con su exigencia de reparar un agravio. A pesar de su deterioro físico, sus palabras conservaban la capacidad de hacerle sentir el dolor, la injusticia que había sufrido.

—He oído la noticia —dijo en su curioso idioma—. Ya está hecho y está bien. Eres bueno.

Finn se levantó y miró por la ventana hacia los jardines de aquel lugar que creía que todavía llamaban sanatorio. Los cuatro periódicos que leía todos los días, de cabo a rabo, estaban perfectamente apilados en el alféizar. Cuando acababa con los periódicos, escuchaba la radio o veía la tele, hasta que se dormía bien entrada la noche. La mañana traía más noticias que ella devoraría. Parecía no perderse nada de lo que pasaba en el mundo.

—Y ahora pasa al siguiente —dijo ella en voz más alta, como si temiera que sus palabras no fueran capaces de recorrer la habitación.

El asintió.

—De acuerdo.

—Eres un buen hijo.

Harry volvió a su asiento.

—¿Qué tal estás de salud?

—¿Qué salud? —repuso ella sonriendo y girando la cabeza. Harry recordó que su madre siempre había hecho lo mismo. Siempre, como si escuchara una canción que nadie más oía. De niño eso le encantaba, esa cualidad misteriosa que todos los niños buscan en sus padres. Ahora no le gustaba tanto.

—No tengo salud. Ya sabes lo que me hicieron. No te creerás que esto es natural, ¿verdad? No soy tan vieja. Me siento aquí y me voy pudriendo un poco cada día.

La habían envenenado hacía años, le había dicho ella. La habían encontrado, no sabía muy bien cómo. El veneno estaba destinado a matarla, pero había sobrevivido. No obstante, la estaba consumiendo desde dentro, destrozándole los órganos uno a uno hasta que no quedara ninguno. Probablemente ella pensaba que algún día se desvanecería de este mundo.

—Puedes marcharte. No eres como los demás enfermos que están aquí.

—¿Y adónde voy a ir? Dímelo, ¿adónde? Aquí estoy a salvo. Así que aquí me quedo, hasta que salga con los pies por delante para que me incineren. Eso es lo que quiero.

Finn levantó las manos en señal de rendición. Cada vez que la visitaba tenían la misma discusión, con igual resultado. Ella se estaba pudriendo y tenía miedo y moriría allí. Él podría haber pronunciado ambas partes de la conversación, tan bien se las sabía.

—¿Y qué tal tu mujer y esos hijos tan preciosos?

—Están bien. Echan de menos verte.

—No queda mucho que ver. La pequeña, Susie, ¿sigue teniendo el oso que le regalé?

—Es su preferido. Siempre lo lleva consigo.

—Dile que lo conserve siempre. Representa mi amor por ella. No he sido una abuela como Dios manda para ellos, pero me moriría si se deshiciera del oso. Me moriría.

—Lo sé. Y ella también. Como he dicho, le encanta.

La mujer se levantó con piernas temblorosas, se acercó a una cómoda y extrajo una foto. La agarró fuertemente con sus dedos nudosos antes de tendérsela.

—Toma —dijo—. Te la has ganado.

Él la cogió. Era la misma foto que Judd Bingham, Bob Cole y Lou Cincetti habían visto antes de morir. Carter Gray también había mirado esa imagen antes de estallar en pedazos.

Finn trazó con el dedo índice la delicada línea de la mejilla de Rayfield Solomon. El pasado se le apareció como un destello en la cabeza: la separación, la noticia de la muerte de su padre, la eliminación del pasado y la creación meticulosa de uno nuevo y, con los años, las devastadoras revelaciones de una esposa y madre que le contó a su hijo lo ocurrido.

—Y ahora Roger Simpson —dijo ella.

—Sí, el último —repuso Finn con un deje de alivio.

Había tardado años en identificar y localizar a Bingham, a Cincetti y a Cole. Lo había conseguido hacía meses y entonces había empezado la

matanza. Había conocido el paradero del Gray y del senador Roger Simpson porque eran figuras públicas. Pero también eran objetivos más complicados. Había ido primero por los que le ofrecían menor resistencia. Eso alertaría a Gray y Simpson, pero ya contaba con ello. Y cuando Gray había dejado el Gobierno, también había dejado atrás buena parte de las medidas de protección. Incluso advertido, Finn había conseguido matarle. Simpson era el último de la lista. Los senadores también tenían protección, pero Finn confiaba en acabar con él.

Cuando Finn analizaba la vida que llevaba ahora en el seno de una familia de cinco miembros en una urbanización de Virginia de lo más normal con un perro adorable, clases de música, partidos de fútbol y béisbol y certámenes de natación incluidos, y la comparaba con su vida de niño, el contraste tenía un efecto casi apocalíptico. Por eso casi nunca comparaba ambas situaciones. Por eso era Harry Finn, el rey de la compartimentación. Era capaz de erigir muros infranqueables en su interior.

—Voy a contarte una cosa, Harry —anunció entonces su madre.

El se reclinó en el asiento y escuchó, aunque ya lo había oído todo con anterioridad, de hecho habría sido capaz de contarle igual de bien que ella. No obstante, escuchó aquel *collage* de palabras fracturadas, discordantes, que continuaban irradiando un poder visceral; sus recuerdos representaban un caso elocuente basado en hechos reales del que sólo podía emerger la verdad. Era extraordinario y terrorífico a partes iguales, tenía tal capacidad para evocar el pasado con tanta fuerza que daba la impresión de ocupar la habitación en que estaban con la congoja agónica que rodea una pira en llamas. Y cuando terminaba y se le agotaban las fuerzas, él le daba un beso de despedida y proseguía su viaje, un viaje que realizaba por ella. Y quizá también por él.

29

—Tranquilízate, Caleb —instó Stone—. Y cuéntame exactamente qué ha ocurrido. —Había salido de la carretera camino de Maine al recibir la llamada histérica de Caleb. Escuchó durante diez minutos la explicación jadeante del encuentro cara a cara de su amigo con Jerry Bagger.

—Caleb, ¿estás seguro de que no se ha dado cuenta de que mentías? ¿Completamente seguro?

—Me ha salido bien, Oliver, habrías estado orgulloso de mí. Me ha dado su tarjeta. Me ha dicho que le llamara si tenía más información. Se ha ofrecido a pagarme muchos miles de dólares. —Hizo una pausa—. Y me he enterado de que su verdadero nombre es Annabelle Conroy.

—¡No se lo digas a nadie!

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Nada. No te pongas en contacto con Bagger. Luego te llamo.

Stone colgó y acto seguido llamó a Reuben a Atlantic City para ponerlo al corriente.

—Estabas en lo cierto, Reuben. Bagger está en Washington.

—Esperemos que Angie me cuente más cosas esta noche. Por cierto, ¿dónde estás, Oliver?

—Camino de Maine.

—¿Maine? ¿Ahí está ella?

—Sí.

—¿Por qué Maine?

—Digamos que nuestra amiga tiene un asunto pendiente por allí.

—¿Relacionado con Bagger?

—Así es.

Stone dejó el teléfono y siguió conduciendo. El coche de Caleb, por viejo y oxidado que estuviera, se había portado bien, aunque en ningún momento había podido pasar de 95 km/h. Al cabo de unas horas, cuando ya era noche cerrada, Stone pasó del estado de New Hampshire al de Maine. Consultó el mapa, salió de la interestatal y se dirigió al este, hacia el océano Atlántico. Al cabo de veinte minutos aminoró la marcha y cruzó el centro de la localidad donde se encontraba Annabelle. Era pintoresca y estaba llena de tiendas que ofrecían desde artículos turísticos a material náutico, al igual que muchas poblaciones costeras de Nueva Inglaterra. Sin embargo, era temporada baja y hacía tiempo que los visitantes se habían marchado. Nadie quería exponerse al inminente invierno de Maine.

Stone encontró el hotelito en que se alojaba Annabelle, aparcó en el pequeño aparcamiento, recogió la mochila y entró.

Ella le esperaba en el salón, de pie junto a la chimenea cuyo fuego parpadeaba agradablemente. El suelo y las puertas crujían; olía a la cena servida hacía poco mezclada con el aroma de la madera antigua y la poderosa presencia del aire salado procedente del océano.

—Le he dicho al dueño que nos guardara algo de cenar —dijo Annabelle.

Cenaron en el pequeño comedor, y el hambriento Stone engulló la sopa de pescado, el pan con mantequilla y el crujiente bacalao mientras Annabelle picoteaba la comida.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó él cuando hubo terminado.

—Te he reservado una habitación al lado de la mía.

—Humm... ahora mismo la verdad es que ando un poco escaso de dinero.

—Oliver, no quiero ni oír hablar del tema. Vamos.

Annabelle cogió una jarra de café y dos tazas y lo condujo escaleras arriba, primero a su habitación para que dejara la pequeña mochila y luego a la de ella, que tenía un saloncito contiguo al dormitorio. La chimenea también estaba encendida. Se sentaron y tomaron café caliente.

Annabelle sacó un documento de identidad, una tarjeta de crédito y un fajo de billetes de su bolso. Se los entregó a Stone. El documento de

identidad tenía su foto y otra información pertinente que lo convertía en ciudadano del Distrito de Columbia.

—Un tío que conozco me los hizo rápido. Utilicé una foto tuya que tenía. La tarjeta de crédito es legal.

—Gracias. Pero ¿por qué lo has hecho?

—Te repito que no quiero oír hablar del tema.

Ella se limitó a contemplar las llamas mientras Stone la observaba, debatiéndose entre decírselo o no.

—Annabelle, deja la taza.

—¿Qué?

—Tengo que decirte una cosa y no quiero que se te caiga el café.

Dejó la taza lentamente con una curiosa expresión de temor.

—¿Reuben? ¿Milton? ¡Maldita sea, te dije que no los mandarás a Atlantic City!

—Ellos están bien. Se trata de Caleb, pero tampoco le ha pasado nada. Hoy ha recibido una visita inesperada en la biblioteca.

Annabelle lo atravesó con la mirada.

—¿Jerry?

Stone asintió.

—Al parecer Caleb interpretó bien su papel. Bagger le ofreció mucho dinero a cambio de información sobre ti.

—¿Cómo se le ocurrió ir a la biblioteca?

—Descubrió que estuviste casada con DeHaven. Hay constancia pública de ello y hoy día es fácil acceder a ese tipo de información por Internet. Quiere saber si fuiste al entierro.

Annabelle se dejó caer hacia atrás en el pequeño sofá.

—Tenía que haber seguido mi plan de huida original. Joder, mira que soy idiota.

—No; eres humana. Viniste a presentar tus respetos al hombre con quien te casaste y al que quisiste. Es normal.

—No cuando acabas de birlarle cuarenta millones de dólares a un loco homicida como Jerry Bagger, en ese caso no. Es una estupidez —añadió con amargura.

—Vale, pero no te fuiste a una isla, tu compinche la cagó y Bagger te está pisando los talones. Esa es la realidad que tenemos. Ahora no puedes huir porque, por muy bien que lo hagas, dejarás algún tipo de rastro. Y él está demasiado cerca como para que se le escape. Si te vas a esa isla, ten por seguro que estarás sola cuando Bagger te mate.

—Gracias, Oliver. Eso sí que me hace sentir mejor.

—Debería. Porque aquí hay gente dispuesta a arriesgar su vida por ti. Ella suavizó la expresión.

—Lo sé. No quería decir eso.

Stone miró por la ventana.

—Este pueblo es bastante soporífero. Es difícil creer que aquí se produzcan asesinatos. ¿Dónde ocurrió?

—Justo en las afueras. Había pensado ir por la mañana.

—¿Quieres hablar del tema esta noche?

—El viaje ha sido muy largo y debes de estar cansado. Y no, no quiero hablar del asunto esta noche. Si mañana voy a enfrentarme a él, necesito dormir un poco. Buenas noches.

Stone vio cómo cerraba la puerta del dormitorio y entonces se levantó y se dirigió a su cuarto, sin saber qué le depararía el día siguiente.

OceanofPDF.com

30

Reuben se dejó más de cien pavos en la cena y las copas con Angie, pero lo consideró una buena inversión, porque se enteró de cosas interesantes.

Para empezar, los dos tíos que habían acabado en el hospital y el que había desaparecido habían disgustado a su jefe, Jerry Bagger. La camarera no sabía exactamente el motivo, pero parecía que se trataba de una cuestión de dinero. Por desgracia, Angie no sabía por qué Bagger había ido a Washington, sólo que se había marchado de repente.

«No me extraña», pensó Reuben.

Ella atacó su tercer cóctel de ron y refresco de jengibre, bebida de la cual Reuben tomó un solo sorbo y estuvo a punto de vomitar, y luego dijo:

—Últimamente por aquí pasan cosas raras. Tengo un colega que trabaja en la contabilidad del casino. Me contó que había recibido órdenes estrictas de hacer todo lo posible para retrasar una inspección rutinaria de la Comisión de Control.

—¿Bagger tiene problemas económicos?

Ella negó con la cabeza.

—No creo. El Pompeii Casino es como la Casa de la Moneda. Es una mina de oro y Bagger es el empresario más listo de la ciudad. No perdona ni un centavo y sabe cómo ganar dinero.

—Entonces debe de haber ocurrido algo —sugirió Reuben—. Quizá los tíos que acabaron en el hospital y el que desapareció sé traían algo entre manos con la pasta del casino. A lo mejor le estaban desplumando y Bagger lo descubrió e hizo que les dieran una paliza.

—El señor Bagger no es tonto. Eso de romper rodillas ya no se lleva, lo normal es recurrir a la poli o los picapleitos para que les aprieten las tuercas a los timadores, o sea que debe de haber sido algo más gordo.

—¿La poli está investigando?

Angie negó con la cabeza.

—El señor Bagger sabe a quién untar. ¿Y sabes cuántos ingresos para la Hacienda de Nueva Jersey genera el Pompeii?

Reuben asintió con aire pensativo.

—Probablemente sobornara a los dos que están en el hospital. Y el otro tipo no va a ir a darle el soplo a la poli.

—Los muertos no hablan, tienes razón. —Angie se había arrimado más a Reuben en el reservado que compartían. Ella le dio una palmada en el muslo y dejó la mano ahí—. Bueno, se acabó hablar de los demás. Háblame de ti. ¿Has sido jugador de fútbol americano? Tienes pinta. —Le pellizcó la pierna y se apoyó en él.

—Jugué en la universidad. Hice un par de viajesitos a Vietnam. Gané una par de medallas y me quedé con un poco de metralla.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿Aquí? —Le presionó el pecho con un dedo con aire juguetón.

—Digamos que no voy a tener más hijos. —No dio crédito a sus propios oídos: le había dicho esa mentira a una mujer que no disimulaba sus ganas de acostarse con él, pero tenía otras cosas en mente.

Angie se quedó tan boquiabierta que la mandíbula casi le llegó a la mesa.

—La cuenta, por favor —dijo Reuben al camarero cuando pasó por allí.

OceanofPDF.com

31

Mientras Reuben decepcionaba a Angie, Milton probaba un sistema para la mesa de dados sobre el que había leído. Hasta el momento no le estaba yendo tan bien como esperaba. Si bien había ganado ocho mil dólares bastante rápido en la partida, sus expectativas eran mayores. De todos modos, había otros jugadores arrimados a la barandilla, diciéndole que estaba de suerte, que estaba en racha. Más de dos docenas de jugadores apostaban a lo mismo que él, esperando que los hiciera ricos o que, por lo menos, les ayudara a recuperar parte del dinero que habían perdido hasta el momento a favor de Jerry Bagger.

Mujeres con pechos que les desbordaban por el escote sorbiendo cócteles se arremolinaban a su alrededor, le presionaban las tetas contra la espalda y le manchaban la camisa de licor. También lo acribillaban a preguntas tontas sobre su técnica. Milton no sabía que eran empleadas del casino cuyo trabajo consistía en desconcentrar y romper la racha de cualquier jugador que estuviera ganando mucho. Pero no importaba. Se necesitaba algo más que unos cuantos pechos inflados y preguntas estúpidas para que Milton Farb perdiese la concentración.

Los dos crupieres y el *stickman* que dirigían la mesa observaban atentamente el juego, daban cuenta de las apuestas y controlaban todo lo que pasaba, incluyendo a quienes pululaban junto a la barandilla y a los jugadores que querían llevarse parte del pastel. En esos momentos quedaba muy poco sitio junto a la barandilla, pero si alguien llamaba la atención de algún crupier y mostraba suficientes fichas, podía participar. Y todo el mundo quería jugar en esa mesa.

El corpulento jefe de sala rondaba por detrás sin perderse detalle. Era el tribunal de última instancia en caso de que hubiera algún problema y su

misión consistía en velar por el bienestar del casino al tiempo que fingía ser justo con los jugadores. El mundo del casino no era misericordioso; allí sólo había un dios llamado Dinero. Al final de la jornada, el casino tenía que haber ingresado más de lo desembolsado. El hombre estaba preocupado porque tenía suficiente experiencia para reconocer a un jugador excepcional. El Pompeii tendría que capear el temporal, le parecía.

La apuesta mínima era de cincuenta dólares y la máxima de diez mil, y Milton hacía sus apuestas con precisión quirúrgica. Hacía rato que había calculado todas las posibilidades estadísticas y estaba haciendo buen uso de ellas. Había sacado un siete en su primer lanzamiento de dados, la única vez que ese número podía resultar ganador. Había ganado quinientos dólares con ese lanzamiento con una apuesta inicial agresiva y ya no había mirado atrás, llegando al límite con los cincos, seis y ochos, luego los nueves y los cincos, y los más lucrativos, pero con menos probabilidades, dieces y cuatros, con la astucia de un empresario de dados con décadas de experiencia. Había acertado con un dos doble en dos ocasiones y luego un cuatro doble y un diez respectivamente. Había multiplicado sus puntos por seis y el ambiente seguía caldeándose.

Al final, el nervioso jefe de sala ordenó cambiar al personal de la mesa. A los crupieres y al *stickman* no les hizo ni pizca de gracia, tal como reflejaron sus rostros. Las propinas se dejaban al final de la partida, así que esos hombres no verían ni un centavo de las ganancias de Milton. No obstante la orden del jefe era inapelable. Lo había hecho para calmar a Milton y a su entorno. Pero tal decisión, aunque contemplada en las reglas del juego, siempre resultaba controvertida y los espectadores que rodeaban la barandilla dejaron oír sus protestas.

Dos guardias de seguridad se acercaron tras ser llamados por el jefe de sala por los auriculares. En cuanto los dos gorilas se dejaron ver, los espectadores se aplacaron.

Sin embargo, la artimaña del jefe no funcionó, ya que Milton consiguió ganar tres veces más tras una serie de apuestas complejas. Llevaba ganados más de veinticinco mil dólares. A no ser que lanzara los dados fuera de la mesa, el crupier no podía cambiárselos, así que el nervioso jefe de sala poco podía hacer. Se quedó allí contemplando cómo Milton seguía desplumando al Pompeii Casino.

La mesa se quedó estupefacta cuando Milton apostó quinientos dólares a que sacaría un tres. Cuando salió la combinación de dos más uno la apuesta de quince a uno convirtió sus quinientos dólares en siete mil quinientos. Llevaba ganados treinta y cinco mil dólares.

El sudoroso jefe de sala no tenía más remedio que jugar su última carta e hizo un sutil movimiento de cabeza hacia uno de los empleados que fingían ser jugadores. Inmediatamente el hombre apostó al número siete. En realidad era una apuesta contra Milton, porque si sacaba un siete, o *craps*, dejaría de ser el tirador y se perdían todas las apuestas de la mesa. En el mundo del juego se considera que apostar contra el tirador genera malas vibraciones, ahuyenta la energía de la mesa y hace perder fuelle al tirador.

Los espectadores empezaron a quejarse ante las apuestas del falso jugador. Uno de los hombres apostados junto a la barandilla incluso lo empujó, pero un guardia de seguridad sofocó los ánimos.

Milton se mostró impasible ante la intentona del casino por desbaratarle el juego. Bajo la estupefacta mirada de los presentes, colocó fichas por valor de mil dólares «a vagones», como se denomina la combinación de un doble seis. Eso, junto con apostar «a los ojos de la serpiente», es la jugada más agresiva en una mesa de dados porque la ganancia es de treinta a uno. Sin embargo, como sólo se hacía una apuesta, si no sacaba dos seis en el siguiente lanzamiento, Milton perdía el dinero. Así pues, apostar mil pavos a vagones se consideraba una locura.

En la mesa reinaba un silencio absoluto. No había ni un centímetro libre junto a la barandilla y los espectadores se agolpaban tras los jugadores, esforzándose por seguir la partida. En un casino no había nada que se propagara más rápido que la noticia de un jugador de dados en racha total.

—¿Cree que tiene suerte? —dijo Milton mientras lanzaba una mirada al jefe de sala—. Porque yo sí.

Antes de que el estupefacto hombre tuviera tiempo de responder Milton lanzó los dados. Los dos cubos rodaron por el tapete sin tocar las pilas de fichas de la mesa y rebotaron en el extremo de la barandilla.

Se produjo un momento de calma tensa antes de que se oyera una exclamación de asombro colectivo cuando los dos seis quedaron sobre el tapete. Milton Farb acababa de ganar treinta mil dólares y casi había

duplicado sus ganancias hasta más de sesenta mil dólares. El tío que estaba a su lado gritaba y le daba palmadas en la espalda. Las palabras que Milton pronunció entonces hicieron que los vótores diesen paso a unos quejidos de incredulidad.

—Voy a cambiar las fichas —dijo al crupier.

La expresión de todos los que rodeaban la mesa habría resultado más apropiada para un funeral o accidente de aviación.

—¡Déjate llevar! —gritó un hombre—. Estás de racha. No lo dejes ahora.

—Esto va a pagar la universidad de mis hijos —gritó otro.

—Soy más listo que afortunado. Sé cuando he de parar —declaró Milton.

Esa verdad nunca sienta bien en un casino.

—Que te jodan —exclamó un hombre fornido que se acercó a Milton para ponerle una mano carnosa en el hombro—. Sigue tirando los dados, ¿me has oído, capullo? Antes de tu llegada no hice más que perder. ¡Sigue jugando, he dicho!

—Ya le ha oído —dijo una voz al tiempo que una manaza aterrizaba en el hombro de Milton y tiraba de él hacia atrás.

—¿Qué coño...? —espetó el hombre dándose la vuelta con los puños apretados. Se encontró cara a cara con el imponente Reuben Rhodes, que cogió el *stick* del crupier.

—Este caballero ha acabado de jugar, así que sugiero que le deje recoger las fichas y hacer lo que le plazca. A menos que prefiera que le meta este palo por su gordo culo.

OceanofPDF.com

32

Más tarde, mientras tomaban una copa Reuben riñó a Milton.

—Maldita sea, primero el blackjack y ahora los dados. Te dije que intentarás pasar inadvertido, Milton, no que dieras la nota. Estás complicando mucho nuestro trabajo al convertirte en un problema para el casino.

Milton parecía escarmentado.

—Lo siento, Reuben, tienes razón. Supongo que me he dejado llevar. No volverá a ocurrir.

—¿Y puedes explicarme exactamente cómo vas a cobrar el dinero sin revelar quién eres? Cuando se gana tanto en un casino tienes que rellenar los papeles de los impuestos con tu nombre, dirección y número de la Seguridad Social. ¿Quieres que Bagger tenga esa información?

—Descuida, Reuben, voy a utilizar un documento de identidad falso. No se darán cuenta.

—¿Y si lo comprueban en alguna base de datos?

—En mi documento de identidad consto como ciudadano británico; Estados Unidos carece de autoridad fiscal allí. Y no creo que el casino esté conectado a alguna base de datos inglesa.

Reuben, suficientemente apaciguado, le explicó qué había averiguado con Angie.

—O sea que, si podemos acusar a Bagger de esos crímenes, Susan estará a salvo —concluyó Milton.

—Del dicho al hecho va mucho trecho. Un tío como Bagger sabe cómo ocultar un rastro.

—Bueno, a lo mejor puedo empezar a descubrirlo.

—¿Cómo?

—Oliver nos contó lo de Anthony Wallace. Bagger averiguó quién era y casi lo mató. Veamos, ¿cómo descubrió su identidad?

—No lo sé.

—Sé que es tarde, pero llama a Oliver y a Susan. Pídeles cualquier información sobre Wallace que se les ocurra. Dónde se alojaba, qué hacía, esa clase de cosas.

Reuben hizo la llamada y luego resumió el resultado:

—Oliver la ha despertado para preguntárselo. Wallace se alojaba en el hotel situado justo enfrente del Pompeii. Empleó un seudónimo, Robby Thomas, de Michigan. Casi metro ochenta, esbelto, pelo moreno, un chico muy guapo. Su habitación tenía vistas directas al despacho de Bagger.

—Eso es lo que necesitaba saber. —Milton se levantó.

—¿Adónde vas?

—Al otro lado de la calle. Es muy probable que Bagger se imaginara que Wallace lo espiaba. Si es así, seguro que quiso comprobarlo, y eso es lo que voy a hacer.

—¿Cómo?

—Algo he aprendido de Susan. Tranquilo.

El ágil cerebro de Milton afinó los detalles mientras cruzaba la calle.

—Estoy buscando al señor Robert Thomas. Le llaman Robby —dijo en la recepción del hotel—. Se supone que se aloja aquí. ¿Podría llamarle a su habitación?

Tras una búsqueda rápida en el ordenador, el recepcionista meneó la cabeza.

—No hay ningún huésped con ese nombre.

Milton adoptó una expresión confundida.

—Es muy raro. Él y mi hijo vinieron de Michigan. Teníamos que cenar juntos.

—Lo siento, señor.

—¿Me habré equivocado de fecha? Mi secretaria lo organizó todo y en otras ocasiones ya ha metido la pata. No me gustaría nada dejarlo plantado.

El recepcionista pulsó unas teclas.

—Tuvimos a un huésped llamado Robert Thomas de Michigan, pero fue hace algún tiempo.

—Oh, Dios mío, voy a despedir a mi secretaria en cuanto vuelva a casa. Pero no entiendo por qué no me ha llamado Robby.

—¿Quién le dio su información de contacto?

Milton torció el gesto.

—¡Esa idiota de secretaria! Se equivocó de fecha y probablemente le dio un número equivocado, si es que siquiera se molestó en dárselo.

El recepcionista le dedicó una mirada comprensiva.

—Bueno, al menos espero que Robby se lo pasara bien cuando estuvo aquí —añadió Milton.

El recepcionista echó un vistazo a la pantalla.

—Hay constancia de que le hicieron un masaje. Así que, aunque se perdió la cena con usted, por lo menos se relajó.

Milton rio.

—Cielos, un masaje, hace años que no me dan uno.

—Tenemos un personal magnífico.

—¿Hay que ser huésped del hotel para obtener sus servicios?

—Oh, no, puedo concertarle una cita ahora mismo si quiere.

—¿Sabe qué? Preferiría que me atendiera la misma masajista que a Robby. Así podremos intercambiar anécdotas sobre él. Es todo un personaje y seguro que la masajista lo recuerda bien.

El recepcionista sonrió.

—Sin duda, señor. Voy a llamarla.

Telefoneó al *spa*, habló un minuto y de pronto se le ensombreció el semblante.

—Oh, ya, no me había dado cuenta de que era ella. Vale, te vuelvo a llamar. —Colgó y se dirigió a Milton—: Me temo que no podrá ser la misma masajista.

—Vaya, ¿ya no trabaja aquí?

—No es eso. —Bajó la voz—. Es que... ha fallecido.

—Oh, cielos. ¿Un accidente?

—No sabría decirle, señor.

—Qué pena. ¿Era joven?

—Sí. La pobre Cindy era muy buena persona.

—Lo lamento.

—¿Quiere un masaje de todos modos? De hecho hay un hueco para usted.

—Sí, sí, creo que sí. ¿Dice que se llamaba Cindy?

—Así es. Cindy Johnson.

—Tendré que decírselo a Robby.

Al cabo de una hora Milton había recibido un vigoroso masaje de manos de una mujer entusiasta llamada Helen. Cuando sacó a colación el tema de la muerte de su compañera, Helen pareció entristecerse.

—Fue horrible. Pobrecilla, hoy aquí y al otro día muerta.

—Un accidente, me han dicho —dijo Milton sentado en el salón enfundado en un albornoz y sorbiendo un vaso de agua mineral.

Helen soltó un bufido.

—¿Accidente?

—¿No crees que se tratara de eso?

—Yo no digo ni una cosa ni la otra. La verdad es que no es asunto mío. Pero su pobre madre está destrozada, eso sí me consta.

—¿Su madre? ¡Pobre mujer! ¿Tuvo que venir aquí a identificar el cadáver?

—¿Qué? No, Dolores vive aquí mismo. Trabaja en una mesa de dados en el Pompeii.

—Vaya por Dios, acabo de estar allí.

—El mundo es un pañuelo.

—Pobre señora Johnson —se lamentó Milton—. Perder una hija así.

—Sí. Ahora se llama señora Radnor; volvió a casarse. A Cin le caía bien su padrastro, o eso decía.

Milton se acabó el agua.

—Bueno, gracias por el masaje. Me siento como nuevo.

—A su servicio, señor.

OceanofPDF.com

33

De vuelta al Pompeii, Milton informó a Reuben de lo que había descubierto.

Su amigo se mostró impresionado.

—Joder, Milton, Susan te ha contagiado de verdad.

Después de repartir unos billetes de veinte dólares aquí y allá, dieron con la mesa de dados de Dolores Radnor. Milton apostó por un tirador que arriesgaba mientras intentaba calarla. Era delgada y tenía arrugas y una expresión de profunda tristeza.

Al cabo de una hora le tocó un descanso y Milton la siguió hasta una mesa del bar, donde pidió una taza de café mientras sostenía un cigarrillo apagado entre los dedos.

—¿Señora Radnor?

La mujer, sorprendida, lo miró con cautela.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Pasa algo?

—Mis condolencias, señora —repuso Milton mientras Dolores lo miraba con aire expectante—. Estuve en la ciudad hace unos meses y su hija me hizo el mejor masaje de mi vida.

A la mujer empezaron a temblarle los labios.

—Mi Cindy era muy buena haciendo masajes. Estudió para eso, obtuvo el título y tal.

—Lo sé, lo sé. Era fantástica. Y le prometí que la siguiente vez que viniera a la ciudad pasaría a verla. Acabo de ir al hotel y me han contado lo ocurrido. Y han tenido la amabilidad de darme su nombre y decirme que trabaja aquí.

—¿Por qué quería saberlo? —preguntó ella con tono más triste que suspicaz.

—Cindy fue tan amable conmigo que le dije que haría una apuesta por ella en la mesa de dados.

Dolores lo miró más detenidamente.

—Oiga, ¿no es usted el jugador que puso al rojo vivo la mesa número siete? Pasé por allí durante un descanso porque todo el mundo estaba hablando del tema.

—El mismo. —Sacó la cartera—. Y quería entregarle la parte correspondiente a Cindy.

—No tiene por qué hacerlo, señor.

—Una promesa es una promesa. —Milton le entregó veintiún billetes de cien dólares.

—Dios mío —se asombró Dolores. Intentó devolvérselos, pero Milton insistió hasta que ella se los guardó en el bolsillo. —El hecho de que usted venga aquí y se muestre tan amable y generoso es lo único bueno que me ha pasado en mucho tiempo. —De repente se echó a llorar.

Milton le tendió unas servilletas de papel. Ella se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Gracias.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora Radnor?

—Llámeme Dolores. Y acaba de hacer algo maravilloso.

—Helen, la del *spa*, me dijo que su hija había fallecido en un accidente. ¿Fue un accidente de tráfico?

La mujer endureció la expresión.

—Sobredosis «accidental», dijeron. ¡Mentira! Cindy no tomó drogas en su vida. Además, yo me habría enterado porque yo sí las tomé, hace siglos. Los drogatas se calan rápido y ella no lo era.

—Y entonces, ¿por qué creen que murió de eso?

—Sustancias en el cuerpo y un recipiente con drogas junto a la cama. Y ya está: ¡resulta que mi hija es adicta al crack! Pero yo conocía muy bien a mi Cindy. Ella vio lo que las drogas me hicieron. Al final me limpié y conseguí un buen trabajo. Y ahora mi niña está muerta. —Se sorbió la nariz.

—Lo siento mucho, de veras.

Milton se marchó y se reunió con Reuben.

—Bueno, Cindy le da un masaje a Tony Wallace, también llamado Robby Thomas. Wallace recibe una paliza de muerte por parte de Bagger. Y Cindy muere de una sobredosis accidental pese a que no se drogaba.

—No puede ser una coincidencia —aseveró Reuben.

—Lo más probable es que Bagger ordenara su muerte. Puedo investigar un poco en la página web del Pompeii. A lo mejor hay algún fallo de seguridad y puedo colarme.

Se marcharon sin fijarse en el hombre que había estado observando a Milton mientras hablaba con Dolores. Habló por un walkie—talkie.

—Quizá tengamos un problema. Localiza al señor Bagger.

OceanofPDF.com

34

Se encontraba en la última fase de una misión de investigación e incursión, único motivo por el cual Harry Finn estaba haciendo cola a primera hora de la mañana después de haber viajado en avión la noche anterior tras la visita a su madre. Mientras escuchaba la cantinela del hombre que encabezaba la cola, Finn seguía pensando en su frágil madre de espíritu resuelto. La historia que le había contado, como en muchas otras ocasiones, concernía a Rayfield Solomon, padre de Harry Finn. Solomon había sido un hombre de una curiosidad intelectual inagotable y poseedor de una integridad intachable. Había trabajado para su país durante décadas, forjándose una reputación no sólo de verdadero patriota sino de hombre capaz de solucionar cosas con sus ideas, capaz de ver la respuesta allá donde nadie más la veía. Luego, en una etapa más tardía de la vida, se había enamorado de la madre de Harry Finn y se habían casado. Con el nacimiento de Finn las cosas empezaron a cambiar o, mejor dicho, a desmoronarse.

Y entonces su padre murió, por decisión propia, se dijo, en un arrebato de culpabilidad. Sin embargo, la madre de Finn sabía que no era cierto.

—Todo fueron mentiras —le había contado una y otra vez—. Nada de eso era verdad. Ni sobre él ni sobre mí. Lo mataron porque tenían sus motivos.

Finn sabía cuáles eran esos motivos; su madre se los había repetido hasta la saciedad. La carrera de Rayfield Solomon al servicio de su país había caído en el olvido, su buen nombre mancillado. La vergüenza injusta no era lo que más dolía a la madre de Finn, sino el hecho de que había perdido mucho antes de lo debido al hombre al que amaba.

—No se merecía nada de eso —le había dicho a Finn—. Y ahora tiene que haber represalias.

Finn recordaba haber oído aquella historia por primera vez cuando contaba apenas siete años de edad, poco después de la muerte de su padre. Entonces le había dejado atónito, había supuesto un trauma para su sentido de la justicia, todavía en desarrollo. Hoy día seguía dejándole pasmado el hecho de que un hombre pudiera ser destruido de forma tan injusta, tan absoluta.

Apartó tales pensamientos y se concentró en la tarea que tenía por delante. Entre la multitud había otros tres miembros de su equipo. Dos eran estudiantes universitarios sacados de la oficina en que trabajaban normalmente para una misión sobre el terreno. El tercero era una mujer casi tan hábil en su trabajo como él.

Mediante unos tejemanejes habían conseguido entradas para una visita guiada por el casi acabado Centro de Visitantes del Capitolio. El complejo de tres plantas y 55.000 m², situado bajo la zona este de los jardines del Capitolio, cubría una zona mayor que el edificio del Capitolio. Incluía salas de orientación, tiendas de regalos, restaurantes, un gran vestíbulo, zona de exposiciones, un auditorio y otros elementos tanto funcionales como ceremoniales, entre ellos el tan necesario espacio para las actividades de la Cámara de Representantes y el Senado. Una vez abierto, recibiría millones de visitantes al año procedentes de todo el mundo. Y para que Washington no perdiera su reputación de eficacia e integridad, el proyecto sólo llevaba unos cuantos años de retraso y ya se habían gastado varios cientos de millones de dólares más de los presupuestados.

A Finn le intrigaban sobre todo dos elementos: primero, el túnel que conectada el centro de visitantes con el Capitolio en sí, y segundo, un túnel de servicio para los vehículos de reparto. El reparto que él tenía en mente era el que ningún congresista desearía jamás.

Cada miembro del equipo llevaba una cámara digital en el ojal y tomaba fotos subrepticias de todos los rincones del lugar. Túneles inacabados y pasillos que se desviaban hacia direcciones interesantes que luego resultarían muy prácticas para Finn y su equipo.

Finn formuló varias preguntas, aparentemente inocentes, a la guía. Sin embargo, al igual que hacía con las «excavaciones telefónicas», esas preguntas buscaban obtener información que la guía nunca habría revelado

de forma consciente. Siguiendo el plan establecido, otros componentes del equipo formulaban preguntas relacionadas que revelaban otros detalles. Combinando todas las respuestas, resultaba que la inocente guía casi les había proporcionado información suficiente para desmontar y volver a montar el Capitolio.

«Eres una mina para los terroristas y ni siquiera lo sabes», pensó Finn de la amable guía.

En el exterior, Finn contempló la estatua de la Libertad de bronce que coronaba la cúpula del Capitolio. Era una imagen bonita, pensó. No obstante, no sabía si quienes trabajaban en el interior del edificio se merecían que su lugar de trabajo estuviera tan bien coronado. Consideraba que conceptos como «libertad», «verdad» y «honor» eran lo último que tenían en mente.

El y su equipo recorrieron los casi 250.000 m² del Capitolio para recabar datos todavía más útiles. Se reunieron en un vacío *deli* cercano a Independence Avenue para repasar los resultados y plantearse qué añadir al plan de asalto al Capitolio.

—A los congresistas les gusta estar a salvo —observó uno de los miembros del equipo—. Así que tras nuestra operación el Tío Sam tendrá que gastarse una fortuna para ofrecerles seguridad.

—Una minucia para el presupuesto federal —dijo la mujer—. Volvemos a la oficina, Harry. Tengo que hacer un poco de excavación telefónica para la misión del Pentágono.

—De acuerdo —asintió Finn—. Yo tengo que hacer otra cosa.

Salió del bar y se dirigió al edificio Hart de la oficina del Senado, el más nuevo y mayor de los tres complejos dedicados a los cien senadores y su numeroso personal. A veces a Finn le sorprendía que cien personas no fueran capaces de hacer encajar sus actividades en algo menos que los más de 185.000 m² que sumaban en total los edificios Hart, Russell y Dirksen de las oficinas del Senado. Y aun así los políticos exigían instalaciones más amplias y más dólares procedentes de los impuestos para construirlas.

El edificio Hart estaba situado entre las calles Second y Constitution y había recibido ese nombre en honor a Philip Aloysius Hart, senador de Michigan fallecido en 1976. El difunto Hart, tal como rezaba la inscripción que coronaba la entrada principal, «fue un hombre de una integridad intachable».

«Aquel señor se habría sentido muy solo en el Capitolio en nuestros días», pensó Finn.

Caminó por el interior del edificio admirando el atrio central de casi treinta metros de alto y su elemento principal, un *mobile—stabile* titulado *Montañas y nubes*, obra del célebre Alexander Calder. El escultor había ido a Washington D.C. en 1976 para realizar los últimos ajustes a la pieza, que era enorme —su punto más alto alcanzaba los quince metros—, y había muerto inesperadamente esa misma noche al regresar a Nueva York. Era un testimonio inequívoco del viejo refrán «Washington puede resultar mortal para la salud».

Si bien el edificio Hart albergaba a más de cincuenta senadores, a Finn sólo le interesaba uno: Roger Simpson, del gran estado de Alabama.

Las medidas de seguridad del edificio, incluso después del 11—S, eran de risa. Una vez traspuesto el detector de metales, se podía ir prácticamente a cualquier sitio. Finn tomó el ascensor hasta la planta en que se encontraba la oficina de Simpson. Era difícil no verla. La bandera de Alabama se enarbolaba junto a la puerta del hombre. Mientras esperaba cerca de la puerta de cristal, hizo varias fotos del interior de la oficina con la cámara del ojal, enfocando a la joven recepcionista. Se fijó en los demás detalles de la planta y estaba a punto de marcharse cuando la puerta volvió a abrirse y salió el senador en persona, acompañado de un séquito considerable.

Roger Simpson era alto, de casi dos metros, y esbelto, de pelo rubio y canas incipientes y el aspecto tranquilo y distante de un hombre acostumbrado a que se respeten sus límites personales y obedezcan sus órdenes.

La puerta del ascensor situado al final del pasillo se abrió y apareció una mujer alta y rubia. Simpson sonrió y avanzó para darle un abrazo rápido. A su vez, ella lo obsequió con un besito en la mejilla que, a ojos de Finn, era pura apariencia. Era la señora Simpson, ex Miss Alabama, con un máster en Administración de Empresas por una prestigiosa universidad estadounidense. Poseía un currículum poco convencional para una posible primera dama.

Finn se fijó en los dos hombres que flanqueaban a Simpson. Llevaban pinganillos e iban armados; seguramente eran del Servicio Secreto. Sin duda Simpson había extremado las precauciones, sobre todo después de la

muerte de los tres ex Triple Seis y Carter Gray. El plan de Finn no consistía en un ataque directo a Simpson. El único elemento problemático quizá fuera la foto de Rayfield Solomon. Simpson debía saber por qué tenía los días contados. Sin embargo, a Finn ya se le ocurriría el modo; siempre se le ocurría.

Abandonó el edificio discretamente.

OceanofPDF.com

35

Stone se levantó temprano, pero Annabelle ya estaba abajo tomándose un té humeante frente a la chimenea. Él asintió hacia ella al entrar en la sala y a continuación comprobó si había alguien más allí.

—Estamos solos —declaró ella—. ¿Quieres desayunar algo?

Comieron en un frío salón contiguo a la pequeña cocina. Annabelle apenas probó su comida mientras Stone tomaba los huevos y las tostadas y la miraba.

—¿Has vuelto a tener noticias de Milton y Reuben después de que te llamaran? —preguntó—. ¿Han descubierto algo más?

—Todavía no, pero estoy seguro de que nos mantendrán informados.

En cuanto Stone apuró la taza de café, ella se levantó.

—¿Preparado?

—¿Vamos a ver la casa?

—No podemos. La derribaron y levantaron una monstruosidad en su lugar, pero podemos visitar la zona.

Annabelle tenía las mejillas encendidas y la mirada perdida. Stone se preguntó si no estaría enferma.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella dijo:

—Estoy bien, lo que pasa es que no he dormido mucho.

Al cabo de media hora estaban delante de la parcela en que la madre de Annabelle había sido asesinada.

—Es aquí. O por lo menos era aquí. Mi madre vivía en una casita modesta —dijo.

La casa actual no tenía nada de modesta. Se trataba de una casa de mil metros cuadrados con tejas de madera y torrecilla incluidas justo enfrente del océano, candidata a ocupar la portada de *Architectural Digest*.

—¿Cuánto hace que derribaron la casita? —preguntó Stone.

—Seis años. No mucho después de que la mataran. Las vistas al océano pueden más que un brutal asesinato.

—Bueno, ¿cómo quieres que lo hagamos? —inquirió Stone.

—Sugiero que finjamos ser padre e hija, no te lo tomes a mal, buscando un lugar para cuando te jubiles. Acudimos a un agente inmobiliario local y empezamos a hacer preguntas.

Esa tarde, Annabelle y Stone acompañaron a una mujer morena de pelo corto con cuerpo de barril de cerveza a visitar una casa grande y bastante deteriorada. Se encontraba cuatro parcelas más abajo de donde la madre de Annabelle había recibido un balazo en la cabeza cortesía de Jerry Bagger.

—Es encantadora, papá —susurró Annabelle mientras inspeccionaban el ruinoso lugar—. Quedémonosla.

—Humm. Para empezar, no es pequeña, y está claro que necesita reformas —replicó Stone.

—Venga ya, papá. Está en primera línea de playa. Llevas mucho tiempo buscando y nunca has encontrado nada que valiera la pena. ¿No te imaginas aquí jubilado? Mira qué vistas.

Stone se dirigió a la agente inmobiliaria.

—Esa casa al final de la calle sí que es bonita y está en perfectas condiciones. ¿Sabe si tienen intención de venderla?

—¿Los Macintosh? No, no creo que quieran vender.

—¿Macintosh? —repitió Annabelle—. No me suenan. Pero sí que conocí a una gente que vivía por aquí. Bueno, no personalmente, eran amigos de amigos. Los visité una vez; por eso hemos venido a mirar aquí, la verdad. Recuerdo que era muy bonito.

—Llevo aquí mucho tiempo, ¿te acuerdas del nombre?

Annabelle fingió pensárselo.

—Connor o Conway. No, Conroy, eso es, Conroy.

—¿No sería Tammy Conroy? —preguntó la agente.

—Creo que sí. Ahora me acuerdo. Una mujer alta, delgada y pelirroja. La agente pareció súbitamente incómoda.

—Tammy Conroy, oh, cielos. ¿Está segura?

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —dijo Annabelle.

—¿La conocía mucho?

—Como he dicho, era amiga de una amiga. ¿Por qué?

—Bueno, supongo que se enterará tarde o temprano. Hace unos años Tammy Conroy murió en la casita que había en la parcela en que ahora viven los Macintosh.

—Oh. —Annabelle se agarró al brazo de Stone.

—¿Se refiere a que tuvo un accidente? —preguntó Stone.

—Pues no, fue... pues... fue asesinada. —La mujer se apresuró a añadir—: Pero desde entonces no se ha producido ningún hecho violento. Este sitio es muy seguro.

—¿Pillaron al culpable? —preguntó Annabelle.

La agente arrugó el entrecejo.

—La verdad es que no, nunca detuvieron a nadie.

—Vaya, podría estar por ahí a la espera de volver a matar. Quizá tenga una fijación con este vecindario. Cosas más raras se han visto —declaró Stone.

—No lo creo —dijo la agente—. Antes de que fuera propiedad de la mujer asesinada, ahí vivía una viuda anciana. Murió de vieja y su hijo le vendió la casa a la señora Conroy. De hecho, yo me ocupé del papeleo.

—A lo mejor fue su marido —sugirió Annabelle—. Si es que estaba casada, claro. La violencia doméstica se cobra muchas vidas. ¡Es terrible!

—Hubo un marido, aunque ahora mismo no recuerdo su nombre. Pero cuando la mataron él ya se había marchado, me parece. Al menos la policía nunca lo consideró sospechoso. Siempre pensé que lo había hecho algún forastero. Tammy era muy reservada. Creo que ni siquiera tuvieron hijos. Pero eso fue hace años y, como he dicho, esta zona es muy segura. Bueno, ¿quieren ver el interior de la casa?

Tras una visita rápida al inmueble, cogieron la tarjeta de la mujer y le dijeron que ya le dirían algo.

Mientras se marchaban en el coche, Annabelle sacó un fular marrón del bolsillo y lo acarició suavemente.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de mi madre por mi cumpleaños. Es lo último que me dio.

—Lo siento, Annabelle.

Ella se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

—Ni siquiera pude asistir al funeral. Había oído rumores en el mundillo de los estafadores de que Bagger estaba implicado y que mi padre había quedado impune, como de costumbre. Sabía que Bagger estaría por aquí. Ni siquiera he visto su tumba.

—¿Y crees que tu padre está muerto?

—Digamos que, si mi sueño se convirtió en realidad, sí lo está.

Mientras circulaban calle abajo, el semáforo cambió y Stone se paró. Annabelle miró distraídamente a un hombre alto y delgado que salía de un bar y se quedó pasmada.

Stone advirtió su expresión.

—¿Qué sucede?

—Ese hombre que acaba de salir del bar al otro lado de la calle —susurró.

Stone lanzó una mirada.

—¿Qué le pasa?

—Es mi padre, Paddy Conroy.

OceanofPDF.com

36

—Para, Oliver —suplicó Annabelle.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora mismo me estoy esforzando por no vomitar. —Apoyó la barbilla en el salpicadero sin apartar la vista de su padre—. Dios mío, es como si estuviera viendo a un puto fantasma.

Se reclinó en el asiento lentamente y se secó el sudor húmedo de la frente.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él.

—No sé. Me he quedado bloqueada.

—Bueno, decidiré yo. Lo seguiremos. Quizá nos conduzca a algo útil.

—El muy cabrón dejó morir a mi madre.

Stone vio que agarraba con tal fuerza el reposabrazos que los dedos le blanqueaban. Le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Te entiendo, Annabelle. Entiendo perfectamente el hecho que ciertas personas vivan y mueran por motivos equivocados. Y sé que ha sido todo un golpe descubrir que tu padre está vivo, y que encima está aquí. Pero tenemos que mantener la calma. No creo que sea una coincidencia que esté aquí. ¿Y tú?

Annabelle negó con la cabeza.

—Así que vamos a seguirlo —repitió—. ¿Estás preparada? ¿O quieres que te deje? Puedo seguirlo yo solo.

—No; yo también iré —repuso ella rápidamente. Y ya más tranquila, añadió—: Ya estoy bien, Oliven Gracias. —Le apretó la mano en señal de agradecimiento.

Los dos vieron cómo Paddy Conroy subía a una vieja furgoneta.

El recorrido sólo duró diez minutos, hasta las afueras de la ciudad. Cuando la furgoneta giró y entró por una verja de hierro forjado, a Annabelle se le cortó la respiración.

Stone esperó unos momentos y luego entró también en el cementerio Mount Holy. Al cabo de unos minutos habían bajado del coche y se desplazaban sigilosamente hacia una arboleda. Desde su escondrijo observaron a Paddy acercarse a una tumba plana en el suelo.

Sacó unas flores del interior de su abrigo raído, se arrodilló y las colocó en la tierra.

Se quitó el sombrero y dejó al descubierto un pelo blanco y denso, juntó las manos y pareció rezar. En cierto momento emitió un largo gemido y lo vieron sacar un pañuelo del bolsillo para enjugarse la cara.

—¿Es la tumba de tu madre? —preguntó Stone.

Ella se limitó a asentir.

—Como te dije, nunca he venido, pero sé su ubicación.

—Parece llorar su pérdida.

—Sólo lo hace para lavar su culpa, el muy cabrón. Nunca cambiará.

—Las personas cambian —dijo Stone.

—El no, nunca. —De pronto Annabelle lo sujetó por el brazo—. Oliver, ¿qué vas a hacer?

—Poner a prueba tu teoría.

Antes de que pudiera detenerlo, Stone salió al espacio abierto y se encaminó hacia Paddy. Caminó despacio, aparentando leer las lápidas antes de detenerse en una situada cerca del hombre, que aún sollozaba arrodillado.

—No pretendo perturbar su intimidad —dijo Stone con voz queda—. Hace varios años que no vengo a visitar la tumba de mi tía. Quería presentarle mis respetos.

Paddy alzó la vista hacia él y se frotó el ancho rostro con el pañuelo.

—Es un cementerio público, amigo.

Stone se arrodilló delante de la tumba elegida sin dejar de observar a Paddy de reojo.

—Los cementerios parecen absorberle a uno la energía, ¿verdad? —dijo en voz baja.

El hombre asintió y repuso:

—Es una penitencia para los vivos. Y una advertencia para todos nosotros.

—¿Una advertencia? —Stone se giró para mirarlo y entonces se dio cuenta: aquel hombre era un enfermo en fase terminal. Lo vio en los matices grises que salpicaban su rostro pálido y hundido, el cuerpo esquelético y las manos temblorosas.

Paddy asintió.

—Mire todas estas tumbas. —Levantó un brazo tembloroso—. Todos estos muertos esperando que el Todopoderoso baje a decirles adónde irán. Esperando en la tierra o en el purgatorio, si uno es creyente. Esperando que baje el Hombre y se lo diga. Para el resto de la eternidad.

—El cielo o el infierno —asintió Stone.

—¿Es usted jugador?

Stone negó con la cabeza.

—Me he pasado toda la vida apostando por una cosa o por otra. Si usted fuera jugador, ¿cuántos diría que van a ir al cielo y cuántos al infierno?

—Esperemos que más al cielo —contestó Stone.

—Perdería la apuesta, está claro.

—¿Cree que hay más gente mala que buena?

—Míreme a mí. Ya puedo ir buscándome un lugar soleado en lo más profundo del infierno, porque ése es mi destino, se lo digo yo.

—¿Se arrepiente de muchas cosas?

—¿Arrepentirme? Señor, si los arrepentimientos fueran dólares, tendría tanto dinero como Bill Gates. —Paddy se inclinó hacia delante y besó la lápida—. Adiós, mi querida Tammy. Que descanses, cariño. —Se levantó con piernas temblorosas y se encasquetó otra vez el sombrero.

Se giró hacia Stone.

—Ella sí irá al cielo. ¿Sabe por qué? —Stone negó con la cabeza—. Porque fue una santa. Por aguantar a un tipo como yo. Y aunque sólo sea

por eso, cuando llegue el día del Juicio Final san Pedro la recibirá con los brazos abiertos. Ojalá pudiera estar allí para verlo.

OceanofPDF.com

37

Era temprano. Jerry Bagger estaba sentado en su suite del lujoso hotel pensando seriamente que debía subir el precio de las habitaciones del Pompeii. Para él las vistas a la Casa Blanca no valían mil dólares la noche.

Mientras miraba por la ventana la residencia del presidente, Mike, un miembro de su equipo de seguridad, entró en la habitación.

—Anoche muy tarde recibimos una llamada del casino, pero no quisimos despertarle. Un tío estuvo hablando con Dolores.

Bagger se giró.

—¿Hablando con Dolores de qué?

—Por lo poco que oyó, el nombre de la hija salió un par de veces.

—La buena de Cindy —dijo Bagger lentamente—. Supongo que Dolores sigue sufriendo por la pérdida de su hija. ¿Quién era el tipo? ¿Un poli? ¿Del FBI?

—Estamos investigándolo. Iba acompañado de un tío muy fornido. Les estamos siguiendo. Se alojan en un hotelucho lejos de la primera línea de mar.

—Pues investigad rápido.

—¿Y si es poli?

—Me informáis y ya veremos. Matar a un poli no es moco de pavo. Si te cargas a uno, aparecen muchos más, lo mismo con los del FBI. Seguid en ello. Comprobad en qué otros sitios ha estado ese tío. —Bagger se sentó mientras Mike se disponía a marcharse—. Espera un momento. ¿Ha llamado ese idiota republicano y *amish*?

—No, señor.

—Lo que me contó parecía cierto, pero tengo la impresión de que mentía como un bellaco.

—Usted es la persona con el mejor instinto que conozco, señor Bagger.

«Pero no basta —pensó Bagger—. Annabelle Conroy me pilló por los huevos y me los apretó hasta dejarme seco.»—¿Quiere que mantengamos una charla con él?

Bagger negó con la cabeza.

—Ahora mismo no. Pero seguidle. Quiero saber adónde va esa rata de biblioteca por la noche.

—Entonces, ¿nos quedaremos en la ciudad unos días?

Bagger miró por la ventana.

—¿Por qué no? Este sitio empieza a gustarme. —Señaló la Casa Blanca—. Mira ahí, Mike. Ahí vive el presidente, el hijo de puta más poderoso del mundo. Un simple movimiento de su cabeza y se carga un país entero. Si suelta un pedo raro, la bolsa cae mil puntos. Está rodeado de un ejército de cojones. Si quiere algo, lo consigue. —Bagger chasqueó los dedos—. Así. Una mamada en el Despacho Oval, reducciones fiscales para los ricos, invadir otros países, pellizcarles el culo a las reinas, cualquier cosa. Porque él es quien manda. Lo respeto. El tío sólo gana cuatrocientos mil dólares al año, pero tiene un montón de privilegios y viaja gratis en un jet mucho mayor que el mío. Y a pesar de todo eso, ¿sabes qué, Mike?

—¿Qué, señor Bagger?

—Cuando deja el cargo, es un don nadie. Pero yo sigo siendo Jerry Bagger.

OceanofPDF.com

38

Harry Finn vio que Patrick, su hijo pequeño, bateaba y fallaba una pelota que le venía a la altura de los ojos. Los padres en las gradas situados cerca de Finn gimieron, se produjo el tercer *strike* y acabó el partido. Patrick había dejado en la segunda base al jugador cuya carrera representaría el empate y el bateador tenía en sus manos la victoria. El muchacho de diez años regresó abatido al banquillo, arrastrando el bate, mientras el otro equipo empezaba a celebrarlo.

El entrenador de Patrick les dio una pequeña charla para animarlos, los chicos se tomaron el tentempié de después del partido que, para muchos, era el gran acontecimiento de la tarde, y los padres empezaron a reunir a sus futuras estrellas para la vuelta a casa.

Patrick seguía sentado en el banquillo con el casco y los guantes puestos como si estuviera esperando otra oportunidad para lanzar la pelota al otro lado de la valla. Finn fue a buscarle algo de comer y se sentó a su lado en el banquillo.

—Has hecho un gran partido, Pat —dijo tendiéndole una bolsa de Doritos y un refresco de naranja—. Estoy orgulloso de ti.

—He quedado eliminado, papá. Hemos perdido por mi culpa.

—También has llegado a la base un par de veces, has marcado las dos y ayudado en tres más. Y jugando en el centro del campo has pillado una pelota muy difícil. Ahí has salvado tres carreras. —Le frotó el hombro a su hijo—. Has hecho un buen partido. Pero no siempre se gana.

—¿Es ahora cuando me dices lo de que «perder forja la personalidad»?

—Sí, ahora. Pero no te acostumbres. Lo cierto es que a nadie le gustan los perdedores. —Le dio una palmada juguetona en el casco—. Y si no piensas comerte los Doritos, me los quedo. —Cogió la bolsa.

—Eh, son míos. Me los he ganado.

—Pensaba que el equipo había perdido por tu culpa.

—No habríamos estado a punto de ganar de no ser por mí.

—Al final lo admites, ¿verdad? Ya sabía yo que tenías el cerebro de los Finn en algún sitio. —Golpeó el casco con los nudillos—. Y quítate esto, ya tienes la cabeza suficientemente dura.

—Vaya, papá, gracias por tu apoyo.

—¿Qué te parece si cenamos algo por ahí antes de volver a casa?

Patrick se llevó una agradable sorpresa.

—¿Tú y yo solos?

—Exacto.

—¿David no se enfadará?

—Tu hermano tiene trece años. No le gusta demasiado estar todo el día pegado a su viejo. No soy tan guay ni tan espabilado. Eso cambiará dentro de unos diez años, cuando tenga problemas para pagar la universidad y no encuentre trabajo, entonces volveré a ser guay.

—Yo creo que eres espabilado y guay.

—Eso es lo que me gusta de ti. —Mientras caminaban hacia el coche, Finn se colocó a Patrick sobre los hombros y echó a correr.

Cuando llegaron al parking, Finn, jadeante, bajó a su hijo.

—Papá, ¿por qué sigues llevándome a hombros? —preguntó Patrick entre risas.

A Finn se le borró la sonrisa.

—Porque muy pronto ya no podré hacerlo, hijo. Serás demasiado grande. Y aunque no lo fueras, no querrás que te lleve de ese modo.

—¿Tan grave es? —preguntó Patrick mientras comía Doritos. Finn abrió el coche y lanzó la bolsa de su hijo al interior. —Sí, sí que lo es. Lo comprenderás cuando seas padre.

Comieron en una hamburguesería local situada a menos de dos kilómetros de su casa.

—Me encanta esta comida, todo grasa.

—Disfrútala mientras puedas. Cuando tengas mi edad, tu cuerpo no la asimilará con tanta facilidad.

Patrick se llevó una patata frita a la boca y preguntó:

—¿Cómo está la abuela? —Finn se puso un poco tenso—. Mamá me dijo que habías ido a verla. ¿Qué tal está?

—Bien. Bueno, de hecho no tan bien.

—¿Cómo es que ya no vamos a verla?

—No sé si le gustaría que la vierais en su estado actual.

—Esas cosas no me importan —dijo el niño—. Era divertida aunque hablase de una forma un poco rara.

—Sí, es verdad —reconoció Finn bajando la mirada hacia su hamburguesa a medio comer; de repente había perdido el apetito—. A lo mejor vamos a verla dentro de poco.

—¿Sabes qué, papá? No tiene pinta de irlandesa.

Finn pensó en aquella mujer alta y de espaldas anchas, con las facciones angulosas y casi demacradas típicas de muchos europeos del Este de esa generación. Apenas era capaz de cuadrar esa imagen con el cuerpo encogido en que su madre se había convertido. Su hijo tenía razón, no parecía irlandesa porque no lo era. De todos modos, Finn se parecía más a su madre que a su padre.

—No lo es —dijo—. Tu abuelo sí era irlandés. —No le gustaba mentir a su hijo pero sabía que, en este tema, no podía decirle la verdad. Sí, su padre, el judío irlandés.

—Dijiste que era un tío guay.

—Muy guay.

—Ojalá le hubiera conocido.

«Yo también —pensó Finn—. Durante más tiempo del que lo conocí.»—Entonces, ¿de dónde es la abuela?

—En realidad tu abuela es de todas partes —respondió con vaguedad.

Mandy los recibió en la puerta cuando llegaron a casa. Tras mandar a Patrick a que se preparara para acostarse, dijo:

—Harry, mañana se supone que vas a la clase de Susie. Es el día de profesiones de padres.

—Mandy, ya te dije que no me apetece.

—Todos los demás padres lo hacen. No podemos dejar a Susie en la estacada. Yo iría pero no sé si cocinar, limpiar y conducir se considera una profesión.

Él la besó.

—Yo sí. Trabajas más que todas las personas que conozco.

—Tienes que ir, Harry. Susie tendrá una decepción si no vas.

—Cariño, no me presiones.

—Vale, pero si te escaqueas, se lo dices tú. Te está esperando despierta en la cama.

Mandy se alejó y Finn se quedó de pie junto a la puerta. Quejándose, subió las escaleras fatigosamente.

Susie estaba sentada en la cama, rodeada de once de sus peluches. Era incapaz de irse a dormir sin ellos. Los llamaba sus «ángeles de la guardia». A los pies de la cama tenía diez más, los «caballeros de la mesa redonda».

Lo miró con sus grandes ojos azules al formularle la anhelada pregunta:

—¿Irás mañana, papá?

—Ahora mismo estaba hablando con mamá del tema.

—Hoy ha ido la madre de Jimmy Potts. Es bióloga marina. —Susie lo dijo lentamente mientras se rascaba la mejilla—. No sé qué es eso pero, papi, ha traído peces vivos.

—Fantástico.

—Sé que tú también estarás fantástico. Les he hablado a todos de ti.

—¿Y qué les has contado? —Susie no tenía ni idea de a qué se dedicaba su padre.

—Que eres soldado.

—Oh, es verdad, lo fui.

—Les he contado a todos que estuviste en el ejército. Y que eras una morsa —añadió dándose importancia.

Finn intentó no reírse mientras le explicaba que había sido un SEAL, [1] no una morsa.

—Recuerda, cielo, que en esta zona hay mucha gente que ha estado en el ejército. No es nada del otro mundo.

—Pero tú serás el mejor, papi, lo sé. Por favor, ven mañana, por favor.
—Le tiró de la manga y lo rodeó con los brazos.

Así las cosas, ¿qué padre habría sido capaz de negarse?

—De acuerdo, cariño, allí estaré.

Cuando apagó la luz para marcharse, Susie le dijo:

—Papi, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Cuando eras soldado, ¿mataste alguna vez a alguien, papá?

Finn se apoyó en la puerta. No era la pregunta que esperaba.

—Joey Menkel dijo que su padre había matado a un montón de gente mala en Irak —añadió Susie—. Y él también es soldado. ¿Tú también mataste?

Finn se sentó otra vez a su lado, le cogió la mano y le dijo con voz queda:

—Cuando las personas pelean, hay heridos, cielo. Nunca es bueno hacer daño a otra persona. Y los soldados lo hacen para protegerse a sí mismos y a su país, donde viven sus familias.

—Entonces, ¿tú también mataste? —insistió.

—Mañana nos veremos en el colegio, hija. Que duermas bien. —La besó en la frente y salió de la habitación.

Al cabo de un minuto estaba en el garaje. Allí guardaba su arsenal de armas. Pesaba casi quinientos kilos y tenía llave, combinación y un sistema de cierre biométrico que sólo él podía abrir. Abrió la pesada puerta y extrajo una caja pequeña protegida también con combinación y llave. Una vez abierta, llevó el archivo a su banco de trabajo y empezó a repasarlo. Las fotos y los informes ya estaban descoloridos, pero nunca dejaban de producirle una rabia prácticamente incontrolable. Leyó en voz alta:

—«Rayfield Solomon, presunto traidor, se suicida en América del Sur.»

Miró la foto de su padre, un hombre muerto con un orificio de bala en la sien derecha, y el legado de haber traicionado a su país.

Finn también sintió rabia esa noche pero fue distinta a las demás ocasiones en que había contemplado los restos del pasado de su padre, y

eso se debía a la pregunta de su hija: «¿Mataste alguna vez a alguien, papá?»

«Sí, cariño. Papá ha matado.»

Volvió a guardar los artículos y apagó la luz del garaje. No regresó a la casa. Fue a dar un paseo que se prolongó hasta la medianoche.

Cuando volvió a casa, hacía rato que todos dormían. Su mujer estaba acostumbrada a sus excursiones nocturnas por el vecindario. Entró en el cuarto de Susie, se sentó en la cama y observó cómo respiraba plácidamente, aferrada a uno de sus preciados ángeles de la guardia.

Al amanecer, Finn dejó a su hija, se duchó y se preparó para ir al colegio y hablar de qué suponía ser soldado. Por supuesto, no les hablaría de lo que era ser un asesino. Aunque eso es lo que era.

Mientras recorría el pasillo que llevaba al aula de su hija, el muro mental que separaba a Harry Finn del otro hombre que tenía que ser se agrietó ligeramente. Abrió la puerta del aula y su hija cruzó presurosa la clase para abrazarle.

—¡Es mi papá! —anunció orgullosa a sus compañeros—. Y es una foca, no una morsa. Y es muy bueno.

«¿Seguro?», pensó Harry Finn.

OceanofPDF.com

39

Stone relató a Annabelle la conversación mantenida con su padre junto a las tumbas.

—Da la impresión de que está agonizando.

—Me alegro.

—Y parece sentirse sinceramente culpable por lo que le pasó a tu madre.

—Lo dudo mucho.

—¿Quieres seguirle?

—No; quiero matarle.

—Vale, ¿qué hacemos ahora? ¿Seguimos investigando por el pueblo?

—No; volvamos al hotel. Necesito beber y quiero hacerlo en la privacidad de mi habitación.

Stone la dejó en el hotelito y volvió a salir. Recorrió las pocas calles del pueblo en el coche hasta que vio la furgoneta de Paddy aparcada junto al bordillo. Padre e hija habían tenido la misma idea. Aparcó y entró.

El bar era cutre y oscuro. A esa hora de la tarde sólo había un hombre en la barra bebiendo cerveza. Stone se sentó a su lado, y Paddy apenas alzó la vista.

—Supongo que los cementerios dan sed —comentó Stone.

Paddy lo miró de reojo y bebió un sorbo de cerveza. Tenía los ojos entornados y la piel más grisácea que en el camposanto.

—Nunca he necesitado motivos para tomarme un par de pintas —repuso arrastrando un poco las palabras.

—Me llamo Oliver —se presentó Stone tendiéndole la mano.

Paddy no se la estrechó y lo observó con recelo.

—Si te encuentras a un tío una vez, no pasa nada. Si te lo encuentras dos veces en el plazo de una hora, empieza a sospechar.

—Este pueblo no es muy grande.

—Lo suficiente para que un hombre tenga su propio espacio.

—Puedo apartarme.

Paddy lo fulminó con la mirada.

—Bah. ¿Qué quieres tomar? Invito yo.

—No es necesario.

—Nunca es necesario invitar a alguien a una copa. Es un privilegio para el invitado. Y no lo rechaces. Soy irlandés. Tendría que cortarte el pescuezo si rehúsas.

Al cabo de dos horas, Stone y Paddy salieron del bar, el primero sujetando al segundo.

—Eres un buen tío —lloriqueó Paddy—. Un buen amigo.

—Me alegro de que lo pienses. Oye, no estás en condiciones de conducir. Dime dónde vives y te llevo.

Paddy se quedó dormido en el coche de Stone, lo cual resultó oportuno porque éste llevaba al padre a ver a su hija.

Annabelle había estado contemplando la botella de ginebra durante una hora sin probar ni gota. Sólo bebía cuando una estafa se lo exigía. Los recuerdos de su padre borracho diciendo y haciendo estupideces le habían hecho prometer no emborracharse jamás. La llamada a la puerta apenas le hizo levantar la mirada.

—¿Sí?

—Soy Oliver.

—Está abierto.

Entró. Annabelle no miró hasta que reparó en el sonido de cuatro pies en lugar de dos.

—¿Qué cono pretendes? —gritó azorada.

Stone llevó medio auestas a Paddy a un sillón y lo dejó caer.

La voz de su hija consiguió atravesar la bruma de alcohol, y Paddy medio se incorporó.

—¿Annabelle?

Ella se movió tan rápido que Stone no pudo detenerla. Se abalanzó sobre Paddy, le golpeó en el estómago y los dos cayeron al suelo. Ella lo inmovilizó y empezó a abofetearlo.

Stone la apartó y consiguió mantenerla alejada pese a que ella lanzaba patadas y puñetazos a su padre. La arrastró hasta colocarla contra la pared y la sujetó. Como no dejaba de patear, le dio una bofetada. Ella se quedó paralizada de la sorpresa. Entonces miró a su padre tendido en el suelo a tiempo de verlo palidecer y vomitar.

Al cabo de unos instantes logró zafarse de Stone y salió corriendo de la habitación.

Dos horas después Paddy abrió los ojos y miró alrededor. Se incorporó y notó la mano de Stone en el hombro.

—Tranquilo —dijo éste—. Te has dado un buen golpe.

—¿Annie? ¿Dónde está Annie? —Paddy recorrió la habitación con la mirada.

—Volverá. Ha tenido que... que salir un momento. —Ya había limpiado el vómito de Paddy y había esperado que el hombre volviera en sí.

—¿De verdad era Annie? —preguntó Paddy, agarrando a Stone del brazo con mano temblorosa.

—Sí, era ella.

Cuando Stone oyó los pasos de Annabelle en las escaleras se colocó delante de Paddy para protegerlo de un nuevo ataque. La puerta se abrió y allí estaba ella, con el semblante pálido y vacío de expresión. Durante un instante aterrador, Stone se preguntó si había ido a comprar una pistola.

Ella cerró la puerta tras de sí, cogió una silla del pequeño salón y se sentó delante de los dos hombres.

Miró a Stone y a su padre alternadamente hasta clavar la mirada en Paddy.

—¿Has acabado de vomitar?

Él asintió y dijo:

—Annie...

Ella levantó una mano.

—Cállate. No he dicho que pudieras hablar, ¿verdad?

El meneó la cabeza y se recostó en el sofá con una mano encima de su vientre plano.

Annabelle se dirigió a Stone.

—¿Por qué cono lo has traído?

—He supuesto que ya era hora de que hablarais.

—Pues te has equivocado.

—No he tenido ocasión de decírtelo antes de que salieras en estampida. Cuando tu madre fue asesinada, tu padre estaba en una cárcel federal de Boston acusado de falsificar cheques.

Stone se sentó al lado de Paddy y observó a Annabelle, cuyo rostro no denotó el menor atisbo de emoción ante la sorprendente noticia. Desde luego, aquella mujer era la mejor estafadora de su generación, pensó él.

—¿Cómo lo sabes? —dijo ella al final, sin apartar la mirada de su amigo.

—Me lo confirmó Alex cuando venía hacia aquí. Ahora está todo informatizado.

—¿Cómo se te ocurrió comprobar tal cosa? —preguntó ella con apatía.

—Porque este hombre me preguntó por la muerte de tu madre cuando estábamos en el bar —intervino Paddy—. Se lo dije. Me pasé casi un mes en esa dichosa celda. No tenían suficientes pruebas para condenarme pero no podía pagarme un abogado. Para cuando salí, hacía tiempo que tu madre estaba enterrada.

—Eso no cambia el hecho de que muriera por tu culpa.

—Nunca lo he negado. No pasa un solo minuto en que no piense que quien debería estar enterrado soy yo, no ella.

Annabelle miró fijamente a Stone.

—¿Y te has tragado esa historia lacrimógena? Es la estafa ciento una.

—¡Es la verdad y me importa un bledo que te la creas o no! —exclamó Paddy poniéndose en pie con inseguridad.

—Va asiduamente a visitar su tumba —añadió Stone.

—¿Qué más da? —espetó Annabelle—. De no haber sido por los miserables diez mil dólares que este cerdo le robó a Bagger, hoy ella estaría

viva.

—Nunca pensé que se fijaría en tu madre. No sé quién le chivó a Bagger dónde estaba. Si lo supiera, mataría al muy cabrón.

—Guárdatelo para quien le importe.

—Y no pasa un solo día en que no piense en estrangular a Jerry Bagger.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo has hecho? No puede decirse que no sepas dónde vive.

—Está rodeado de un puto ejército.

—Cuéntame algo nuevo, venga.

Paddy la observó.

—He oído que Bagger tuvo un problema gordo. Rumores en el mundillo de los estafadores. ¿Fuiste tú?

Annabelle se levantó y abrió la puerta.

—Lárgate.

—Pero Annie...

—¡Venga, largo de aquí!

Al marcharse, Paddy tropezó con el marco de la puerta. Annabelle miró a Stone.

—Nunca te lo perdonaré.

—No busco el perdón. —Se levantó.

—Entonces, ¿por qué lo has traído aquí?

—¿Por qué no te lo piensas e intentas encontrar la respuesta tú sola? Así quizá te resulte más significativa.

Stone también se marchó, y Annabelle cerró la puerta de un puntapié.

OceanofPDF.com

40

Dos de los hombres de Bagger descubrieron que Milton había estado en el hotel situado frente al Pompeii. Hablaron con el recepcionista y también con Helen, la masajista cuyos servicios había utilizado Milton. Ante los duros esbirros de Bagger, ninguno de los dos ocultó nada. Y Milton no era poli ni federal. A continuación informaron a Bagger.

—Cogedlo a él y su amigo, descubrid qué traman y luego los matáis —fue la decisión del jefe—. Luego os aseguráis de que Dolores se entere. Si así no calla para siempre, le ajustaremos las tuercas definitivamente.

Los hombres se dirigieron en coche al motel donde se alojaban Milton y Reuben, descubierto por los hombres de Bagger, lejos de la zona de los casinos.

Pararon el coche delante y bajaron. Milton y Reuben estaban en la segunda planta, habitación 214.

Entraron sin miramientos. Milton estaba recogiendo sus cosas.

—Bueno, pedazo de... —dijo un esbirro de Bagger. No pudo continuar porque el puño de Reuben le partió la mandíbula. Cayó en la moqueta, conmocionado.

Reuben agarró al otro hombre, lo levantó y lo estampó contra la pared. Sin darle tiempo de rehacerse, le propinó un codazo en la nuca y lo dejó caer inerte al suelo.

Luego les registró los bolsillos rápidamente, les quitó la munición de las pistolas y las llaves del coche. Echó un vistazo a sus documentos. Casino Pompeii. Eran matones de Bagger. Los había visto llegar en un Hummer, se había escondido tras la puerta y luego todo había sido coser y cantar.

—¿Cómo sabías que vendrían aquí? —le preguntó Milton observando a los dos hombres inconscientes.

—Imaginé que, si habían matado a la tal Cindy, probablemente vigilarían a la madre. Debieron de verte anoche hablando con ella, te siguieron el rastro y descubrieron que estabas interesado en Robby Thomas. Bagger debió de ordenarles que te honraran con una visita.

—Buena deducción.

—No pasé diez años en la inteligencia militar para nada. Vamos.

Cargaron el equipaje en el vehículo de Reuben. Al cabo de cinco minutos se dirigían hacia el sur al máximo de velocidad que daba el coche de Reuben, teniendo en cuenta sus diez años de antigüedad.

—Reuben, tengo miedo —reconoció Milton en cuanto llegaron a la interestatal.

—No me extraña. Yo me estoy cagando en los pantalones.

OceanofPDF.com

41

Carter Gray estaba informando al actual director de la CIA sobre el asunto de Rayfield Solomon.

—Creo que se trata de alguien cercano a Solomon —le dijo—. La foto que mandaron indica que querían que supiera por qué me mataban.

—¿Solomon tenía familia? —preguntó el director—. Conozco el caso, claro, pero fue antes de que ocupara el cargo.

—Solomon se lió con una rusa. Ese fue el detonante de todo. Sólo sabemos su nombre de pila: Lesya.

—¿Y qué pasó tras la muerte de Solomon?

—Ella desapareció. De hecho, desapareció antes de que muriera. Creemos que estaba preparado de antemano. Sabían que íbamos por ellos. Lo pillamos a él pero no a ella.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Más de treinta años —dijo Gray.

—Eso significa que, si sigue viva, dudo que vaya por ahí matando gente.

—Ya. Pero eso no significa que no esté implicada. Siempre fue muy buena manipuladora.

—¿Sabes tanto de ella y no su apellido?

—De hecho, como es rusa, debería tener tres nombres: su nombre de pila o *imya*, un patronímico u *otchestvo* y un apellido o *familia*. —A juzgar por la expresión condescendiente de Gray, podría haber acabado la minilección con la palabra «idiota», pero tuvo el detalle de contenerse.

—El bagaje de la guerra fría —repuso el director—. Ya no es nuestra prioridad.

—Pues quizás os las tengáis que replantear. Mientras os dedicáis de pleno a los Mohamed, Putin, Chávez y Hu se están poniendo las botas. Y hacen que Al Qaeda parezca una guardería con respecto a su potencial para la destrucción masiva.

El director carraspeó.

—Sí, bueno. ¿Cómo es que entonces no intentasteis localizar a la tal Lesya?

—Teníamos otras prioridades. Solomon debía ser eliminado y Lesya había pasado a una absoluta clandestinidad. Se decidió que utilizar más medios para buscarla no valía la pena. Consideramos que, a todos los efectos, estaba fuera de servicio. Y lo ha estado durante más de tres décadas.

—Hasta ahora, al menos es lo que piensas. ¿Algún socio de Lesya que debamos tener en cuenta?

—Tenemos que averiguarlo.

—¿Qué sabes en concreto de la mujer?

—Era una de las mejores agentes de contraespionaje de la Unión Soviética. Nunca la he visto en persona, sólo en fotos. Alta y guapa, no encajaba mucho con la imagen de una espía, porque destacaba mucho. Pero demostró que eso no es más que un estereotipo. Tenía más agallas que cualquier otro sobre el terreno. De hecho, su nombre le hacía justicia porque Lesya significa «valentía» en ruso. No trabajaba directamente para el KGB. Estaba por encima. Siempre creímos que su cadena de mando llegaba directamente al líder soviético. Trabajó en nuestro país durante una temporada, luego en Inglaterra, Francia, Japón, China y otras misiones de alto nivel. Su especialidad era entregar a otros. Reclutó a Solomon, se casaron en secreto y lo puso en contra de su país. América pagó un alto precio por su traición.

—¿Cómo sabes que se casaron?

—Rectifico. Creemos que se casaron. Nos basamos en hechos descubiertos entonces. Circunstanciales en gran medida, pero, analizados de forma conjunta, apuntan a que acabaron en el altar.

—¿Y él se suicidó?

—Eso dice el expediente, sí. Creo que fue por un sentimiento de culpabilidad porque su conducta había perjudicado a su país y también por

el hecho de que íbamos por él.

—Pero antes has dicho «lo pillamos». Así pues, ¿lo matamos nosotros y el suicidio fue una fachada? ¿O de verdad se suicidó?

—No importa si fuimos nosotros o se mató él; en todo caso habría sido ejecutado por traición. —Por el tono de Gray quedaba claro que no pensaba añadir nada más sobre ese punto, ni siquiera al director de la CIA.

—He mirado el expediente. Parece que hay algunas lagunas.

—Por aquel entonces no teníamos ordenadores fiables. Y es sabido que los archivos en papel de esa época están incompletos —repuso Gray.

Al parecer, el director se dio por vencido. Años atrás había estado a las órdenes de Gray y no era ni de lejos tan astuto como él y lo sabía.

—De acuerdo, Carter. ¿Y has advertido al senador Simpson?

—Por supuesto. Está bien preparado.

—¿Alguien más?

—Había otro hombre que formaba parte del equipo, un tal John Carr, pero hace tiempo que murió.

Dieron por concluido el encuentro. Astuto, Gray no había dicho toda la verdad, considerando que eso era lo más recomendable porque, de todos modos, nadie quería saber toda la verdad. El país tenía demasiados problemas en la actualidad como para preocuparse de qué le había ocurrido realmente a un hombre recordado tan sólo como traidor hacía más de treinta años.

Personalmente, Gray odiaba lo que le había pasado a Solomon, pero no podía hacer nada para cambiarlo. Tenía que mirar hacia delante, no hacia atrás. Debía encontrar al asesino antes de que volviera a actuar. Y, por último, había que acabar con Lesya.

Como consecuencia de la reunión de Gray con el director, ahora había un regimiento de agentes sobre el terreno «investigando el asunto». Aunque sonara inocente, significaba que estaban haciendo todo lo posible por encontrar al asesino de ex agentes de la CIA. Y una vez encontrado, la orden era eliminarlo. Nadie quería ventilar el asunto en un juicio. Querían un cadáver, eso era todo.

42

Harry Finn salió de la clase de tercer curso relativamente indemne. Le habían hecho muchas preguntas y en una o dos ocasiones habría querido realmente haber sido una «morsa» en vez de una «foca».

Al acabar, Susie le había dado un abrazo.

—Que pases un día fantástico, papá.

Parecía tan mayor que por un momento Finn pensó que iba a estallarle el corazón. Sus ex compañeros del equipo SEAL se habrían quedado pasmados al descubrir que bajo la piel de acero de Finn yacía un corazón tan vulnerable y susceptible a las tiernas emociones. Su única defensa, su única forma de seguir adelante, era bloquearlo. Llevaba una doble vida y nunca permitía que se mezclaran. Lo que hacía por su madre nunca salpicaría a su familia. Y lo que hacía con su familia nunca formaría parte de su otra vida. Por lo menos eso le pedía a Dios.

Fue en coche a la oficina y se reunió con su equipo para repasar la incursión al Capitolio. La sesión se prolongó varias horas mientras planificaban la estrategia y realizaban más labores preparatorias. Hacia el final de la reunión, Finn, cuyo cerebro funcionaba mejor cuando se dedicaba a varias cosas a la vez, tenía motivos para sonreír. Se le acababa de ocurrir la forma de matar a Simpson.

Fue a buscar algo de comer y se dirigió a su trastero. Tenía que fabricar una bomba.

—¡Muy bonito! ¡Así me gusta! —ladró Jerry Bagger por el teléfono—. ¿Qué os parece si vuelvo a la ciudad y os doy también una paliza?

Se tranquilizó al escuchar las siguientes noticias. Investigando un poco más, habían descubierto que el hombre bajito había ganado un

montón de dinero. Y en un casino eso implicaba una obligación ineludible: para cobrar el dinero había que rellenar el modelo 1099 para que el Tío Sam supiera a cuánto ascendían las ganancias por si uno olvidaba pagar los impuestos correspondientes.

Bagger asimiló la información.

—Un momento, ¿el tío es de Inglaterra?

—Eso dice.

—¿Habla con acento británico?

—No lo sé.

—¡No lo sabes! ¿Alguien lo sabe?

—Tendré que comprobarlo —respondió el hombre, nervioso.

—Vale, cuando lo hayas comprobado y descubras que el documento de identidad es falso, ven aquí para que pueda estrangularte. —Bagger colgó el teléfono con un golpe.

OceanofPDF.com

43

Cuando Stone salió al exterior al día siguiente, se encontró a Annabelle con expresión somnolienta sentada en los escalones del pequeño hotel.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella con amargura.

—Nada. ¿Qué quieres de ti misma?

—No te hagas el psicólogo conmigo.

—Tu padre estaba en la cárcel cuando tu madre fue asesinada.

—Pero eso no cambia que la mataran por su culpa.

—Vale, pero ¿qué tiene de malo concederle el beneficio de la duda y creer que nunca quiso que Bagger le hiciera daño a tu madre?

—¿Que qué tiene de malo? Pues que mi padre es un mentiroso redomado que nunca se ha preocupado por nadie.

—¿Maltrataba a tu madre? ¿Le pegaba, la hacía pasar hambre?

—No conviertas esto en un chiste.

—Sólo intento comprender la situación.

—No, nunca la maltrató.

—O sea que a lo mejor la quería.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué te pones de su lado?

—No tomo partido, Annabelle. El hombre se está muriendo. Estaba ante la tumba de tu madre presentándole sus respetos. Siempre has creído que él le había tendido una trampa a tu madre, pero no fue así. —Stone abrió las manos—. Lo único que digo es que quizá quieras replantearte la situación. La vida es corta. La familia no dura toda la vida. Lo sé mejor que nadie.

Annabelle se acurrucó contra el coche, con las manos bajo las axilas.

—Tardé dos años en planear la estafa de Bagger. Dos golpes modestos antes de dar el gran golpe. Invertí prácticamente todo mi dinero. Corrí más riesgos que nunca. Un pequeño error delante de Jerry y sería mujer muerta. Y lo pasé en grande mientras lo hacía. ¿Sabes por qué?

Stone negó con la cabeza.

—Cuéntame.

—Porque por fin me vengaba del hijo de puta que mató a mi madre. Después de tantos años, por fin recibiría su recompensa. Y lo conseguí: le estafé más dinero que nadie en toda su vida. Lo suficiente para joderlo de verdad.

—¿Y?

—Después de hacerlo me di cuenta de que no servía de nada. Jerry siguió su pauta de comportamiento habitual cuando mató a mi madre. Se cobró su pieza, es la ley de la calle. No me malinterpretes, siempre odiaré a ese cabrón por lo que hizo. Pero el hombre al que más odiaba era mi padre.

—Y hoy has descubierto que era inocente, al menos de eso.

Annabelle señaló la cicatriz que tenía debajo del ojo.

—Inocente en parte. Me hizo esto cuando yo no era más que una adolescente por fastidiarle un timo en un casino. Me dijo que era la única forma de aprender. Y mi madre murió por su culpa. ¿Y a él qué le pasó? Nada de nada. El muy cabrón siempre se libra de todo. Va por la vida como si ella nunca hubiera recibido un balazo en la cabeza.

—Yo no lo veo así, Annabelle. No parece que la vida le haya sonreído. Y estaba allí lamentando la muerte de tu madre. No parece un hombre que haya quedado impune.

—Nunca lo olvidaré, Oliven Nunca olvidaré lo que hizo.

—No te pido que lo olvides, sólo que te plantees perdonarle. Las personas actúan mal muchas veces en la vida, pero eso no las convierte necesariamente en malas personas.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Darle un abrazo?

—Es algo que tienes que abordar en tu interior antes de que te destruya. Porque si conseguimos inculpar a Bagger, seguirás insatisfecha porque todavía odias a tu padre. Si realmente quieres seguir adelante con tu vida, afronta la situación.

Annabelle se sacó del bolsillo las llaves del coche.

—Pues ¿sabes qué? No quiero.

Y se marchó en el coche escupiendo gravilla.

El móvil de Stone sonó en cuanto la perdió de vista. Era Reuben para contarle todo lo ocurrido en Atlantic City, incluyendo las grandes ganancias de Milton y la intentona frustrada de los hombres de Bagger. Stone le dijo que llevara a Milton a su casa, a la de Reuben.

—Ni siquiera utilizó su verdadera identidad cuando cobró las ganancias —señaló Reuben.

—No importa. No quiero correr riesgos. Tú te mudaste hace poco. Tu casa ni siquiera tiene dirección. A Bagger le costará mucho localizarte.

—¿Qué tal va con Susan?

—Mejor imposible. —Stone colgó y clavó la mirada en el camino que había tomado Annabelle.

«No hay cosa más complicada que una familia», pensó.

OceanofPDF.com

44

Gray estaba hablando por un teléfono de alta seguridad en un bunker puesto a su disposición por la CIA. El presidente había sido informado sobre el asunto y había proporcionado a Gray, aunque fuera de forma oficiosa, todos los recursos del Gobierno necesarios para solucionar el tema. Por supuesto, Gray sólo había comunicado su versión de los hechos al presidente y a sus más estrechos colaboradores, pero había bastado para obtener la carta blanca que necesitaba para llevar a cabo la misión.

Aunque estaba a quince metros bajo tierra, el bunker disponía de todas las comodidades de un hotel de cinco estrellas en el centro de Manhattan, con mayordomo y chef incluidos. La comunidad de los servicios de inteligencia siempre había tratado a Gray como a una estrella de rock.

—Si Lesya y Rayfield Solomon se casaron, tiene que haber constancia de ello en algún sitio —dijo por el teléfono—. Sé que por aquel entonces no la encontramos, pero los tiempos han cambiado. Los rusos son, por lo menos en público, nuestros aliados. Aprovecha cualquier pista que tengamos. Hay algunos vejetes que siguen por ahí en la reencarnación del KGB que podrían ayudarnos. Dales euros, los prefieren a los dólares, por lo menos hoy día. —Asintió cuando el hombre al otro lado de la línea dijo algo—. El ex embajador ruso en este país, Gregori Tupikov, es un viejo amigo. Valdría la pena hacerle una llamadita. Dile que le llamas con relación a la investigación de mi asesinato. Vodka a raudales, langostas de un kilo y una pelirroja auténtica, eso es todo lo que necesitas para sobornar al viejo Gregori.

Gray colgó y siguió analizando el expediente mientras acababan de prepararle una cena de cuatro platos. Aunque hoy día el negocio estaba dominado por ordenadores y servidores, al viejo guerrero de la guerra fría

le encantaba el tacto del papel. Se tomó la succulenta cena en solitario delante de una chimenea de gas que otorgaba a la estancia un resplandor romántico incluso en un lugar tan subterráneo. Gray nunca hacía las cosas como los demás. Incluso «muerto» estaba quince metros bajo tierra en vez de los escasos dos metros habituales y su «ataúd» era mucho más lujoso que el del resto de los ex mortales.

En una biblioteca revestida de paneles de madera, se sentó tras un ornamentado escritorio y continuó meditando sobre el asunto, copa de brandy en mano. Le encantaba esa parte del juego. Era una guerra de cerebros, una partida de ajedrez perpetua; un bando intentaba superar al otro a base de estrategia, de adelantarse a sus pensamientos. Estados Unidos jamás había contado con un hombre más capacitado que Carter Gray para realizar tales acciones. Sus actos habían salvado a tantos americanos que hacía tiempo que había perdido la cuenta. La Medalla de la Libertad era lo mínimo que su país podía concederle. Si hubiera sido británico, seguro que ya lo habrían nombrado Caballero. No obstante se había visto forzado a dimitir, mucho antes de estar dispuesto. John Carr le había obligado a tomar esa decisión.

Cuanto más pensaba en eso, más se enfadaba. De todos modos, entre tanta ira una idea fue forjándose en su interior a sangre fría. Era probable que quienquiera que estuviera matando a su viejo equipo de asesinos creyera que John Carr estaba muerto. Sin embargo, ¿por qué privar a Carr de la emoción de estar en el punto de mira? ¡Y encima le había hecho un gesto obsceno con el dedo!

Gray cogió el teléfono de alta seguridad y pulsó un botón.

—Quiero divulgar cierta información a través de los canales normales. Está relacionada con la supuesta muerte de un hombre llamado John Carr. Creo que ha llegado el momento de dejar las cosas claras.

OceanofPDF.com

45

Finn levantó el dispositivo. Aunque apenas tenía el tamaño de su palma, combinado con una serie de elementos de apariencia inofensiva era capaz de matar a cualquiera desde una distancia de diez metros. Pero sólo mataría a un hombre; Finn se aseguraría de ello.

Se probó el disfraz y repasó todos los pasos que tenía que dar para entrar en el edificio Hart e introducirse hasta donde quería.

En cuanto Finn hubo seguido el rastro de Roger Simpson e investigado a fondo, descubrió que el distinguido senador senior de Alabama había sido un hombre de armas tomar, con muy poca consideración hacia algo o alguien que no fuera su propia persona. Aunque Simpson seguía siendo así, ese defecto había quedado oculto gracias a las maniobras de los relaciones públicas al inicio de su carrera política, lo cual se hizo con el apoyo invisible pero incondicional de la CIA, donde había ocupado un cargo muy especial pero no revelado. Su currículum estaba lleno de elogios por parte de la Agencia, pero con muy pocos hechos probados. No obstante, era un héroe para su país. Y, según había oído Finn, estaba dispuesto a ser candidato a la presidencia de Estados Unidos.

«Me parece que no podrá ser.» Simpson nunca había olvidado el apoyo de su anterior patrón. Como presidente del poderoso Comité de Inteligencia había permitido que la CIA se saliera con la suya en todo. Para Simpson, ninguna acción era demasiado extrema en lo concerniente a la seguridad nacional. Durante años había sido el defensor o perrito faldero —según se mirase— de Carter Gray. Finn consideraba que era de justicia enviarlos al mismo sitio, y del mismo modo.

Regresó a casa en coche bien entrada la noche. Mandy seguía levantada, esperándole. Hablaron frente a un par de porciones de tarta de

calabaza y un té caliente.

—Hoy has causado sensación en el colegio. Susie se quedó levantada para decírtelo, pero al final se durmió.

—Siento llegar tan tarde, pero me surgió un imprevisto.

—¿Seguro que todo va bien? Últimamente pareces otro.

—Es el trabajo. Tengo muchas cosas en que pensar.

—¿Qué tal está Lily?

Lily era la madre de Finn, pero ése no era su verdadero nombre. Harry Finn nunca empleaba el nombre verdadero de nada.

—Igual. De hecho, un poco peor. —No utilizó la palabra de su madre: «pudriéndose».

—Ya sé que nuestra vida no es fácil, pero si quieres que tu madre venga a vivir con nosotros, por mí no hay problema. Ya nos apañaremos.

—No es buena idea, Mandy. Ya está bien donde está.

—De acuerdo, Harry. Pero quizá llegue el momento en que tengamos que tomar esa decisión.

—Quizá, pero todavía no ha llegado. Así que no nos preocupemos por el tema. Ya tenemos suficiente con nuestras vidas.

—¿Seguro que no te preocupa algo?

Harry negó con la cabeza sin mirar a su esposa.

Ella le tocó la mano.

—Harry, tengo la impresión de que te estás alejando de nosotros.

Finn respondió con una dureza que le sorprendió incluso a él mismo.

—He ido al colegio de Susie. Casi nunca me pierdo un partido de béisbol o fútbol. El jardín no tiene ni un solo hierbajo. Ayudo con los deberes y las tareas del hogar. Hago de chófer tanto como tú. ¿Qué más quieres de mí, Mandy?

Ella retiró la mano lentamente.

—Nada, supongo.

Acabaron la tarta en silencio. Mandy se dispuso a subir a la planta de arriba mientras Finn se quedaba sentado en la cocina con expresión vacía.

—¿No subes? —preguntó ella.

—Tengo unas cosillas que hacer.

—No salgas, Harry, esta noche no.

—Quizá sólo a dar un paseo. Ya sabes.

—Sí, lo sé —musitó Mandy para sí mientras subía las escaleras.

—¿Mandy?

Ella se giró.

—Las cosas mejorarán, te lo prometo. Pronto mejorarán. —«Casi lo he conseguido.»

—Claro, Harry, claro.

OceanofPDF.com

46

En realidad Annabelle sólo tenía un sitio al que ir: el cementerio. Nunca había tenido la oportunidad de presentar sus respetos a su madre y lo haría esa noche.

Aparcó el coche alquilado, cruzó la verja y recorrió los senderos en penumbra. Sin embargo, al llegar descubrió que su madre ya tenía visita. Se escondió detrás de un árbol para observar.

Estaba tumbado en el suelo junto a la tumba. Annabelle escuchó las palabras que le llegaban flotando desde la figura que permanecía boca abajo. Cantaba una tonadilla irlandesa a la difunta.

Annabelle se la había oído cantar a su madre cuando ella era niña. La letra hablaba de sueños, de una tierra exuberante y verde y de un hombre y una mujer muy enamorados. Mientras la escuchaba, no pudo evitar que las lágrimas empezaran a resbalarle por las mejillas. El sonido se atenuó y al final se dio cuenta de que su padre se había quedado dormido junto a la tumba de su esposa.

Annabelle salió de detrás del árbol, caminó en silencio hacia la tumba y se arrodilló al otro lado; su padre roncaba apaciblemente. Entonces hizo algo que no hacía desde que fuera a misa de niña: se santiguó y rezó por su madre. Le brotaron más lágrimas mientras hablaba con Dios e intentaba hablar con su madre, diciéndole cuánto la echaba de menos, hasta qué punto deseaba que siguiera viva.

Rezó y habló hasta que le dolió el corazón. Acto seguido, se levantó, volvió a santiguarse y, contemplando a su padre dormido, tomó una decisión.

Le pareció exageradamente liviano cuando lo sujetó por las axilas para levantarlo. Él se medio despertó. Ella lo llevó como pudo hasta el coche,

volvió al hotelito y lo acostó en su habitación. Annabelle se sentó en el sofá de la salita hasta que oyó un golpecito en la puerta.

Era Stone. Parecía preocupado. Le informó de lo que les había ocurrido a Milton y a Reuben. Luego miró la puerta de su dormitorio, del que salían fuertes ronquidos. No dijo nada porque la expresión de Annabelle transmitía con toda claridad que no quería hablar del tema.

—¿Quieres volver a casa mañana? —le preguntó.

—No tengo casa —respondió ella—. Pero podemos volver a tu casa.

A la mañana siguiente Annabelle pidió que le subieran el desayuno a la habitación. Cuando su padre salió del dormitorio, le sirvió un café caliente y le puso huevos con beicon en el plato.

—Pareces hambriento —dijo.

Él miró alrededor.

—¿Cómo coño he llegado aquí?

—Anoche estabas en la tumba. Yo también.

Él asintió lentamente y se frotó el pelo alborotado con una mano.

—Entiendo.

—Ven a comer.

—No tienes por qué hacer esto, Annie.

—Lo sé. Come.

Se sentó y consiguió tomar unos bocados y beber un poco de café.

—¿Es muy grave? —preguntó ella observando el rostro demacrado y ceniciento.

—Bastante. Seis meses sin tratamiento. Un año con tratamiento. Pero ¿quién quiere estar siempre enfermo?

—¿Necesitas algo? ¿Dinero? ¿Un lugar donde vivir?

Él se reclinó en el asiento y se secó los labios con la servilleta.

—No me debes nada, Annie. Y no voy a coger nada tuyo.

—No tienes por qué vivir en constante dolor ni dormir en la parte trasera de una furgoneta. Tengo dinero.

—Tengo whisky para el dolor y mi vieja furgoneta es lo que llaman una «autocaravana de gama baja». Estoy bien.

—Es obvio que no lo estás.

Él ensombreció el semblante mientras se apartaba de la mesa.

—No quiero tu compasión, Annie, ¿entendido? Así me resulta más fácil enfrentarme a tu odio.

—¿Por eso nunca me buscaste y no me dijiste que estabas en la cárcel cuando Bagger mató a mamá?

—¿Habría cambiado algo para ti si lo hubiera hecho?

—Probablemente no —reconoció ella.

—Pues ya está. Habría sido una jodida pérdida de tiempo. —Se levantó y rebuscó en el bolsillo un paquete de cigarrillos y un encendedor —. ¿Te importa, teniendo en cuenta que ya me ha matado?

Annabelle negó con la cabeza y él se acercó a la ventana, la abrió y exhaló el humo hacia fuera.

—¿Desplumaste al cabrón de Jerry en Atlantic City?

—Sí.

—¿Bien desplumado?

—Millones.

—Bien, pues entonces te has ganado el cielo, porque no hay hombre que se lo merezca más que él.

—Pero no fue suficiente —reconoció Annabelle en voz baja.

Paddy miraba malhumorado por la ventana.

—Por supuesto que no. A Jerry no le falta precisamente dinero. Puedes cogerle todo el que quieras, que él lo recuperará de los gilipollas que no paran de acudir a su casino.

—Entonces, ¿cómo puedo hacerle daño de verdad? —preguntó ella.

Él se giró para mirarla.

—Quitándole una de estas dos cosas: la vida o la libertad. Es la única forma.

—El asesinato no prescribe.

—¿Tienes pruebas de que mató a tu madre?

—Nada que sirva ante un tribunal, pero sé que fue él.

—Yo también.

Padre e hija se miraron de hito en hito.

—Sólo existen dos personas en el mundo que han estafado a ese cabrón y han sobrevivido para contarlo —añadió él—. Y las dos están en esta habitación.

—Entonces, ¿quieres que estafemos a Jerry juntos?

—Quiero que pague por lo que hizo a tu madre.

—¿Crees que yo no?

—Sé que tú también. Fuiste a por ese cabrón. Yo nunca tuve cojones para hacerlo. No obstante, soy un buen estafador, quizás uno de los mejores. Y ahora tengo agallas, más que la mayoría.

—¿Las cosas han cambiado, entonces?

—Me estoy muriendo. Así pues, ¿qué más me da? Mejor recibir un balazo en la cabeza cortesía de Jerry que ver cómo me pudro por dentro.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos exactamente?

—He estado pensando mucho en el tema. Probablemente sea lo único en que he estado pensando. Y el hecho de que estafaras a Jerry nos proporciona una forma de pillarlo.

—¿Porque quiere atraparme?

—Eso es. Trabajaste en equipo, claro.

—Dos personas que conoces, o de las que has oído hablar, y una que no.

Paddy tiró el cigarrillo por la ventana y volvió a sentarse a la mesa.

—¿Jerry pilló a alguno?

—A uno. Lo dejó como un vegetal.

—¿Crees que te delató?

—Está claro que sí —dijo ella—. De hecho, ahora mismo Jerry está en Washington buscándome.

—Ese tío alto y mayor que va contigo, ¿es de confianza?

—Nunca me ha fallado.

—Pues mejor que lo conserves como amigo. —Paddy se quedó callado contemplando el desayuno inacabado.

—¿Crees que estás en forma para estafar a Jerry? Yo lo conseguí porque lo preparé muy a conciencia. No me apetece que me vuele la cabeza porque tú la cagues.

—Siempre he admirado lo directa que eres.

—A ver si adivinas quién me enseñó —le espetó ella.

—Estoy preparado para esto. De hecho, es lo único que me mantiene con vida. Y tengo un plan.

—¿En qué consiste?

—Básicamente en conseguir que Jerry confiese que mató a tu madre.

—No me digas, ¿eso es todo? Joder, ojalá se me hubiera ocurrido antes.

—¿Tienes algún problema con la idea? —replicó él.

—Con la idea no, con la materialización sí. Porque, corrígeme si me equivoco, para conseguir que alguien confiese un crimen, ¿no hay que tener un cara a cara?

—Por supuesto. Un encuentro lo más directo posible.

—Pues entonces olvídalos. Yo ya he estado cara a cara con Jerry y no tengo ningunas ganas de repetir.

—Con mi plan correrás un riesgo mínimo.

—Defíneme mínimo.

—Confía en mí, Annie.

—¿Es una broma?

—No soy más que un moribundo que quiere hacer las paces con Dios. Y para ello tengo que hacer esto bien. Lo necesito.

Ese comentario descolocó tanto a Annabelle que se lo quedó mirando pasmada.

—Pero hay un pequeño problema —añadió él.

—¿Cómo de pequeño?

—Necesitamos acceder a los buenos, a la poli. No es exactamente mi especialidad. —La miró—. ¿Se te ocurre algo al respecto?

Annabelle se reclinó en el asiento, no demasiado convencida.

—Sabes que esto es una misión suicida, ¿verdad?

—Nunca permitiré que Jerry te haga daño. Pero tengo que hacer esto. Lo he jurado ante la tumba de tu madre.

Ese comentario surtió un efecto inesperado en Annabelle. De hecho empezó a sentir algo por su padre. No estaba segura de si era compasión,

piedad o quizás algo más.

—Entonces a lo mejor puedo conseguir que los buenos nos ayuden —
dijo ella con voz queda.

OceanofPDF.com

47

Annabelle dejó a su padre y se dirigió a la habitación de Stone.

—Quiere aliarse conmigo para timar a Jerry de forma que confiese que mató a mi madre —le dijo antes de dejarse caer en el pequeño sillón situado junto a la cama de Stone.

—¿Crees que puedes confiar en él?

—Joder, Oliver, te has pasado un montón de tiempo diciéndome que le perdonara.

—Perdonar es una cosa y confiar es otra.

—No tengo ningún motivo para confiar en él.

Stone la miró con recelo.

—¿Pero?

—Pero aun así, confío en él. No sé por qué, será mi instinto.

—¿Necesitas los servicios de la caballería?

—Eso es lo que él dice.

—Quizá podría ayudar —asintió él.

—Eso pensaba. Te deben una después de lo de la última vez.

—Nunca deben nada a nadie, Annabelle. O al menos nunca creen que así sea. Pero a lo mejor logro convencerlos. ¿Qué vas a hacer con tu padre mientras tanto?

—Esperaba que pudiera volver a Washington con nosotros.

—¿Y alojarse contigo? Podría resultar un poco arriesgado con Bagger rondando por ahí.

—Te agradecería cualquier tipo de ayuda en ese sentido.

—Dile a tu padre que recoja sus cosas.

Paddy no tenía nada que recoger. Todas sus pertenencias estaban en la maltrecha furgoneta. Insistió en seguirles.

—La furgoneta es todo lo que tengo. No pienso deshacerme de ella.

Stone y Annabelle, con Paddy a remolque, fueron en dirección sur hacia la casa de Reuben, situada en una de las pocas áreas rurales que quedaban en Virginia. Llegaron muy tarde, pero Stone ya le había avisado.

Bajaron por un camino de grava más parecido a un sendero que a una carretera, flanqueado por una densa arboleda. Pasaron junto a chabolas inclinadas y coches abandonados a medida que la tierra salvaje y la pobreza aumentaban con cada paso del cuentakilómetros. Al cabo de unos minutos los faros del Nova parpadearon hacia un jardín lleno de maleza y enfocaron un garaje cuya única puerta levadiza estaba abierta. El interior se hallaba atestado de herramientas y piezas de automóvil. Había seis coches aparcados junto al garaje, dos furgonetas, tres motocicletas y lo que parecía un *buggy*, todos ellos en distintas fases de reconstrucción. Junto al garaje había un tráiler móvil que había dejado de serlo, puesto que estaba bien fijo sobre bloques de cemento ligero.

—Reuben se ha mudado aquí hace poco —comentó Stone.

Annabelle miró otra vez el garaje.

—¿Tiene un taller clandestino?

—No; es que es un genio de la mecánica. Creo que se siente más cerca de sus máquinas que de muchas personas. Por eso quiere tanto a su motocicleta. Dice que es más fiable que las tres mujeres que ha tenido.

—Oliver, ¿tienes algún amigo normal?

—Bueno, pues tú.

—Oh, cielos, pues sí que estás apañado.

La furgoneta de Reuben estaba en el patio y había una luz encendida en el tráiler.

—Nos están esperando —dijo.

Reuben los recibió en la puerta y luego se quedó mirando la furgoneta, con Paddy al volante.

—¿Quién es ése?

—Un amigo —respondió Annabelle.

—He pensado que quizá podría quedarse aquí, al menos esta noche —dijo Stone.

—Ya no viene de uno. Puede quedarse en la suite presidencial. Está al lado del baño.

—¿Dónde está Milton? —preguntó Stone.

—Durmiendo. Parece que ganar una porrada de dinero en el casino y que luego casi te machaquen es realmente agotador.

—Ahora vamos a devolver el coche de Caleb —anunció Stone—. Y mañana quiero que nos reunamos en mi casa, pongamos todo lo sucedido sobre la mesa y veamos qué hacer a continuación. Y voy a llamar a Alex para que nos ayude. —Lanzó una mirada a Annabelle—. Con un nuevo plan.

Reuben miró a una y otro.

—Vale —dijo.

—Gracias, Reuben.

Al cabo de una hora Stone y Annabelle estacionaron en la plaza de parking del apartamento de Caleb en Washington y subieron a su casa en el ascensor. Stone llamó a la puerta. Unos pasos se acercaron y la puerta se abrió, pero por desgracia no fue Caleb quien los recibió.

OceanofPDF.com

48

—Esto es absolutamente intolerable, Carter —dijo el senador Roger Simpson.

Ambos estaban en el bunker de la CIA, sentados en sillones de cuero y bebiendo sendas copas de cabernet.

Simpson siguió hablando.

—Que una cosa tan fea como ésta aflore ahora. Dentro de unos años me instalaré en la Casa Blanca si todo sale según lo previsto.

—Roger, si esto sale a la luz quedarás fuera de la carrera presidencial. A lo mejor hasta acabas en la cárcel.

Simpson se sonrojó al oír la provocación de Gray, pero se limitó a contemplar ceñudo la copa de vino antes de replicar.

—Ray Solomon. ¿Quién iba a pensar que ese asunto volvería a darnos dolor de cabeza?

—Siempre fue una posibilidad. Fue un riesgo calculado. A veces funciona, a veces no. Estoy convencido de que hiciste lo que te pareció correcto en aquel momento.

—Hablas como si no tuvieras nada que ver. Tú estuviste metido hasta el cuello, como yo.

—Yo no di la orden de matar a Ray —espetó Gray—. Era mi amigo. Murió por tu culpa.

—Se suicidó en Brasil.

—No; tú enviaste a John Carr y a su equipo a matarlo porque temías que te delatara si descubría la verdad.

Simpson observó a Gray por encima de la copa.

—Nos delatara, Carter. No lo olvides.

—Ray Solomon era buena persona, y un agente de primera. Y ahora se le considera un traidor. Su nombre ha sido mancillado.

—A veces hay que hacer sacrificios en aras de un bien mayor.

—Pues tengo la impresión de que tú nunca estarías dispuesto a sacrificar tu vida por un bien mayor.

—El destino se encarga de conservar a aquellos que realmente sobresalen, Carter. Los grandes hombres siempre perseveran.

—Pues ahora más vale que la suerte te acompañe porque está claro que alguien quiere verte muerto.

—Y a ti también, no lo olvides.

—El hecho de que el asesino crea que ya estoy muerto me otorga cierta libertad de acción. ¿Sabes?, en cierto sentido no se le puede culpar. Lo que hiciste es inexcusable.

Simpson enrojeció.

—Hice lo que hice por un buen motivo —replicó—. Y fue hace mucho tiempo. El mundo era muy distinto. Y yo también lo era.

—Nadie de nosotros ha cambiado tanto —replicó Gray—. Y tampoco fue hace tanto tiempo. De hecho, no es el pasado sino el presente. Es una lección para no quemar las naves o hacer estupideces.

—Donna se pondrá hecha una furia si se sabe algo de esto —dijo Simpson nervioso.

—¿Quieres culpar a tu esposa? Tu decisión fue abominable.

—¡Mi decisión! Tú ordenaste matar a gente, Carter. Matar.

—Estábamos al mando de la División Triple Seis, Roger, no era una guardería para aprendices de espías. Cada objetivo que nos daban estaba debidamente autorizado, a menudo desde el mil seiscientos de Pennsylvania Avenue. Nuestra obligación era cumplir esas órdenes, porque el otro bando iba a por todas. Cualquier cosa que no hubiera estado a la altura por nuestra parte habría sido sinónimo de traición.

—No todas las muertes estaban autorizadas, Carter, lo sabes perfectamente.

Gray miró al senador de forma inequívoca.

—En ocasiones es preferible que los políticos no lo sepan todo. Pero Ray Solomon no tenía que haber sido una de esas ocasiones, Roger. No debiste hacerlo.

—Ahora es fácil decirlo. Además, fue la única vez que hice una cosa así.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de John Carr?

—Él era el peor. Intentó dimitir de la Triple Seis.

—Como de costumbre, tu juicio es sencillamente prodigioso. Carr era el mejor.

—Es tu opinión.

—¿Y por eso ordenaste su muerte? —repuso Gray—. ¿Porque quería dejar de ser un asesino?

Simpson se puso tenso.

—No sé de qué estás hablando. ¿Matar a uno de los nuestros? Absurdo.

—Mientes muy mal, Roger. Si realmente quieres ser candidato a la Casa Blanca tendrás que mejorar tu cara de póquer.

—Yo no ordené que mataran a ese hombre.

—Hace unos cuatro años mantuve una larga conversación con Judd Bingham. Me lo contó. Lo hicieron él, Cole y Cincetti. El equipo de Carr fue a por él siguiendo tus órdenes.

—Esa afirmación es injuriosa. Yo no tenía autoridad para ordenar tal cosa.

—¿Autoridad? ¿En aquel entonces? Dirigíamos a un grupo de asesinos. La mayoría de ellos, salvo Carr, disfrutaban con su trabajo. Bingham dijo que él y los otros dos estuvieron encantados de hacerlo por ti. Les cabreaba sobremanera que Carr quisiera dejar el grupo. Se lo tomaron como una ofensa personal.

—Bueno, dado que Bingham y los otros dos están muertos, realmente no existe prueba de ello, ¿no?

—Y Carr también. Actualmente se encuentra en el cementerio nacional de Arlington.

Simpson tomó un sorbo de vino.

—Lo sé.

—Al menos así consta oficialmente.

Simpson lo miró con dureza.

—¿De qué estás hablando?

—Carr no está muerto.

—Pero Bingham dijo... —Simpson se dio cuenta de su error demasiado tarde.

—Gracias por confirmar lo que ya sabía que era cierto. Bingham siempre fue un mentiroso. No quiso reconocer que Carr se había salvado aquella noche. Y encima Carr se cargó a tres de nuestros agentes durante el enfrentamiento. Bingham, Cole y Cincetti se salvaron por los pelos, aunque al parecer Carr no sabía que eran ellos. Cuando se trataba de matar, Carr pertenecía a otra raza. Esa misión salió muy cara, Roger. Tenían que haberte reprendido. Tienes suerte de que Bingham y los otros dos mantuvieran la boca cerrada durante todos estos años. Ellos también se habrían metido en un buen lío si se hubiera sabido la verdad.

—Insisto en que no sé de qué estás hablando.

Gray esperó a que Simpson bebiera un sorbo de vino antes de continuar.

—Jackie era hija de Carr; ¿te lo había dicho? Adoptaste a su hija.

El senador dejó la copa lentamente y Gray percibió que le temblaba la mano.

—No; se te olvidó decírmelo —replicó Simpson con voz tensa—. Me dijiste que era huérfana, pero no me revelaste la identidad de los padres. Ni siquiera sabía que Carr tuviese una hija.

—Lo normal sería pensar que cuando uno quiere matar a un hombre está al corriente de esos detalles.

—Si sospechabas de mi implicación, ¿por qué nos diste a la niña?

—Había que hacer algo con la pobre criatura, y tú y Donna no podíais tener hijos. A pesar de lo que piensan algunos, tengo corazón, Roger. La niña no tenía ninguna culpa. Yo tampoco. Tú sí, y Bingham, Cincetti y Cole. ¿Adviertes que hay una pauta?

Simpson dio un respingo.

—¿Crees que Carr los mató?

—Y además intentó matarme. Debió de pensar, como es lógico, que yo tuve algo que ver con la muerte de su familia.

—Pero ¿por qué esperar tanto tiempo para hacerlo?

—En ese sentido no puedo más que especular. Pero debe ser incluido en la lista de sospechosos.

—Si es que sigue vivo.

—Los hombres como Carr son muy difíciles de matar, como te habrás dado cuenta ahora. Ni siquiera un equipo de Triple Seis fue capaz de ello.

—Pero no lo entiendo, ¿qué relación tiene esto con Solomon?

—Quizá no la tenga. Es posible que Carr actúe solo y utilice el asunto de Solomon como tapadera. Es lo que nos toca descubrir. Pero si Carr está actuando con alguien relacionado con el pasado de Solomon, entonces tenemos que localizarlo. Dispongo de los recursos para ello. El actual director comparte mi visión de las cosas. Era de esperar: lo formé yo.

—¿Y pillarás al autor de todo esto?

—Sí, esperemos que antes de que él te pille a ti. Seguro que estás en la lista negra y, de hecho, eres un blanco fácil.

—Eso no tiene gracia.

—No pretendo que la tenga. Tres hombres que estaban mucho mejor preparados y más encubiertos que tú han muerto. A nivel práctico, eres el blanco más fácil.

—Voy a marcharme al extranjero una temporada, mañana mismo —afirmó Simpson—. No voy a quedarme a esperar a que me mate un psicópata.

—Estoy convencido de que los contribuyentes comprenderán que eludas tus obligaciones en el Congreso.

—No me gusta el tono que empleas, Carter.

A modo de respuesta, Gray cogió su Medalla de la Libertad de la mesa situada junto al sillón y la sostuvo en alto.

—Me dieron un trozo de metal a cambio de casi cuarenta años de servicio al país. La verdad es que me sorprendió que me la concedieran. Al fin y al cabo, había dimitido de mi cargo como director de Inteligencia Nacional, y dejé a la Administración en la estacada.

—Muchas veces me he preguntado el porqué de tu decisión.

—Pues sigue preguntándotelo, Roger. Esa información es mía y sólo mía.

Simpson miró con desprecio el interior del bunker.

—Este sitio te hace sentir como una rata en su guarida —comentó.

—No debe infravalorarse a una persona capaz de matar a tres ex Triple Seis y casi a mí. Por ahora disfruto de mi estancia en este bunker tan acogedor.

—Perfecto, mientras yo doy la cara en el exterior —masculló Simpson.

—No te preocupes, Roger. Tengo entendido que también conceden la Medalla de la Libertad a título póstumo.

OceanofPDF.com

49

Harry Finn trabajó duro el día siguiente y por la noche visitó un complejo de apartamentos de Arlington. Las plazas de aparcamiento estaban numeradas, así que le resultó fácil localizar la correcta. Dejó la furgoneta en una plaza libre, se acercó al Lincoln Navigator negro y presionó un dispositivo electrónico contra el guardabarros trasero. La luz roja parpadeante de la alarma del salpicadero del monovolumen se apagó. Finn sacó la herramienta para reventar cerraduras del bolsillo de la chaqueta y en cuestión de segundos abrió la portezuela. Extrajo la acreditación especial del retrovisor, donde el imbécil dueño del Lincoln siempre la guardaba, y la sustituyó por otra idéntica pero que no funcionaba. No llevaba grabados los códigos de encriptación, códigos que Finn era incapaz de copiar, por eso cometía ese robo. El propietario pensaría que se había estropeado y pediría que le expidieran otra. Sin embargo, esa agencia federal en concreto era conocida por no cancelar las acreditaciones antiguas. Acreditación vieja, acreditación nueva, no parecía importar ir hinchando la burocracia. No obstante, para Finn era muy importante.

Colocó la cerradura en su sitio, cerró la puerta debidamente, presionó su dispositivo contra el guardabarros y la alarma volvió a activarse. No había dejado rastro alguno. Si la gente supiera la de aparatos que existían para desplumarles... aunque mejor que no, que siguieran considerándose seguros ya salvo.

Camino a casa, Finn miró la acreditación robada. Afortunadamente en el fondo no era mala persona, ya que amañando un poco aquel trozo de plástico podría derribar toda la rama legislativa del Gobierno de una sola vez, a los 535 miembros. Pero sólo quería a uno. Sólo a uno.

Stone, Annabelle y Caleb iban en la parte trasera de una furgoneta. Mike Manson, uno de los hombres de Bagger, estaba sentado a su lado. El había abierto la puerta de Caleb, apuntándoles directamente con una pistola. Stone no pensó que seguirían a Caleb, un error de cálculo que al parecer les costaría la vida.

—¿Qué tal está Jerry? —preguntó Annabelle tan tranquila—. ¿Ha sido víctima de algún timo últimamente?

—No sé a qué te refieres —repuso Mike.

—Dudo que vayamos al hotel donde se aloja —dijo Stone—. Habría demasiados testigos. ¡Mike no dijo nada.

Caleb, angustiado, tenía la cara pegada a la ventanilla y parecía concentrado en no desmayarse.

—Supongo que un soborno no servirá de nada, ¿verdad? —sugirió Annabelle.

Caleb apartó el rostro de la ventanilla.

—¿Eres consciente de que podrías ir a la cárcel por esto?

Mike le encañonó la cabeza.

—¡Cierra el puto pico!

La furgoneta se desplazó bruscamente hacia un lado cuando otro vehículo le cortó el paso. Mientras el conductor intentaba dominarla, Mike apartó la vista de Stone un instante, pero fue suficiente.

—Qué cono... —balbuceó Mike antes de desplomarse contra la puerta. Su pistola cayó al suelo y Stone la recogió para apuntarle a la cabeza. A Mike le palpitaba la sien izquierda, pues Stone le había presionado con el dedo un punto cerca de la caja torácica—. Vale ya, viejo, dame la pistola antes de que te hagas daño —dijo Mike con una mueca de dolor.

Stone apretó el gatillo y la bala le destrozó el lóbulo de una oreja. Luego apuntó a la cabeza del conductor.

—Para en el arcén ahora mismo o te perforo el cerebro.

La furgoneta se detuvo bruscamente en el arcén de tierra.

Stone miró al atónito y ensangrentado Mike.

—La próxima vez que secuestres a alguien, chaval, átalos. Eso te evitará quedar como un idiota.

—¿Quién coño eres? —chilló Mike.

—Te conviene no saberlo.

Ataron a Mike y al conductor con correas y cuerdas que había en la furgoneta y luego los dejaron en una zanja próxima a la carretera. Los registraron en busca de sus documentos de identidad, pero no encontraron nada.

Stone se puso al volante y los tres se marcharon en el vehículo.

Annabelle miró a Caleb.

—¿Te encuentras bien?

El la miró ceñudo.

—Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo? En menos de una hora han allanado mi casa, me han secuestrado y casi me matan. Y ahora ese monstruo de Bagger sabe que le mentí, y también sabe dónde vivo y dónde trabajo. Oh, qué bien, qué contento estoy.

—Bueno, no estamos muertos, algo es algo —comentó Stone.

—¡No estamos muertos todavía! —exclamó Caleb.

Stone le pasó el teléfono a Caleb.

—Llama a Alex Ford a su casa. Su número está en marcación rápida. Cuéntale lo ocurrido y dónde encontrará a los hombres de Bagger. —Miró a Annabelle—. Jerry ha cometido un grave error. Y ahora contamos con algo para acusarlo, y Paddy y tú ya no tendréis que ir a por él.

Caleb realizó la llamada mientras seguían avanzando por la carretera. Al tomar una curva, un coche salió repentinamente de un camino lateral. Stone intentó esquivarlo y frenó en seco.

—¡Es mi padre! ¡Y Reuben! —gritó Annabelle.

Paddy Conroy iba al volante, con Reuben de copiloto. Paddy situó el coche al lado de la furgoneta y bajó la ventanilla.

Annabelle se inclinó por encima de Stone.

—¿Qué demonios hacéis vosotros dos aquí?

—Cuando os fuisteis caímos en la cuenta de que Bagger había ido a ver a Caleb al trabajo y de que quizá sus hombres le habían seguido hasta su casa —contestó Reuben—. Así que decidimos cubriros un poco.

—Hemos ido a casa de vuestro amigo —añadió Paddy— a tiempo de verlos salir con vosotros. Por lo que Reuben me ha contado, tú —señaló a Stone— sólo necesitabas un momento de despiste para hacerte cargo de la

situación. Y supongo que tenía razón. —Miró a Annabelle—. Ya veo por qué mi hija confía tanto en ti.

Stone lanzó una mirada a Reuben.

—Paddy y yo hemos mantenido una agradable conversación por el camino. —Dio una palmada en la espalda al irlandés—. Por cierto, ¡hay que ver cómo conduce el tío!

—Empecé mi carrera como conductor militar —explicó el aludido.

Reanudaron la marcha, seguidos por Paddy y Reuben. Todos estaban muy animados por haber pillado a Bagger y a sus hombres, pero el júbilo duraría poco.

Alex envió unos agentes a detener a los hombres de Bagger, pero ya habían desaparecido. Después de eso, las noticias no mejoraron. La pistola que Stone le había quitado a Mike no estaba registrada y no tenía huellas; la furgoneta era robada. Los secuestradores no habían mencionado el nombre de Bagger, por tanto no había nada que los relacionara con el propietario del casino. Así pues, no había pruebas suficientes para interrogarlo. A las autoridades no les gustaba quedarse con las manos vacías. Al menos quedó muy claro que en el futuro la caballería acudiría rápidamente cuando se la llamara.

Todo apuntaba a que volvían a la casilla de salida en su carrera contra Bagger.

Oliver Stone era el que estaba más preocupado. ¿Arma sin huellas, furgoneta robada, ningún documento de identidad, hombres maniatados que desaparecen sin dejar rastro? ¿Y si no habían sido hombres de Bagger quienes los habían secuestrado? ¿Y si en realidad no iban por Annabelle sino por él?

OceanofPDF.com

50

Cuando Mike y sus prisioneros no aparecieron en el lugar acordado, Bagger no se puso a gritar como un energúmeno. Era mucho más reflexivo de lo que la gente pensaba. Uno no llegaba a su nivel actuando impulsivamente, sino analizando las cosas con rigor y meticulosidad.

Sabía que perder a Mike no era una buena noticia, pero no sabía quién era el responsable de esa pérdida, ni qué confesaría su gorila. La ciudad estaba atestada de agentes federales. Escupías en una esquina y era fácil que salpicaras a cinco. El instinto de Bagger le había permitido sobrevivir a muchas situaciones peligrosas. Intuía que ésta era una de ellas. Podía subirse a su jet y huir. Sin embargo, eso iba en contra de los fundamentos en que había basado su imperio. Jerry Bagger nunca huía de los problemas.

Realizó algunas llamadas. La primera fue para traer refuerzos de Atlantic City. Luego llamó a Joe, su detective privado, y le encargó que recabara cierta información que consideró necesaria para enfrentarse a todo aquello. Por último llamó a su abogado, que sabía más secretos de Bagger que cualquier otra persona; el leguleyo enseguida se puso a pergeñar coartadas y estrategias legales por si los federales llamaban a la puerta de su cliente.

Una vez hecho esto, Bagger decidió salir a dar un paseo en solitario. A diferencia de Atlantic City, Washington no se caracterizaba por la animación nocturna. Durante los días laborables sólo había unos pocos restaurantes, bares o clubes abiertos hasta tarde. No obstante, tras recorrer unas diez manzanas, Jerry encontró un local con las luces de neón encendidas. Se sentó en un taburete junto a la barra y pidió un chupito de *whisky sour* a un camarero cuyas facciones denotaban que la vida le había tratado a golpes. El gordo que había a su lado tenía la vista clavada en su

cerveza con aire cansino, mientras de la vieja máquina de discos, recubierta de décadas de cervezas y lágrimas, brotaba una canción de Elvis Costello.

Bagger se había criado en locales como ése, timando por cuatro chavos. Casi sesenta años después seguía timando, aunque los chavos se habían convertido en millones. No obstante, a veces deseaba volver a ser aquel mocoso de sonrisa contagiosa y labia infinita que sacaba dólares a la gente con timos más viejos que ir a pie, y sus víctimas no se enteraban de nada hasta que él estaba bien lejos, preparando su siguiente artimaña.

—¿Cómo se divierte la gente en esta ciudad? —preguntó al camarero.

El hombre empezó a limpiar la barra con un paño antes de contestar.

—No es una ciudad pensada para la diversión, por lo menos eso creo yo.

—¿Quieres decir que aquí se dedican a las cosas serias?

El hombre sonrió ampliamente.

—Es el único lugar en que te puede caer una bomba nuclear encima y tener que pagarla con tus impuestos.

—Hay personas que piensan que estaríamos mejor si alguien lanzara una bomba nuclear aquí.

—A mí me basta con que me avisen veinticuatro horas antes.

—Soy de Atlantic City.

—Un buen sitio. Aunque me temo que me he dejado allí demasiado dinero del que tenía reservado para la jubilación.

—¿Has estado alguna vez en el Pompeii?

—Oh, sí. Un pedazo de casino. Pero el dueño es de armas tomar, eso dicen. Un hueso duro de roer. Aunque supongo que hay que ser así para ganar pasta gansa. O sea que bravo por él.

—¿Hace tiempo que trabajas de camarero?

—Demasiado. Quería ser *pitcher* de la liga profesional, pero no lanzaba con suficiente efecto. Para cuando me di cuenta, ya sólo sabía servir bebidas. Pero con tres hijos que alimentar, algo hay que hacer.

—¿Y tu mujer?

—Cáncer, hace tres años. Justo cuando parece que todo va bien, la vida te da de hostias. ¿Entiendes?

—Y tanto. —Bagger dejó cuatro billetes de cien dólares de propina y se levantó para marcharse.

—Señor, ¿para qué cono es esto? —preguntó el asombrado camarero.

—Sólo es un recordatorio de que ni siquiera los cabrones son tan malos.

Bagger volvió al hotel caminando. El móvil empezó a sonarle, seguro que eran sus guardaespaldas tratando de localizarle. Tenía muchos enemigos y a sus chicos no les gustaba que saliera solo. Bagger sabía que no era por el aprecio que le tenían. Si se lo cargaban, se quedaban sin trabajo. En el mundo de Bagger la lealtad se conseguía a punta de pistola o a base de billetes. No se molestó en responder a la llamada.

Pasó junto al monumento a Washington y se detuvo. El obelisco de 170 metros no era lo que le había llamado la atención, sino el hombre y la mujer que caminaban cogidos de la mano por un sendero cercano al monumento.

Bagger nunca había mantenido una relación formal con una mujer; había estado demasiado ocupado amasando su fortuna. Todas las mujeres con que había estado lo habían hecho por dinero o por alguna recompensa del viejo Jerry a cambio de abrirse de piernas. Sabía que no le querían de verdad y, por tanto, él tampoco las había querido.

Así había sido su vida hasta que Annabelle Conroy había aparecido para trastocar su mundo. Desde el primer momento había visto en ella algo que le había tocado una fibra olvidada. Se había permitido creer que a ella le importaba como hombre, no por lo que él pudiera proporcionarle.

Y entonces la máscara había caído y ahí estaba él, en la ciudad que odiaba casi tanto como Las Vegas, intentando encontrar y matar a una mujer a la que habría podido declarar amor eterno. Perder los cuarenta millones no le había hecho demasiado daño. El siempre podía ganar más dinero. Sin embargo, Annabelle Conroy le había estafado algo que no tenía precio: su corazón.

A Bagger le enfurecía tanto esa sensación de traición que, si hubiera tenido una pistola, habría disparado a aquella pareja de enamorados. Tuvo que esforzarse para no abalanzarse sobre ellos y machacarlos a golpes.

Se giró y volvió al hotel caminando rápidamente. Al llegar se encontró con otra sorpresa: Mike Manson y su compinche acababan de regresar, ensangrentados y desaliñados.

Antes de decir nada, Bagger hizo una seña a otro de sus hombres y preguntó «¿limpios?» sólo moviendo los labios.

—Los hemos registrado —respondió el hombre—. Ningún aparato de vigilancia.

Bagger miró a Mike.

—¿Qué coño ha pasado?

—La cagamos, señor Bagger —reconoció Mike—. Los teníamos en la furgoneta y entonces el tío mayor me arrebató la pistola y nos maniató. Tardamos todo este rato en liberarnos y volver aquí.

—Hemos tenido que caminar ocho kilómetros —añadió el otro hombre.

—Me importa un cojón si habéis tenido que arrastraros con la lengua —rugió Bagger—. ¿Os habéis dejado intimidar por una mujer y un puto bibliotecario?

—No fue el bibliotecario —dijo Mike—. Era un tío mayor pero de armas tomar. Me clavó un dedo en las costillas y se me entumeció todo el cuerpo. —Señaló la herida de la oreja—. Luego me disparó al lóbulo como si nada. Era un profesional, señor Bagger. No esperábamos encontrarnos con un problema así.

—Mike, si no supiera que no eres un inútil, te volaría la cabeza de un balazo ahora mismo.

—Sí, señor Bagger —asintió Mike nervioso—. Lo sé. Nos arrastramos hasta detrás de unos árboles y Joe encontró un trozo de cristal para cortar las cuerdas. Justo cuando nos marchábamos apareció la poli. Debieron de llamarles. Pero no nos vieron.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—¿El tío que te hirió era un profesional? ¿Qué aspecto tenía?

Mike se lo explicó.

—¿Es posible que fuera un federal?

—No iba vestido como tal y era un poco mayor. Pero eso no quita que fuera profesional. Parecía muy unido a Conroy.

Bagger se sentó lentamente en una silla. ¿Con quién demonios se había juntado Annabelle?

OceanofPDF.com

51

Ese día el senador no estaba en su puesto. Se había marchado en un repentino viaje de investigación acompañado de buena parte de su personal. Finn había encontrado esa información tan útil en la página web de Simpson, donde el senador promocionaba el viaje como si fuera a beneficiar a los habitantes de Alabama y a los estadounidenses en general. Finn no acababa de entender cómo conseguiría algo así en un viaje a las islas Caimán. Lo que sí sabía era que Simpson, advertido de las otras muertes, había decidido largarse de la ciudad. Pero no importaba, en algún momento tendría que regresar a Washington. Al fin y al cabo era senador de Estados Unidos. No podía eludir sus responsabilidades eternamente, aunque muchos senadores lo hubieran intentado con denuedo a lo largo de los años.

Finn iba vestido con el mono de trabajo oficial, con la acreditación colgada del cuello y la caja de herramientas en una mano. Su actitud segura, la foto exacta de la acreditación y el supuesto trabajo que iba a realizar allí le abrieron todas las puertas.

Al salir del ascensor miró la puerta de cristal de la oficina de Roger Simpson, flanqueada por la bandera del estado de Alabama: una cruz de San Andrés violeta sobre fondo blanco al estilo del estandarte de batalla confederado. Al igual que lo fuera hacía más de 150 años para los unionistas, suponía un blanco perfecto para Harry Finn.

Se acercó a la puerta y a través del cristal vio a la joven recepcionista.

Había ampliado las fotos que había hecho de la oficina y la mujer en su visita anterior. El nombre de ella se leía claramente en la placa del escritorio.

Asomó la cabeza por la puerta y mostró la orden de trabajo falsa.

—Hola, Cheryl, soy Bobby, de mantenimiento. Hace unos días me llamaron para arreglar la cerradura de esta puerta. Siento no haber podido venir antes, pero se nos ha acumulado el trabajo. ¿Sabes qué problema tiene el cacharro? En otras oficinas también se han quejado de lo mismo.

La joven, agobiada, que canalizaba llamadas sin parar, cubrió el receptor de teléfono con la mano.

—Ni idea.

—Pues entonces le echaré un vistazo rápido. Tú tranquila —dijo Finn. La recepcionista sonrió agradecida.

Finn se arrodilló, examinó la cerradura e introdujo una pieza de metal diminuta en el ojo. Dedicó un par de minutos a fingir que arreglaba la puerta antes de decir:

—Ahora ya está perfecta, Cheryl.

Ella se despidió con la mano. Mientras Finn recogía las herramientas echó un vistazo al interior de la oficina. Ya había averiguado que no había ningún panel de alarma ni sensores de movimiento, pero no estaba de más volver a comprobarlo.

En el techo del vestíbulo, en la intersección de dos pasillos, había una cámara de vigilancia. Finn ya la había cronometrado. Cambiaba de posición cada dos minutos para recorrer los dos pasillos. Cruzó el vestíbulo y observó la cámara al tiempo que comprobaba la hora. Seguía haciendo el cambio cada dos minutos. Con eso le bastaba. Por la noche había vigilantes por los pasillos, pero ya sabía que recorrían las plantas pares a las horas impares y las plantas impares a las horas pares. Esperó a que el pasillo estuviera vacío y a que la cámara no le siguiera. Entonces forzó rápidamente la cerradura de un cuarto que se utilizaba para guardar ornamentos festivos y entró. Se tumbó en un rincón del fondo y se echó a dormir.

Dos minutos después de la medianoche, Finn deslizó un cable de vídeo bajo la puerta del trastero e hizo un reconocimiento rápido del pasillo. Nadie. La cámara estaba enfocando hacia el otro pasillo.

Llegó rápidamente a la oficina de Simpson. La pieza de metal que había introducido antes en la cerradura tenía una única función, pero la cumplió a la perfección: hacía que la puerta pareciera cerrada con llave, cuando no lo estaba si se disponía de una herramienta especial. Introdujo el

extremo magnetizado de ésta, extrajo la pieza de metal y la puerta se abrió con un clic.

Finn puso manos a la obra inmediatamente. Se desplazó a paso ligero por las antecámaras y el espacioso despacho de Simpson. Se arrodilló junto al hueco para las rodillas del escritorio y desatornilló la tapa de la CPU, introdujo su dispositivo en el interior y lo conectó al resto de los componentes del ordenador.

Finn había conseguido pasar el dispositivo por las barreras de seguridad porque no contenía material explosivo, pero el mecanismo estaba diseñado para provocar una reacción química incendiaria en el interior de la CPU. Dicha reacción convertía la normalmente inofensiva CPU en una bomba, posibilidad que ningún experto informático deseaba que se diera a conocer. El dispositivo llevaba adjunto un receptor inalámbrico con un alcance de casi mil quinientos metros, más que suficiente según los cálculos de Finn. Volvió a colocar la tapa de la CPU y dejó la unidad tal como la había encontrado bajo el escritorio.

Acto seguido, encendió el ordenador. La pantalla se iluminó, pero se necesitaba una contraseña. Los ajetreados senadores no tenían tiempo de recordar contraseñas complicadas o retorcidas, así que Finn se dedicó a probar con nombres. El tercero funcionó: «Montgomery», la capital de Alabama.

Tecleó los mandos que necesitaba y apagó el ordenador. Lo último que hizo fue colocar un minúsculo dispositivo de vigilancia cerca de un jarrón en un estante junto al sofá del senador. Las hojas de la planta ofrecían un escondrijo ideal para la pequeña cámara. Así Finn dispondría de un enlace de vídeo y audio directo con el despacho de Simpson. Le haría un gran servicio.

Regresó a la puerta de cristal y consultó la hora para esperar a que la cámara de vigilancia cambiara al otro pasillo. En cuanto lo hizo, salió y se dirigió rápidamente al trastero. Sacó de la caja de herramientas un pequeño receptor parecido a una Blackberry y lo encendió. Observó la imagen en la pantalla. Había elegido bien la ubicación de la cámara en miniatura: veía claramente todo el despacho de Simpson. Apagó el receptor y se tumbó en el suelo para dormir.

A la mañana siguiente salió del trastero y dedicó un rato a subir y bajar en los ascensores, fingiendo dirigirse a realizar labores de

mantenimiento. Luego salió del edificio mezclado entre un grupo de personas, fue en metro hasta Virginia, subió a su coche y se fue al despacho.

Ahora lo único que tenía que hacer era esperar que Roger Simpson regresara. Menudo recibimiento tendría en casa el hombre que había ayudado a matar a su padre.

Sin embargo, más que todo eso, la muerte de Simpson significaría el final de la peripecia de Harry Finn. Significaría no tener que volver a matar ni oír la historia de su madre. Algo le decía que su madre seguía viva sólo para ver ese momento. En cuanto Simpson estuviera muerto, Finn intuía que la vida de su madre también tocaría a su fin. La venganza era una fuerza poderosa, capaz incluso de mantener la muerte a raya. Y cuando su madre muriera, Finn la lloraría, lamentaría su pérdida, pero también sentiría un inmenso alivio por quedar por fin libre.

Tras trabajar un poco en la oficina y repasar más detalles del plan de ataque al Capitolio, se marchó y fue a recoger a los niños a la escuela. Se pasó una hora bateando con Patrick, ayudó a Susie a hacer los deberes y revisó con David las opciones de instituto entre las que podía elegir. Cuando Mandy volvió del supermercado, le ayudó a preparar la cena.

—Parece que estás de buen humor —comentó ella mientras él pelaba patatas en el fregadero.

—Ayer tuve un gran día —dijo él.

—Ojalá no hubieras tenido que trabajar toda la noche. Debes de estar agotado.

—No, la verdad es que me siento revitalizado. —Acabó de pelar la última patata, se limpió las manos y rodeó a su mujer con los brazos—. Estaba pensando que podríamos ir de viaje a algún sitio, quizás al extranjero. Los niños nunca han estado en Europa.

—Sería fantástico, Harry, pero es caro.

—Hemos tenido un buen año. Tengo un poco de dinero ahorrado. El verano que viene podría ser un buen momento. Lo tengo todo más o menos planeado.

—¿Cómo es que siempre soy la última en enterarse de estas cosas?

—Sólo quería tener los deberes hechos antes de presentar la propuesta a la comandante en jefe para su aprobación, señora. Así nos lo enseñaron

en la Marina. —Le dio un beso.

—Hay que ver qué humor tan cambiante tiene, caballero —repuso ella.

—Como he dicho, veo la luz al final del túnel.

Ella sonrió.

—Esperemos que la luz no sea un tren que viene de frente.

Cuando Mandy se giró hacia los fogones, la actitud jovial de Finn se desvaneció.

«Un tren que viene de frente», pensó. Rogó que las palabras de su mujer no fueran proféticas.

OceanofPDF.com

52

Tras el intento de secuestro fallido, Caleb y Paddy se habían alojado en casa de Stone. Annabelle había regresado al hotel a pagar la cuenta y se había ido a otro situado en una zona distinta de la ciudad. Llamó a Stone para darle la nueva dirección.

A primera hora de la mañana Stone recibió una llamada de un alterado Reuben.

—Milton me está volviendo loco, Oliver —se quejó—. Me ha limpiado toda la casa. No encuentro nada de nada. Y a *Delta Dawn* le da miedo incluso entrar porque hace horas que la aspiradora está funcionando. —*Delta Dawn* era el chucho de Reuben. Siguió hablándole en un susurro —: Y no vas a creerte lo que le ha hecho al cuarto de baño. Parece salido de una revista femenina. A mí hasta me da vergüenza utilizarlo.

—Aquí no tengo sitio para él —dijo Stone con voz cansina—. Ahora mismo la casa está a tope.

—Ya lo sé, pero se me ha ocurrido que Paddy podía venir a mi casa y Milton irse a la tuya. Paddy encaja mejor con mi estilo.

—En estos momentos encontrarte el compañero ideal no es una prioridad; seguir con vida, sí —espetó Stone—. Y cuanto menos salga Paddy, mejor.

Reuben exhaló un largo suspiro.

—Vale, supongo que puedo estar con Don Limpio un poco más. Pero más vale que trinquemos pronto al asqueroso ese de Bagger. Milton ya ha empezado a hablar de llevarme a comprar ropa. Y eso ya es pasarse de la raya.

Al cabo de varias horas, Stone vio que Caleb, muy irritado y arrugado, salía del cuarto de baño vestido con la ropa de la noche anterior.

—Caleb, cuando esos hombres te pillaron anoche, ¿dijeron algo?

—Oh, sí. ¡Dijeron que si abría la boca me matarían! —Frunció el ceño—. ¡Y pensar que cuando introduje la llave en la cerradura estaba pensando en tomarme una copita de jerez y releer el comienzo de *Don Quijote*!—Me refiero a si mencionaron que trabajaban para Jerry Bagger.

—No. En realidad no dijeron nada. No hacía falta, iban armados.

—¿Mencionaron a Annabelle?

—No. ¿Por qué?

—¿Y a un tal John Carr?

—¿Quién es ése?

—Da igual. ¿Mencionaron ese nombre?

—No.

Stone no tenía forma de saber si los secuestradores iban a por Annabelle o John Carr. Llegó a la conclusión de que podían haberle seguido el rastro a través de Caleb. Había ido a ver a su amigo a la biblioteca con anterioridad. Todos habían dado por supuesto que Bagger había enviado a esos hombres, pero ¿y si pertenecían al equipo que había matado a los Triple Seis? ¿Los que habían matado a Carter Gray? Sin embargo, si iban a por él, seguro que habrían descubierto su álter ego y también dónde vivía.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Caleb, interrumpiendo las cavilaciones de Stone—. Tendría que haberme marchado a trabajar hace diez minutos. No tengo ropa ni artículos de tocador, ni nada.

—Llama y di que estás enfermo —dijo Stone secamente, molesto por la interrupción.

—Eso me sirve para hoy, pero ¿y mañana? ¿Y pasado?

—¿Tienes derecho a vacaciones?

—Sí, pero trabajo para el Gobierno Federal. No puedo pedir las vacaciones de un día para otro. Hay que planificarlo, avisar con antelación.

—Bueno, pues mañana ya te preocuparás de eso. Por el momento, quédate aquí y relájate.

—¡Que me relaje! ¿Después de que me secuestraran y casi me mataran? ¿Después de tener que dejar mi casa y mi trabajo porque un maniaco viene a por mí? ¿Pretendes que me relaje?

—Pues eso o te cortas las venas. Decide tú —espetó Stone mientras salía por la puerta.

—¿Adónde vas?

—A ver a nuestra amiga.

—Perfecto. Puedes decirle a Annabelle que necesito más amigas como ella tanto como una colonoscopia sin anestesia.

Paddy salió del baño con el pelo húmedo después de la ducha.

—¿Qué pasa?

—Nada, Caleb iba a prepararte algo para desayunar, ¿verdad que sí?

—¿Cómo?

Paddy miró a Stone y luego a Caleb con una sonrisa.

—Pues mira qué detalle por tu parte.

Por un instante dio la impresión de que Caleb iba a ponerse a chillar, pero se contuvo. Mientras Paddy dormía, Stone había puesto al corriente a Caleb de su situación, incluido el hecho de que se estaba muriendo.

—Al fin y al cabo soy funcionario público —dijo Caleb con magnanimidad.

—Pues entonces lo dejo en tus manos —repuso Stone, y se marchó.

Mientras salía rápidamente del cementerio pensó que tal vez, tras los peligros corridos la noche anterior, Annabelle había huido otra vez.

Sin embargo, al cabo de una hora la encontró en la habitación del nuevo hotel. Acababa de desayunar. Tras servirle una taza de café se encaramó al borde de la cama enfundada en el albornoz del hotel; tenía aspecto angustiado y cansado.

—¿Cómo está Paddy?

—Esta mañana se le ve mejor, más animado.

—Eso se debe a la movida de anoche. Le encantan esas cosas. Siempre ha sido así.

—Tuvimos suerte de que estuviera allí. Nos salvó la vida.

—Lo sé —admitió Annabelle a regañadientes—. Y eso me fastidia. Ahora es como si estuviera en deuda con él.

—¿Reconociste a los hombres de anoche? —preguntó Stone midiendo sus palabras—. Me refiero a si estás segura de que eran esbirros de Bagger.

—No, pero ¿quiénes si no iban a ser?

—¿Te acuerdas del problemilla del que te hablé?

—Sí.

—Pues podría ser que esos hombres me buscaran a mí, no a ti.

—¿Qué? ¿Quién va a por ti?

—Vístete. Vamos a hacer una breve excursión. Hay algo que debes saber sobre mí.

—¿Adónde vamos?

—Al cementerio nacional de Arlington. Tengo que enseñarte una cosa.

OceanofPDF.com

53

—Oliver, ¿no te cansas de los cementerios? Es que me parece un poco obsesivo —comentó Annabelle mientras caminaban fatigosamente por los senderos asfaltados de Arlington, el camposanto militar más célebre del país.

La mayoría de las tumbas tenían una sencilla placa blanca, aunque algunas de las estatuas que coronaban las tumbas de los famosos, o los muy ricos, eran sumamente ostentosas y de bastante mal gusto. Stone tenía la impresión de que, cuanto menos majestuosa era la placa, más había hecho por el país el fallecido.

—Vamos, ya estamos llegando —dijo.

La condujo por un sendero, contando las hileras mentalmente. Era una zona tranquila del cementerio, un lugar que había visitado a menudo para encontrar algo de paz.

Al cabo de unos instantes se sintió desfallecer y se tambaleó un poco. Ese día la zona no estaba tan tranquila. De hecho, en el indicador número 39 de la cuarta fila de esa sección de difuntos había mucha actividad. Unos hombres estaban excavando. Bajo la mirada de Stone y Annabelle, desenterraron un ataúd y lo transportaron a una furgoneta que esperaba en el sendero.

—Oliver —dijo Annabelle—, ¿qué es esto? ¿Qué pasa? —Le puso una mano en el hombro mientras él se apoyaba en un árbol para no caerse.

Al final Stone fue capaz de articular palabra.

—Será mejor que te vayas. Coge el coche. Ya nos veremos en mi casa.

—Pero...

—Vete. —Stone se marchó en dirección a la furgoneta que partía.

Mientras los trabajadores del cementerio empezaban a rellenar el hueco otra vez, Annabelle se acercó a la tumba como quien no quiere la cosa.

—Pensaba que lo normal era meter los ataúdes bajo tierra, no sacarlos —dijo.

Uno de los hombres la miró pero no dijo nada. Continuó dando paladas.

Ella se acercó un poco más para leer el nombre del indicador.

—¿Podría decirme a qué hora hacen el cambio de guardia? —preguntó.

Mientras el trabajador le contestaba, ella por fin consiguió distinguir el nombre de la placa.

«John Carr», leyó.

Stone siguió a la furgoneta a pie hasta la carretera principal y la vio alejarse, tras pasar por la rotonda que desviaba el tráfico del cementerio. No cruzó el Memorial Bridge para entrar en Washington sino que se dirigió al oeste, para adentrarse en Virginia. Stone intuyó el destino del ataúd: Langley, cuartel general de la CIA.

Llamó a Reuben por el móvil.

—Quiero que te pongas en contacto con todos los amigos que tengas en la DIA y averigües por qué han exhumado hoy una tumba en Arlington.

—¿De quién era la tumba? —preguntó Reuben.

—De un tal John Carr.

—¿Le conocías?

—Tan bien como a mí mismo. Date prisa, Reuben, es importante.

Stone colgó e hizo otra llamada, esta vez a Alex Ford, la única persona viva aparte de Annabelle Conroy que sabía que su nombre verdadero era John Carr.

—¿Los has visto desenterrándolo? —preguntó Alex.

—Sí. Por favor, averigua lo que puedas.

Stone volvió caminando a su casa, sabiendo que Annabelle, con quien había ido en coche hasta el cementerio de Arlington, le estaría esperando.

Al entrar la encontró junto al escritorio.

—Tienes buen aspecto para estar muerto.

—¿Dónde están Paddy y Caleb? —preguntó él.

—Han ido al supermercado. Al parecer aquí no tienes mucha comida. Caleb me ha pedido que te dijera que estaba horrorizado. —Señaló los papeles que Stone tenía en la mesa—. Hay que ver la cantidad de información que tienes sobre Jerry.

—Jerry y tú —dijo él, sobresaltándola.

—¿Has hecho averiguaciones sobre mí?

—No, mi amigo sólo sacó el expediente de Bagger. Las averiguaciones sobre ti no son más que conjeturas.

Stone se sentó tras el escritorio.

—Deduzco que lo del cementerio es una mala noticia —dijo ella.

—Digamos que, cuando abran ese ataúd, les sorprenderá lo que no van a encontrar, es decir, a mí —dijo.

—¿Hay otro cadáver en el ataúd?

Stone se encogió de hombros.

—No me pidieron opinión al respecto. Yo estaba demasiado ocupado intentando evitar ser el cadáver del ataúd.

—¿Por qué crees que lo exhuman ahora?

—No lo sé.

—¿Cuál es el problema que mencionaste antes?

—No puedo hablar de ello.

Annabelle se sulfuró.

—¿Ahora me sales con ésas? ¿Después de que yo te lo contara todo? Encima era la primera vez que se lo contaba a alguien. ¡La primera! Quiero la verdad.

Stone hizo una mueca de dolor para sus adentros. Durante años había tenido plantada una pancarta en Lafayette Park que rezaba: «Quiero la verdad.»—Annabelle, no es algo de lo que...

—No sigas. No me vengas con excusas peregrinas. Yo las convertí en una expresión artística.

Stone se quedó inmóvil mientras ella daba golpecitos con el tacón en el suelo.

—Mira, Oliver, o John, o cómo demonios te llames...

—Ya te dije mi nombre verdadero. John Carr.

—Bueno, algo es algo. Continúa.

El se levantó.

—No, no pienso continuar. Y ahora no puedo ayudarte con lo de Jerry Bagger. De hecho, cuanto antes te alejes de mí, mejor. Recoge a tu padre y emplea el dinero en huir lo más rápido y lejos posible. Lo siento, Annabelle, de verdad. Si estás cerca de mí morirás. No puedo cargar con ese peso en mi conciencia.

Y, sin más, la agarró del brazo, la condujo hasta la puerta y la puso de patitas en la calle.

OceanofPDF.com

54

La madre de Harry Finn se levantó temprano. El dolor que le corroía los huesos siempre la hacía levantarse antes del amanecer.

Fue al baño, volvió a la cama arrastrando los pies y leyó los periódicos con la misma disciplina que había tenido toda su vida. Los noticiarios de radio y televisión eran el siguiente paso en su ritual de investigación interminable. Fue entonces cuando vio su cara en la pantalla. Sujetó con fuerza el mando a distancia, pero el rostro sonriente y petulante del hombre desapareció.

Empezó a jadear, miró el móvil que su hijo le había dado. Nunca lo había llamado, estaba reservado para las emergencias, le había dicho él. Lo tenía sujeto a una cinta colgada del cuello. Necesitaba saberlo. Aquel rostro en la tele. ¿Era verdad? ¿Podía ser verdad?

Oyó que alguien se acercaba y rápidamente se metió otra vez en la cama. La puerta se abrió y la auxiliar entró silbando.

—¿Cómo estamos, doña Sargento? —preguntó la chica. Se había ganado ese apodo por su talante autoritario.

La anciana había adoptado una expresión vacía. Farfulló unas palabras en el curioso idioma que empleaba. A los demás les sonaba a digresiones absurdas, que era precisamente lo que ella pretendía. La auxiliar ya estaba familiarizada con aquella jerigonza.

—Vale, usted siga parloteando mientras le recojo la ropa sucia y le limpio el baño. Lo que usted diga, doña Sargento. —La muchacha miró los periódicos y sonrió. Doña Sargento no estaba tan ida como pretendía aparentar.

La mujer realizó sus tareas y se marchó. La madre de Finn no se incorporó hasta entonces. Volvió a mirar el teléfono. Era curioso que las decisiones que se tomaban rápido de joven en la vejez exigieran un gran debate interno. ¿Llamar o no llamar?

Antes de decidirlo conscientemente, sus dedos marcaron el número.

Obtuvo respuesta incluso antes de que acabara el primer tono. Era obvio que su hijo había reconocido la llamada.

Finn respondió en voz baja.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herida? —preguntó muy serio.

—No; estoy bien.

—Entonces, ¿por qué llamas?

—He visto en las noticias que se ha ido al extranjero. El hombre se va de vacaciones. ¿Este hombre puede irse de vacaciones? ¿Es verdad? ¡Dímelo!

—Me encargaré del asunto. Ahora cuelga.

—Pero tiene que...

—No lo digas. Cuelga ya.

—Nadie entenderá lo que estamos diciendo.

—¡Cuelga!

Eso hizo. Harry se había enfadado. No tenía que haberlo llamado, pero no pudo evitarlo. Se pasaba el día y la noche allí sentada, en aquel sitio, en aquel infierno, pudriéndose y pensando sólo en eso. Y encima había visto al hombre en la tele.

Fue hasta la ventana y miró fuera. Hacía muy buen día y le daba igual. Ya no pertenecía a este mundo. Pertenecía al pasado y eso también había desaparecido prácticamente. Su familia, sus amigos, su esposo, todos muertos. Sólo quedaba Harry, y ahora se había enfadado con ella. Pero ya se le pasaría. Siempre se le pasaba. Era un buen hijo; el hijo que todas las madres querrían. Abrió el cajón y extrajo la única foto que conservaba de su marido.

Se tumbó en la cama con la foto encima del corazón y soñó con la muerte de Roger Simpson.

Harry Finn volvió a guardar el teléfono en el bolsillo lentamente y regresó a la cocina, donde Mandy y los niños lo miraron con preocupación.

Cuando el móvil había sonado y había visto el número en la pantalla, incluso había olvidado que tenía familia. Había salido disparado de la cocina, convencido de que su madre llamaba para decirle que la habían encontrado, que iban a matarla.

A Susie le colgaban unos copos de avena de la boca. A Patrick se le había caído el tenedor al suelo y *George* aprovechaba para lamer los restos de huevo. David había dejado de introducir libros de texto en la mochila y observaba ceñudo a su padre. Mandy estaba junto a la cocina, espátula en mano, mientras la tortita de la sartén se quemaba.

—Harry, ¿ocurre algo? —preguntó inquieta.

Él intentó sonreír, pero los labios no se lo permitieron.

—Falsa alarma. He pensado que pasaba algo raro, pero no.

Susie, quizá por la expresión de su padre o por su voz temblorosa, hizo un puchero. Él la cogió en brazos.

—Eh, pequeña, no pasa nada. Papá se ha equivocado. Eso es todo.

Ella le rodeó la cara con sus suaves manos y le dedicó la clase de mirada desarmante de la que sólo son capaces los niños pequeños.

—¿Me lo prometes? —dijo con un hilo de voz. El temor subyacente en la pregunta llegó al alma de Harry.

La besó en la mejilla, en parte para no tener que mirar aquellos ojos suplicantes.

—Te lo prometo. Hasta los papas se equivocan. —Miró a su mujer, que se había recuperado un poco—. Pero las mamas no, ¿verdad? —Le hizo cosquillas a Susie y con la otra mano apretó el hombro delgado de Patrick—. ¿Verdad?

—Verdad, papá —dijo Susie.

—Verdad —convino Patrick.

Finn llevó a los niños al colegio en el coche. David fue el último en bajar y se entretuvo fingiendo anudarse los cordones de las zapatillas mientras sus hermanos se alejaban.

—Oye, papá, ¿seguro que todo va bien?

—Segurísimo, hijo, no te preocupes.

—Puedes hablar conmigo, ¿sabes?, de lo que quieras.

Finn sonrió.

—Pensaba que ésa era mi frase.

—Lo digo en serio, papá. Sé que a veces es difícil hablar con mamá de ciertas cosas. A veces hace falta hablar de hombre a hombre.

Finn alargó el brazo y estrechó la mano de su hijo.

—Te lo agradezco, Dave. Más de lo que imaginas. —«Ojalá pudiera contártelo todo, hijo, pero no puedo. Nunca podré. Lo siento», pensó eso mientras aferraba la mano de su hijo con fuerza. No quería soltarlo.

—Que tengas un buen día, papá. —David cerró la puerta y se encaminó al colegio.

Finn se alejó lentamente y mientras pasaba junto a los coches de otros padres pensó que, conscientemente, ninguno de ellos cambiaría su vida por la de él. Miró por el retrovisor y vio cómo David desaparecía en el interior del edificio.

«Si fracaso, hijo, recuérdame por el padre que fui, no por el hombre en que tuve que convertirme.»

Un poco más allá de la habitación de la madre de Finn, un hombre llamado Herb Daschle bostezaba y se desperezaba sentado delante de una cama donde otro hombre yacía inconsciente. Daschle llevaba ahí desde la medianoche y todavía le quedaban cuatro horas para acabar su turno.

Dedicó un gesto de saludo a la auxiliar que fue a echarle un vistazo al paciente. En ese preciso instante el hombre de la cama empezó a gemir y farfulló varias palabras. Daschle dio un respingo y se levantó, cogió a la auxiliar del brazo y la sacó de la habitación. Luego se inclinó hacia el hombre y escuchó atentamente. A continuación sacó un teléfono e hizo una llamada, en la que repitió exactamente las palabras del hombre. Después se asomó por la puerta y llamó a la auxiliar. La mujer regresó un tanto aturullada, aunque no era la primera vez que pasaba algo así.

—Lo siento —se disculpó Daschle mientras volvía a sentarse.

—Un día de éstos me vais a provocar un ataque al corazón —murmuró la mujer casi para sí. No se atrevió a decirlo en voz alta. No, al menos no con gente como ésa.

55

—Me alegro de que Gregori nos fuera de gran ayuda —dijo Carter Gray al director de la CIA.

Estaban sentados en el estudio del bunker. Lo cierto es que Gray le estaba cogiendo el gusto a su actual morada. Vivir bajo tierra tenía su encanto. El tiempo nunca suponía un problema, no había atascos y le gustaba estar solo.

El ex embajador soviético en Estados Unidos durante los últimos años de la guerra fría, Gregori Tupikov, ya no servía al pueblo ruso; le iba muy bien sirviéndose a sí mismo. Ahora era un orondo y feliz capitalista. Había entrado en un grupo de inversión que se había adueñado de la industria del carbón, anteriormente controlada por el Estado, y luego la había vendido a otro grupo de compatriotas.

Gregori había sido lo suficientemente listo como para huir de Rusia antes de que el martillo del Gobierno machacara a los nuevos ricos. Pasaba la mayor parte del año en Suiza, pero tenía apartamentos en París y Nueva York, y sus millones se los gestionaba Goldman Sachs.

Gray acabó de leer el informe obtenido gracias a la reunión con Tupikov.

—O sea que Lesya y Rayfield Solomon se casaron en Volgogrado y luego, recién casados, consiguieron salir de la Unión Soviética.

El director asintió.

—Según lo que recordaba Gregori y lo que averiguó de antiguos colegas, parece que primero fueron a Polonia, luego a Francia y de ahí a Groenlandia. Por cierto, ¿Lesya era judía?

—No lo sé. Solomon sí, aunque no judío practicante. El oficio de espía suele limitar las obligaciones religiosas.

—Yo voy a la iglesia presbiteriana todos los domingos —observó el director.

—Felicidades. Si Gregori sabía tanto por aquel entonces, ¿por qué no hizo nada al respecto? —Gray se respondió a sí mismo—: Supuso que ella seguía trabajando para los soviéticos.

—¿Y no fue así? —inquirió el director, desconcertado.

—Por supuesto —dijo Gray como si tal cosa—. ¿Y después de Groenlandia?

—Por desgracia, ahí se le perdió el rastro. Y mejor que siga perdido. Al fin y al cabo fue hace muchísimo tiempo.

—No puede quedarse perdido —espetó Gray.

—¿Dónde encontraron exactamente a Solomon muerto? Tampoco consta en el expediente.

Gray alzó la vista de los documentos que estaba analizando fingiendo recordar los detalles. En realidad los tenía grabados a fuego en la memoria.

—Brasil. Sao Paulo.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—No lo sé a ciencia cierta. Entonces ya no trabajaba para nosotros, claro está. Lesya lo había traicionado.

—¿Y murió allí?

Gray asintió.

—Nuestros contactos en América del Sur nos avisaron. Llevamos a cabo una investigación, pero nos quedó claro que se había suicidado.

El director miró a Gray.

—Por supuesto —dijo—. ¿Y Lesya se quedó sola?

—Eso parece —asintió Gray—. ¿Algo más?

—Quizá.

Gray vio que el director sonreía con expresión petulante. Recordaba que, como joven agente, tenía la peor cara de póker de todos los hombres a los él que había formado, además de un irritante aire de superioridad, inmerecido en su mayor parte. Gray creía haberle ayudado a superar tales

debilidades. No obstante, como jefe de la CIA estaba claro que esos rasgos insufribles habían retornado por sus fueros.

—Cuéntame.

—Gregori debía de estar de buenas. Tal como sugeriste, cuando nuestro hombre se reunió con él en París, lo atiborró de langosta.

—¿Y de vodka Moskovskaya? Es su preferido.

—A raudales. Y le conseguimos un par de pelirrojas.

—¿Y?

—Y dijo recordar que se rumoreaba que Lesya tenía que casarse.

—¿Tenía? —preguntó Gray extrañado. El director hizo un gesto con la mano señalándose la barriga—. ¿Estaba embarazada?

—Eso es lo que Gregori cree.

Gray se reclinó en el asiento. «El hijo es quien está matando a la gente», pensó.

—O sea que, basándonos en la cronología de que disponemos, el hijo o hija debe de tener unos treinta y cinco años.

El director asintió.

—Aunque dudo mucho que su apellido sea Solomon.

—Pero si Lesya y Solomon se casaron en Rusia estando ella en avanzado estado de gestación, ¿dónde nació la criatura? Si se marcharon de Rusia después de la boda, el nacimiento pudo haberse producido en Polonia, Francia, Groenlandia o Canadá.

—¿Canadá? Lo último que se sabe de ellos es que estuvieron en Groenlandia. ¿A qué viene ahora Canadá?

Gray observó al hombre que dirigía la agencia de inteligencia más importante de la nación. Había empezado en la CIA, luego se había pasado a la política y allí se había quedado hasta que un presidente de dudoso juicio le había lanzado un hueso nombrándolo director de la CIA. «Que Dios ayude a este país», rogó Gray para sus adentros.

—¿Para qué va la gente hasta Groenlandia, si no es para llegar a Canadá? Incluso entonces había numerosos vuelos directos a Estados Unidos. Y era una de las escalas preferidas de los espías. Cuando yo trabajaba sobre el terreno a menudo paraba en Groenlandia antes de volver

a casa. Allí es muy fácil ver si alguien te sigue. En esa tundra helada nadie pasa inadvertido.

—Vale, pero ¿es posible que vinieran a nuestro país para tener el hijo? Eso lo convertiría en ciudadano estadounidense. Todo le sería mucho más fácil.

—No creo, no para el nacimiento. Y para ella era más fácil entrar furtivamente en Canadá y tener el bebé allí que aquí. La inscripción en el registro podría falsificarse con posterioridad.

—De todos modos, no tenemos gran cosa.

—Discrepo. Los puntos de entrada a Canadá desde Groenlandia son limitados, y en aquella época más aún. ¿Montreal? ¿Toronto? ¿Ottawa? ¿Quizá Nueva Escocia y Terranova? Podemos empezar por ahí.

—¿Empezar qué exactamente?

—Lo circunscribiremos a un año. —Gray dijo cuál—. Y analizaremos las partidas de nacimiento en esos lugares. Por ahora sólo de chicos.

—¿Por qué no incluir también a las chicas?

—Por ahora sólo chicos —repitió Gray.

—De todos modos, la búsqueda será ingente. Y dentro de poco tenemos ese ejercicio de preparación para un desastre en el Capitolio que el DHS nos pidió y del que nos dejó la peor parte. Usan y abusan de nuestro tiempo con absoluta desfachatez.

—Las partidas de nacimiento deben de estar informatizadas. Eso simplificará las cosas sobremanera.

—Sí, pero aun así los recursos necesarios para...

Gray se inclinó hacia delante y silenció al hombre con una de sus miradas intimidatorias.

—No hacerlo podría tener consecuencias catastróficas para este país.

OceanofPDF.com

56

Annabelle esperó fuera hasta que su padre regresó del supermercado con Caleb. Sin dar explicaciones, le dijo a Paddy que la siguiera hasta el hotel en la furgoneta. Al llegar allí, lo condujo a su habitación.

Los pensamientos se agolpaban en su interior. Había confiado en que Stone la ayudaría, pero la había abandonado, literalmente le había cerrado la puerta en las narices. Nunca debería haber confiado en él. A esas alturas ya debería saber que sólo se puede contar con uno mismo.

—¿Annie? —dijo su padre finalmente—. Háblame, chica, ¿qué demonios está pasando?

Ella lo miró como si se hubiera olvidado de su presencia.

—Lo que pasa es que acaban de jodernos bien jodidos. La ayuda con que contaba para ir a por Bagger ya no existe.

—¿No hay caballería?

—No hay caballería.

—¿Es por Oliver? Reuben me habló un poco de él. ¿Es él quien iba a ayudarnos?

—Sí, pero ya no. Al parecer tiene asuntos más apremiantes.

Paddy dio una palmada en el reposabrazos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora toca huir por piernas. Bagger tendrá vigilados los aeropuertos y la estación de tren, pero no tiene personal suficiente para cubrir las carreteras. Tendremos que deshacernos de tu furgoneta. Luego nos pondremos de camino.

—¿De camino adonde?

—¿Acaso importa? Siempre y cuando no sea aquí.

—¿Y dejamos que Jerry quede impune?

—Mejor que dejar que nos mate, ¿no crees? Vivimos para llegar al mañana. —En cuanto lo hubo dicho miró a su padre—. Lo siento, no quería...

—Para mí no existe el mañana. O lo hago ahora, o nunca.

—Ya te he dicho que no contamos con la caballería.

—Entonces ya se me ocurrirá otra cosa.

—No puedes enfrentarte a Jerry tú solo.

—Te tengo a ti, ¿no?

Ella miró por la ventana mientras meneaba la cabeza.

—¿Sabes cuánto tiempo tardé en planear el golpe para desplumarlo?

—Probablemente más del que me queda. Pero no voy a echarme atrás. No puedo.

—Ayer no pensabas hacer nada. ¿Qué ha cambiado?

El se levantó y le cogió la mano.

—Lo que ha cambiado eres tú. Ahora sabes que estaba en la cárcel cuando mataron a tu madre. Sigo siendo un cabrón, pero no tanto como pensabas.

—¿Qué intentas decir? ¿Que haces esto por mí?

—No... es decir... no sólo por ti. Lo hago por Tammy, porque no se merecía morir de ese modo. Y también por mí, porque Bagger se llevó a la única persona que he querido de verdad en la vida.

Annabelle se soltó el brazo y apartó la mirada.

—No quería decir eso, Annabelle.

Ella señaló la cicatriz que tenía en la cara.

—Digamos que nunca me ilusioné con que me quisieras.

Paddy estiró la mano para tocarle la cara, pero ella se apartó rápidamente.

—No tenía ningún derecho a hacer eso —reconoció—, pero te enseñé una lección que no quería que olvidaras. Te chivaste del farol en el casino. Claro está que eras joven y los jóvenes cometen errores. Pero apuesto a que nunca has vuelto a cometer ese error, ¿verdad que no?

—No.

—Las cuadrillas con que trabajaba no me importaban una mierda. Joder, nunca me molesté en dejarle una cicatriz a nadie. Si cometían un error, se lo hacía saber, eso seguro. Pero me daba igual si la cagaban por ahí con otra persona y les partían las piernas por ello.

—¿O sea que mi cicatriz fue una muestra de esos amores que matan?

—Tu madre nunca quiso que entraras en el mundo de las estafas. Pero aquel verano nos faltaba gente y tu participación fue idea mía. Aprendiste rápido, más rápido que yo a tu edad. Diez años después eras mucho mejor de lo que yo llegué a ser jamás. Pasaste a dar grandes golpes mientras yo seguía con el timo del trile en las esquinas, por calderilla.

—Tú lo decidiste.

—No. La verdad es que no era suficientemente bueno para los grandes golpes. Dicen que se nace para ello o no. Y no era mi caso.

—Bueno, ¿en qué situación nos deja todo esto? Tú no sabes dar grandes golpes y eso es precisamente lo que necesitamos para pillar a Jerry.

—No puedo hacerlo sin ti, Annabelle. Pero si no quieres ayudarme, lo probaré de todos modos.

—Si lo intentas, te matará.

—De todas maneras, ya estoy muerto. Y dudo que ni siquiera Jerry sea capaz de darme una muerte más dolorosa que la que me espera.

—La verdad es que me estás complicando la vida.

—¿Me ayudarás?

Annabelle no respondió.

—Mira, ¿no puedes volver a hablar con tu amigo? —insistió él—. Tal vez se lo piense mejor.

Ella estuvo a punto de decir que no, pero vaciló. Se estaba planteando volver a casa de Stone. Si lo encontraba podría volver a pedirle ayuda. Pero si no estaba, lo cual era bastante probable, se limitaría a coger todos los «archivos» que Stone había recopilado sobre ella y sus problemas con Jerry. No quería que nada de todo eso estuviera por allí al alcance de cualquiera, ya fuera la policía o los malos.

—De acuerdo. Volveré a intentarlo.

Mientras se dirigía al coche fue consciente de que no podía dejar que su padre se enfrentara solo a Jerry. Lo cual significaba que ambos, padre e hija, acabarían muertos.

«Menudo panorama.»

OceanofPDF.com

57

Después de que Annabelle y Paddy se marcharan, Stone metió a Caleb en un taxi con unas cuantas prendas de ropa vieja y le dio al taxista la dirección de un hotel cercano.

—Oliver, ¿por qué no puedo quedarme aquí? —preguntó Caleb, atemorizado.

—No sería una decisión sabia. Luego te llamo.

Hasta que el taxi no se hubo marchado y por fin se quedó solo, Stone no pensó en lo que le había hecho a Annabelle. «La he abandonado —se dijo—. Después de prometerle que la ayudaría. Después de decirle que se quedara.» Pero ¿qué otra cosa podía hacer? En todo caso, probablemente tomara un avión al cabo de unas horas y se marchara a una isla del Pacífico Sur. Allí estaría a salvo.

Pero ¿y si no huía? ¿Y si se empeñaba en ir a por Bagger de todos modos? ¿Sin ayuda? Ella le había dicho que necesitaba la caballería. ¿Podía seguir ofreciéndosela?

Al cabo de un momento sonó el teléfono. Era Reuben.

—No ha habido suerte con mis contactos en la DIA, Oliver. No sabían lo del cementerio. Pero Milton ha encontrado una cosa en Internet. Te lo paso.

Por el teléfono se oyó la voz de Milton.

—No es gran cosa, Oliver, pero han dado la noticia de la exhumación de un ataúd en Arlington. Ningún representante del Gobierno ha querido hacer declaraciones al respecto.

—¿Han dicho el nombre del difunto?

—Un tal John Carr —respondió Milton—. ¿Pasa algo?

Stone no se molestó en contestar. Colgó.

Después de todos esos años, de repente John Carr había resucitado. Ironías del destino, Stone no se había sentido jamás más muerto que en esos momentos. ¿Por qué ahora? ¿Qué había ocurrido? Cayó en la cuenta mientras cruzaba las puertas del cementerio para sentarse en el porche delantero.

Le habían tendido una trampa.

Si John Carr ya no estaba muerto, entonces el asesino de los viejos componentes de la Triple Seis le añadiría a la lista negra.

«Soy un cebo —se dijo—. Van a utilizarme para atrapar al asesino. Y si me mata antes de que lo pillen, qué más da. Y si consigo sobrevivir, no será por mucho tiempo.» Ahora John Carr no era más que un engorro para el Gobierno. Su país tenía muchas razones para quererlo muerto y ninguna para mantenerlo con vida. Era de una brillantez absoluta. Su sentencia de muerte ya estaba firmada.

Y Stone sabía que sólo existía un hombre capaz de tramar todo aquello.

«¡Carter Gray! Está vivo.» Preparó una pequeña bolsa, cerró la casa con llave y huyó por el bosque detrás del cementerio.

Harry Finn estaba haciendo equilibrios con un cuchillo de untar para colocarlo en posición vertical en la mesa a la que estaba sentado. Era más difícil de lo que parecía, pero Finn siempre lo conseguía en pocos segundos. Lo hacía siempre que estaba inseguro de algo. Buscaba equilibrio. Si era capaz de hacerlo con el cuchillo, también podría hacerlo con su vida. Al menos eso pensaba. En la realidad nunca era tan fácil.

—¿Harry?

Alzó la vista y se encontró con una de sus compañeras de equipo. Habían estado hablando del proyecto del Capitolio durante el almuerzo en la oficina.

—¿Has revisado los planos de la ventilación? —preguntó la mujer.

Él asintió. Habían conseguido la documentación a través de una acción ingeniosa que les había llevado a colarse en la furgoneta del arquitecto que trabajaba en el Centro de Visitantes del Capitolio. De ahí habían copiado la información necesaria y la habían utilizado para hacer

una excavación telefónica y obtener así diversos detalles de la nueva construcción.

—Los planos indican que estará conectada al edificio del Capitolio, pero tengo que confirmarlo. De hecho lo haremos esta noche. Debería resultar accesible desde el túnel de reparto, pero eso también lo verificaré.

—Miró al hombre sentado a su lado, que estaba repasando varios dibujos y especificaciones—. ¿Qué me dices del transporte?

—Todo hecho. —El hombre le detalló la información.

Finn echó una mirada a la acreditación que había robado del monovolumen. Aquella acreditación le había facilitado las cosas. Con la encriptación incrustada podía cambiar fácilmente la información visible —foto, nombre, etcétera—, y la acreditación le abría las puertas de muchos lugares en principio inaccesibles. Había oído decir que el Gobierno estaba investigando ese fallo en el sistema de seguridad, pero el Congreso se movía a paso de tortuga en esos asuntos. Finn imaginó que el problema estaría solucionado para cuando él se jubilara, y eso siendo optimistas.

La reunión se dio por acabada, y Finn fue a su despacho y trabajó el resto de la jornada. Por la noche, se enfundó un uniforme de policía del Capitolio, se colgó la acreditación y se dirigió a Washington, donde se reunió con un compañero vestido de modo similar. El cuerpo de policía del Capitolio contaba con unos mil seiscientos agentes para proteger un territorio de aproximadamente 1,6 km². Se trataba de una proporción que cualquier otra ciudad envidiaría. Al Congreso le gustaba sentirse seguro y controlaba los presupuestos.

No obstante, todo ese dinero no había hecho que la gente estuviera más segura, pensó Finn mientras él y su colega recorrían los jardines del Capitolio. De hecho, él demostraría hasta dónde llegaba la inseguridad.

Llegaron a la zona en obras del Centro de Visitantes y entraron con la excusa de hacer la ronda. La obra no se detenía en ningún momento, ni de día ni de noche, y por eso él y su colega hablaron un momento con algunos obreros y luego prosiguieron su camino. Pasaron junto a otro agente, con quien intercambiaron saludos y quejas. Finn le informó, que acababan de trasladarlo de la Policía de Parques de San Francisco.

—Aquí la vivienda es más barata —afirmó Finn—. San Francisco está por las nubes. De hecho he comprado una casa por lo que vale un apartamento allí.

—Tienes suerte —dijo el otro—. Yo fui policía en Arkansas antes de venir aquí hace cinco años. Sigo viviendo en un piso de tres habitaciones en Manassas que pago a duras penas y tengo cuatro hijos.

Finn y su amigo siguieron adelante y por fin llegaron al lugar que motivaba su presencia allí aquella noche.

Estaba justo donde indicaban los planos. Acceso rápido desde el túnel y, al parecer, ya estaba en funcionamiento. Aquello les facilitaría mucho el trabajo. Finn forzó la cerradura de una puerta y entraron. Observó las cajas de mandos en la pared y luego hizo unas fotos del esquema de flujo. Acto seguido, dibujó un diagrama de la zona en una agenda electrónica en el que incluyó todas las puertas de acceso, pasillos y controles por los que habían pasado. A continuación recorrieron una serie de pasillos y acabaron en el cuarto de la calefacción, ventilación y aire acondicionado. El retorno de ventilación estaba en el techo. La abertura era demasiado estrecha para Finn, pero su compañero era más menudo. Finn lo impulsó y el hombre desapareció en la red de conductos. Regresó al cabo de media hora.

—Como pensábamos, Harry, va hasta el Capitolio. —E hizo una descripción detallada de la ruta que había seguido.

Finn la dibujó en el papel.

Salieron al exterior, se alejaron del Capitolio y giraron en una calle en dirección al edificio Hart del Senado. Su compañero fue hacia la derecha, y Finn hacia la izquierda. Pasó junto al edificio, en cuya novena planta se encontraba el despacho de Simpson. Luego contó las ventanas hasta la del senador de Alabama, apuntó con el dedo a la ventana y dijo «bum».

Estaba impaciente.

Se dirigió a su coche y se marchó. Sintonizó las noticias de la emisora local y oyó que el locutor hablaba de una tumba exhumada esa mañana en el cementerio de Arlington. Se desconocían los motivos.

«John Carr —dijo el locutor—. Así se llamaba el soldado del ataúd exhumado.»

—John Carr —repitió Finn con incredulidad.

Seguro que para entonces su omnisciente madre ya se habría enterado de la noticia. Y empezó a preguntarse si su pesadilla acabaría algún día.

58

Alex Ford estaba sentado en su casa, preocupado. Había intentado contactar con Stone, pero éste no contestaba al teléfono. La noticia de la tumba exhumada en Arlington no era de portada, pero había dado que hablar. Alex no sabía qué habían encontrado en ese ataúd, aunque sí sabía que no se trataba del cadáver de John Carr. Se había enterado de buena parte del pasado de Stone cuando los dos habían estado a punto de morir en un lugar llamado Murder Mountain, cerca de Washington. No obstante, Alex tenía la impresión de que había una parte de Oliver Stone/John Carr que ni él ni nadie conocería jamás.

Fue a llamar de nuevo a Stone y en ese momento empezó a sonar su teléfono. Respondió. Era él.

—Oliver, ¿qué demonios está pasando?

—No tengo mucho tiempo para hablar, Alex. ¿Te has enterado de lo de la tumba?

—Sí.

—Ha sido obra de Carter Gray.

—Pero si...

—No, no está muerto. Está vivo e intenta encasquetarme una serie de asesinatos relacionados con mi pasado.

—Oliver, pero ¿qué...?

—¡Escúchame! Sé cuidarme solo. Reuben y Milton están en lugares discretos, igual que Caleb. Pero necesito que me hagas un favor.

—¿De qué se trata?

—De mi amiga, Susan Hunter. ¿Te acuerdas de ella?

—Alta, piernas largas y deslenguada.

—Tiene problemas y me ofrecí a ayudarla, pero ahora no puedo. ¿Podrías intervenir por mí?

—¿Es ella el motivo por el que nos llamaron anoche?

—Fue culpa mía, no de ella. Pero si la ayudas has de prometerme una cosa.

—¿Qué? —dijo Alex con cautela.

—Su pasado no es precisamente perfecto. Pero es buena persona y tiene buenos motivos. No investigues demasiado en ese sentido.

—Oliver, si es una delincuente...

—Alex, tú y yo hemos pasado por muchas cosas juntos. Confío a ciegas en esa mujer. Espero que eso signifique algo para ti.

Alex se reclinó en el asiento y exhaló un largo suspiro.

—¿Qué quieres que haga?

—Ve a mi casa. En el escritorio hay varios papeles que te ayudarán a comprender mejor la situación. Te daré el número de teléfono de Susan. Puedes ponerte en contacto con ella y decirle que te he pedido que la ayudes.

—Esto es muy importante para ti, ¿verdad?

—No te pediría un favor tan grande si no lo fuera.

—De acuerdo, Oliver, lo haré.

—Te lo agradezco, Alex, más de lo que imaginas.

—¿Estás seguro de que no puedo ayudarte a ti?

—No. Tengo que enfrentarme a este asunto yo solo.

Alex fue en coche a casa de Stone. Parecía vacía pero aun así sacó la pistola antes de abrir la puerta con la llave que Stone le había dado en una ocasión. No tardó mucho en comprobar que no había nadie. Siguiendo las instrucciones de Stone, se sentó al escritorio y empezó a revisar los papeles, todos escritos con la letra meticulosa de Stone.

Había nombres: Jerry Bagger, Annabelle Conroy en un círculo, Paddy Conroy, Tammy Conroy y un tal Anthony Wallace. Y anotaciones sobre el viaje que Stone había hecho recientemente a Maine, junto con algunas frases que detallaban conversaciones con Reuben, Milton y Caleb. Al parecer, Milton y Reuben habían estado en Atlantic City, en el Pompeii Casino.

«El negocio de Bagger.»

Alex se guardó las notas en el bolsillo, se levantó y estiró su cuerpo de casi dos metros al tiempo que se masajeaba la nuca con la mano. Se había roto el cuello en un accidente hacía varios años, cuando pertenecía al cuerpo de protección presidencial, y a veces la placa metálica que le habían injertado le daba pinchazos. El siguiente paso era contactar con la tal Susan Hunter, si es que ése era su verdadero nombre, lo cual dudaba mucho después de haber visto esas notas.

Al cabo de un instante dio un respingo y se quedó inmóvil. Había llegado alguien. Se ocultó tras la puerta del baño y esperó.

La persona entró, se acercó al escritorio y pareció disgustarse sobremanera al no encontrar nada.

Alex dio un paso adelante y le presionó la pistola contra la cabeza.

Fiel a su naturaleza imperturbable, Annabelle Conroy no chilló.

—Espero que tenga puesto el puto seguro.

Alex bajó la pistola y retrocedió. Annabelle vestía falda corta, sandalias y una chaqueta tejana; llevaba la melena rubia recogida en una coleta y parcialmente cubierta con una gorra de béisbol. Se quitó las gafas de sol y volvió la mirada hacia el alto agente federal.

—Eres del Servicio Secreto, ¿verdad?

El asintió.

—Alex Ford. Y te conozco, estás...

—En el paro. —Miró alrededor—. ¿Él no está?

Alex reparó en la pequeña cicatriz en forma de gancho que Annabelle tenía bajo el ojo derecho. Disimuló y dijo:

—No, no está.

—¿Tienes idea de dónde puede estar?

—No.

—Pues entonces adiós.

Al verla encaminarse hacia la puerta, Alex exclamó:

—¡Annabelle!

Ella se giró bruscamente.

El sonrió.

—Annabelle Conroy, encantado de conocerte. A ver si acierto: tu padre se llama Paddy y tu madre, o quizá tu hermana, Tammy. —Extrajo los papeles del bolsillo—. Y tengo la impresión de que has venido a buscar esto.

Annabelle miró los papeles.

—Pensaba que Oliver era un poco más discreto.

—Lo es. Lo he adivinado por mí mismo.

—Me alegro por ti. Bueno, ya me marchó.

—¿Quieres que le diga algo a Oliver si le veo?

—No. Creo que no tengo nada que decirle. Ya no, en todo caso.

—Pero has venido a verle, ¿no?

—¿Qué más da? ¿Por qué estás tú aquí? —preguntó ella.

—Porque soy su amigo y me preocupo por él.

—Sabe cuidarse solito.

—¿Tienes idea de por qué ha desaparecido? —preguntó Alex, aunque sabía la respuesta.

—Porque exhumaron una tumba en el cementerio de Arlington. Se trata de su tumba, al parecer. —Observó a Alex para ver su reacción—. ¿He pasado el examen?

El asintió.

—Oliver debe de confiar mucho en ti si te contó eso.

—Digámoslo así: pensé que confiaba en mí pero resulta que no —repuso ella.

—He oído decir que Bagger es bastante despiadado.

Si a Annabelle le sorprendió el comentario, lo disimuló muy bien.

—¿Quién es Bagger?

Él le tendió una tarjeta.

—Oliver me llamó y me dijo que te ayudara mientras él se encargaba de otros asuntos.

Esta noticia sí la sorprendió.

—¿Te pidió que me ayudaras?

—De hecho, insistió en que lo hiciera.

—¿Y haces todo lo que te dice? —preguntó ella.

—Me dijo que confiaba en ti a ciegas. No hay muchas personas de las que pueda decir eso. Resulta que yo soy una de ellas. Tendemos a cuidar el uno del otro.

Ella vaciló antes de guardarse la tarjeta en el bolso.

—Gracias.

Alex la observó en silencio mientras ella regresaba al coche.

OceanofPDF.com

59

Si bien Camp David solía utilizarse como refugio de trabajo, también era un lugar donde el primer mandatario se liberaba de las tensiones propias del trabajo más exigente del planeta. La oficina de prensa de la Casa Blanca había remitido una nota a los periodistas que cubrían las labores presidenciales diciendo que aquel fin de semana era privado para el presidente y su familia. Se trataba de una mentira o, por lo menos, un subterfugio, como eran a veces las declaraciones de la oficina de prensa. El hombre más poderoso de la tierra recibiría una visita, una visita muy especial, y se exigía el máximo secreto.

—Gracias, señor presidente, por recibirme tan rápido —dijo Carter Gray mientras se sentaba frente al dignatario en su despacho privado. Por mucho que Gray estuviera satisfecho con su vida en el bunker, no estaba mal aventurarse a la superficie de vez en cuando.

—Me alegro de que estés bien. Te salvaste por los pelos.

—Bueno, no puedo decir que fuera la primera vez, pero sí, espero que sea la última. Y agradezco la libertad que usted me ha dado, por supuesto de forma oficiosa, para abordar este asunto.

—Me di cuenta de lo urgente que era cuando hablamos por teléfono. Pero me gustaría conocer más detalles.

—Desde luego. —Gray le contó la historia resumida de Lesya, la traición de Rayfield Solomon y los asesinatos recientes de los Triple Seis—. Y así llegamos al último componente de esa unidad: John Carr.

—¿El hombre que exhumaron en Arlington? Me han informado sobre ello.

—Sí, bueno, ese ataúd no contenía los restos de John Carr.

—Y entonces, ¿quién era?

—No importa, señor. Lo que importa es que John Carr escapó hace treinta años.

—¿Escapó? ¿Estaba prisionero?

—No; era un traidor. Trabajaba para nosotros, pero tuvimos motivos para eliminarlo debido a sus actos.

—¿Eliminarlo? ¿Por qué no juzgarlo?

—Había circunstancias especiales, señor. Un juicio público no habría redundado en el interés nacional. Por eso tuvimos que tomar cartas en el asunto. Debidamente autorizados, por supuesto, por su predecesor.

El presidente se reclinó en el asiento y toqueteó su taza de té.

—Era otra época, supongo. Asuntos sucios.

—Sí, señor. Esa clase de cosas ya no se hacen, por supuesto —se apresuró a decir Gray—. Sin embargo, el intento de eliminarlo no llegó a buen puerto, y creo que ha reaparecido para convertirse en un dolor de cabeza.

—¿Cómo es eso?

—Parece claro que Carr es el hombre que hay detrás de la muerte de los tres ex agentes de la CIA.

—¿Por qué lo crees así?

—Ellos fueron quienes lo delataron. Y ahora se está vengando.

—¿Y por qué esperar tres décadas para vengarse?

—Sólo podría especular al respecto, y eso sería hacerle perder el tiempo, señor. Sin embargo, sólo hay un hombre que pueda tener motivos de queja de los tres, y es John Carr.

—¿E intentó matarte? ¿Por qué?

—Yo dirigía esa unidad. De hecho, yo fui quien lo acusó a nivel interno.

—¿Ordenaste su eliminación?

—Mis superiores la ordenaron, como he dicho, con las debidas autorizaciones —mintió Gray, como si describiera un hecho verídico. Quizá se había convencido de que lo era.

—¿Esos superiores siguen vivos?

—No; todos han fallecido. Igual que, como ya sabe, el presidente que ocupaba el cargo en aquella época.

—¿Qué relación guarda todo esto con Solomon y Lesya?

—Fue el motivo por el cual Carr tenía que ser eliminado. Creímos que Solomon y Lesya lo delataron.

—Pero Solomon murió. Suicidio, creo que decía el informe.

—Sí, pero se supone que Lesya sigue viva. Y recuerdo que Carr y Lesya se hicieron muy amigos. Quizás ahora trabajen juntos.

—¿Por qué Lesya iba a ayudar a Carr a matar a los ex Triple Seis de la CIA?

Gray suspiró para sus adentros. Este presidente no era tan estúpido como otros para quienes había trabajado con anterioridad.

—Digámoslo así, señor: oficialmente Rayfield Solomon se suicidó. Pero ésa es la versión oficial. Es posible que tuviera ayuda.

—¿Ayuda? ¿Nuestra?

—Era un traidor, señor. Muchos americanos perdieron la vida por su culpa. De todos modos habría sido ejecutado. Está en el «muro de la vergüenza» de Langley, al lado de Aldrich Ames y otros espías. Costó a este país innumerables vidas. Un traidor de lo más ponzoñoso. —A pesar de lo endurecida que tenía la conciencia, le dolía decir esas cosas de su difunto amigo, pero Solomon estaba muerto, y Gray quería seguir vivo.

—¡O sea que también lo eliminamos!

—Como bien ha dicho, entonces el mundo era distinto. Yo mismo aplaudo que en la actualidad la CIA y el Gobierno en general tengan un talante más abierto y público. Pero en aquella época luchábamos contra la posible aniquilación del mundo.

—O sea que Carr y Lesya tal vez estén vivos. ¿Alguien más en su lista negra?

—Sólo uno: Roger Simpson.

—Es verdad, trabajó en la CIA hace mucho tiempo. ¿O sea que Roger también estuvo implicado en esto?

—De forma tangencial. Hemos tomado las precauciones necesarias para garantizar su seguridad.

—Eso espero. No disponemos de una mayoría demasiado amplia en el Senado. Todos los votos cuentan.

La expresión de Gray continuaba inescrutable, pero reflexionó un instante sobre el hecho de que al presidente le preocupase más mantener una mayoría en el Senado que la vida de un senador.

—Por supuesto —dijo—. Entiendo que sea importante para usted.

—Claro que la vida de un hombre tiene más prioridad —se apresuró a aclarar el mandatario.

—Nunca lo he dudado —convino Gray. De repente se preguntó si había alguna grabadora en la sala y el comandante en jefe hacía esa declaración para la posteridad.

—¿Qué propones entonces? El nombre de John Carr aparece en todos los noticiarios. Carr debe de haberse enterado. Creo que yo lo habría hecho de otro modo, Carter. Lo habría mantenido en secreto mientras lo buscaba.

El presidente no estaba al corriente de que Gray sabía dónde vivía John Carr y que ahora se llamaba Oliver Stone. Sin duda Stone se habría enterado ya de que habían desenterrado su tumba y revelado su secreto. Seguro que había huido. Teniendo en cuenta lo listo que era, probablemente hubiera deducido que Gray estaba vivo y urdiendo una trama contra él. Gray podía haberlo mantenido en secreto e ir a casa de Stone y arrestarlo, o matarlo, pero no podía porque Stone contaba con pruebas que le incriminaban y Gray quería recuperarlas. Ahora tenía algo para negociar: las pruebas a cambio de permitir que John Carr siguiera vivo. Quería que Carr lo supiera. Quería que Carr huyera mientras los hombres de Gray lo seguían a una distancia cómoda. Así estaría más dispuesto a negociar.

—Visto ahora, es probable que ésa hubiera sido la mejor estrategia. Pero hay que evitar sacar a la luz buena parte de la historia de la guerra fría con Solomon, Lesya y los demás. Ahora mismo Rusia se encuentra en una situación delicada, y lo último que nos hace falta es que se conozcan nuestras viejas escaramuzas. Francamente, señor, por aquel entonces ambos bandos jugaban sucio y ahora no conviene a ninguno de los dos países remover ciertos asuntos. Hemos establecido contacto con los rusos y comprenden lo que está en juego. Han ofrecido su apoyo para erradicar el problema.

—Por supuesto. También puedes contar con todo mi apoyo, Carter. Me alegro de que vuelvas a tener las riendas. La verdad es que nunca he comprendido por qué dimitiste.

—A lo mejor yo tampoco —comentó, y pensó: «Lo que sí tengo claro es que nunca habría dimitido de no haber sido por John Carr.»

Llevaron a Gray en helicóptero de vuelta al bunker. Miró por la ventanilla del helicóptero mientras sobrevolaba los campos de Maryland. Allá abajo, Carr se había dado a la fuga perseguido por los hombres de Gray. Y probablemente el hijo de Lesya estuviera urdiendo el ataque sobre su siguiente objetivo: John Carr. Por eso Gray había querido que aquello se hiciera público: pretendía que Carr se convirtiera en un blanco.

Ahora lo único que tenía que hacer era localizar a Carr, fingir perdonarle la vida a cambio de las pruebas y luego dejarlo a merced del hijo de Lesya. Y más adelante matarían al hijo y a la propia Lesya. Así acabarían por fin con aquello de una vez para siempre. Con respecto a Roger Simpson, le daba igual si seguía con vida o no.

Había que reconocer que se trataba de un plan complicado. Pero en el mundo de Gray nada era sencillo.

OceanofPDF.com

60

Cuando Annabelle regresó al hotel, Paddy la esperaba en su habitación.

Ella olisqueó la habitación.

—No has fumado.

—Tiré el paquete a la basura.

—¿Porqué?

—Tengo que estar en forma para cuando nos enfrentemos a Bagger.

Parecía tan resuelto y a la vez tan frágil, como un niño tozudo empeñado en plantarle cara a un matón, que por un instante Annabelle se enterneció. Sin darse cuenta, alargó la mano y le apretó el hombro. Pero enseguida se le pasó y la retiró.

Sí, se estaba muriendo. Sí, estrictamente no había dejado morir a su madre. Pero tampoco se había convertido en el mejor padre del mundo de repente. Y en seis meses estaría muerto. Ella no iba a permitirse sufrir por ello. Había llorado la muerte de su madre durante mucho tiempo. No pensaba hacer lo mismo por él.

—¿Has tenido suerte en lo de conseguir ayuda? —preguntó él.

—A lo mejor.

—A ver, dime.

—Un agente del Servicio Secreto, Alex Ford. Oliver le pidió que interviniera.

—Menudos contactos tiene ese tal Oliver. ¿Quién cono es? Y encima vive en un cementerio, vaya.

—No sé muy bien quién es —respondió Annabelle con sinceridad.

—Pero dijiste que confiabas en él.

—Es verdad.

Paddy se mostró esperanzado.

—Servicio Secreto, no está mal. A lo mejor puede intervenir el FBI.

Annabelle se quitó las sandalias y se sentó en una silla.

—Nunca pensé que te emocionarías ante la perspectiva de rodearte de agentes federales.

—Las circunstancias cambian. Ahora mismo, aceptaría ir hombro con hombro con todos los polis del país.

—Con Bagger quizá nos haga falta. Así pues, si consigo la caballería, ¿cómo lo hacemos? Necesito detalles, no generalidades. ¿Cómo conseguimos que confiese?

—Tú lo desplumaste a lo grande.

—Vale, ¿y qué?

—Pues que debes de tener su número de teléfono.

—Sí, ¿y qué?

—Voy a llamarlo para proponerle un trato que no rechazará. Voy a venderte, Annabelle. Ofrecerá dinero, muchísimo dinero. Pero le diré que no es eso lo que quiero.

—¿Cuál se supone que es tu motivación?

—Tú hablaste mal de mí en el mundillo de los timadores después de la muerte de tu madre. Hace años que no he hecho un trabajo que valiera la pena.

—Tendrías que hacérselo creer a pies juntillas.

Paddy la miró fijamente.

—Teniendo en cuenta que es verdad, me será fácil.

—O sea que me vendes, y luego, ¿qué?

—Ahí es donde interviene la caballería. Obviamente es una parte del plan decisiva.

Ella lo miró con suspicacia.

—Tengo planificada la entrega.

Annabelle se encorvó hacia delante.

—Cuéntame los detalles para que pueda decirte que nunca funcionará.

—No olvides que yo también he dado un par de golpes importantes.

Cuando Paddy terminó, ella se recostó en el asiento, impresionada. Tenía defectos, igual que todos los planes iniciales, pero nada que no pudiera ajustarse adecuadamente. De hecho, era un plan muy bueno.

—Tengo algunas ideas que añadir —dijo Annabelle—, pero la idea general es factible.

—Me siento halagado.

—Jerry se asegurará de que cuando se marchen del lugar de la entrega nadie los siga.

—Lo sé.

—Dado que soy el cebo, tengo motivos muy válidos para asegurarme de que sí podamos seguirle.

—Mandaré a sus chicos a hacer la recogida. El no estará allí por si se trata de una emboscada —señaló Paddy.

—Lo sé. Y ésa será nuestra vía de entrada.

—¿Qué piensas hacer?

—Iremos antes a por Jerry. —Annabelle sonrió por su rápida respuesta.

—¿Cómo se supone que lo haremos? —preguntó su padre.

—Tú lo harás.

—¿Yo? —Paddy pensó un momento y luego chasqueó los dedos—. ¿A través de la llamada de teléfono?

—Eureka.

—Pero seguiremos necesitando a la caballería o todo fracasará, ¿no? —añadió él.

Annabelle se calzó las sandalias y recogió las llaves del coche.

—Entonces voy a conseguirla.

OceanofPDF.com

61

Se sentaron a una mesa de una cafetería cerca de la calle M y Wisconsin Avenue, a menos de dos kilómetros de la casa vacía de Stone. Annabelle miró por la ventana mientras Alex la observaba. Tenía conocimientos de sobra para interpretar la expresión de las personas y el lenguaje corporal. Aquella mujer era difícil de descifrar, pero saltaba a la vista que se encontraba en una situación sumamente estresante.

—¿A qué ha venido esa llamada repentina? —preguntó él—. Pensaba que no volvería a verte.

—Qué voy a decir, me chiflan los polis altos.

—¿Eso se interpreta como un grito de ayuda?

—¿Cuan informado estás de la situación?

—Oliver me pidió que investigara a ese tal Bagger y eso hice. Al parecer Milton y Reuben fueron a Atlantic City, supuestamente al Pompeii Casino. Oliver me dijo que ahora tratan de pasar inadvertidos. También son amigos míos, así que si están metidos en un lío preferiría saberlo para ayudarlos mientras te ayudo a ti.

—¿A eso te dedicas? ¿A ir por ahí ayudando a la gente?

—Eso pone en la descripción de mis funciones. Háblame de tu relación con Bagger. ¿Y por qué fue Oliver a Maine?

—Parece que ya lo sabes todo.

—Todo y nada. Pero si de verdad quieres mi ayuda, tendrás que confiar en mí. —Ladeó la cabeza con aire taciturno—. Tengo la impresión de que no se te da muy bien confiar en los demás.

—Se trata de una filosofía que me ha ido muy bien en la vida.

—No lo dudo. Pero has de saber que le he cubierto las espaldas a Oliver más de una vez. Y confío en él con los ojos cerrados.

—Lo sé. Ya me lo dijo. Me dijo que iría contigo a la guerra si fuera necesario.

Alex se reclinó en el asiento.

—Pues eso. Así que, si eres capaz de confiar en mí, a lo mejor puedo ayudarte.

Annabelle respiró hondo. Conseguir la ayuda de Alex era primordial para llevar a cabo el plan de su padre. No obstante, incluso con ese objetivo en mente aquello le resultaba muy duro. Tenía delante un poli, ¡nada menos que un agente federal! Una persona con autoridad para esposarla y detenerla en el acto si se iba de la lengua. Mientras iba hacia allí en el coche le había parecido muy sencillo. Ahora le parecía imposible.

«Venga, Annabelle, que tú sí puedes.»

Tras volver a respirar hondo, decidió hacer algo que no hacía casi nunca: tragarse sus principios y contar la verdad. Por lo menos parte de ella.

Así pues, relató rápidamente los acontecimientos más importantes. Que Bagger había matado a su madre y que ahora se encontraba en la ciudad. Que se había aliado con su padre para poder inculparlo. Alex ya sabía que los hombres de Bagger los habían secuestrado con la intención de matarlos.

—No tengo pruebas de nada de todo esto —concluyó Annabelle—. Nada que tenga validez en un juicio, pero es la verdad.

—Te creo. Pero mis amigos policías se cabrearon un poco cuando fueron a arrestar a esos tíos y no encontraron a nadie.

—Qué me vas a contar...

—¿Por qué Bagger va por ti?

Annabelle cambió automáticamente a la modalidad de mentira.

—Sabe que intento inculparle por la muerte de mi madre. Se enteró de que yo había ido a Maine, donde se produjo el asesinato. No quiere que encuentre algo que lo arruine para siempre.

Alex sorbió el café y la escudriñó un poco más. Una de dos: o era la mejor embustera del mundo o decía la verdad.

—¿Y por eso te has aliado con tu padre? ¿Cómo pensáis trincar a Bagger exactamente?

—Mi padre fingirá que me traiciona. Bagger me pillará, yo hago que confiese y la poli está allí para detenerlo.

—¿Ese es el plan?

—Sí. ¿Qué opinas?

—Tiene un millón de agujeros. Y en todos tú acabas muerta.

—Esa es la idea en términos generales. Lo importante son los detalles, como siempre.

—¿De verdad crees que puede funcionar?

—Tengo maña con estas cosas, y a mi viejo tampoco se le da mal.

—Ya, ya. Pero necesitaré algo más si quieres que consiga los refuerzos que pides.

—Bien. Lo preparamos todo, se lo llevas a tu gente haciéndoles una reverencia y luego decides. Y si dices que no, me muero. ¿Eso te convence, grandullón?

—Oye, intento ser realista.

—No; te comportas como el clásico burócrata. Piensas en cómo no hacer algo en lugar de en cómo hacerlo.

Alex esbozó una sonrisa tensa.

—En realidad el Servicio Secreto se dedica más a la acción.

—Ya. Pues demuéstremelo.

—Oye, no me salgas con eso. Yo soy quien te hace el favor. No quiero equivocarme y meter la pata.

Nerviosa, Annabelle hizo una bola con la servilleta.

—Lo sé, lo siento. Es que...

—La buena noticia es que el Departamento de Justicia quiere encontrar algo para inculpar a Bagger. Si soy capaz de ponerles una zanahoria apetitosa delante, podríamos conseguir el apoyo del FBI. Bagger se ha metido en muchos asuntos de dudosa legalidad. Varios asesinatos, de hecho, pero carecemos de pruebas.

—Yo sé de unos cuantos más, pero si él no pica el anzuelo no lograréis inculparlo.

—A ver si me entiendes: *sólo* me creo la mitad de lo que me has contado.

Annabelle fue a replicar, pero Alex se le adelantó:

—Pero no voy a presionarte.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Por qué no?

—Oliver me pidió que no hiciera demasiadas preguntas. Me dijo que eres una buena persona con un pasado imperfecto.

Annabelle frunció el ceño.

—¿Quién era John Carr?

—Trabajó para el Gobierno realizando misiones muy especializadas.

—Era una especie de asesino, un ejecutor, ¿verdad?

Alex miró alrededor. El local estaba vacío y la chica del mostrador estaba absorta en la revista *People* informándose sobre el último regreso de Britney Spears.

—Ya no se dedica a eso. No hasta que no le quede otro remedio. No hasta que alguien intente matarlo, a él o a sus amigos.

—Le vi matar a un hombre con un cuchillo. Un movimiento de muñeca y el tío la palmó. Intentaba matarnos. —Toqueteó la taza de café —. ¿Sabes qué le pasa?

—¿Te enteraste de que la casa de Carter Gray voló por los aires el otro día?

—Sí, lo leí.

—Pues Oliver y Gray son viejos conocidos, pero no tienen una buena relación. Oliver estuvo en su casa, a petición de Gray, poco antes de que saltara por los aires. Y no fue un accidente. Pero Oliver no tuvo que ver en ello, fue obra de otra persona. Alguien que probablemente también tiene a Oliver en su lista negra.

—¿O sea que alguien quiere matarlo?

—Eso parece. Y por eso no quiere que nadie esté con él.

—Y yo que lo acusé de abandonarme...

—Oye, él me pidió que te ayudara. Es posible que no esté a su nivel, pero sé arreglármelas.

—Lo que dije antes sobre que eras un burócrata...

—Las palabras exactas fueron «clásico burócrata».

—Sí, bueno, lo retiro. Agradezco tu ayuda.

—Ahora tengo que hacer unas llamadas. Después puedo ayudarte a perfilar algunos detalles, ahora que he captado la idea.

Ella le dedicó una ancha sonrisa.

—Nunca he conocido a un federal como tú, Alex Ford.

—Tranquila, tú también eres una especie nueva para mí.

OceanofPDF.com

62

Al caer la noche Stone comprobó que todavía le seguían. Bueno, había llegado el momento de perder a sus perseguidores. Paró un taxi y dio la dirección de una librería de viejo en Alexandria. Sus seguidores no le perdieron el rastro.

El taxi lo dejó delante de la tienda en Union Street, a una manzana del río Potomac. Stone entró rápidamente y dedicó un gesto de asentimiento al dueño, Douglas. En el pasado respondía al diminutivo de Doug y se dedicaba a vender cómics porno en el maletero de su Cadillac. Sin embargo, albergaba una pasión secreta por los libros raros y el sueño de hacerse rico. Eso no se había cumplido hasta que Stone le puso en contacto con Caleb. Ahora Douglas regentaba una librería de libros raros y caros que gozaba de notable éxito entre los entendidos. Stone tenía acceso a la tienda en cualquier momento y disponía de una habitación en el sótano para guardar sus posesiones más importantes. Además, le ofrecía otra cosa que Stone utilizaría en ese mismo momento.

Bajó al sótano, abrió la puerta con su llave y entró en la habitación, que tenía una chimenea que no se usaba. Introdujo la mano en la abertura, donde, al lado del regulador de tiro, había una cuerda. Tiró de ella y se abrió una especie de trampilla que conducía a una pequeña cámara llena de cajas apiladas en estanterías, muy por encima del nivel del río.

Stone abrió una caja y extrajo un diario que metió en la mochila. De otra caja sacó ropa, sombrero incluido, y se la puso.

Extrajo un objeto de una cajita de metal que le era máspreciado que todo el oro del mundo. Se trataba un teléfono móvil. Un móvil con un mensaje muy especial guardado en la memoria.

Para marcharse no desanduvo el camino. Tomó un pasadizo distinto, hacia el río. Abrió otra puerta, la cruzó, se arrodilló y tiró con fuerza de una anilla de hierro en el suelo. Una trampilla de bisagras se levantó. Se deslizó por el hueco, atravesó un túnel oscuro que olía a río, pescado y moho, trepó por unas escaleras desvencijadas y abrió otra puerta que daba a una arboleda. Recorrió un sendero que bordeaba el río y subió al bote de Douglas, amarrado a una plataforma.

Puso en marcha el fueraborda del Merc y se dirigió hacia el sur; la luz de la popa era la única señal visible en la oscuridad. Llevó la embarcación a unos tres kilómetros al norte de Mount Vernon, hogar de George Washington, y la amarró a un árbol de la orilla. Fue a pie hasta una gasolinera y pidió un taxi desde una cabina.

Mientras regresaba a la ciudad, Stone leyó el diario. Aquellas anotaciones representaban una parte significativa de su pasado más lejano. Había empezado a rellenarlo casi inmediatamente después de ser reclutado para la División Triple Seis de la CIA. Ignoraba si esa división seguía operativa y si sus actuales perseguidores eran miembros de la misma. Sin embargo, dio por supuesto que, si les habían ordenado que lo mataran, tendrían capacidad de sobra para cumplir ese cometido.

Fue pasando las páginas del diario, que se convirtió en un doloroso recorrido por su trabajo anterior para el Gobierno. Luego se concentró en varias fotos que había pegado en una página junto con anotaciones a mano y algunos fragmentos del historial «oficioso» que había conseguido enganchar.

Observó las fotos de sus tres compañeros de la Triple Seis, todos muertos: Judd Bingham, Bob Cole y Lou Cincetti. Y luego miró al hombre con gafas de la foto al pie de la página.

«Rayfield Solomon», pensó. El trabajo había sido rápido y eficiente, pero uno de los más raros en la carrera de Stone. Había sido en Sao Paulo. Las órdenes fueron inequívocas. Solomon era un espía. Lo había delatado la legendaria agente rusa Lesya, cuyo apellido se desconocía. No habría arresto ni juicio, pues resultaría demasiado bochornoso para la opinión pública estadounidense. Sólo sabía eso, ya que a los Triple Seis no solían darles explicaciones demasiado detalladas.

Stone recordó la expresión del hombre cuando habían reventado la puerta. No era de miedo, como mucho de ligera sorpresa antes de endurecer

el semblante. Preguntó educadamente quién había ordenado su eliminación. Bingham soltó una risita pero Stone, que estaba al mando del operativo, decidió decírselo. No tenía obligación oficial de hacerlo, pero consideraba que todo hombre condenado tenía derecho a saberlo.

Rayfield Solomon era un hombre de altura y complexión normales, con aspecto más de profesor que de agente secreto. Stone nunca había olvidado aquellos ojos vivaces que lo taladraron cuando alzó la pistola. Una mirada que denotaba la mente brillante que había detrás, la de un hombre que no temía que la muerte llamara a su puerta. Él no era un traidor, había alegado Solomon. «Me mataréis, pero tened en cuenta que matáis a un hombre inocente.» A Stone le impresionó la templanza con que había hablado delante de sus cuatro verdugos.

«Os habrán dicho que hagáis que parezca un suicidio, claro —había añadido Solomon. Eso también sorprendió a Stone, porque era verdad—. Soy diestro. Como veis, mi mano derecha es más grande y fuerte. Así pues, disparadme en la sien derecha. Si queréis también cojo la pistola y coloco el dedo en el gatillo para que tenga mis huellas. —Entonces se había vuelto hacia Stone con una mirada que dejó helado incluso a un ejecutor veterano como él—. Pero no apretaré el gatillo. Tendréis que matarme. Los hombres inocentes no se suicidan.

Cuando acabaron, se marcharon tan discretamente como habían llegado. Por la noche viajaron en un avión de carga gestionado por una empresa fantasma de la CIA hasta Miami. Bingham, Cincetti y Cole salieron de fiesta esa noche; el grupo tenía unos días libres como recompensa por el deber cumplido. Stone no salió con ellos. Nunca salía de fiesta. Tenía esposa y una hija pequeña. Esa noche se quedó solo en la habitación del hotel. De hecho, permaneció levantado toda la noche. No podía quitarse de la *cabeza*, la imagen de Rayfield Solomon. Cada vez que intentaba cerrar los ojos, lo único que veía era aquella mirada atravesándole, y sus palabras le corroían el alma.

«Soy un hombre inocente.»

Stone no había querido reconocerlo entonces pero, después de tantos años, lo reconocía. Solomon había dicho la verdad. Stone había ejecutado a un hombre inocente. De algún modo sabía que esa muerte le atormentaría en el futuro. De hecho, el caso Solomon fue uno de los motivos por los que decidió dejar la Triple Seis, decisión que acabaría destruyendo su familia.

Le habían llamado traidor, igual que antes a Solomon. Y era igual de inocente que éste. ¿Cuántos Rayfield Solomon más habían muerto injustamente por su mano?

Cerró el diario, y el taxi lo dejó al cabo de unos minutos. Llamó a Reuben. Sabía que, si Gray no lo encontraba, haría todo lo posible por hacerle salir a la luz, por ejemplo, secuestrando a sus amigos.

—El pez gordo que creíamos muerto no lo está. ¿El teléfono está a tu nombre? —dijo tranquilamente. Creía saber la respuesta porque conocía muy bien a Reuben.

—No, la verdad es que estoy aprovechando la línea de un amigo —repuso Reuben.

—Menos mal que te mudaste hace poco y no tienes una dirección oficial. De lo contrario, ya te habría dicho que te trasladaras.

—Del otro domicilio me desahuciaron, Oliver. Me marché en plena noche para evitar conflictos por alquileres impagados.

—Ahora todo el mundo tiene que ser discreto. Mis amigos pueden resultar valiosos para el pez gordo. Te volveré a llamar.

Ahora necesitaba información interna. Sólo había un hombre que estuviera en situación de ofrecérsela. Hacía treinta años que no lo veía, pero supuso que era un buen momento para reencontrarse. De hecho, se preguntó por qué no había ido a verlo en décadas. Tal vez temiera la respuesta, pero ya no estaba asustado.

Se había centrado en el caso de Rayfield Solomon porque, en su larga carrera, había sido el que más había lamentado. Después de que le encomendaran matarlo, Stone investigó su historial. No parecía un traidor, pero Stone no podía emitir una opinión al respecto. Había oído hablar de la relación personal entre Solomon y la legendaria espía Lesya. Si ella había sobrevivido y rondaba por allí, quizás estuviera vengándose de quienes habían matado a Solomon. Un hombre inocente.

63

Max Himmerling cerró el libro, bostezó y se estiró. Desde que su esposa Kitty muriera de cáncer hacía dos años, su rutina apenas variaba. Trabajaba, volvía a casa, tomaba una cena frugal, leía un capítulo de un libro y se acostaba. Era una existencia insulsa, pero su vida laboral ya resultaba suficientemente emocionante. Había perdido el pelo y ganado mucho peso sirviendo a su país. Llevaba casi cuarenta años en la CIA —había entrado en ella al terminar la universidad—, y su trabajo era especial. Gracias a una mente de lo más metódica, era como un centro coordinador de materias de lo más diversas. ¿Qué consecuencias tendría orquestar un golpe de Estado en Bolivia o Venezuela para los intereses occidentales en Oriente Próximo o China? O si el precio del petróleo bajaba un dólar por barril, ¿le convendría al Pentágono instalar una avanzadilla militar en este o aquel país? En una época de superordenadores y servidores repletos de datos y satélites espía que robaban secretos desde el espacio sideral, a Max le hacía sentir bien que en el trabajo de la Agencia todavía hubiera un importante componente humano.

Un perfecto desconocido fuera de Langley, se le consideraba un viejo cascarrabias burócrata de bajo nivel y nunca recibiría mucho dinero ni honores. No obstante, para las personas que importaban, Max Himmerling era un elemento indispensable para la agencia de inteligencia e información más elitista del mundo. Y aquello le bastaba.

De hecho, después de la muerte de su esposa, era lo único que le quedaba. Su importancia dentro de la Agencia resultaba evidente por los dos guardias que vigilaban el exterior de su casa. Himmerling se jubilaría al cabo de un par de años y soñaba con viajar a algunos de los lugares que había analizado a lo largo de tantas décadas. Sin embargo, le preocupaba

que se le acabara el dinero antes que la vida. El Gobierno ofrecía una buena pensión y un seguro médico de primera clase, pero no había ahorrado gran cosa, y seguir viviendo en esa zona, a lo cual aspiraba, era muy caro. Supuso que tendría que compensar esa carencia cuando llegara el momento.

Levantó su cuerpo cansado y rollizo de la butaca y se dispuso a subir las escaleras que conducían al dormitorio, pero no llegó tan lejos.

La figura surgió de la nada. El susto de encontrarse con un hombre en el salón de su casa casi le provocó un síncope. Pero no fue nada comparado con la conmoción que sintió cuando el intruso habló.

—Ha pasado mucho tiempo, Max.

Max se apoyó en la pared para no caerse.

—¿Quién eres? ¿Cómo has conseguido superar a los guardias? —preguntó con voz temblorosa.

Stone se acercó a la luz de la lámpara de mesa.

—Te acuerdas de los Triple Seis, ¿verdad, Max? ¿Qué me dices de John Carr? ¿Te suena el nombre? Si te suena, incluso después de tantos años, seguro que imaginas cómo he superado a los dos idiotas que yacen inconscientes ahí fuera y que tú llamas «guardias».

Max alzó la mirada temeroso hacia el rostro del hombre alto y delgado que tenía delante.

—¿John Carr? Es imposible. Estás muerto.

Stone se acercó más a él.

—Tú sabes todo lo que se cuece en la CIA. Así que sabes que John Carr no estaba en la tumba exhumada.

Max se dejó caer en la butaca y lo miró con expresión lastimera.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Tú eres el gran cerebro. Siempre ideabas la mejor logística para nuestras misiones. Casi siempre se desarrollaban sin contratiempos. Y en caso contrario, tú siempre estabas a miles de kilómetros de distancia. Así pues, ¿qué carajo te importaba? Nuestras vidas eran las que estaban en juego, no la tuya. Así pues, dime, cerebrín, por qué estoy aquí. Y no me decepciones. Ya sabes lo mucho que odio llevarme una decepción.

Max respiró hondo.

—Quieres información.

Stone se adelantó y le retorció el brazo.

—Quiero la verdad.

Max hizo una mueca de dolor, incapaz de oponer resistencia física. Su fuerza sólo era mental.

—¿Sobre qué? —balbuceó.

—Rayfield Solomon. Carter Gray. Y cualquier otra persona que haya estado implicada en esa debacle.

Max se estremeció al oír el nombre de Rayfield Solomon.

—Gray está muerto —se apresuró a decir.

Stone presionó más el brazo del hombre hasta que el sudor le perló la frente.

—No me refería a eso cuando te he dicho que quiero la verdad.

—¡Su casa saltó por los aires, joder!

—Pero él no estaba dentro. Ahora anda por ahí conspirando, como ha hecho siempre. Sólo que ahora su objetivo soy yo. Otra vez. Y eso no me gusta, Max. Con una vez tuve bastante. —Stone apretó más.

—Ay... Destrózame el brazo si quieres, pero no puedo contarte cosas que desconozco.

—No te destrozaré el brazo. —Stone lo soltó y sacó una navaja de la manga del abrigo.

Max gimoteó.

—John, ya no eres un ejecutor. Lo dejaste. Siempre fuiste distinto. Todos lo sabíamos.

—Eso no me sirvió de gran ayuda entonces. Mi deseo de dejarlo estuvo a punto de costarme la vida.

—Entonces las cosas eran distintas.

—Eso me dice la gente. Pero quien ha sido asesino no deja de serlo jamás. De hecho, hace muy poco volví a hacerlo. En defensa propia, de acuerdo, pero maté a un hombre. Le cercené el cuello desde una distancia de tres metros. Y había sido un Triple Seis. Supongo que ahora ya no los forman como antes.

—Pero yo estoy indefenso —suplicó Max.

—Te mataré, Max. Y será en defensa propia. Porque, si no me ayudas, soy hombre muerto. Pero no moriré solo. —Apoyó el filo contra la temblorosa arteria carótida de Max.

—Por el amor de Dios, John, piensa en lo que estás haciendo. Además, hace poco que perdí a mi mujer. Perdí a Kitty.

—Yo también perdí a mi mujer. Y no la tuve tanto tiempo como tú a tu Kitty. De todos modos, probablemente fuiste tú quien ideó la logística de mi supuesto asesinato sobre un pulcro papel.

—Yo no tuve nada que ver con eso. Me enteré después de que pasara.

—Pero no corriste a contárselo a las autoridades, ¿verdad que no?

—¿Qué demonios esperabas que hiciera? Me habrían matado a mí también.

Stone presionó más la navaja contra la piel del hombre.

—Para ser un genio, a veces dices estupideces. Háblame de Rayfield Solomon antes de que se me agote la paciencia. Porque todo esto está relacionado con Solomon, ¿verdad?

—Era un traidor y lo mataste obedeciendo órdenes.

—Lo matamos tal como nos habían ordenado. Roger Simpson dijo que eran órdenes de muy arriba. Pero es obvio que hay gato encerrado. Hay mucho más. ¿Solomon era inocente? Y si lo era, ¿por qué nos ordenaron matarlo?

—¡Maldita sea, John, déjalo correr! El pasado pasado está.

La navaja cortó la piel de Max a un centímetro de la arteria y brotó una gota de sangre.

—¿Solomon era inocente?

Himmerling no respondió. Permaneció con los ojos cerrados mientras le palpitaba el pecho.

—Max, si te corto esta arteria, morirás desangrado en menos de cinco minutos. Y yo me quedaré aquí para presenciarlo.

Al final Himmerling abrió los ojos.

—He guardado secretos durante casi cuarenta años y no voy a irme de la lengua ahora.

Stone recorrió el salón con la mirada y se detuvo en las fotos de la repisa de la chimenea. Un niño y una niña.

—¿Nietos? —preguntó de forma harto significativa—. Debe de ser bonito...

Un Max tembloroso siguió la mirada de Stone.

—No... ¡no te atreverás!

—Vosotros matasteis a todos mis seres queridos. ¿Por qué ibas a recibir tú un trato mejor? Primero te mataré a ti. —Señaló las fotos—. Y luego a ellos. Y no les ahorraré dolor.

—¡Eres un cabrón!

—Es cierto, lo soy. Creado, activado y poseído por la CIA. Lo sabes tan bien como los demás, ¿verdad? —Miró otra vez las fotos—. Tu última oportunidad, Max. No te lo volveré a preguntar.

Así fue como, por primera vez en cuatro décadas, Max Himmerling reveló un secreto.

—Solomon no era un traidor. Sabía algunas cosas, pero no todas. La gente temía que, si descubría la verdad, hablara.

—¿Gente como quién? ¿Gray? ¿Simpson?

—No lo sé.

Stone le hizo otro corte en la piel.

—Max, se me acaba la paciencia.

—Fue Gray o Simpson. Nunca supe cuál de los dos.

—¿Y el secreto?

—Ni siquiera yo lo sabía. Tenía que ver con una misión que Solomon y la rusa Lesya realizaron contra la Unión Soviética. Todo eso ha salido ahora a la palestra. No sé por qué.

—Una pregunta más. ¿Quién ordenó que me liquidaran?

—John, por favor...

Stone lo agarró por el cuello violentamente.

—¿Quién?

—Lo único que puedo decir es que tienes las mismas opciones que en la respuesta anterior —respondió con voz entrecortada.

O Gray o Simpson. No es que le sorprendiera.

Stone apartó la navaja.

—Si intentas contarle a alguien que he estado aquí, ya sabes lo que ocurrirá. Gray se enterará y sospechará que te has ido de la lengua. Y a él no puedes mentirle. Sabe métodos para sacarles la verdad a los más duros, y ni que decir a gente como tú. Y si se entera de lo que me has contado... ¿lo adivinas, Max? —Stone colocó una pistola imaginaria contra la cabeza del hombre y fingió apretar el gatillo—. Disfruta del resto de la velada.

—¿De verdad habrías matado a mis nietos? —preguntó Himmerling con voz trémula.

—Alégrate de que no tengan que saberlo.

OceanofPDF.com

64

Cuando Stone se marchó, Max Himmerling exhaló un suspiro de alivio que se le atragantó en la garganta. «Los guardias. Sabrán que vino alguien. Se lo dirán a...» Corrió a hacer la maleta. Hacía tiempo que había preparado un plan por si tenía que huir. Al cabo de diez minutos se dirigía a la puerta con una tarjeta de embarque impresa y un documento de identidad falso en el bolsillo. El sonido del teléfono le hizo detenerse. ¿Debía contestar? Algo le dijo que sí. Descolgó el auricular. La voz al otro lado de la línea era de sobra conocida.

—Hola, Max. ¿Qué le has contado?

—No sé a qué te refieres.

—Max, tienes una mente brillante, pero mientes muy mal. No te culpo. Seguro que te ha amenazado, y los dos sabemos que es un hombre muy peligroso. Así pues, ¿qué le has contado?

Himmerling desembuchó una vez más.

—Gracias, Max, has hecho lo que debías. —La línea enmudeció.

Himmerling dejó caer el teléfono cuando se abrió la puerta trasera.

—Por favor —suplicó—. Por favor...

La pistola con silenciador disparó, y la bala le impactó en la frente. Introdujeron el cadáver en una bolsa negra. Al cabo de un momento, la furgoneta se lo había llevado. Oficialmente, Himmerling sería destinado al extranjero de inmediato. Cuando cayera el siguiente helicóptero estadounidense en algún lugar del mundo, se informaría de que Max Himmerling viajaba en él y que su cadáver estaba carbonizado e irreconocible. Así terminarían los casi cuarenta años de servicio de ese

hombre a su país. Por lo menos no tendría que seguir preocupándose de la pensión.

En el bunker, Carter Gray se dio un puñetazo en la palma de la otra mano. La pérdida de Himmerling era muy dura pero inevitable. Gray sabía que tendría que haberlo previsto, sin embargo no había sido así.

Volvió a mirar la pantalla del ordenador. Había recibido las partidas de nacimiento de los hospitales de las ciudades canadienses más importantes correspondientes al año en cuestión. Incluso en formato electrónico eran muy voluminosas. Tenía que separar la paja del grano. Por suerte, había conocido bien a Rayfield. Habían sido buenos amigos y rivales amistosos. De hecho, podía decirse que Solomon era el único hombre de su generación con una capacidad comparable a la de Carter Gray. Y éste tenía que reconocer que, sobre el terreno, Solomon le superaba con mucho. Así pues, descubrir su rastro no resultaría fácil, pero tenía la ventaja de haberlo conocido íntimamente.

Había centrado sus esfuerzos en el nombre del padre que figuraba en las partidas. Lesya, por supuesto, no habría utilizado su nombre. El nombre del hijo tampoco ayudaría, puesto que Gray estaba convencido de que se lo habría cambiado. O sea que todo se reducía al padre. Rayfield Solomon se sentía muy orgulloso de su origen judío. Si bien las exigencias de su trabajo no le permitían practicar su religión de forma tradicional —las misiones de espionaje no podían interrumpirse para el ejercicio de la fe—, Solomon había sido un profundo conocedor de su religión. El y Gray habían mantenido numerosas conversaciones sobre teología. La esposa de Gray había sido una devota católica. Gray no había sido especialmente religioso hasta que su mujer e hija murieran el 11—S. Solomon le decía a menudo: «Busca algo en lo que creer, Carter, aparte del trabajo. Porque, cuando dejes esta vida, dejarás el trabajo atrás. Si eso es todo lo que tienes, entonces es que no tienes nada. Y la eternidad es mucho tiempo como para no tener nada.»

Palabras sabias, aunque Gray no necesariamente las había creído en aquel momento.

Los dedos recorrían frenéticamente el teclado intentando distintas combinaciones de búsqueda. La lista de nombres se iba reduciendo cada vez más. Continuó ojeando los nombres hasta que llegó a un padre orgulloso.

«David P. Jedidiah, II.»

Sonrió. «Metiste la pata, Ray. Dejaste que lo personal se impusiera a lo profesional.» Con el paso de los años tras la muerte de su familia, Gray también se había convertido en un ávido lector de la Biblia, por lo que el nombre de «este» padre tenía una relevancia especial para él.

Salomón era el segundo hijo de David, su primer hijo legítimo con Bathsheba. Jedidiah era el nombre que Nathan, el futuro maestro del rey Salomón, le puso. Y en hebreo Salomón significa «paz», de ahí la inicial del medio, P. Rayfield Solomon había utilizado el nombre de David P. Jedidiah II en las partidas de nacimiento. Carter Gray miró el nombre de la madre y luego el del hijo. Descolgó el teléfono y transmitió la información.

—Buscad al hijo —ordenó. Colgó y dijo en voz alta—: ¿Dónde estás, hijo de Salomón?

OceanofPDF.com

65

Era una mañana bastante fresca. Harry Finn estaba solo, con las manos en los bolsillos, contemplando la fosa vacía en el cementerio de Arlington, donde se suponía que John Carr reposaba para el resto de la eternidad. Aquello había sido una mentira. ¿Y por qué le sorprendía a Finn? El Gobierno siempre mentía sobre los temas más importantes.

Aunque anteriormente creyera que el hombre estaba muerto, Finn había investigado el historial de John Carr. Como SEAL de la Marina había realizado labores de inteligencia conjuntas con la CIA. Poniendo en práctica las mismas aptitudes con que actualmente se ganaba la vida, Finn había desenterrado poco a poco buena parte de la historia de los últimos días de su padre, así como de quienes habían participado en su asesinato.

Las historias de Judd Bingham, Bob Cole y Lou Cincetti eran bastante parecidas. Habían trabajado para la CIA, disfrutando incluso de sus obligaciones, hasta jubilarse para llevar una vida cómoda y ociosa. Jubilaciones a las que Finn había puesto fin sin contemplaciones.

Carr era el único distinto. Oficialmente, había muerto formando parte de una unidad militar durante una de esas escaramuzas que se producen de vez en cuando en distintos lugares del mundo y a las que Estados Unidos está obligado moralmente, por no decir técnicamente, a responder. Antes de formar parte de la división Triple Seis de la CIA, John Carr había sido uno de los veteranos de Vietnam más condecorados, había recibido cuatro Corazones Púrpura, ninguno de ellos por hacerse un rasguño. Incluso se había hablado de concederle la Medalla de Honor del Congreso, la más alta condecoración militar. Quienes la recibían conseguían un aura de inmortalidad a ojos del estamento militar, si bien muchos habían recibido

tal distinción a título póstumo. Aquello había hecho que algunos la llamaran «la medalla que nunca llegas a ver».

Sin duda Carr había sido el equivalente militar de un medallista de oro olímpico. Finn había leído el informe oficial con una mezcla de emoción y horror. Carr había salvado sin ayuda de nadie a su pelotón de una emboscada por parte de una fuerza norvietnamita muy superior y respaldada por artillería. El sargento John Carr había salvado a cuatro hombres heridos llevándolos sobre la espalda, regresando cada vez a la zona peligrosa para ello. Había sido alcanzado un par de veces por fuego enemigo y aun así había conseguido matar a doce vietcongs, a tres de ellos en combate cuerpo a cuerpo, al tiempo que disparaba a muchos más y los hacía caer de los árboles con una habilidad de tirador, según el informe, poco menos que sobrenatural.

Al final, manejando una ametralladora pesada, Carr había repelido ataques repetidos, sobrevivido a múltiples impactos de mortero a su alrededor y, en medio de ese infierno, conseguido guiar a la aviación que finalmente había hecho retirarse al enemigo, por lo que sus hombres quedaron a salvo. Se había marchado del campo de batalla por su propio pie a pesar de tener el uniforme empapado de sangre.

Finn no podía evitar sentir cierto respeto por él. Siempre se había considerado un soldado del más alto nivel, pero estaba pensando que quizá John Carr le había superado en el capítulo de habilidades militares.

No obstante su heroísmo, Carr no había recibido la medalla. Finn no sabía que los motivos habían sido más políticos que militares. No sabía que la creciente actitud crítica de John Carr hacia la guerra le había granjeado el desprecio de sus superiores. Su oficial al mando ni siquiera le había recomendado para la medalla hasta que otras personas intervinieron. Sin embargo, en algún momento del proceso, los jerifaltes de la cadena de mando habían impedido que un soldado que se lo merecía recibiera el mayor honor militar.

Después, Carr había desaparecido de las filas del ejército durante unos años, para finalmente morir en una pequeña escaramuza y ser enterrado en Arlington. Finn sabía lo que Carr había estado haciendo entretanto: matar, en cumplimiento de órdenes del Gobierno. Y desde luego también había estado en la mirilla de la muerte.

Había necesitado dos años de búsqueda en bases de datos protegidas para descubrir que la mujer de Carr había muerto una noche, cuando supuestamente entraron a robar en la casa. La pareja tenía una hija, que había desaparecido. Finn no era ningún ingenuo: el «robo» llevaba la indiscutible marca de la CIA. Carr debía de haber provocado el enfado de sus superiores. Al comienzo, Finn se había alegrado al saber que John Carr estaba muerto. No tenía ningún interés en matar a héroes de guerra que nunca habían recibido su justa recompensa, ni a un hombre con el coraje de desafiar a la agencia de espionaje más poderosa del mundo.

Pero ahora quizá Carr no estuviera muerto. Y si no lo estaba, Finn tenía que intervenir. Hacer lo que su madre esperaba que hiciera, le gustara o no. Independientemente de la clase de hombre que John Carr fuera, había matado al padre de Finn. Por nada.

Se marchó del cementerio. Tenía trabajo que hacer.

Por el momento John Carr tendría que esperar.

OceanofPDF.com

66

Se trataba de una incursión poco tradicional, por lo que Finn escogió a un par de tíos de su oficina que normalmente trabajaban analizando los datos que él y su equipo de especialistas recogían de forma rutinaria. Sin embargo, el cliente de este caso quería gente de bajo nivel a las órdenes de alguien muy competente, es decir, Finn. Eso se debía a que el centro que fabricaba vacunas para varios gérmenes biológicos creados artificialmente no se consideraba un objetivo de alta prioridad para los terroristas. De todos modos, querían comprobar en qué situación estaban. Demostrarlo era tarea de Finn y compañía.

No tuvieron ningún problema para salvar la valla sin vigilancia en la parte posterior de la fábrica, aunque a uno de los chicos de la oficina, un tío regordete llamado Sam, le costó trepar. Al final lo consiguió con ayuda de Finn.

Entraron en la fábrica a través de una puerta de servicio que no estaba cerrada con llave. Que una puerta no estuviera cerrada con llave en un edificio que albergaba vacunas valiosas parecía increíble, pero ocurría todos los días en todo el mundo. Es más, ¿por qué se llevaría alguien un portátil a casa con los datos personales de millones de veteranos del ejército y luego resultaba que se lo robaban? Son las cosas que hacían que a los malos no se les acabara el negocio y los buenos tuvieran que tomar antidepresivos.

En el interior se dispersaron, de acuerdo con el plan previsto. Finn se había enfundado una bata blanca de laboratorio que llevaba en una mochila de lona. La acreditación le colgaba del cuello. También iba provisto de una agenda electrónica para introducir notas. De esa guisa fue avanzando hasta la zona de la entrada principal. Vio a un guardia de seguridad y le preguntó

por un científico que trabajaba allí. Finn había conseguido el nombre en Internet y sabía que el hombre estaba de vacaciones. Había obtenido esa información cuando una noche revisó la basura del científico y encontró una copia del itinerario de viaje para él y su familia que el «genio» había tirado con absoluta despreocupación. Cuando el guardia le informó de que el científico no estaba, dijo:

—Es verdad, Bill me dijo que iría a Florida con la familia.

Acto seguido, mencionó otro nombre extraído del directorio del edificio. De esa manera buscaba ganar credibilidad ante el guardia y tranquilizarlo. Ambas cosas solían conseguirse fingiendo mantener una relación personal con alguien de la casa.

—Iré a verle un rato —dijo al guardia—. Ya conozco el camino. Tengo que repasar los resultados de unas pruebas para la partida A/B que hicieron la semana pasada sobre las dos nuevas vacunas antimicrobianas de prueba. ¿Estás al corriente?

El guardia, un joven recién salido de la adolescencia, llevaba orgulloso el arma reglamentaria colgada del cinturón.

—No, no estoy al corriente —respondió, y siguió tomando su café y mirando la pantalla de un ordenador en que Finn distinguió ofertas de un servicio de citas por Internet.

Finn esperó pacientemente ante el ascensor a que llegara alguien. Cuando eso ocurrió, fingió sacar de la ranura una tarjeta de plástico.

—La dichosa RFID se ha estropeado otra vez —dijo al hombre, refiriéndose a la tarjeta inteligente encriptada necesaria para acceder al ascensor—. Es la tercera vez en lo que va de mes, y cada vez me dicen que ya está arreglada.

—Ya —dijo el otro mientras pasaba su tarjeta por la ranura y las puertas se abrían—. ¿A qué planta vas?

—A la quinta —respondió Finn mientras se guardaba el carné de la biblioteca de su hijo en el bolsillo.

Bajó en la quinta planta y encontró la puerta que buscaba justo al lado del ascensor. También se necesitaba una tarjeta inteligente para entrar. Fue a un aseo cercano y se mojó la pernera del pantalón con un poco de agua. Cuando oyó el ding del ascensor, salió al pasillo y fingió secarse las manos frotándoselas mientras las puertas del ascensor se abrían. La mujer salió y

encajó su tarjeta en la puerta de seguridad mientras Finn esperaba detrás de ella, carné de biblioteca en mano.

La mujer lo miró y sonrió.

—Parece que me he adelantado.

Finn se guardó el carné.

—Menuda mañanita he tenido. Me he volcado café en los pantalones mientras venía en el coche. —Señaló la mancha.

La mujer volvió a sonreírle.

—Seguro que así ha acabado de despertarse.

—Oh, sí —dijo Finn mientras la seguía al interior.

—¿Viene a ver a alguien en concreto? —preguntó ella.

Finn negó con la cabeza y mostró la acreditación falsa que llevaba el sello del Departamento de Seguridad Interior.

—Sólo una visita rutinaria. Los federales quieren ver cómo se gasta el dinero de los impuestos.

—Ya lo sé. Que tenga un buen día —repuso la mujer, y se alejó.

Finn recorrió el laboratorio y fue haciendo fotos de forma subrepticia con su cámara de ojal y saludando a la gente mientras caminaba y tomaba notas en la agenda electrónica. Le asombró lo fácil que le resultaba. Si una persona tenía pinta de estar en su elemento, los demás nunca lo ponían en entredicho. Incluso consiguió que varias personas le dieran detalles útiles sobre la potencia de ciertas vacunas. Desanduvo el camino hasta la entrada, gracias a la ayuda de otro buen samaritano iluso. Sin embargo, cuando llegó al vestíbulo principal, se detuvo en seco.

Sam, el chico gordito de la oficina, estaba contra la pared, y el guardia de seguridad le estaba cacheando de forma poco profesional. Cualquiera persona con un poco de idea le habría quitado la pistola sin problema.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Finn dirigiéndose hacia allí.

—¡Es un espía o algo así! —dijo el guardia—. Lo he pillado con las manos en la masa. Voy a llamar a la policía.

En esos casos Finn tenía que enseñar sus credenciales y alertar a su contacto de que les habían descubierto. No le gustaba tener que hacer esa llamada pero, cuando uno iba acompañado de novatos, a veces pasaba. Por lo menos Finn había entrado hasta donde necesitaba. Así habría acabado la

cosa si Sam no hubiera cometido una estupidez. Aterrorizado al verse encañonado por una pistola, empujó al guardia y echó a correr.

El guardia apuntó a la ancha espalda de Sam.

—¡Alto! —gritó.

—¡No dispaes! —chilló Finn abalanzándose sobre el guardia, que disparó una fracción de segundo antes de que Finn lo derribara.

En un santiamén le quitó la pistola y le plantó sus credenciales delante de las narices.

—Llama a John Rivers de seguridad, él está al corriente... —Miró hacia el pasillo. Sam estaba tendido en el suelo con una herida en la espalda—. ¡Mierda! —Finn se incorporó de un salto y corrió hasta Sam.

OceanofPDF.com

67

La ambulancia se marchó al cabo de media hora. Finn había logrado detener la hemorragia de Sam y le había practicado un masaje cardíaco cuando había dejado de respirar, quizá por la conmoción. En cuanto había llegado la ambulancia, los técnicos sanitarios se habían hecho cargo de la situación. Sam sobreviviría, pero la rehabilitación sería larga; al parecer, la bala le había dañado varios órganos.

Finn observó las luces rojas hasta que desaparecieron. John Rivers, el jefe de seguridad, estaba a su lado. Se había disculpado una y otra vez por la imprudente reacción del guardia, que había disparado a Sam por la espalda.

—Menos mal que estabas aquí, Harry —dijo Rivers—. De lo contrario ese joven estaría muerto.

—Sí, bueno, no habría recibido un disparo si yo no lo hubiera traído.

—No nos dan ni dinero ni tiempo para formar a los guardias —se quejó Rivers—. Se gastan miles de millones en tecnología para el centro y las medidas de seguridad, pero luego ponen una pistola en manos de un desgraciado que gana diez dólares la hora. Es absurdo.

Finn no le escuchaba. Nunca le había pasado una cosa así. Sam era un buen chico, pero su lugar de trabajo era sentado a un escritorio. A Finn nunca le había gustado llevar a personas inexpertas a las misiones y así lo había expresado varias veces. Quizás ahora le hicieran caso.

Regresó en coche a casa y luego llevó a Patrick al entrenamiento de béisbol. Contempló a su atlético hijo mediano, quien interceptaba y devolvía todas las pelotas que le llegaban y luego golpeaba sin clemencia los lanzamientos automatizados a la zona de bateo. Finn no habló demasiado camino a casa y dejó que Patrick, muy animado, le hablara de

su jornada escolar. Esa noche, durante la cena Susie recitó los versos que diría en la próxima obra de teatro, aunque no parecía que los árboles pudieran tener un papel destacado, punto sobre el que sus dos hermanos bromearon. Ella se tomó bien las chanzas hasta que se hartó.

—¡Basta ya, subnormales!

El comentario se ganó una reprimenda de Mandy, que últimamente había estado muy ajetreada con los tres debido a la dedicación casi absoluta de Finn al trabajo.

—Oye, papá —dijo David—, ¿asistirás al partido de fútbol del viernes por la tarde? El entrenador me pondrá de portero.

—Lo intentaré, hijo —contestó distraídamente—, pero es posible que esté muy liado. —Tenía que ir a ver a su madre, y sabía que a Mandy no le gustaría.

Mandy le dio un poco de dinero a David para la excursión que haría con la clase al centro de la ciudad. Se sirvió una pequeña porción de comida y miró a su esposo, quien parecía ausente.

—Harry, ¿estás bien?

Se estremeció.

—Un problemilla en el trabajo. —El episodio no había tenido cobertura informativa, aunque la policía había acudido, porque el Departamento de Seguridad Interior había intervenido para que se echara tierra sobre el asunto. El hecho de que Finn apareciese en la prensa supondría un grave obstáculo para el trabajo que su empresa realizaba para Seguridad Interior, labor de importancia vital para los intereses nacionales. Al ver que ese departamento estaba implicado, la policía local se había marchado sin rechistar. El joven guardia de seguridad no había sido acusado de nada, sólo de ser estúpido y carecer de la formación adecuada, y le habían retirado el arma. Fue asignado a un trabajo de oficina y le advirtieron de que si contaba lo ocurrido a alguien lo lamentaría el resto de su vida.

Después de cenar fue al hospital a ver a Sam. Se encontraba en la UCI tras haber sido operado, pero su estado era estable. Bajo el efecto de fármacos muy fuertes, ni siquiera fue consciente de la presencia de Finn. Sus padres habían acudido en avión desde Nueva York aquella misma tarde y estaban en la sala de espera de la UCI. Finn les hizo compañía una hora, animándoles y explicándoles cómo había sucedido todo, sin cargar las

tintas en que su hijo había cometido la estupidez de echar a correr ante un nervioso joven armado.

Después se marchó y paseó un rato en coche escuchando las noticias de la radio. Cuando las malas noticias se convirtieron en horribles y luego en atroces directamente, decidió apagar la radio. Menudo mundo dejarían a la siguiente generación.

Se dirigió al centro; todavía no tenía ganas de regresar a su casa en las afueras de Virginia. A juzgar por la expresión de Mandy a la hora de cenar, sabía que quería hablar, pero a él no le apetecía. No sabía cómo decirle que tenía que ir a ver a su madre otra vez. Con las numerosas actividades de los niños, su ausencia descargaba sobre los hombros de su mujer todas las obligaciones familiares. Pero tenía que hacerlo, especialmente después de la revelación sobre John Carr.

Cruzó el puente Theodore Roosevelt y pasó junto a la isla homónima. Siguió recto y bajó por Constitution, la segunda avenida más famosa de la capital después de Pennsylvania. Giró a la izquierda y subió hacia la Casa Blanca. Torció a la derecha en la calle F y siguió adelante por un barrio comercial congestionado por la animación nocturna. A su derecha se encontraba el esqueleto de cemento y acero de un edificio inacabado cuyo promotor había quebrado. Mientras esperaba en el semáforo, alzó la vista hacia el nuevo edificio de apartamentos a su izquierda. Recorrió siete plantas con la mirada, se desvió hacia el apartamento de la esquina del lujoso rascacielos y se tensó ligeramente. No había ido hasta allí por azar. El paseo en coche era intencionado; solía hacerlo.

Las luces estaban encendidas y vio que una silueta alta pasaba junto a una ventana.

El senador por Alabama Roger Simpson estaba en casa.

OceanofPDF.com

68

Annabelle estaba junto a su padre, que se había desplomado en un sillón de la habitación. La hija le dirigió un asentimiento de la cabeza para indicarle que descolgara el auricular.

Antes de que él marcara, ella le puso una mano en el hombro.

—¿Seguro que estás preparado para esto? —preguntó.

—Hace años que estoy preparado —repuso él con valentía y voz levemente temblorosa.

Annabelle pensó que no lo parecía. Se le veía cansado y asustado.

—Buena suerte —le deseó.

En cuanto él marcó el número, ella descolgó el teléfono supletorio y escuchó.

—Hola, Jerry. Soy Paddy Conroy. Hace tiempo que no nos vemos. Pero bueno, quizá me he enterado de que has estado bastante ocupado.

Annabelle miraba fijamente a su padre. La actitud de Paddy había cambiado por completo. Esbozaba una amplia sonrisa y hablaba con voz segura, sentado bien tieso en el sillón.

No era fácil sorprender a Bagger, pero al oír ese nombre las rodillas le temblaron un poco. La siguiente emoción le resultó mucho más familiar: el súbito impulso de aplastar el teléfono.

—¿Cómo cono me has localizado, so cabronazo? —chilló.

—Busqué en la guía de teléfonos, por la H de hijoputa.

Al oír esa respuesta, Annabelle sofocó una carcajada.

—¿Has visto a la zorra de tu hija últimamente?

—Me he enterado de que te desplumó bien desplumado. Lo suficiente para poner nerviosa a la Comisión de Control de Jersey. Por lo visto, la enseñé bien.

—Sí, a lo mejor tú eres el cerebro gris. Si es así, lo único que puedo prometerte es que dedicaré dos días enteros a arrancarte la piel a tiras.

—Deja de decir obscenidades, Jerry, me estás poniendo cachondo.

—¿Qué cono quieres?

—Ayudarte.

—No necesito ayuda de un estafador de tres al cuarto.

—No te precipites. Tengo algo que tú quieres.

—¿Qué cosa?

—A ver si lo adivinas.

—A ver si te arranco los huevos.

—Tengo a Annabelle. ¿Sigues queriéndola o ya has superado el que te haya hecho quedar como el mayor idiota del mundo?

—¿Vas a entregarme a tu hija sabiendo lo que le haré?

—No estás sordo, ¿verdad? Eso he dicho.

—¿Y por qué lo haces? ¿Porque tienes buen corazón?

—Me conoces de sobra para saber el motivo, Jerry.

—Bueno, ¿cuánto quieres por tu niña?

—Ni un centavo.

—¿Cómo dices? —preguntó Bagger con incredulidad.

—Ya no necesito dinero.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Tu promesa de que, si te entrego a Annabelle, me dejarás en paz para siempre. Me queda poco tiempo en este puto mundo y no quiero pasarlo esquivando a tu gentuza.

—A ver si lo entiendo. ¿Me entregas a Annabelle a cambio de que te deje en paz?

—Eso es. Sé que me buscas desde que te birlé los diez mil dólares de los cojones. Y me estoy cansando.

—¡Que te estás cansando! —gritó Bagger.

—¿Aceptas el trato o no? Y quiero tu palabra. Porque sé que eres muchas cosas, pero siempre cumples tu palabra. Consigues a Annabelle y te olvidas de mí.

Bagger clavó la mirada en el suelo mientras las venas del cuello le palpitaban.

—Quiero oírte decirlo, Jerry. Tengo que oír cómo lo dices.

—Te daré millones por ella.

—Sí, ya. Dilo, Jerry. Dilo o no hay trato. —Paddy miró a Annabelle, que contenía el aliento mientras escuchaba.

—¿Por qué la odias tanto? —preguntó Bagger.

—Porque todos estos años me ha culpado por la muerte de su madre. Tú la mataste pero yo he pagado el pato. Nadie en el mundo de los estafadores ha querido tratos conmigo desde entonces. Me ha amargado la vida. Ha llegado el momento de vengarme. —Miró a su hija y le dedicó una débil sonrisa.

—¿Cómo piensas entregármela? No tiene un pelo de tonta. Convénceme de que confía en ti.

—Déjalo en mis manos.

—Yo no he aceptado nada.

—Pero aceptarás. Eres demasiado listo para desperdiciar esta oportunidad.

—Puedo pillarla yo mismo. La otra noche me faltó poco. Y a lo mejor a ti también, con un poco de suerte.

—Pues adelante. Y dentro de dos semanas, cuando compruebes que se ha largado, no podrás decir que el viejo Paddy no quiso ayudarte. Porque, cuanto más esperes, más tiempo tiene ella para ocultarse, y los dos sabemos que la chica es buena en eso. Tómate tu tiempo y piénsatelo. Ya te volveré a llamar.

—¿Cuándo?

—Cuando quiera.

Con un único gesto sincronizado, Paddy y Annabelle colgaron sus respectivos auriculares al mismo tiempo.

Ella lo sujetó por los hombros.

—Lo has hecho muy bien. Le has tentado a la perfección.

Paddy le colocó la mano sobre la suya.

—Le daremos un poco de tiempo para que lo asimile. Eso permitirá que tu amigo se prepare. Debo reconocer que me sorprendió que accediera a ayudarnos sin hacer preguntas.

—Como te dije, no es el típico agente federal. Una cosa. —Hizo una pausa, preocupada. ¿Su padre estaba realmente preparado para aquello?—. No has intentado averiguar dónde se aloja.

Él la miró esbozando una tímida sonrisa.

—No he perdido facultades, Annie, si eso crees. No hay que pretender abarcarlo todo en el primer intento. Un viejo zorro como Jerry lo olería enseguida. En la siguiente llamada, ya me encargaré de que se delate él mismo.

—Lo siento, no era mi intención insinuar que no sabes engañar a la gente.

—El noventa por ciento de un timo depende de su preparación. El resto es pura intuición, ser capaz de adaptarse sobre la marcha.

—Pero sin el diez final, el noventa inicial no vale un pimiento.

—Exacto.

—Lo que le has dicho a Bagger... sobre que te he amargado la vida.

—La vida me la amargué yo solo, Annie. Lo único que intento ahora es recuperar una parte de ella. —Apretó la mano de su hija con fuerza. Ahora parecía viejo, enfermo y asustado; volvió a desplomarse en el sillón—. ¿De verdad crees que saldrá bien?

—Sí —mintió ella.

OceanofPDF.com

69

Vestido como un técnico de mantenimiento de las instalaciones del Capitolio, Harry Finn se situó delante del edificio Hart del Senado con el detonador remoto en la mano. Recorrió con la mirada la fachada hasta llegar al despacho de Simpson. En la otra mano llevaba un dispositivo similar a un iPod; se trataba del receptor de la cámara de vídeo inalámbrica que había escondido en el despacho del senador. Las imágenes de la pequeña pantalla eran de una nitidez absoluta. Simpson estaba reunido con varios miembros de su equipo, sin duda para informarles sobre su importante misión «investigadora» en el Caribe.

Finn esperó a que Simpson se quedara solo; él sería el único cadáver. Se puso tenso al ver que los demás se levantaban para marcharse. Acto seguido, observó que Simpson se miraba en el espejo de una pared, se ajustaba la corbata, se dirigía al escritorio y se sentaba.

El momento había llegado. Finn tenía el dedo encima de la BlackBerry. Primero enviaría el mensaje de correo electrónico. A través de la pantalla, sabría que el senador había visto la foto de Rayfield Solomon justo antes de morir.

El pulgar descendió sobre la tecla. «Adiós, Roger.»

—¡Hola, papá!

Finn se quedó paralizado.

—Maldita sea —masculló.

David corría hacia él sonriendo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el muchacho.

Finn introdujo rápidamente los dispositivos en la mochila que llevaba colgada al hombro.

—Hola, Dave, ¿y qué haces tú aquí?

Su hijo entornó los ojos.

—¿Estás perdiendo facultades o qué, papá? Visita escolar al Capitolio. ¿No te acuerdas de que firmaste la autorización? ¿Y que mamá me dio el dinero anoche?

Finn palideció. «Mierda.»

—Lo siento, es que estoy muy liado, hijo.

David se fijó en la vestimenta de su padre.

—¿Cómo es que llevas ese uniforme?

—Estoy trabajando —respondió con voz queda.

A David se le iluminó la expresión.

—Guay. Quieres decir que vas de incógnito, ¿no?

—No puedo hablar de eso, hijo. De hecho, mejor que te marches. No es buena idea que te quedes aquí. —El corazón le latía tan fuerte que era un milagro que su hijo no lo oyera.

David se llevó una decepción.

—Ah, claro. Ya lo pillo. Asuntos secretos.

—Lo siento, Dave. A veces preferiría tener un trabajo normal.

—Sí, yo también. —Y se alejó para reunirse con sus compañeros.

Cuando Finn volvió a mirar la pantalla, Simpson se había marchado del despacho.

Dirigió la mirada hacia David y los demás niños. Su hijo miró una vez a su padre y luego apartó la vista. El grupo de escolares fue por la acera en dirección al Capitolio.

Finn se marchó en la dirección contraria. Tendría que intentarlo otro día. Ahora debía ir a ver a su madre. Estaba deseando informarla de la muerte de Simpson. Estaba tan enfrascado en lo que hacía que ni siquiera vio al hombre que surgía de detrás de un árbol cercano y empezaba a seguirle.

Después de lo que Max Himmerling le había contado la noche anterior, Stone había ido a echar un vistazo a la oficina de Simpson desde una distancia prudencial. O Gray o Simpson habían ordenado la muerte de Solomon y la de Stone, pero Gray era una opción inviable. Ahora, sin embargo, se había producido una novedad. Stone había visto y oído lo

suficiente a Finn como para sentir algo más que curiosidad. Finn era bueno, sin duda. Otras personas de la zona, incluidos los policías, no habrían advertido nada sospechoso en él. Pero Stone no era como los demás. Había seguido muchas pistas que no le habían llevado a ninguna parte. Su instinto le decía que aquélla no era una de éstas.

Cuando Finn subió al metro en Capítol South, Stone hizo otro tanto. Fueron hasta la parada del aeropuerto. Stone siguió a Finn al interior. Éste entró en un baño y salió vestido con ropa de calle, la mochila al hombro. Entonces Stone supo que su presentimiento no le había fallado.

Finn compró un billete de ida y vuelta para un viaje corto al norte del estado de Nueva York. Stone se había colocado lo suficientemente cerca de él como para oírlo, y compró también un billete con el documento de identidad falso y el dinero que Annabelle le había proporcionado. Pasó los controles de seguridad y el corazón se le aceleró un poco cuando los guardias comprobaron su foto en el documento. Lo dejaron pasar y se permitió perder de vista a Finn; sabía por qué puerta embarcaría.

Stone compró un café y una revista. Anunciaron el vuelo. Finn iba en la parte delantera del repleto avión y Stone en la trasera. Al cabo de cuarenta minutos despegaron y en menos de una hora aterrizaron. La aventura se tornó más arriesgada. El aeropuerto era pequeño y había poca gente. Finn parecía ensimismado, pero Stone recelaba. Si era el hombre que se dedicaba a matar asesinos extraordinariamente habilidosos y capacitados, Stone no debía fiarse ni un pelo.

Se estaba planteando qué hacer cuando Finn le sorprendió. Pasó por delante del mostrador de alquiler de coches, no se detuvo en la parada de taxis que había en el exterior y bajó por la calle que salía del aeropuerto.

Sin perderlo de vista, Stone se acercó a un taxi.

—Estoy haciendo escala. ¿Se puede ir andando desde aquí a algún sitio?

—Sólo hay unas cuantas casas, varias tiendas y una residencia geriátrica —respondió el taxista sin dejar de hojear un periódico.

—¿Residencia geriátrica?

—Aja. ¿Quiere ir ahí a relajarse un rato durante su escala? —bromeó el hombre.

Stone subió al asiento trasero.

—Conduzca. Despacio.

El taxista se encogió de hombros, dejó el periódico y arrancó.

OceanofPDF.com

70

Herb Daschle era un veterano de la CIA. Había trabajado muchos años sobre el terreno, visto mundo, hecho labores de oficina durante la última década y finalmente aceptado su puesto actual. No era demasiado emocionante y el gran público ni siquiera sabía de su existencia, pero resultaba decisivo para la seguridad de la CIA y, por consiguiente, de la nación. Al menos eso decía el manual interno de la Agencia.

Daschle llevaba dos meses yendo a esa residencia geriátrica tres veces por semana y sentándose en una silla de la habitación privada de un hombre que yacía inconsciente en la cama. El hombre ocupaba un cargo relevante en la CIA y tenía la cabeza llena de secretos que jamás podrían ser revelados a la opinión pública. Por desgracia, había sufrido un aneurisma y ya no era de fiar. Podía decir cosas sin darse cuenta y revelar involuntariamente secretos importantísimos.

Aquello no podía permitirse, por eso hombres como Daschle hacían compañía a funcionarios impedidos de la Agencia que detentaban conocimientos tan confidenciales. Hubo un agente en el quirófano cuando lo operaron para aliviarle la presión del cerebro. Hubo un agente apostado durante el postoperatorio, y ahora estaba vigilado constantemente en la residencia geriátrica donde se esperaba que acabara recuperándose. Ni siquiera sus familiares podían estar a solas con él. Aquello había supuesto toda una conmoción porque la familia no sabía siquiera que el esposo, padre y abuelo trabajaba para la CIA.

A las doce en punto Daschle se levantó del asiento para cedérselo a su sustituto para el siguiente turno. Ambos hablaron un momento y Daschle mencionó algunas cosas sucedidas durante su guardia, nada importante. Salió de la habitación, loco por fumarse un pitillo y fue pasillo abajo hacia

la cafetería para proveerse de un refresco y unas galletas saladas antes de marcharse. Las voces que oyó al pasar junto a una habitación le hicieron detenerse. Parecía ruso. Daschle conocía bien el idioma porque había estado destinado en Moscú casi nueve años, y luego una temporada en Polonia y más tarde en Bulgaria. Si aquello era ruso, se trataba de un dialecto curioso. Sonaba como una mezcla de lenguas eslavas. Se acercó a la puerta, entreabierta sólo un resquicio, y aguzó el oído. Entonces oyó lo suficiente como para salir a toda prisa del edificio, y no precisamente para fumar.

En cuanto el agente se hubo marchado, Oliver Stone surgió por el recodo desde donde también había estado escuchando. Observó a Daschle alejarse casi corriendo.

«Maldita sea», pensó.

En la habitación, Lesya estaba hablándole a Harry Finn.

—O sea que ahora John Carr resucita como el ave fénix —dijo en su atormentado batiburrillo eslavo.

—Eso parece —repuso él—, pero no estoy seguro.

—Y el senador sigue vivo.

—No por mucho tiempo.

—¿Qué me dices de Carr?

—Estoy en ello, ya te lo dije. Pero no tengo ni idea de dónde está, ni siquiera sé si sigue vivo. Lo único que se sabe es que han exhumado su tumba.

Lesya tuvo un acceso de tos y luego dijo:

—El tiempo se acaba.

«¿Para ti o para mí?», se preguntó Finn. Seguía pensando en el encuentro con su hijo. «Por poco. Por demasiado poco.»

—Pero lo averiguarás —añadió ella—. Te ayudaré a descubrirlo.

—Deja que me encargue yo.

—Puedo decirte lo que sé de él.

—Ya sé mucho sobre él. —Hizo una pausa—. Creo que no es como los demás.

Ella lo miró con expresión severa.

—¿A qué te refieres?

—Creo que la Agencia intentó matarlo. Me parece que mataron a su esposa, y quizás a su hija. Creo que ha sufrido mucho. Y también fue héroe de guerra.

—Es igual que los demás. Un hombre malvado. ¡Un asesino!

—¿Por qué? ¿Porque mató a mi padre y tu marido cumpliendo órdenes?

—No sabes lo que estás diciendo, Harry.

—Mira, esta mañana me disponía a matar a Simpson cuando apareció David. Casi me pilló.

—¿Tu hijo David? —Finn asintió y su madre se tapó la boca con una mano—. Dios mío. ¿Sospechó algo?

—No, pero me había prometido que nunca permitiría que esta parte de mi vida afectara a la otra. ¡Y ahora ha ocurrido!

Lesya se sentó a su lado y le cogió la mano con la suya, muy huesuda. A Finn le resultó un tanto repulsiva.

—Harry, hijo mío, mi querido hijo, falta muy poco.

—Eso no lo sabes. Y a lo mejor acabo muerto.

Ella retiró lentamente la mano.

—¿Y ahora qué?

—Simpson y luego Carr.

—Lo harás. ¿Me lo juras?

Finn asintió.

Su madre lo observó con mirada penetrante y luego fue arrastrando los pies hasta un cajón y sacó una foto. Se la tendió.

—Este va por Carr —dijo con amargura, y lanzó un escupitajo al suelo. A continuación se tumbó en la cama—. Voy a contarte una historia, Harry.

Él se reclinó en la silla, pero por primera vez en su vida no la escuchó.

Cuando se abrió la puerta de la habitación, los dos se volvieron a mirar.

—¿Qué quiere usted? —le espetó Lesya en inglés—. Tengo una visita.

Cuando el hombre le respondió en ruso, a la anciana se le cortó la respiración.

—¿Quién es usted? —preguntó Finn en inglés.

—Solían llamarme John Carr —contestó Stone, mirándolo—. Tienes razón. No soy como los demás. Y vosotros dos tenéis que marcharos de aquí lo antes posible.

OceanofPDF.com

71

Cuando Paddy volvió a telefonear, Bagger respondió después del segundo tono.

—¿Sí? —dijo.

—¿Te has convencido ya de que tengo razón?

—¿Sabes cuántas veces te he matado en mi cabeza desde que hemos hablado?

—Yo también te quiero. Pero necesito oír tu respuesta.

—¿Cómo quieres hacerlo? —espetó Bagger.

—No haremos nada hasta que oiga lo que quiero oír.

—Ven a mi hotel y te lo diré en persona. Sé que ella está en Washington, así que seguro que tú también.

Paddy sonrió.

—¿Cómo me lo dirás? ¿Después de pegarme un tiro? Pues va a ser que no. Además, yo no voy a las zonas cutres de la ciudad. A los magnates de los casinos siempre les encantan los barrios bajos.

—¿Ah, sí? Gano más dinero en un minuto que el que tú has ganado en toda tu vida.

—El dinero no lo es todo, Jerry. La clase no se puede comprar. Me importa un cojón si te alojas en la Casa Blanca, aunque dudo que dejen entrar a personajillos como tú.

—Pues el dinero sí lo es todo si quieres vistas a la Casa Blanca como las que tengo. Cuesta mil pavos la noche.

Paddy sonrió y señaló a Annabelle, que levantó el pulgar para darle el visto bueno.

—¿Vas a darme tu palabra o cuelgo? Si cuelgo, no volveré a llamar.

Bagger soltó unos improperios antes de decir:

—Si me consigues a Annabelle, te doy mi palabra de que me olvidaré de ti.

—Y de que tú y los tuyos nunca me causaréis ningún daño. Dame tu palabra.

—De acuerdo.

—Necesito oírlo, Jerry.

—¿Porqué?

—Porque en cuanto esas palabras salgan de tu boca estaré de verdad a salvo.

—Y que los míos y yo nunca te causaremos ningún daño. Te doy mi palabra. —Esa última parte le resultaba tan dolorosa que dio un puñetazo a la mesita del teléfono.

—Gracias.

—Todavía no me has explicado cómo voy a conseguirla.

—Será toda tuya, Jerry. Déjalo en mis manos.

Colgó y miró a Annabelle, que esbozaba una sonrisa.

—Mil pavos la noche y con buenas vistas a la Casa Blanca. No puede haber muchos.

—Cierto —convino Annabelle.

OceanofPDF.com

72

—¿Puedes conseguirme una lista de los hoteles de Washington que tengan vistas a la Casa Blanca y cuesten mil pavos la noche? —preguntó Annabelle a Alex en la misma cafetería que la vez anterior.

—¿Por qué?

—Forma parte de todos esos detalles de los que te hablé.

—Conseguiré la lista. ¿Necesitas ayuda?

Annabelle pensaba decirle que no, pero cambió de idea.

—¿Tienes una mente ágil?

—¿Cómo dices?

—Si eres mentalmente ágil.

—Soy agente del Servicio Secreto. Es un requisito de nuestro trabajo.

—Entonces podrás ayudarme.

Ese mismo día, Annabelle fue al segundo hotel de la lista que Alex le había proporcionado. Se acercó a la recepción y mostró discretamente sus credenciales falsas del FBI.

—¿Qué sucede? —preguntó el recepcionista, nervioso.

—Potencialmente, problemas para tu hotel, pero quizá podamos evitarlo si cooperas. Tengo un equipo de asalto en el exterior.

El azorado joven miró hacia la calle.

—No les verás —dijo ella—. Son profesionales, ¿sabes?

—Llamaré al gerente —repuso el recepcionista, cada vez más nervioso.

—No; debes quedarte donde estás y responder a mis preguntas, William —dijo Annabelle al leer la placa con su nombre.

—¿Qué clase de preguntas?

—¿Se aloja aquí un hombre llamado Jerry Bagger?

—No puedo revelar esa clase de información. Es confidencial.

—Vale, pues supongo que tendremos que averiguarlo por las malas.

—Sacó un pequeño walkie—talkie que había comprado en una tienda de artículos deportivos—. Aquí Bravo Uno. ¿Me recibe, equipo de asalto Alfa? ¿Preparados para tomar todos los puntos de entrada? Afirmativo. Líder del grupo, normas de asalto, nada de disparos salvo que sea absolutamente necesario. Repito, sólo si es absolutamente necesario. Posibles daños colaterales en el vestíbulo.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de broma? —espetó el recepcionista, reponiéndose un poco.

Annabelle hizo una señal a Alex, que estaba oculto detrás de una columna en el vestíbulo, y él se acercó. El alto agente secreto bajó la mirada hacia el joven. Mostró sus credenciales del Servicio Secreto, la placa y la pistola que llevaba a la cintura.

—¿Algún problema?

El recepcionista señaló a Annabelle.

—Dice que es del FBI y busca a... a un tío y van a mandar a un equipo de no sé qué.

Alex se inclinó hacia el joven.

—No es un equipo de no sé qué. Se llama equipo de asalto. Y yo soy quien lo dirige. Somos una unidad antiterrorista conjunta. Tengo a veinticinco agentes con protección Kevlar y metralletas MP—5, listos para irrumpir en tu hotel porque ese tal «tío» es el número dos en nuestra lista de hombres más buscados, justo después de Bin Laden. Hace dos años que voy detrás de ese «tío» y no voy a permitir que un mequetrefe como tú me estropee el trabajo. Así pues, o miras en el ordenador y nos dices si está aquí, o serás el primer capullo al que arreste por obstrucción a la justicia.

—¡Joder! —exclamó el recepcionista—. ¿Puede hacer eso?

—Y sin perder la sonrisa.

Alex se volvió hacia Annabelle y asintió.

—Adelante, agente Hunter.

Annabelle sacó unos papeles del bolsillo.

—Tenemos una orden de búsqueda y captura contra Bagger y sus socios. —Miró al joven con expresión severa—. No nos gusta poner en peligro a personas inocentes, William, pero Bagger es un asesino, trafica con drogas, armas y todo lo malo que puedas imaginar. Pero si cooperas podremos sacar a ese cabrón del hotel sin armar mucho alboroto. Creo que a tu jefe le parecerá bien.

William se la quedó mirando unos instantes antes de empezar a teclear en el ordenador.

—No me consta ningún Bagger —dijo con voz temblorosa.

—Me sorprendería que utilizara su verdadero nombre. —Annabelle se lo describió con lujo de detalles—. Siempre va acompañado de gorilas.

—Yo diría que un tío así resulta inconfundible, ¿no? —observó Alex.

William asintió.

—Se aloja aquí con el nombre de Frank Walters. Ocupa la mejor suite del hotel. Disfruta de unas vistas preciosas de la Casa Blanca.

—No lo dudo. Bueno, gracias por tu ayuda, William. Pero no le digas nada a nadie, ¿entendido?

—Descuide. Y que haya suerte, oficial —repuso con un hilo de voz.

Alex asintió, le dio una palmada en el brazo y se marchó con Annabelle.

En el exterior, Alex hizo venir a un equipo para que vigilara el hotel y siguiera a Bagger allá donde éste fuera.

Mientras se marchaban en el coche de Alex, Annabelle comentó:

—Pues sí, tienes una mente ágil. Has estado muy bien.

—Viniendo de ti es todo un halago. ¿Ahora qué?

—Ahora apretamos el gatillo.

OceanofPDF.com

73

Finn, Lesya y Stone se quedaron mirando mutuamente durante un buen rato. Luego ella soltó un improperio y se levantó despacio del asiento. Cogió una pequeña caja de madera de la mesita de noche y pareció dispuesta a lanzársela a Stone a la cabeza.

—John Carr, maldito seas —le espetó—. ¿Y te atreves a venir aquí? ¡Asesino!

Stone se dirigió a Finn.

—Un hombre os estaba escuchando a hurtadillas. A juzgar por su expresión, ha comprendido lo que oía. Se ha ido corriendo. He visto en qué habitación estaba y he ido a mirar «por equivocación». Hay otro hombre vigilando a un paciente.

Finn ni se había inmutado.

—¿Quiénes son esos hombres?

—En la CIA solíamos llamarles «guardas de cripta». Los agentes con una lesión cerebral grave que podrían revelar secretos están bajo vigilancia constante hasta que mueren o se recuperan. Creo que se trata de eso.

—¿La CIA está aquí? —susurró Lesya con expresión incrédula.

—Así que el que nos ha oído había acabado su turno y se marchaba. Así pues, nos ha oído por casualidad, pero ¿ha entendido lo que decíamos? —preguntó Finn lentamente.

—El idioma que hablabais supone una buena tapadera. Casi nadie es capaz de entenderlo.

—¿Y tú sí? —preguntó Finn.

Stone asintió.

—Los conocimientos lingüísticos son parte del trabajo. Y por eso tenemos que marcharnos. Ya mismo.

Finn miró a su madre, que seguía observando a Stone con cara de odio.

—¿Y por qué deberíamos confiar en ti? Quizá nos estés conduciendo a una trampa.

—Es verdad —convino Lesya—. Una trampa. Igual que le hicieron a tu padre.

—Si ésa hubiera sido mi intención, habría esperado a que te marcharas —dijo Stone a Finn— y te habría disparado camino del aeropuerto. Por el camino hay una arboleda que resulta muy apropiada. Con respecto a tu madre, este sitio no está bien vigilado. Una puerta sin llave, una almohada, un poco de forcejeo y se acabó. —Se encogió de hombros—. Y si trabajara para la CIA no habría venido a advertiros. Habría dejado que os pillaran.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Finn.

—Te he seguido desde Washington. Esta mañana te he visto rondar las oficinas del senador Simpson. Tu aspecto me ha parecido sospechoso.

—No pensaba que resultara tan obvio.

—No lo era. Pero es que me han enseñado a mirar.

—¿Y por qué estabas en las oficinas de Simpson?

—Porque alguien me dijo que el asunto de Rayfield Solomon había vuelto a convertirse en una prioridad para la CIA.

—¿Y a qué se debe? —preguntó Finn con recelo.

Stone lo estudió con la mirada y se llevó una impresión clara. «Me recuerda a mí, hace muchos años.»

—Si matas para vengarte, quieres que la víctima sepa por qué. Por tanto, o le mandas algo con antelación o se lo das justo antes de apretar el gatillo. Creo que eso es lo que pasó con Cincetti, Bingham y Cole. Y también se hizo con Carter Gray. Y él se dio cuenta de que estaba relacionado con Rayfield Solomon. Lo que pasa es que Gray no murió.

—¿Cómo? —exclamó Lesya antes de lanzar una mirada acusadora a su hijo.

Finn ni siquiera parpadeó.

—¿Carter Gray está vivo? —inquirió.

Stone asintió.

—Y no hay duda de que el hombre que os escuchó a hurtadillas va...

—... a decírselo a Gray —se adelantó Finn. Cogió la maleta de su madre de debajo de la cama e introdujo rápidamente sus escasas pertenencias.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la anciana.

Finn la cogió por el brazo.

—Nos vamos.

—¿Adónde?

—Lejos de aquí —dijo Stone.

Finn lo miró.

—¿En avión?

Stone negó con la cabeza.

—Seguro que el aeropuerto ya está vigilado. Pero no están al corriente de mi presencia, al menos de momento. Alquilaré un coche en el aeropuerto. Os recogeré en la arboleda que he mencionado dentro de veinte minutos.

—¡No te fíes de él, Harry! Es un asesino. Mató a tu padre. —Lesya habló en ruso puro.

Stone le respondió en el mismo idioma:

—Todo lo que dices es cierto. Yo iba al frente del equipo que mató a tu marido. Ahora sé que era inocente. Perdí a mi mujer y a mi hija en circunstancias violentas por haber cumplido con mi deber hacia mi país. He pasado los últimos treinta años intentando enmendar mis errores. Dudo que me queden suficientes años para saldar mi deuda. Sé que no tienes motivos para confiar en mí, pero os juro que sacrificaré mi vida para salvaros a los dos.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a hacer una cosa así? —repuso Lesya, ya más sosegada y en inglés.

—Porque me limité a cumplir órdenes sin cuestionarlas. Porque le quité la vida a otro ser humano y no tenía derecho a hacerlo. Y porque ya habéis sufrido lo suficiente.

Al cabo de cinco minutos, salieron de la residencia por una puerta trasera. Aunque llevaba un bastón, Lesya consiguió ir a buen paso. No

estaba tan incapacitada como había hecho creer a los demás.

Stone los dejó escondidos en la arboleda, corrió al aeropuerto y alquiló un coche con la tarjeta de crédito que Annabelle le había dado. Ya advertía una sutil actividad a su alrededor que no presagiaba nada bueno para la huida. Se marchó en el coche, recogió a la pareja y, mientras Finn consultaba el mapa y guiaba, tomaron varias carreteras secundarias que conducían a la interestatal.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Finn.

—A Washington —repuso Stone.

OceanofPDF.com

74

Jerry casi había abierto un surco en la alfombra de la habitación del hotel de tanto ir y venir.

Cuando sonó el teléfono, se contuvo un momento antes de descolgar, respiró hondo y se tranquilizó. El era Jerry Bagger, y los Conroy eran una mierda. No obstante, tendría que conformarse con la hija porque ahora Paddy era intocable. Había dado su palabra. De sólo recordarlo le daban ganas de arrancarse el corazón. Se lo haría pagar a Annabelle haciéndola sufrir el doble.

—Hola, Jerry —dijo Paddy—. ¿Preparado para bailar con la princesa?

—¿La tienes? Demuéstramelo.

—Enseguida lo verás con tus propios ojos.

—Haz que se ponga al teléfono.

—Bueno, ahora mismo está un poco maniatada. Y amordazada.

—Pues quítale la mordaza —instó Bagger—. Quiero oír su voz.

Al cabo de un minuto, Annabelle habló con voz derrotada.

—Supongo que tú ganas, Jerry. Primero Tony y ahora yo.

Bagger sonrió y se sentó.

—Annabelle, ni se te ocurra compararte con ese desgraciado. Pero quería que supieras que tengo muchas ganas de verte.

—¡Vete a tomar por culo, imbécil!

—Batalladora hasta el final. Es una lástima, la verdad. Podríamos haber formado un gran equipo.

—No, no podríamos, Jerry. Mataste a mi madre.

—¡Y tú me robaste cuarenta millones, zorra! Me quitaste el respeto. Me quitaste todo aquello por lo que he luchado toda mi vida.

—Y no es suficiente para mí. Lo único que quiero es tener tu gorda y fea cabeza ensartada en una pica.

Jerry hizo un esfuerzo por tranquilizarse.

—Vale, pasaré por alto ese comentario. Las personas que están a punto de morir suelen decir tonterías. Por cierto, iba a hacerte más daño del que imaginas. Pero lo haré rápido, no lentamente. Después de que me digas dónde está mi dinero. ¿Sabes por qué hago esto? Por respeto a tu talento. Tu talento desperdiciado. Si hubieras aprendido un concepto tan sencillo como el respeto habrías vivido más.

—Dime una cosa. ¿Cuánto le has pagado a mi viejo para tenderme una trampa?

—Eso es lo mejor. No me ha costado ni un pavo. Me has salido gratis.

—Adiós, Jerry.

—No, nada de adiós, nena. Esto no es más que un saludo.

Paddy volvió a ponerse al teléfono.

—Bueno, Jerry, ya habéis intercambiado cumplidos. Ahora hay que concretar.

—¿Dónde y cuándo? Y no me digas delante de la Casa Blanca o el monumento a Washington o alguna gilipollez estilo Hollywood, porque entonces se acabó el trato. Para que acepte dejarte en paz quiero privacidad.

—Están construyendo un nuevo campo de béisbol en la ciudad cerca del río Anacostia —dijo Paddy.

—Eso he oído. ¿Qué tiene eso que ver con lo nuestro?

—Por ahí están derribando edificios y hay muchos sitios abandonados. Esta noche a las once en punto te llamaré para darte la dirección de un viejo parking. Habrá una furgoneta blanca aparcada en el segundo nivel. Annabelle estará dentro, enrollada en una alfombra. Las llaves estarán puestas.

Bagger colgó y miró a sus hombres.

—Podría ser una trampa, jefe —dijo Mike Manson.

—Vaya, Mike, ¿eso crees? No es que piense que Paddy Conroy trabaje para alguien que no sea Paddy Conroy, pero no soy imbécil.

Seguramente tiene muy mal rollo con su hija por la madre asesinada. Y quizá por eso me la entrega, para librarse de ella, y también para que yo lo deje en paz. Mata dos pájaros de un tiro. Pero con ese cabronazo nunca se sabe.

—¿Cómo lo hacemos entonces?

—Esperaremos a tener esa dirección. Vosotros la recogéis a medianoche y la lleváis a un lugar donde os esperaré. Un lugar mucho más privado que un parking abandonado.

—¿Quiere que nos marchemos con ella? ¿Y si nos siguen?

Bagger sonrió y cogió el periódico.

—Aquí dice que hoy se celebra un congreso del Banco Mundial, además de un montón de discursos y cenas de gala. Muchos peces gordos vendrán a Washington desde todas partes del mundo.

—¿Y? —preguntó Mike.

—Pues que es el momento idóneo si se tiene una estrategia adecuada.

OceanofPDF.com

75

Carter Gray había salido una vez más del bunker. Se preguntaba si su querida Agencia se había vuelto tan ineficaz e incompetente que él en persona tendría que apretar el puñetero gatillo para acabar con Lesya y su hijo. Tras una infructuosa búsqueda por todo el país, los había tenido al alcance de la mano en una residencia geriátrica del norte de Nueva York, pero había sido en vano. Cuando llegaron, la habitación estaba vacía, la madre y el hijo desaparecidos. Una tercera persona había sido vista con ellos. Algo le hacía pensar que John Carr, tras despistar a sus hombres y hablar con Himmerling, volvía a interponerse en su camino. Y ahora Gray tenía que cambiar su plan original para cazar a los tres.

La descripción de la anciana no le dejó la menor duda de que se trataba de Lesya Solomon. El paso del tiempo le había dejado huella; ya no era la bella y tentadora espía soviética. Pero era Lesya, Gray estaba convencido de ello.

De todos modos, ¿por qué John Carr querría estar con las personas que precisamente pretendían matarle? ¿Habría mentido acerca de su identidad? ¿Las habría secuestrado? ¿Se habían aliado? «Si es así, quizá me facilite la labor», pensó.

Gray miró por la ventanilla del helicóptero mientras sobrevolaba las praderas de Virginia camino de Langley. Con la autorización del presidente en el bolsillo, asumiría el mando de la búsqueda. Nadie le haría preguntas. De todos modos, la misión exigía delicadeza y sigilo, y cuando el objetivo fuera avistado y puesto en el punto de mira, la aplicación de una fuerza aplastante. El enseñaría a los militares el significado real de conmoción e intimidación.

Observó la topografía del terreno. Carr, Lesya y su hijo estaban allá abajo en algún lugar. Sólo tres piezas para cazar, y una de ellas era una mujer de más de setenta años. Gray contaba con efectivos, recursos y dinero ilimitados. Sería cuestión de tiempo. El hijo de David P. Jedidiah era perseguido por la todopoderosa inteligencia estadounidense. Además, había otra forma de acelerar el proceso.

En cuanto el helicóptero aterrizó en la central de la CIA, Gray empezó a poner en práctica su plan de ataque.

Entraron en Maryland a última hora de la tarde con Finn al volante. Lesya iba sentada detrás con aspecto cansado y asustado. Stone la oía murmurar en ruso «Nos matarán a todos» una y otra vez.

Observó a Finn, que tenía expresión ausente, aunque miraba continuamente por el retrovisor.

—¿Tienes familia? —preguntó Stone.

Finn vaciló antes de responder.

—Centrémonos en lo que tenemos entre manos.

Lesya se inclinó hacia el asiento delantero.

—¿Y de qué se trata? ¿Qué tenemos entre manos? Dímelo.

—Seguir vivos —respondió Stone—. Y mientras Carter Gray nos persiga, no resultará fácil.

—Exhumaron tu tumba —dijo Finn mientras recorrían la ronda de circunvalación de la capital.

—Obra de Gray, para hacerme salir a la luz.

—¿Sabía que estabas vivo?

—Sí. Habíamos alcanzado un acuerdo. El me dejaba en paz y yo lo dejaba en paz.

Lesya señaló a Stone con un dedo acusador.

—¿Lo ves, lo ves? Son aliados, hijo. Trabajan juntos. Estamos en manos del enemigo.

Stone se giró hacia la anciana.

—Lesya, fuiste una de las mejores espías de la Unión Soviética. Se rumoreaba que entregaste a más agentes extranjeros que nadie.

—Soy rusa. Trabajé para mi país. Igual que tú para el tuyo, John Carr. Y tienes razón, era la mejor.

Stone hizo una pausa al ver el orgullo que teñía sus facciones demacradas. Y a continuación le habló con dureza:

—Pues empieza a comportarte como tal y deja de soltar comentarios histéricos y estúpidos. Vamos a necesitar toda tu ayuda si queremos sobrevivir. ¿Acaso vas a quedarte ahí lloriqueando y dejar morir a tu hijo?

Ella lo miró con frialdad, entornando los ojos con ira repentina. Acto seguido, su expresión se despejó. Miró a Finn y luego a Stone.

—Tienes razón —convino—. Me estoy comportando como una estúpida. —Se reclinó en el asiento—. Tenemos que urdir un plan teniendo en cuenta los grandes recursos de que dispone Gray. A veces la abundancia de recursos impide actuar con agilidad, mientras que nosotros sí podemos. Quizá descubran que tenemos una o dos artimañas que no previeron.

Finn observó a su madre por el retrovisor. Nunca había oído aquel tono ni visto aquella serena confianza. Su acento ruso había desaparecido por completo. Era como si se hubiera quitado treinta años de un plumazo. ¡Incluso se sentaba más erguida!

—Quizá no sepan que mi hijo está implicado —continuó Lesya—, por lo menos no todavía, pero no tardarán en enterarse.

—¿Cómo? —preguntó Finn.

—Comprobarán los vuelos que han llegado hoy al aeropuerto. Compararán las descripciones. Este sitio es pequeño, no tardarán demasiado.

—No he utilizado mi nombre verdadero. Tengo un documento de identidad falso.

—Pero están las cámaras de vigilancia del aeropuerto —dijo Stone—. Introducirán tu rostro en alguna base de datos. Supongo que por lo menos estará en una. —Finn asintió—. Entonces tu familia podría correr peligro.

—¡Llámales ahora mismo! —instó Lesya.

Stone advirtió la enorme presión bajo la que se encontraba el joven cuando cogió el teléfono.

Finn habló con voz temblorosa.

—Cariño, por favor, no me preguntes nada ahora. Coge a los niños y llévalos a un motel. En el cajón de mi escritorio hay un móvil seguro. Utilízalo para llamarme. Saca dinero de un cajero automático. No utilices la tarjeta de crédito ni tu nombre real en el motel. Quédate ahí. Nada de

colegios, partidos de béisbol o fútbol, natación, nada. Y no se lo cuentes a nadie. Por favor, luego te lo explicaré.

Stone y Lesya oyeron la réplica desesperada de la azorada esposa.

El sudor perlaba la frente de Finn. Habló más bajo y al final su mujer se tranquilizó.

—Te quiero, cariño —añadió al final—. Todo saldrá bien. Te lo juro.

Colgó y se recostó en el asiento. Lesya le apretó el hombro.

—Lo siento, Harry. Me sabe mal hacerte esto. Yo... yo... —Se le apagó la voz. Apartó la mano y miró a Stone—. ¿Dices que Gray sabe que estás vivo, Carr? Te sacó de la tumba, por así decirlo. ¿Podría utilizar a alguien para llegar a ti? ¿Para hacerte salir a la luz? Seguro que alguien nos vio salir de la residencia y habrá dado una descripción. Él sabrá que estás con nosotros. Sabrá que tú eres la mejor manera de llegar hasta nosotros. Así pues, dime, ¿hay alguien?

—Conozco personas de las que se puede aprovechar, pero ya están advertidas.

Lesya negó con la cabeza.

—Las advertencias no sirven para nada si no se actúa con habilidad. ¿Esos amigos saben cuidar de sí mismos y cumplir órdenes? —preguntó mirándolo fijamente—. No maquilles la realidad. Tenemos que saber exactamente en qué situación nos encontramos.

—Uno de ellos sí, y está con otro amigo mío. Pero hay un tercero... —«Caleb, por favor, no cometas ninguna estupidez.»—Entonces ése será el flanco que Gray explotará. Dime, ¿cuánto aprecias a ese amigo?

—Muchísimo.

—Entonces lo siento por ti y por tu amigo.

Stone se reclinó en el asiento y notó las palpitaciones del corazón. Detestaba lo que aquella mujer le decía, aun sabiendo que tenía toda la razón.

—Llegado el momento, ¿nos intercambiarías por tu amigo? —añadió ella.

Stone se volvió y se encontró con sus ojos. Nunca había visto una mirada más penetrante que la que Lesya le dirigía en ese momento. No; se equivocaba. Había visto esa mirada con anterioridad: en Rayfield Solomon, justo antes de que él lo matara.

—No —respondió—, no lo haría.

—Entonces esforcémonos por no tener que llegar a esa encrucijada, John Carr, y a lo mejor así puedes redimirte de haber matado a mi esposo.

—Miró por la ventanilla antes de añadir—: Y sí que fui la mejor agente de la Unión Soviética, pero Rayfield era incluso mejor.

—¿Por qué? —preguntó Stone.

—Porque me enamoré de él, y me delató.

—¿Qué? —soltó Stone.

—¿No lo sabías? Yo trabajaba para los americanos cuando lo mataste.

OceanofPDF.com

76

Jerry Bagger no había dejado de telefonear desde que hablara con Paddy Conroy. El magnate de los casinos había pasado muchas horas pensando y al final había tomado una decisión. En circunstancias normales, la técnica de Bagger consistía en devolver cada golpe hasta que él o su contrincante desfallecían. Esta vez no iba a hacerlo, por diversos motivos. Uno de los más importantes era que había visto a Annabelle en acción. Sabía lo buena y convincente que podía ser. Y una vocecilla interior le recordaba a Bagger que un golpe corto era la preparación para un gancho de izquierda, puñetazo directo que había derribado a muchos contrincantes. No tenía intención de ser el blanco de esa clase de golpes demoledores.

Sin embargo, no podía dejar escapar aquella oportunidad de oro para tener en sus manos a Annabelle, si es que Paddy estaba jugando limpio. Tenía que ir a por todas. Pero siempre hay que tener un plan B, porque el plan A casi nunca sale perfecto, y a veces incluso se tuerce tanto que uno no está seguro de poder despertarse al día siguiente. Annabelle le había dado una lección valiosa al desplumarlo: la fuerza de lo imprevisible.

Primero llamó a su director financiero para ordenarle que depositara una buena suma en un paraíso fiscal seguro al que Bagger pudiera acceder al instante. El dinero lo puede todo. Mandó que su jet privado volara a Atlantic City para recoger algunas cosas, entre ellas el pasaporte, y luego aterrizara en un aeropuerto privado de Maryland.

A continuación, telefoneó a otro de sus socios, un colega de mucha confianza dotado de un talento especial para los explosivos. Bagger le dijo lo que quería y el hombre respondió que podía tenerlo listo en dos horas, entregado en casa. Bagger añadió una propina de cinco mil dólares al

precio del artilugio. «Debes de estar muy necesitado», comentó el artificiero.

Era verdad, Bagger necesitaba aquella bomba desesperadamente. Lo irónico del caso era que esos dispositivos casi siempre mataban a mucha gente. Pero en este caso quizá sirviera para dejar con vida a una sola persona.

«A mí», pensó.

—Bueno —dijo Annabelle a Alex y a su padre—, tenéis que meterme en esa furgoneta.

Paddy se levantó y meneó la cabeza.

—Me temo que no, Annie.

—¿Qué quieres decir? —repuso ella mirando con severidad a Alex. El parecía tan sorprendido como ella.

—Tú no irás en esa furgoneta. Iré yo —afirmó Paddy.

—Eso no forma parte del plan. Jerry me quiere a mí, no a ti.

—Le diré que me has tomado el pelo. Se lo creerá. Sabe perfectamente lo buena que eres.

—Paddy, no voy a permitir que Jerry se te acerque.

—Tú tienes toda la vida por delante, Annie. Si algo sale mal y yo pago el pato, ¿qué más da?

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque sabía que no lo aceptarías, por eso. Ahora hemos llegado demasiado lejos para echarnos atrás.

—Alex, habla con él.

—Bueno, lo que dice tiene sentido, Annabelle.

—Metedme en la furgoneta —continuó Paddy—. Ganaré algo de tiempo contándole a Jerry cómo me engañaste, pero le diré que todavía puedo pescarte si me da otra oportunidad.

—Papá, te matará en cuanto te vea.

—Conozco a Jerry desde hace mucho más tiempo que tú. Sé cómo camelármelo. Confía en mí.

—No voy a permitir que...

—Tengo que hacerlo. Por muchos motivos.

Annabelle miró a Alex y otra vez a Paddy.

—¿Y si algo sale mal?

—Pues habrá salido mal —repuso Paddy—. Ahora que empiece el espectáculo. No tengo tiempo que perder. —Señaló a Alex con un dedo—. Pero una cosa: que no aparezca la caballería hasta que el cabrón reconozca que mató a Tammy.

La llamada se produjo a las once y proporcionó la dirección. A medianoche los hombres de Bagger entraron en el parking y encontraron la furgoneta blanca en la segunda planta. En la parte trasera, bien envuelta en una alfombra enrollada, había una persona.

—¡Mierda! —exclamó Mike Manson cuando dirigió su linterna a la cabeza de la persona—. ¡Es un viejo!

Desenrollaron la alfombra y allí estaba Paddy Conroy. Parecía tan débil que tuvieron que ayudarlo a levantarse.

Manson le puso la pistola contra una mejilla sudorosa.

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Quién cono eres?

—La cabrona de mi hija me ha engañado —masculló Paddy.

Manson esbozó una sonrisa.

—¿Eres Paddy Conroy?

—No, soy el rey de Irlanda, imbécil.

Manson lo llevó a empujones por el lado de la furgoneta, pero Paddy se golpeó con el flanco y se cayó. Manson telefoneó a Bagger para informarlo.

El magnate de los casinos se alegró de echarle el guante a su vieja bestia negra, pero receló de ese cambio tan drástico. No, no le gustaba en absoluto, porque eso significaba que Annabelle estaba suelta por ahí.

—Traedle —ordenó a Mike.

Manson colgó.

—Ahora nos vamos de excursión. Pero antes...

Los dos hombres cachearon a Paddy hábilmente para ver si llevaba algún dispositivo de vigilancia.

Al cabo de unos instantes la furgoneta blanca salió del parking, giró a la izquierda bruscamente, bajó por un callejón, dobló a la derecha y se paró derrapando detrás de tres monovolúmenes negros aparcados en fila.

Mike Manson introdujo a Paddy sin miramientos en el del medio. Los tres vehículos se pusieron en marcha y salieron a toda prisa del callejón. Uno giró a la izquierda, otro a la derecha y el tercero continuó recto.

Los vehículos llegaron a calles concurridas y el plan de Bagger enseguida resultó evidente. Por todas partes había monovolúmenes negros que transportaban a los asistentes al congreso del Banco Mundial a los distintos actos. Los tres monovolúmenes de Bagger se fundieron rápidamente en aquella aglomeración de dignatarios y burócratas.

A las diez y media de la noche Bagger salió del hotel con sus hombres. Fueron hasta un almacén abandonado que los hombres de Bagger habían localizado en una decadente zona industrial de Virginia. Esperaron allí hasta que el monovolumen negro con Paddy Conroy y Mike Manson llegó.

En cuanto Bagger vio a Paddy, se acercó a él y le dio un buen bofetón en la boca. Paddy cayó hacia atrás contra el vehículo, pero se rehízo y trató de atacar a Bagger, aunque los esbirros lo sujetaron.

—Por los diez mil dólares que me birlaste. Llevo mucho tiempo esperando vengarme por eso.

Paddy escupió sangre por la boca.

—Los mejores diez mil pavos que he birlado en mi vida.

—Ya veremos qué piensas al respecto dentro de un rato. ¿Sabes?, el hecho de que Annabelle no esté aquí significa que mi promesa de olvidarme de ti es nula y sin valor, como dicen los picapleitos. —Observó las facciones cenicientas y demacradas de Paddy y su ropa raída—. Parece que la vida te ha tratado muy bien. ¿Estás enfermo, eres pobre o ambas cosas?

—¿A ti qué más te da?

—Me siento insultado. Tú ni siquiera cuando estás en plenas facultades eres suficientemente bueno. ¿Te parece inteligente venir a por mí vestido con harapos y con cara de muerto viviente?

Paddy miró a los hombres armados que lo rodeaban.

—Pues ahora mismo no me parece inteligente, no.

Bagger se sentó en un cajón de embalaje sin apartar la mirada de Paddy.

—¿Así que Annabelle ha sido más astuta que tú? ¿Cómo se lo montó, Paddy?

—Como te he dicho, supongo que le enseñé demasiado bien.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres decir?

—A lo mejor padre e hija se aliaron para joderme. ¿Qué te parece esa teoría?

—Mi hija me odia.

—Eso dices tú.

—Si no te lo crees, ¿por qué aceptaste el trato?

—Ya sabes por qué. Pero ahora estás tú aquí. ¿Dónde está ella?

—No tengo ni idea.

Bagger se levantó lentamente.

—Me parece que podrías esforzarte un poco más. Así que tú y yo vamos a charlar un poco.

—No me apetece charlar.

Bagger sacó una navaja dentada del bolsillo de la americana y se enfundó un guante de plástico.

—Puedo resultar muy convincente. —Miró a sus hombres y asintió.

Al cabo de un momento, Paddy estaba sin pantalones ni calzoncillos y Bagger le estaba calibrando las partes pudendas para cortárselas.

—Utilicé esta técnica con un capullo llamado Tony Wallace en Portugal después de «charlar» con el personal que había contratado para ocuparse de su mansión con mi dinero. ¿Y sabes qué? Habló largo y tendido justo antes de que le machacáramos el cerebro. De hecho, así fue como le seguí el rastro a tu hija. Y ahora tú vas a hacer lo mismo, viejo. Sabes dónde está Annabelle y vas a decírmelo. Y cuando me lo digas, te mataré rápido y sin dolor. ¿Y si no me lo dices? Pues seguro que esa opción no te gustará, créeme.

Paddy forcejeó con sus captores, pero eran demasiado fuertes. Mientras la navaja se acercaba cada vez más al lugar en que ningún hombre desea un instrumento afilado, Paddy exclamó:

—¡Por el amor de Dios, no sigas! ¡Pégame un tiro y ya está!

—Dime dónde está Annabelle y prometo que te mataré rápido. Es el único trato posible en este momento. Si realmente odias a tu hija, no debería suponerte ningún problema decirme dónde está, ¿verdad?

—Si lo supiera, ¿crees que estaría aquí, imbécil?

Bagger le cruzó la cara de un bofetón.

—Un poco de respeto.

—Aquí tienes mi respeto. —Paddy le escupió en la cara—. Esto es por Tammy.

—Cierto, la mujercita que dejaste para mí.

—La noche que la mataste estaba en la cárcel, hijoputa. De lo contrario habrías tenido que pasar sobre mi cadáver. Ella fue lo único que quise en toda mi vida. Y juro por Dios que planeaba pegarte un tiro en la cabeza, igual que le hiciste a ella.

—¿Antes o después de que matara a tu hija?

—Estaba dispuesto a pagar cualquier precio con tal de pescarte —replicó Paddy.

—Pero Annabelle te fastidió, ¿verdad? ¿Verdad que sí, viejo?

—No la culpo por volverse contra mí.

—Dado que planeabas trincarme por haber matado a tu mujer, ¿quieres que te informe sobre sus últimos instantes de vida? ¿Te gustaría?

—Encontraré la forma de matarte, Jerry. Te lo juro.

—Lo tomo como un sí. Le destrozamos la casa y ella me reconoció. ¿Y sabes qué dijo? Dijo: «¿Por qué haces esto, Jerry? ¿Por qué vas a matarme? Yo no te he hecho nada.» ¿Y sabes qué le dije? Le dije: «Porque el gallina de tu marido me timó y te dejó pagar el pato. Eso demuestra lo mucho que te quiere, tontorrón.» Y entonces le pegué un tiro en la cabeza. Bueno, ¿quieres saber algo más antes de que empiece a descuartizarte?

—Ya es suficiente —dijo una voz femenina.

Todos se volvieron para ver aparecer a Annabelle y Alex por detrás de una pila de cajas de embalaje. Alex apuntaba con una pistola a Bagger, mientras que los hombres de éste les encañonaron con ocho pistolas.

—¿Cómo cono habéis entrado aquí? —preguntó Bagger.

—He venido con el FBI —respondió Annabelle.

—Nadie ha podido seguir a mis chicos.

—No les hemos seguido. Te hemos seguido a ti. Este sitio está rodeado, Jerry. No tienes escapatoria.

—¿Ah, sí? ¿Ahora trabajas para el FBI? Mira, nena, me timaste una vez, debería darte vergüenza, pero si me timas dos veces, a quien se le caerá la cara de vergüenza será a mí. —Bagger habló con voz segura aunque su expresión no lo era tanto.

—Dice la verdad, gilipollas —dijo Alex—. Así que diles a tus hombres que suelten las armas antes de que sea demasiado tarde.

—Matadlos —ordenó Bagger.

En ese mismo instante todas las puertas del almacén se abrieron abruptamente y dos docenas de hombres con chalecos antibalas irrumpieron armados con ametralladoras.

—¡FBI, soltad las armas!

Bagger soltó el cuchillo y sus hombres dejaron las pistolas ante aquel impresionante despliegue de agentes federales.

La mirada de Bagger pasó de Annabelle a Paddy.

—¿Dos estafadores colaborando con los federales?

—Uno hace lo que tiene que hacer, Jerry —dijo Paddy mientras se vestía rápidamente.

Bagger miró a uno de los agentes del FBI y recuperó la arrogancia.

—Esa zorra me robó cuarenta millones. ¿Se ha molestado en contároslo mientras hacía de chivata?

—No es asunto mío.

—Oh, vaya, entonces, ¿de qué se me acusa exactamente?

—Aparte de secuestro y agresión, de los asesinatos de Tammy Conroy, tres personas en Portugal y Tony Wallace, que murió ayer.

Bagger soltó un bufido.

—Tengo una docena de testigos oculares que testificarán que no estaba presente cuando murieron esas personas.

Annabelle enseñó una videocámara.

—Tu confesión está aquí, Jerry. Tengo que reconocer que hablas muy claro. —Entregó el aparato al oficial al mando.

Bagger miró a los hombres del FBI y luego se dirigió a Annabelle.

—Bueno, entonces supongo que se acabó —dijo. Se introdujo la mano en el bolsillo.

—Quieto —ordenó un agente—. Saca esa mano lentamente.

Bagger obedeció, aunque escondía algo en la mano.

—Esto es un detonador, amigos. Si retiro el pulgar de aquí, tengo un trozo de C4 en el monovolumen que está a mis espaldas que hará saltar por los aires todo y a todos en un radio de cien metros a la redonda. —Se dirigió al oficial al mando—: Compruébalo tú mismo si no te lo crees.

El oficial asintió hacia uno de sus hombres. Éste miró en la parte trasera del vehículo. La expresión con que miró a su superior lo dijo todo.

—Ahora vamos a hacer lo siguiente —dijo Bagger. Con la mano libre señaló a Paddy y a Annabelle—. Ellos vienen conmigo.

—No vamos a permitir que salgas del edificio —dijo el oficial al mando.

—Entonces pasaremos todos a mejor vida.

—No me lo creo —dijo el oficial.

—Mi mayor esperanza es una inyección letal, ¿no? Pues no moriré solo. Así que, si crees que no soy capaz, es que no conoces a Jerry Bagger. —Miró a dos francotiradores que le habían colocado dos puntos rojos en la frente—. Si tus chicos me disparan, mi pulgar se moverá sin remedio.

El oficial miró con inquietud a Alex y luego a Annabelle.

Ella dio un paso adelante.

—De acuerdo, Jerry, tú ganas. Vamos.

Alex también dio un paso adelante.

—Yo también voy.

—No, tú no, Alex —espetó ella.

Bagger sonrió maliciosamente.

—¿Alex? ¿Te llamas Alex? Parece que por fin has encontrado a un amigo, Annabelle. Y no quiero privarte de tus amigos. —Miró a Alex—. Felicidades, capullo, tú también vienes.

Bagger miró al oficial.

—Quiero que sepas que soy un tío justo, así que puedes llevarte a algunos de mis chicos para que no quedes tan mal. —Señaló a Mike—. Incluyendo a ése.

—¡Señor Bagger! —protestó Mike.

—Cállate —espetó Bagger antes de dirigirse a Annabelle y a los demás—. Subid al monovolumen. —Cuatro de sus hombres recogieron sus armas y todos subieron al vehículo.

Alex, Annabelle y Paddy se colocaron en los asientos del centro. Bagger y uno de sus hombres subieron delante y tres más detrás.

Bagger bajó la ventanilla.

—Si veo un coche u oigo un helicóptero que nos sigue, empiezo a cargarme a la gente, ¿entendido? —Se despidió con la mano de los agentes del FBI cuando el vehículo salió del almacén.

—¿Adónde vamos, señor Bagger? —preguntó el chófer.

—Al aeropuerto privado del oeste de Maryland, adonde les dije que llevaran el jet. Ya supuse que quizá tendría que largarme sin previo aviso. Voy a llamar ahora mismo para decirles que vayan calentando motores. —Miró a Annabelle—. Siento decirte que vosotros tres no venís con nosotros.

OceanofPDF.com

A Carter Gray se le daba muy bien pescar. El problema era que no lograba cobrar el pez que más deseaba porque no encontraba el cebo adecuado. Sus hombres habían trabajado incansablemente, y Gray había leído una montaña de archivos digitales. No obstante, después de tanta molestia y fatiga sólo tenía un nombre: Harry Jedidiah, hijo de Lesya y Rayfield Solomon, también llamado David P. Jedidiah II.

También había intentado encontrar a la variopinta pandilla de tipos raros de Oliver Stone: el ex militar fortachón Reuben Rhodes, que Gray recordaba de Murder Mountain; el bibliotecario apocado Caleb Shaw, que no iba a su casa ni a su trabajo en la Biblioteca del Congreso desde hacía unos días; y Milton Farb, el genio angelical con un trastorno obsesivo—compulsivo. Gray disponía de un dossier para cada hombre y, aun así, parecía habérselos tragado la tierra. Farb y Shaw no habían utilizado sus respectivos móviles y Rhodes no tenía ninguno a su nombre. Además, se había mudado hacía poco y no había dejado ninguna dirección de contacto. Su domicilio actual tampoco constaba en ningún registro inmobiliario; los hombres de Gray lo habían comprobado. Sin embargo, con los recursos de Carter Gray nadie debería poder desaparecer de ese modo. No era de extrañar que esas células de terroristas infiltrados fuesen casi imposibles de descubrir. América era demasiado grande y demasiado libre, joder.

En cierto sentido, los soviéticos habían acertado: «Espiad a todo el mundo porque nunca se sabe cuándo un amigo puede convertirse en enemigo.»

Ahora se había empeñado en localizar al hijo de Lesya, y se había dedicado a un aspecto concreto como punto de menor resistencia. Se

levantó del asiento en el bunker y encendió la tele. Acto seguido, el jefe de inteligencia pulsó un botón en el mando a distancia que sostenía.

La escena que apareció pertenecía al edificio Hart de la oficina del Senado. Estaba claro que Roger Simpson sería un objetivo del hijo de Lesya. En tal caso, podía atacar al senador en su casa o su oficina. Gray ya había visionado las grabaciones de la cámara de vigilancia del bloque de apartamentos de Simpson, pero no había encontrado nada útil. Ahora se dedicaría al despacho.

Observó horas y horas de grabación de gente entrando y saliendo en el edificio. Había mucha gente, y ese exceso hacía que parecieran siluetas inútiles. Entonces Gray pensó en otra opción. Puso otro DVD, se reclinó en el asiento y empezó a observar el vestíbulo que conducía al despacho de Simpson. Se pasó tres horas mirando, escrutando metódicamente a cada persona que aparecía en la grabación.

«Por fin.» Se incorporó y lo visionó otra vez. El hombre que estaba arreglando la puerta del despacho de Simpson. Acercó el rostro. Gray era experto en ver a través de los disfraces. ¿Acaso los pómulos guardaban cierto parecido con los de Solomon? ¿El mentón, los ojos con los de Lesya? A diferencia de lo que le había dicho al presidente, conocía bien a aquella mujer.

Realizó varias llamadas y la historia empezó a cobrar forma rápidamente. Nadie de la oficina de Simpson había llamado para que arreglaran la puerta. Sin embargo, la recepcionista de Simpson informó de que eso había dicho el hombre, que le habían llamado. No obstante, según las imágenes que tenía Gray no había entrado en el despacho, y en el resto de los discos de vigilancia tampoco se apreciaba nada. Llevaron a un perro rastreador de explosivos, en vano. Nadie se molestó en buscar micrófonos ocultos porque un micrófono no mataba personas.

El siguiente paso fue coger la imagen del técnico que había ido a arreglar la puerta, reducirla a los rasgos esenciales y pasarla por todas las bases de datos oficiales. Estaban haciendo lo mismo con las grabaciones de vídeo del aeropuerto y las descripciones recibidas de la residencia geriátrica. Si bien la era de la informática había acelerado sobremanera tal proceso, seguía siendo lento, algo que Gray no podía permitirse. Dejar que las autoridades pillaran a Lesya no era una opción: podía contar demasiadas cosas. Estaba claro que había transmitido esos conocimientos a

su hijo. Y si Carr estaba con ellos, ninguno de los tres podía seguir con vida. Resultaría catastrófico para el país, para el mundo. Y para Carter Gray.

OceanofPDF.com

78

Bagger ordenó a su hombre que fuera por la ciudad en vez de por la ronda de circunvalación hasta Maryland. Se pararon una vez y cambiaron la matrícula del monovolumen por si el FBI la había anotado. Luego siguieron circulando, mezclándose con docenas de vehículos similares.

Bagger se recostó en el asiento con aire satisfecho mientras pulsaba un botón del detonador para desactivarlo.

Paddy iba muy quieto en el asiento observando a Bagger. Annabelle tenía la vista fija delante. Alex también observaba a Bagger o, mejor dicho, su pulgar.

—¿Una bomba, Jerry? No es propio de ti huir de este modo —dijo Annabelle.

—Tú me enseñaste esa lección —dijo sonriendo—. El valor de lo impredecible. A veces se aprende más cuando te dan una patada que cuando sales ganando. Fuiste directa a estafarme a mí en vez de intentarlo en el casino. O sea que ahora te he devuelto la jugada. Jerry Bagger nunca se echa atrás, siempre se queda para seguir luchando. Pues esta vez no, nena. Y no sabes lo bien que siento.

—Me alegra haberte dado tan buen ejemplo —ironizó ella.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Alex—. ¿Nos dejarás tirados por el bosque camino del avión?

—¿Qué cono te importa? Estaréis muertos.

—En cuanto te libres de nosotros, ya no tendrás más rehenes. ¿Crees que te van a dejar marchar en el avión como si nada?

—No tienen ni idea de dónde tengo mi jet. En un par de horas estaré fuera de la jurisdicción de los federales.

—Tenemos acuerdos de extradición con prácticamente todo el mundo.

—Conozco los vacíos legales, créeme.

—¿Y dejarás que el Pompeii se vaya al garete?

Bagger se giró para sonreírle.

—¿Te crees que un tío como yo no tiene pasta gansa guardada en otro sitio?

—Seguro que sí, pero aun así no conseguirás escapar.

—Sí, claro. Quién sabe.

—Yo lo sé.

—Esa sí que es buena. —Bagger miró a Annabelle y se dio un golpecito en la sien—. La verdad es que tenías que haberte buscado a un chico más listo, Annabelle. Porque primero fue Tony Wallace y ahora este tarado.

—¿Quieres saber por qué no vas a escapar, Jerry? —preguntó Alex.

—Sí, dímelo, me muero de ganas de saberlo.

Alex miró por la ventanilla. Estaban cruzando el Potomac.

—Porque el FBI sabe exactamente adónde vas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? ¿Ahora hacen seguimientos por telepatía?

Alex y Paddy intercambiaron una mirada y el cuerpo del irlandés se puso tenso.

Alex se desabotonó un poco la camisa y se la abrió. Entonces se vio el micrófono oculto.

—¿Alguna vez se te ocurre cachear a tus rehenes para ver si llevan un micrófono, gilipollas?

—¡Mierda! —exclamó Bagger, justo cuando Alex se lanzaba hacia delante y lo echaba encima del conductor, al tiempo que le golpeaba la cabeza contra el cristal de la ventanilla.

Paddy se abalanzó y le arrancó el detonador a Bagger de la mano. El conductor cayó flácido encima del volante mientras pisaba el acelerador con el pie. El vehículo quedó sin control e invadió el carril contrario.

Con un solo movimiento, Alex abrió la puerta del pasajero, cogió a Annabelle y saltó. Ella estiró el brazo para aferrar la mano de su padre. Al cabo de un segundo estaba cayendo del vehículo mientras su padre, con una fuerza que asombró a la hija, liberaba la mano.

Lo último que Annabelle vio antes de caer fue a su padre mirándola con el detonador en la mano.

Al cabo de un instante aterrizaron sobre el asfalto, ella encima de Alex. Acto seguido, el monovolumen chocó contra el muro del puente, lo derribó y cayó al vacío.

Alex y Annabelle se llevaron un buen susto cuando una tremenda explosión hizo vibrar el aire. El monovolumen estalló mientras caía hacia el río.

Alex la cubrió con su cuerpo cuando distintas partes del vehículo llovieron a su alrededor. Al cabo de treinta segundos se levantaron, contusionados, ensangrentados y con las piernas temblorosas, se acercaron tambaleándose al borde del puente dañado y miraron hacia abajo. Lo que quedaba del monovolumen y sus pasajeros estaba desapareciendo en las aguas del Potomac.

Cuando la última parte del vehículo se deslizó bajo el agua, Annabelle se giró y caminó lentamente por la carretera. Parecía en estado de shock.

La gente detenía sus vehículos y corría a asomarse para mirar boquiabiertos. Otros se acercaron rápidamente a Alex y a Annabelle.

—¿Está herido, señor? —dijo un hombre.

—¿Qué demonios ha pasado, señora? —preguntó un hombre mayor.

Alex les mostró su placa.

—Servicio Secreto. Vuelvan a sus coches y sigan circulando. ¡Venga!

A continuación rodeó a Annabelle con el brazo en actitud protectora, enseñó la placa a otro grupo de curiosos y se alejaron rápidamente al amparo de la noche.

OceanofPDF.com

79

Los tres estaban en el sótano de un edificio que llevaba vacío más de una década. Era un lugar infestado de ratas y maloliente, pero en esas circunstancias era el único sitio donde se sentían seguros. La luz procedía de un farol alimentado con pilas y como únicas sillas tenían montículos de trastos. Ese lugar era el último recurso para Oliver Stone. Sólo acudía allí cuando no le quedaba ningún otro sitio al que ir.

Stone se apoyó en una pared de ladrillo fría y húmeda y observó a Lesya, sentada sobre una pila de alfombras viejas, ensimismada. Finn estaba junto a la puerta, aguzando todos los sentidos. Stone se dirigió al hombre joven.

—Mataste a Cincetti, a Bingham y a Cole e intentaste matar a Carter Gray haciendo explotar su casa con una bala incendiaria después de llenarla de gas. Trepaste por el acantilado para llegar a su casa y luego te lanzaste al agua para escapar.

—No respondas —terció Lesya mientras dedicaba una mirada recelosa a Stone—. Acepté colaborar con este hombre para seguir con vida, pero eso no significa que podamos confiar en él.

—No espero ninguna respuesta —repuso Stone—. Sólo estaba expresando mi admiración. No es fácil liquidar a asesinos de ese modo.

—Entonces, ¿crees que mereces morir? —preguntó Lesya con dureza—. Tú también fuiste asesino.

—A decir verdad, hace tiempo que estoy muerto.

—Mataron a tu mujer, ¿verdad? —dijo Finn.

—Porque quise dejarlo. Y estuvieron a punto de matarme a mí. Para colmo de males, Roger Simpson adoptó a mi hija cuando era un bebé.

Nunca llegó a saber que yo era su padre.

—¡Simpson! —Lesya escupió en el suelo—. ¡Eso es lo que pienso de Roger Simpson!

—Dijiste que habías trabajado para nosotros años atrás —dijo Stone—, pero a nosotros nos dijeron que tú habías delatado a Solomon y que los dos trabajabais para los soviéticos. Por eso decidieron liquidarlo, porque era un traidor.

—Os mintieron —se limitó a decir Lesya.

—Eso lo sé ahora. Pero si los dos trabajabais para nosotros, ¿por qué querrían matarte a ti? ¿O a él?

—Por culpa de una misión sumamente peligrosa y confidencial que nos asignaron a Rayfield y a mí. La llevamos a cabo con éxito con la ayuda de un grupo de rusos que me eran leales.

—¿De qué misión se trataba?

—Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi hijo.

—¿Porqué?

—Yo era espía. No acostumbramos revelar nuestros secretos.

—Si voy a ayudarte he de saber la verdad.

—¿Tú, que mataste a mi esposo, me vienes con exigencias?

—No podemos superar los recursos de Carter Gray, aunque juntos quizá sí podamos ser más astutos. Pero antes necesito saber toda la verdad.

Lesya no parecía convencida.

Finn se colocó delante de su madre.

—Ya he dado un susto de muerte a mi familia. Ignoro si están realmente a salvo. Si intento contactar con ellos, podría ponérselo en bandeja a Gray.

—Ya te dije que habría riesgos, muchos riesgos.

—Me has preparado toda la vida para esto —repuso su hijo, enfadado—. Insististe en que mi obligación era vengarme, en que era el único capaz de hacerlo.

—Todos los hombres pueden elegir —aseveró Lesya. Señaló a Stone—. Igual que este hombre. Decidió cumplir las órdenes en vez de cuestionarlas y mató a un hombre inocente.

—Era militar. Le habían preparado para cumplir órdenes.

—Igual que Bingham, Cole y Cincetti —señaló su madre—. ¿En qué se diferencia?

—En que vino a advertirnos. De no ser por él, ahora tú y yo estaríamos muertos. Ahí radica la diferencia. Creo que se ha ganado nuestra confianza. Tu confianza.

—Nunca he confiado en nadie, aparte de tu padre.

—¿Y en mí? —replicó Finn.

—Y en ti —reconoció ella.

—Bueno, si de verdad confías en mí, escúchame. No puedes ir por la vida pensando que todo el mundo está en tu contra.

—Esa filosofía me sirvió durante muchos años.

—¿Y si no hubieras confiado en Rayfield Solomon?

Lesya se quedó callada y observó a su hijo. Poco a poco fue desviando su atención hacia Stone.

—¿Hasta qué punto conoces la historia soviética?

—Pasé allí mucho tiempo, si es que eso sirve de algo.

—¿Sabes quiénes fueron los dos jefes del Partido Comunista antes de que Gorbachov llegara al poder?

Stone asintió.

—Andropov y Chernenko. ¿Por qué?

—Los líderes soviéticos solían ser famosos por su longevidad en el cargo. Sin embargo, Andropov apenas duró trece meses y Chernenko más o menos lo mismo.

—Eran hombres mayores con mala salud —repuso Stone—. Estaban de relleno después de la muerte de Breznev. Nadie esperaba que duraran mucho.

Lesya dio una palmada.

—Exacto. Nadie esperaba que duraran mucho, por lo que nadie se sorprendió cuando murieron.

—¿Quieres decir que fueron asesinados? —inquirió Stone.

—No es tan difícil matar a viejos enfermos. Aunque sean jefes del Gobierno soviético.

—¿Quién ordenó que los mataran?

—Tu gobierno.

Finn la miró asombrado.

—Eso es imposible. Según las leyes estadounidenses, es ilegal asesinar a un jefe de Estado.

Lesya se burló.

—¿Qué importa eso cuando se intenta evitar una guerra nuclear que exterminaría el planeta? Andropov y Chernenko eran ancianos, sí, pero también comunistas de la línea dura. Estaban en medio. Con ellos no se produciría ningún cambio verdadero. Y la Unión Soviética se estaba desmoronando, estaba contra las cuerdas. Cada vez se hablaba más de que el Partido Comunista se planteaba tomar medidas desesperadas para recuperar su sitio como superpotencia. Eso no podía permitirse. Gorbachov debía tener vía libre. Si bien al comienzo Gorbachov parecía igual que los demás líderes, nosotros sabíamos que era distinto. Sabíamos que las cosas cambiarían con él. De todos modos era comunista y sabíamos que no disolvería la Unión Soviética, pero también éramos conscientes de que con él la amenaza de la guerra disminuiría considerablemente. Luego lo sucedió Yeltsin. Nadie lo habría predicho, pero fue bajo su mandato cuando la Unión Soviética se desmanteló.

»Pero teníamos que librarnos de los viejos líderes del partido. ¡Era imprescindible! Contamos a los americanos nuestras ideas al respecto y nos dieron la razón. Y Rayfield también estuvo de acuerdo. Sabía tanto sobre los entresijos de la Unión Soviética como cualquier otro americano. Pero nosotros no urdimos el complot del asesinato, lo hicieron los americanos. —Miró a Stone—. Crees que es la verdad, ¿no?

—Han asesinado a otros jefes de Estado con anterioridad —reconoció—. Pero ¿estás diciendo que Gorbachov estaba al corriente del complot?

—Por supuesto que no. Sólo lo sabíamos unos pocos.

—¿Cómo recibisteis las órdenes para hacerlo? —preguntó Stone.

—De nuestro contacto en el bando americano.

—¿Quién era?

—¿Acaso no resulta obvio? Roger Simpson.

—¿Y tú y tu equipo matasteis a Andropov y a Chernenko?

—Digamos que les ayudamos a ir a la tumba antes de tiempo, sí.

—¿Y Rayfield Solomon estaba implicado?

—Completamente. Los soviéticos pensaban que trabajaba para ellos.

—¿Cómo sabes que el gobierno estadounidense aprobó la operación?

—Te lo acabo de decir. Recibimos las instrucciones de Simpson. Él era nuestro jefe de misión, y él dependía directamente de Carter Gray. Y Gray del jefe de la CIA.

—O sea que cumpliste órdenes, sin cuestionarlas.

—Sí.

—¿Y mataste a Andropov y a Chernenko, dos hombres inocentes?

Lesya y Stone intercambiaron una larga mirada.

—Sí —reconoció ella al cabo.

—¿Por qué quisieron los americanos matar a mi padre e intentar matarte si completasteis la misión con éxito? ¿Por qué intentaron haceros pasar por traidores? —preguntó Finn.

—Porque el gobierno estadounidense no ordenó los asesinatos —respondió Stone—. Probablemente fue la CIA, o Simpson y Gray por su cuenta y riesgo. Y una vez cumplida la misión, tenían que desacreditar y librarse de cualquiera que estuviera al corriente de los asesinatos. —Miró a Lesya—. ¿Me equivoco?

—No. ¿Y qué crees que son capaces de hacer para evitar que esa verdad salga ahora a la luz? Podría provocar una guerra entre Rusia y Estados Unidos. ¿Qué crees que son capaces de hacer? —insistió.

—Matar a quien haga falta —respondió Finn.

—Y por desgracia nosotros somos David y ellos son Goliat —concluyó Lesya con amargura—. Los americanos siempre son Goliat.

—Pero David venció a Goliat, y nosotros también si nos adelantamos a ellos —replicó Stone.

—¿Nosotros tres solos? —preguntó Lesya con escepticismo.

—No estamos solos —dijo Stone—. Tengo amigos. —«Si es que siguen vivos.»

OceanofPDF.com

80

Alex y Annabelle se habían marchado en un taxi. Él había decidido no esperar la llegada del resto de los agentes federales. En todo caso, el vehículo carbonizado y los cadáveres flotantes hablarían por sí solos.

Llamó al oficial del FBI y le informó de lo ocurrido y de que él y Annabelle eran los únicos supervivientes.

—Si nos necesitas, estaremos en mi casa —le dijo—. Salgo en la guía telefónica.

El oficial protestó, pero Alex lo cortó:

—Ya hemos tenido suficiente por hoy. Ve a recoger los restos y ya hablaremos más tarde. Ya no tendrás que llevar a Bagger a juicio. Rendirá cuentas ante un juez de mayor categoría.

El taxi los dejó en la casa de Alex en Manassas, una casa tipo rancho de una sola planta, con garaje anexo para un coche, al final de un sendero de grava. En el garaje estaba el Corvette rojo fuego del 69 perfectamente restaurado, el único lujo que el agente del Servicio Secreto se había permitido en su vida. Su coche oficial se hallaba aparcado delante.

—¿Tienes hambre? —preguntó a Annabelle, que se limitó a negar con la cabeza—. Supongo que preguntarte ahora si estás bien es de tontos.

—Lo superaré.

—Lo siento, Annabelle.

Ella se sentó en una silla.

—Durante todos estos años he odiado a mi padre porque pensé que había dejado morir a mi madre. Luego descubro que no y... —No pudo terminar.

—Y ahora lo pierdes también a él, ya. Pero al menos lo supiste antes de que muriera, Annabelle. Y él supo que tú lo sabías.

—Podría haberse lanzado del coche. Ahora mismo podría estar vivo.

—¿Para acabar consumido por el cáncer en seis meses?

Ella lo miró.

—Para pasar seis meses conmigo. Yo le habría cuidado. Supongo que pensó que saltar por los aires era mejor alternativa.

—No, quizá tenía más ganas que tú de que Bagger pagara por lo que hizo. Quizás estaba dispuesto a morir para vengar la muerte de su esposa, tu madre. Al menos tienes que reconocerle la valentía.

—Se la reconozco. Pero eso no cambia que desee que no lo hubiera hecho.

—Y te dejó esa cicatriz. No es que fuera el mejor padre del mundo.

—Pero era mi padre —dijo ella con voz queda.

—Y un delincuente.

—Alex, yo soy una delincuente.

—No, para mí no lo eres. —Se produjo una pausa incómoda antes de que él añadiera—: Has dicho que no tenías hambre, pero voy a preparar un poco de café. Y cuando estés dispuesta a hablar, hablamos. ¿De acuerdo?

—¿Te importa si me ducho antes? Me siento realmente sucia.

El la acompañó al cuarto de baño contiguo a su dormitorio y luego fue a la cocina, lavó los platos, puso la cafetera al fuego y se adecentó un poco. Para cuando hubo terminado, ella ya había salido de la ducha. Entró en la cocina enfundada en uno de sus albornoces.

—No te importa, ¿verdad? —dijo ella. Tenía el pelo húmedo, y la melena se le había quedado lisa.

—¿Mejor después de la ducha?

—No demasiado.

Tomaron el café prácticamente en silencio. Acto seguido, Alex preparó un fuego en la chimenea del salón, y Annabelle se sentó en el suelo delante de ésta extendiendo las manos hacia las llamas.

—Supongo que el FBI tendrá que hacerme muchas preguntas —dijo en voz baja.

—Unas cuantas. Si quieres puedo ayudarte a lidiar con ellas.

—Gracias por tu ayuda.

—Tú también has puesto tu vida en juego.

Annabelle alzó la vista hacia él.

—¿Puedes sentarte conmigo? ¿Sólo un ratito?

Alex se acomodó en el suelo y permanecieron en silencio mientras las llamas perdían fuerza lentamente.

Carter Gray estaba rumiando. No habían localizado a ningún amigo de Carr. Entonces se le ocurrió otra posibilidad: el agente Alex Ford. El y Stone eran íntimos. Habían estado juntos en Murder Mountain. El estaba al corriente de lo que Gray había hecho, igual que Stone. Si pillaba a Ford, ¿podría usarlo como cebo? Sería un poco complicado. El hombre era agente federal. No podía secuestrarlo así como así. O quizá sí si lograba desacreditarlo antes. Aquélla era una de las tácticas preferidas de Gray: arruinar primero la reputación de una víctima —de hecho, hacerle parecer un criminal— y luego arrestarle cuando más vulnerable fuera. Resultaba mucho más fácil de lo que la gente pensaba. Y para cuando se supiera todo, ya sería demasiado tarde. Gray hizo un par de llamadas y puso en marcha la operación.

Enseguida recibió una llamada de un topo que tenía en el FBI. El hombre le dio noticias interesantes y le detalló lo ocurrido esa noche con Ford y Jerry Bagger. Y también que Ford estaba con una mujer, una mujer de pasado turbio, al parecer. Se habían marchado después de una explosión en Washington. Ford había dicho al FBI que hablaría con ellos por la mañana. Supuestamente se había marchado a casa con la mujer.

Gray le dio las gracias y colgó.

Aquella información cambiaba las cosas considerablemente.

La carrera de Alex Ford estaba a punto de dar un vuelco fatal.

OceanofPDF.com

81

Annabelle se acostó, y Alex se quedó en la cocina para tomar otro café. De vez en cuando miraba hacia el dormitorio mientras cavilaba sobre la situación. Pero ¿sobre qué tenía que cavilar en realidad? El caso estaba acabado, los malos derrotados. Así terminaba la película, aparecían los títulos de crédito y quizás algunas tomas falsas. Pero en el mundo real las cosas no eran tan sencillas. Habría que rellenar tantos papeles como para acabar con los árboles de un pequeño bosque. Y luego una investigación interna para comprobar que ningún comportamiento de Alex había provocado que un puñado de hombres saltara por los aires y cayera al Potomac. Las explicaciones se corroborarían, y Alex creía que bastante pronto: al cabo de unos meses, todo habría acabado.

Sin embargo, no quería que acabara. No realmente. Porque esa situación hipotética implicaba que Annabelle seguiría con su vida. Exhaló un suspiro. Probablemente lo haría de todos modos. Y quizá fuera algo bueno, al menos oficialmente. Al fin y al cabo, era una estafadora y él un poli, y si eso no era como intentar mezclar aceite con agua, a saber qué era.

Miró hacia el dormitorio una vez más. «No, no es tan sencillo, ¿verdad?» ¿Qué haría cuando ella despertara? ¿Pedirle por favor que se quedara? Podía inventarse alguna mentira. «Tienes que quedarte hasta que termine la investigación oficial.» Aquello le sonó artificioso incluso a él. Annabelle se daría cuenta enseguida.

Al cabo de un instante dejó de pensar en eso. Tenían visita y, por lo que parecía, de la no deseada.

Alex se agachó, se acercó a la ventana y miró. Al pie del camino de grava, casi fuera de su campo de visión, había un vehículo, una furgoneta negra indefinida. Alex odiaba las furgonetas negras indefinidas. A menudo

transportaban a hombres indefinidos con armas muy definidas. Ese temor quedó confirmado cuando cogió unos prismáticos de visión nocturna de una estantería y la observó más de cerca. En el techo de la furgoneta había un pequeño módulo de recepción vía satélite. Y si todavía le quedaba alguna duda, el movimiento en los arbustos cercanos a la casa acabó de despejarla. Personas entre los arbustos, furgonetas con satélites, quizás el destello de las miras de las armas a la luz de la luna... nada de todo aquello le hacía sentir demasiado bien. Y él que había pensado que haber estado a punto de morir ya era suficiente por una noche...

Sin embargo, aquello era distinto del encuentro con Jerry Bagger. Eso olía a equipo de asalto oficial. ¿Y por qué querría el Gobierno fastidiar a uno de los suyos? Alex respondió a la pregunta casi al instante: Carter Gray no encontraba a Oliver Stone y había decidido lanzar sus tentáculos lo más lejos posible. Alex no pensaba esperar para comprobar si aquello era cierto o no. Ya había tenido un enfrentamiento casi mortal con Carter Gray en Murder Mountain y no tenía ganas de repetirlo.

Recogió un llavero del gancho situado encima del teléfono de la cocina y corrió al dormitorio. Le tapó la boca a Annabelle con la mano por si gritaba al ser despertada.

—Hay alguien fuera —susurró—. Vístete. Rápido. Tenemos que largarnos.

Annabelle apenas había tenido tiempo de ponerse algo de ropa y coger el bolso cuando dos hombres entraron por la puerta principal, y otro par, por la trasera. Llevaban protección Keplars y MP—5; la pistola de Alex poco podría hacer contra ellos. Así pues, optó por salir por la puerta de la cocina que daba al garaje.

—¡Alto! —gritó un hombre desde el vestíbulo.

Sin embargo, Alex se apresuró a abrir la puerta del garaje lo suficiente para permitir el paso del Corvette. Recularon bruscamente y bajaron disparados por el camino de grava. Dejaron atrás la furgoneta negra justo cuando los hombres salían en estampida de su casa. Cuando el Corvette escupió grava en todas direcciones, las ráfagas de metralleta silbaron sobre sus cabezas. Annabelle se agachó en el asiento.

—¡Maldita sea! —exclamó Alex.

—¿Te han dado? —preguntó Annabelle angustiada mientras se erguía.

—No, pero creo que una bala ha alcanzado el coche.

Se incorporó derrapando a la carretera principal y pisó a fondo el acelerador. Miró por el retrovisor y exhaló un suspiro de alivio. No les seguían.

—Alex, ¿qué está pasando?

—Ojalá lo supiera.

—¿Adónde vamos?

—Ojalá supiera eso también. Espera un momento.

Llamó en el modo de marcación rápida a uno de sus colegas de la oficina de campo de Washington, adonde estaba destinado.

—Bobby, soy Alex. Está pasando algo muy raro, tío.

—¿De qué se trata?

Alex se lo explicó.

—No sé quiénes son esos tipos, pero van armados hasta los dientes. A ver si averiguas algo y me llamas.

Colgó y miró a Annabelle.

—Bobby es bueno, seguro que se entera de algo que nos ayude.

—¿Por qué no vas a tu sede o como se llame? Allí deberíamos estar a salvo.

—Es lo que haría de no ser por un pequeño problema.

—¿Cuál?

—He visto otras veces los monos que llevaba esa gente.

—¿Dónde?

—En unas prácticas conjuntas que realizamos en Camp Peary.

—¿Y? —preguntó ella mirándolo con inquietud.

—Es uno de los principales centros de formación de la CIA, conocido como «la Granja».

—¡La CIA!

—Sus unidades paramilitares visten de esa guisa.

—¿La CIA tiene unidades paramilitares?

—Pues sí.

—O sea que me estás diciendo que quizá nos esté persiguiendo el Gobierno.

—Eso es.

—¿Nos libramos de un propietario de casino psicópata, mi padre acaba de saltar por los aires, y ahora la CIA nos pisa los talones?

—Lo has resumido muy bien.

—Tengo que reconocer que te lo tomas con mucha calma.

—El Servicio Secreto enseña a sus agentes a mantener la calma, pero admito que cada vez me cuesta más.

—Me alegra saber que eres humano. ¿Y ahora qué?

—Por mucho que lo deteste, tenemos que deshacernos del Corvette y encontrar un lugar donde escondernos. Esperaremos a ver qué nos cuenta Bobby. Ojalá sean buenas noticias, pero lo dudo.

OceanofPDF.com

82

Se deshicieron del Corvette de Alex, tomaron un taxi hasta Old Town Alexandria y luego fueron caminando a un motel cercano. Annabelle se registró y pagó en efectivo utilizando un documento de identidad falso mientras Alex se ocultaba fuera. Fueron a la habitación y echaron el cerrojo.

Al cabo de una hora Bobby le devolvió la llamada. El hecho de que susurrara ya lo decía todo.

—La versión oficial es que abriste fuego contra los agentes federales que intentaban llevar a cabo una detención en tu casa. Y que albergas a una fugitiva de nombre desconocido. Ninguno de nosotros se lo cree, Alex, pero el director se está volviendo loco. Se rumorea que él y el director de la CIA han tenido una bronca por teléfono.

—¡Esos agentes federales intentaban matarme o secuestrarme, Bobby! Y lo único que albergo es un intenso deseo de dar a alguien una patada en el culo para obtener respuestas.

—Oye, yo estoy de tu lado. No has salido de la oficina esta mañana y de repente te has convertido en un criminal. Pero es mejor que vengas por aquí y des tu versión de los hechos. —Hizo una pausa—. Alex, ¿hay alguien contigo?

Alex lanzó una mirada a Annabelle, que lo observaba inquieta.

—Gracias, Bobby. Seguimos en contacto.

Colgó y lanzó el teléfono a la cama, indignado.

—Bueno, está claro que nos han teletransportado a un universo alternativo en el que todas las personas de buena voluntad están bien jodidas.

Annabelle se sentó en la cama a su lado.

—Gracias.

—Mira, lo único que me falta ahora es sarcasmo.

—No hablo con sarcasmo. Te estoy dando las gracias por haberme salvado la vida. ¡Ya van dos veces hoy!

—Lo siento, Annabelle. He previsto demasiado tarde el giro que ha dado la situación.

—Pero ¿por qué somos un objetivo de la CIA?

—El único motivo que se me ocurre es mi relación con Oliven.

—Pero ¿por qué ir por Oliver ahora?

—Hace tiempo, cuando el presidente fue secuestrado y Estados Unidos estuvo al borde de un ataque nuclear...

—¡Oliver estuvo implicado en eso!

—Los dos lo estuvimos, y no por decisión propia. Pero cuando ocurrió, Carter Gray también se implicó, y no para bien. Gray acabó dimitiendo por culpa de Oliver.

—¿O sea que Oliver tenía pillado a Gray y prácticamente le obligó a dimitir?

—Eso mismo.

—Pero Gray está muerto.

—No han encontrado su cadáver.

—O sea que quizá Gray esté tramando algo desde más allá de la tumba —aventuró ella.

—Eso es lo que parece. Y estamos atrapados en medio de todo eso.

—Tenemos que encontrar a Oliver.

—No será tarea fácil —dijo Alex—. Si la CIA está implicada, seguro que han obligado a otras agencias a cooperar o mantenerse al margen.

—Pero hemos ayudado al FBI.

—No importa. La seguridad nacional se encuentra por encima de todo lo demás. Lo cual significa que nuestros movimientos estarán realmente limitados. Y a diferencia de lo que pasa en la tele y las películas, es casi imposible huir de la policía. Hay millones de ojos observando y alguien verá algo, y entonces se acabó. Y está claro que conocen mi aspecto.

Annabelle sostuvo el bolso en alto.

—Puedo hacer algo al respecto. Entra en el probador. Annabelle hizo que Alex se sentara en la tapa del váter mientras extraía un pequeño estuche del bolso y preparaba varios elementos. Necesitó una hora, pero al cabo Alex Ford ya no se parecía a Alex Ford.

Se miró en el espejo.

—Estas cosas se te dan bien.

—Tengo maña. Por la mañana podemos buscar una tienda de pelucas y comprar otras prendas y accesorios para mejorar el camuflaje. Dame un poco de tiempo y dudo que la señora Ford sea capaz de reconocer a su marido.

—Eso no será difícil puesto que no hay ninguna señora Ford.

Annabelle recogió el material.

—De repente me he dado cuenta de que estoy muerta de hambre.

—He visto un McDonald's en esta misma calle.

—Pues a ponerse las botas —dijo Annabelle.

Mientras se dirigían al McDonald's, Alex recibió una llamada de Stone.

—Bagger ha pasado a la historia, pero Gray casi nos pilla —le contó —. Paddy está muerto. Annabelle se lo ha tomado a pecho.

—Lo siento mucho, pero me temo que necesito tu ayuda de nuevo —repuso Stone.

Alex escuchó unos momentos y luego le propuso que él y Annabelle se reunieran con él al cabo de dos días, por la noche, para que la situación se calmara un poco.

Colgó y llegó rápidamente al McDonald's, donde pidió hamburguesas dobles y patatas para los dos. Mientras regresaba cargado de comida grasienta se preguntó si aquél sería uno de sus últimos banquetes.

OceanofPDF.com

83

Aunque no fuera habitual en él, Carter Gray gritó, incapaz de contener la rabia, cuando le dijeron que Alex Ford había huido.

Con una mirada de indignación hizo marchar a los hombres que tenía delante. Les habían perdido el rastro a Carr, a Lesya y a su hijo, ¡y ahora esto! Tanta incompetencia habría resultado inadmisible en los viejos tiempos, se dijo, cuando contaba con hombres como John Carr...

Después de respirar hondo tres veces, puso otra vez manos a la obra. Era un contratiempo, pero nada más. Hacía media hora había recibido más información importante. Con los años se había dado cuenta de que tendía a aparecer por rachas.

Habían identificado el rostro del hombre en una base de datos. El hombre que acompañaba a Carr y a Lesya se llamaba Harry Finn, ex SEAL de la Marina, y se dedicaba a labores de consultoría para el Departamento de Seguridad Interior como miembro de un equipo externo. O se había dedicado. Gray no creía que Finn continuara trabajando, ya que no cabía duda de que era el hijo de Lesya Solomon. Y eso significaba que era un asesino y debía morir incluso antes de ir a juicio.

Gray ya había enviado a un equipo a casa de Finn. Vivía en un lugar agradable en las afueras; tenía una mujer encantadora y tres hijos preciosos. Hacía de entrenador de fútbol en sus ratos libres y, a decir de todos, era un ciudadano modélico. Gray intuía que sus hombres encontrarían vacía la casa. La llamada que recibió al cabo de diez minutos lo confirmó.

Sin embargo, su equipo no se marchó con las manos vacías. En una caja fuerte del garaje encontraron ciertos detalles interesantes y la dirección de un trastero alquilado, donde hallaron documentación muy valiosa: los historiales de Bingham, Cole y Cincetti. Y de Carter Gray y Roger

Simpson. Y por último el de John Carr. Aunque no encontraran ni la menor información sobre Rayfield y Lesya, quedó claro que Harry Finn era su hombre. Pero ¿dónde estaba? ¿Y su mujer y sus hijos? Escondidos, por supuesto. Y Carter Gray debía hacerlos salir a la luz.

Tenía la impresión de que la suerte le sonreiría. No era nada sensato pero, por algún motivo, Gray tenía la impresión de que Stone, Lesya y Harry Finn estaban muy cerca. Y si así era, cometerían un error en algún momento. No tenía por qué ser un error de ellos; cabía otro factor en la ecuación: la familia normal y corriente de Finn.

Cogió el teléfono.

—Sigue el rastro de todas las tarjetas de crédito y débito y todos los teléfonos a nombre de la familia Finn. Ya sabes dónde trabaja, así que vigila a sus compañeros y su oficina. También el colegio de los niños y el grupo de lectura de la madre. Si aparecen, deténlos. Remueve cielo y tierra, pero encuéntralos.

OceanofPDF.com

84

Habían pasado otro día sentados en el sótano y ya estaba oscureciendo. Stone, Finn y Lesya se habían dedicado a urdir un plan de acción. El día siguiente por la noche los hombres de Stone se reunirían y lo pondrían en práctica.

Finn, que había estado paseándose cada vez más nervioso, tomó la palabra.

—Tengo que ver a mi familia. Ahora mismo.

Lesya empezó a protestar.

—¿Dónde están? —preguntó Stone. Finn se lo dijo, y Stone se dirigió a Lesya—: Te quedas aquí. Yo lo acompañaré.

—¿Vais a dejarme aquí sola? —saltó la mujer.

—Sólo un rato. Estarás a salvo.

Los dos hombres salieron del sótano.

—¿Tu mujer está muy afectada? —preguntó Stone una vez en el exterior.

—¿Afectada? ¿Y cómo demonios quieres que esté?

—Podemos ir en metro y luego andar un poco.

—Estuviste en las Fuerzas Armadas Especiales en Vietnam —dijo Finn—. Lo averigüé.

—¿Y tú dónde?

—¿Cómo sabes que estuve en el ejército?

—Se te nota.

—SEAL. Mira, necesitamos armas. A estas alturas ya habrán registrado mi casa. Tengo un trastero alquilado con algunas cosas, pero

seguro que también lo han encontrado.

—Yo tengo armas guardadas.

Al cabo de media hora, Stone se quedó fuera mientras Finn entraba en la habitación de un motel al sur de Alexandria.

Sus hijos corrieron impetuosamente hacia él y casi lo aplastaron contra la pared. Hasta *George*, el perro, se apuntó, ladrando y saltando encima de su amo. Mientras Finn abrazaba a sus hijos, todos llorando a la vez, su mujer los contemplaba. Mandy también sollozaba, pero no se acercó a él.

Al cabo de unos minutos de abrazos y lloros, Finn consiguió que sus hijos se sentaran en la cama. Susie aferraba el oso que su abuela le había regalado mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas regordetas. Patrick se mordía nerviosamente las uñas; Finn sabía que solía hacerlo antes de cada examen y cada partido, y le dolía que ahora se las mordiera por su culpa.

David miró a su padre con ansiedad.

—¿Papá? ¿Qué sucede?

Finn respiró hondo. Contarles la verdad era tan imposible como tocar la luna. Por el camino había pensado en la mentira que les diría, pero en ese momento no le pareció tan convincente. Nunca podría decirles: «Soy un asesino, chicos, y la poli me persigue.» No, nunca podría decirlo porque eran sus hijos. Ellos y Mandy eran todo lo que tenía. Hacer justicia no bastaba para justificar su comportamiento.

—Ha ocurrido algo en el trabajo, Dave —empezó mientras Mandy seguía mirándolo. Sus ojos transmitían el temor más absoluto, así como algo que destrozó a Finn: desconfianza. Le tendió la mano, pero ella se apartó.

Decidió no contar la historia que había pergeñado. Se levantó y se apoyó contra la pared. Cuando se sintió capaz de hablar, los miró directamente.

—Todo lo que sabéis sobre vuestros abuelos, mi madre y mi padre, es mentira. Vuestro abuelo no era de Irlanda ni murió en un accidente de tráfico hace años. Vuestra abuela no es de Canadá; y no está en ninguna residencia para la tercera edad. —Respiró hondo otra vez, intentando pasar por alto el asombro de su familia.

Entonces les contó la verdad. Su abuelo se llamaba Rayfield Solomon y había sido espía para los americanos. Su abuela se llamaba Lesya, era rusa y había espiado para su país hasta pasarse al bando estadounidense y casarse con Rayfield.

—Algunas personas de la CIA les tendieron una trampa —explicó—. La foto de vuestro abuelo cuelga de una pared en Langley, el «muro de la vergüenza», lo llaman. Pero no se merece estar allí. Fue asesinado por esas mismas personas para que la verdad no saliera jamás a la luz. Vuestra abuela sobrevivió, pero ha permanecido oculta desde entonces.

Resultó meritorio, y todo un alivio para Finn, que sus hijos aceptaran su explicación sin problemas, incluso se emocionaron ante tales revelaciones.

—Pero ¿cuál es la verdad? —preguntó David—. ¿Qué trampa les tendieron?

Finn negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo, hijo. Ojalá pudiera, pero no puedo. Hace poco que me he enterado.

—¿Dónde está la abuela? —preguntó Patrick.

—En cuanto me marche volveré con ella.

Susie se abrazó a la pierna de su padre.

—Papá, no te vayas. No nos dejes —suplicó.

Aquellas palabras le partieron el corazón. Le costaba respirar mientras las lágrimas surcaban las mejillas de su hija. La levantó en brazos.

—Lo siento, cariño, pero te prometo una cosa. ¿Me escuchas? Escucha a papá un momento. Por favor, cariño, por favor.

Al final Susie dejó de llorar. Ella y sus hermanos lo miraron fijamente, tan inmóviles que parecía que no respiraban.

—Os prometo una cosa: que papá lo arreglará todo. Después vendré a buscaros y volveremos a casa y todo volverá a ser como antes. Os lo prometo. Os juro que será así.

—¿Cómo?

Todos miraron a Mandy, que se acercó a su marido.

—¿Cómo? —repitió alzando la voz—. ¿Cómo lo arreglarás todo? ¿Cómo conseguirás que todo sea como antes? ¿Cómo piensas que vas a

arreglar esta... pesadilla?

—Mandy... por favor. —Finn miró a los niños.

—¡No, Harry, no! Me has estado engañando, a mí y a los niños, ¿durante cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo, Harry?

—Demasiado —reconoció con voz queda antes de añadir—: lo siento. Si supierais...

—No, no queremos saberlo. —Arrancó a Susie de los brazos de su padre—. He llamado a Doris, la vecina. Me ha dicho que hoy unos hombres han registrado nuestra casa. Cuando les preguntó qué ocurría, le dijeron que te buscaban a ti, Harry. Dijeron que eras un criminal.

—¡No! ¡No! —gritó Susie—. Papá no es un criminal. ¡No lo es, no lo es! —Empezó a pegar a su madre.

Finn la apartó y la abrazó con fuerza.

—Susie, eso no se hace, no pegues a tu madre. Ella te quiere más que nadie en el mundo. No vuelvas a hacerlo, promételo.

—Pero no eres un hombre malo, ¿verdad? —dijo Susie con lágrimas en los ojos.

Finn miró desesperadamente a Mandy y luego a sus hijos, que lo observaban, con los ojos bien abiertos por el miedo.

—No, no es una mala persona, Susie. Tu padre no es un hombre malo.

Todos se volvieron hacia Oliver Stone, que había aparecido sigilosamente en la puerta. El perro ni siquiera había ladrado. Estaba sentado junto a Stone, mirándolo.

—¿Y usted quién es? —preguntó Mandy atemorizada.

—Estoy intentando reparar ciertos daños con tu marido. Es un buen hombre.

—Ya te lo he dicho, mamá —dijo Susie.

—¿Cómo se llama? —inquirió Mandy.

—Eso no importa. Lo importante es que Harry os ha dicho la verdad, o todo lo que puede al respecto para que estéis a salvo. Ha corrido un grave peligro para venir a veros esta noche, pero ha insistido. Incluso ha dejado a su madre, anciana y débil, para venir a veros porque estaba muy preocupado. Tenía que veros. —Miró a Mandy—. De verdad.

La mirada de Mandy fue de Stone a su marido. Finn le tendió la mano lentamente y ella se la cogió, lentamente también. Al instante sus dedos se aferraron con fuerza.

—¿Podréis reparar esos daños? —preguntó Mandy mirando a Stone angustiada.

—Haremos todo lo posible. Es lo único que podemos hacer.

—Y no podéis ir a la policía, ¿verdad? —dijo ella.

—Ojalá pudiéramos, pero no es posible. Todavía no.

Finn dejó a Susie y cogió el oso que la niña había soltado.

—Le conté a la abuela lo mucho que quieres a tu osito.

Susie lo agarró con una mano y se aferró a la pierna de su padre con la otra.

Al cabo de veinte minutos, Stone le dijo a Finn que debían marcharse. En la puerta, Mandy se abrazó a su marido mientras Stone y los niños guardaban un pudoroso silencio.

—Te quiero, Mandy, más que a nada en el mundo —le musitó Finn al oído.

—Arregla las cosas, Harry. Arréglalas y vuelve con nosotros. Por favor.

Cuando ya se habían ido, Finn le dijo a Stone:

—Gracias por tu intervención.

—La familia es lo más importante del mundo.

—Parece que lo dices por experiencia.

—Ojalá fuera así, Harry, ojalá, pero no lo es.

OceanofPDF.com

85

David Finn, aún afectado por lo ocurrido la noche anterior, agradeció la oportunidad de salir de la habitación del motel para ir al supermercado. La habitación en que se alojaban disponía de cocina americana, y su madre preparaba allí la comida.

Cuando estaba en la cola de la caja, se dio cuenta de que no llevaba suficiente dinero para pagar y sacó la tarjeta de débito que su madre le había dado para que guardara, aunque le había advertido que no la utilizara. Pero ¿qué más daba?, pensó el muchacho.

Pues mucho más de lo que imaginaba.

En cuanto la tarjeta pasó por el receptor, una señal de alerta fue recibida electrónicamente en una sala situada a tres mil kilómetros de distancia. De allí pasó a la central de la CIA y casi de forma inmediata a Carter Gray. Al cabo de dos minutos, cuatro hombres fueron enviados al lugar en que se había utilizado la tarjeta.

David estaba a medio camino del motel cuando el coche se le acercó y se apearon dos hombres. El alto muchacho fue flanqueado por los dos gorilas, quienes le introdujeron en el coche a la fuerza, todo ello en menos de cinco segundos. Al cabo de media hora estaba a treinta kilómetros de distancia en una habitación oscura y maniatado en una silla. El corazón le latía tan rápido que apenas podía moverse.

—Papá, por favor, ven a ayudarme. Por favor... —suplicaba con un hilo de voz.

Entonces surgió una voz de la oscuridad.

—Papá no va a venir, David. Papá nunca volverá.

Stone, Finn, Lesya y los miembros del Camel Club, junto con Alex y Annabelle, estaban reunidos en el sótano. Stone hizo las presentaciones pertinentes y, de pie en el centro, contó toda la historia. Ellos se reclinaron en sus asientos, como un público embelesado. Algunos de ellos miraban de vez en cuando a Lesya o a Finn.

—Mi equipo y yo matamos a Rayfield Solomon —concluyó Stone—. Matamos a un hombre inocente.

—Tú no lo sabías, Oliver —protestó Milton, opinión que compartieron Reuben y Caleb.

Stone había advertido que sus colegas del Camel Club no se habían asombrado demasiado cuando reconoció haber sido un ejecutor del Gobierno vinculado a la División Triple Seis de la CIA.

—Ya sabíamos que no eras un bibliotecario jubilado, Oliver —señaló Caleb—. A éstos los huelo a una legua.

—¿Por qué te llaman Oliver? —preguntó Lesya—. Te llamas John Carr.

Milton, Reuben y Caleb intercambiaron miradas de curiosidad. Stone miró a la rusa antes de replicar:

—¿Has mantenido tu verdadero nombre todos estos años? —Ella negó con la cabeza—. Vale, pues yo tampoco. Por motivos obvios.

Acto seguido, Stone miró a Alex Ford.

—Alex, tú eres el único agente de la ley entre nosotros. Y dado que lo que voy a proponer no es exactamente legal, puedes desentenderte si así lo prefieres.

Alex se encogió de hombros.

—La verdad me importa tanto como a los demás. —Dedicó una mirada a Lesya—. Pero dejadme que haga de abogado del diablo un momento: ¿cómo sabemos que su historia es cierta? Sólo tenemos su palabra de que sucedió todo eso. ¿Y si Solomon era realmente un espía? ¿Y si ella no se pasó al bando americano? Resulta que he oído hablar de Rayfield Solomon, y parece que sí era culpable.

Todas las miradas se posaron en Lesya.

—Tengo motivos para creerla —dijo Stone—, incluyendo a alguien de la CIA que lo sabe.

—De acuerdo —cedió Alex—. Pero nos estamos jugando el pellejo. Así que me gustaría saber que es por la causa correcta. Creo que, si fue una gran espía, debe de mentir realmente bien.

Stone fue a replicar, pero Lesya levantó una mano y se puso en pie.

—Me defenderé yo sola. De hecho me sorprende que esta pregunta no haya salido hasta ahora. —Se agarró al bastón, desatornilló la empuñadura y del interior del tubo sacó dos papeles enrollados.

—Estas son las órdenes escritas que recibimos de la CIA. Insistimos en ello dada la magnitud de lo que se nos pedía.

Todos leyeron los documentos. Llevaban el membrete de la CIA e iban dirigidos a Lesya y Rayfield Solomon. En el primero se les ordenaba que perpetraran el asesinato de Yuri Andropov; en el segundo, el de su sucesor, Konstantin Chernenko. Ambos documentos estaban firmados al pie por Roger Simpson. Todos se quedaron de piedra.

—Supongo que no confiabais en Simpson —apuntó Stone.

—Sólo confiábamos el uno en el otro —repuso ella.

—Es la firma original de Simpson —dijo Stone—. La conozco bien.

—¿No está el refrendo del presidente? —preguntó Alex con incredulidad—. ¿Me está diciendo que usted mató a dos jefes de Estado de la Unión Soviética por orden de un... un jefe de misión de poca monta?

—¿Crees que el presidente de Estados Unidos estamparía su firma en una orden como ésta? —repuso Lesya—. Nosotros trabajábamos con nuestra cadena de mando. Si procedía de esa cadena, teníamos que confiar en que arriba lo habían aprobado. Sin confiar en eso no podríamos haber hecho nuestro trabajo.

—Tiene razón —dijo Stone—. La Triple Seis funcionaba del mismo modo.

Observó la carta a contraluz. Miró a Lesya.

—Al lado de la marca de agua hay una línea en clave.

Ella asintió.

—Ese papel especial codificado sólo podían utilizarlo quienes estaban, por lo menos, un nivel por encima de Simpson.

—¿Carter Gray?

—Sí. Nos constaba que las órdenes habían llegado a través de Gray. Y por experiencia sabíamos que, si llegaban a través de él, venían desde arriba. No confiábamos demasiado en Simpson. Era un bala perdida.

—Pero es posible que Gray os utilizara tendenciosamente —señaló Stone—. Quizás el presidente no autorizó los asesinatos.

Lesya se encogió de hombros.

—Siempre cabe esa posibilidad. Lo siento, pero no tuve ocasión de ir a la Casa Blanca y preguntar personalmente al presidente si quería que matase a los dos líderes soviéticos —masculló.

—¿Por qué no llevó esa carta a las autoridades entonces? —preguntó Alex.

—No tuve motivo para pensar en ello hasta que Rayfield fue eliminado. No me enteré de que había sido asesinado por los americanos hasta mucho después. Luego intentaron matarme a mí cuando Harry era pequeño. En ese momento comprendí que nos habían traicionado. Tuvimos que ocultarnos. Dediqué décadas a descubrir la verdad, a los responsables. Pero aun así, ¿cómo podía utilizar esta prueba? Yo era una espía rusa. Sólo Rayfield, Simpson y Gray sabían mi condición de agente doble. Si hubiera salido del ostracismo incluso con esa prueba nadie me habría creído. Me habrían matado y ya está. —Hizo una pausa y los miró uno por uno mientras la observaban con cierta incredulidad—. ¿Os creéis que vuestra gente no habría hecho una cosa así? —Miró a Stone—. Preguntadle a él.

—Yo te creo, Lesya —afirmó Stone—. Sé que podría haber ocurrido así.

—Rayfield y yo nos casamos en la Unión Soviética. Yo ya estaba embarazada de Harry. No podíamos decirle a nadie que estábamos casados, ni a los soviéticos ni a los americanos. Adoptamos una doble vida, con nuevos nombres, y acabamos instalándonos en Estados Unidos. Rayfield pasaba el mayor tiempo posible con nosotros, pero cuando Harry era todavía pequeño cortó casi todo contacto con nosotros. Alguien iba tras él. Lo sabía. Su temor se confirmó en Sao Paulo. Seguía trabajando para los americanos, para su país. Y lo mataron.

—¿Hubo una investigación? —añadió Alex.

—¿Qué más me daban las investigaciones que no llevaban a ninguna parte? No quería encubrir la verdad, sólo quería venganza. —Cogió la mano de Finn—. Los dos la queríamos.

—Oliver, ¿no podríamos llevar ahora esta prueba a las autoridades? —preguntó Alex.

—Es lo que estaba pensando —añadió Annabelle.

Stone negó con la cabeza.

—No sabemos si la CIA y el presidente de entonces ordenaron esos asesinatos. Si los ordenaron, es posible que otras personas que todavía están en el Gobierno lo sepan.

—Y nosotros seremos los chivos expiatorios —dijo Alex lentamente.

—Y desaparecemos para siempre —dijo Lesya—. Mirad lo que le pasó a mi pobre esposo.

—Además, si saliera a la luz ahora podría desencadenar la Tercera Guerra Mundial —advirtió Stone—. Teniendo en cuenta la situación de la Rusia actual y la deteriorada imagen global de nuestro país, dudo que los rusos se tomaran a bien que nosotros hayamos matado a dos de sus líderes, aunque ello condujera al desmoronamiento de la Unión Soviética.

—¿Cuál es el plan entonces? —preguntó Alex.

—Tenemos que ponernos en contacto con Carter Gray, y creo que sé cómo hacerlo.

Stone acababa de empezar a presentar su plan cuando sonó el teléfono de Finn. Escuchó, colgó y miró a los demás. Palideció a ojos vista.

—Era Mandy. Mi hijo David no ha vuelto del supermercado.

—Carter Gray lo ha apresado. Como cebo —dijo Lesya con voz queda.

Finn se puso en pie.

—Entonces se acabó. Le pediré que me intercambie por mi hijo.

—Lo único que conseguirás es que muráis los dos —afirmó Stone—. Gray nunca permite que queden testigos sueltos.

—Debo recuperar a mi hijo —espetó Finn.

—Lo haremos, Harry. Te lo prometo —aseveró Stone.

—¿Cómo? —exclamó Lesya—. ¿Cómo lo harás si lo ha apresado Gray? Acabas de decir que no deja testigos con vida.

—Necesitamos a otra persona para el intercambio.

—¿Quién podría ser? —preguntó Reuben.

—Alguien a quien Gray no puede permitirse el lujo de perder.

—Roger Simpson —declaró Lesya al instante.
Finn se dio la vuelta rápidamente y miró a Stone.
—Y yo sé cómo pillar a ese hijo de puta.

OceanofPDF.com

86

Roger Simpson estaba sentado al escritorio en su despacho del edificio Hart trabajando en el ordenador cuando la pantalla se quedó negra. Al cabo de un instante apareció una foto.

Simpson lanzó un grito ahogado. La imagen de Rayfield Solomon se había materializado en la pantalla.

«¿Cómo es posible?»

A continuación aparecieron unas palabras en la parte inferior: «Espero que reconozcas a tu viejo amigo.»

—Pero ¿qué...? —dijo Simpson mirando alrededor—. ¿Qué coño es esto?

«¿Qué coño es esto?», dijo una voz que a punto estuvo de hacerlo caer de la silla. Procedía de la unidad inalámbrica que Finn había escondido cuando entró subrepticamente en el despacho.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó Simpson, atemorizado.

—Lo importante es que hay una bomba escondida en tu ordenador.

—¿Qué? —exclamó Simpson, levantándose a medias de la silla.

—Si intentas salir del despacho, explotará.

El senador volvió a sentarse.

—Pero si han registrado el despacho para ver si había alguna bomba.

—Desatornilla la parte trasera del ordenador. Hay un destornillador en el cajón del escritorio, lo comprobé cuando estuve allí.

—Pero yo...

—¡Obedece!

Con manos temblorosas, Simpson sacó el destornillador, quitó la tapa trasera y contempló el dispositivo colocado por Finn.

—Está diseñado para utilizar los componentes químicos y electrónicos de la CPU y provocar una reacción en cadena que desemboca en una gran explosión. Por cierto, también veo todo lo que haces, así que, si intentas desactivar la bomba, haré que explote, ¿comprendido?

Simpson asintió lentamente.

—No te limites a asentir, quiero oír como lo dices.

—Comprendido. Por el amor de Dios, lo he entendido.

—Dentro de un rato irá un hombre al despacho. Lo acompañarás sin oponer resistencia. Si intentas advertir a alguien, volaré la oficina. Cuando estés fuera, si intentas alguna jugarreta tu mujer morirá. ¿Lo has entendido?

—¿Tiene a Donna?

—La ex Miss Alabama está muy bien ahora mismo, situación que podría cambiar según tu nivel de cooperación. ¿Lo has entendido?

—Sí —repuso Simpson con voz derrotada.

—Bien. Ahora serénate y espera a tu visitante. Yo estaré escuchando y observando hasta que aparezca. Te dirá que te lleva a una reunión de urgencia a Langley para gestionar una repentina crisis, a la que asistirá el presidente del Comité de Inteligencia. Confirmarás a tu personal que es cierto. ¿Entendido?

—Sí.

Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta. Poco después, el senador —pálido pero sereno— bajó en el ascensor junto con Stone, vestido con traje negro y gafas de sol. Subieron a un coche que conducía Reuben. Cuando el vehículo se puso en marcha, Stone se quitó las gafas y miró fijamente a Simpson.

—Hola, Roger, cuánto tiempo sin vernos.

—¿Le conoz...? —Se le cortó la respiración mientras Stone le taladraba con la mirada.

—Supongo que no he cambiado tanto —declaró Stone—. De hecho creo que cuando más envejecí fue cuando trabajaba para ti y Gray.

El senador empezó a balbucir:

—John, por favor, tienes que creerme, no tuve nada que ver con lo que os sucedió a ti y a tu esposa. Además, cuidamos de Jackie —añadió rápidamente—. La quisimos mucho.

Stone le propinó un fuerte codazo en las costillas.

—Mi hija se llamaba Elizabeth, no Jackie.

—Gray nos la entregó. No nos dijo que era tu hija. Hasta hace poco no lo sabía.

—¿Y quién ordenó que me liquidaran?

—Tengo mis sospechas —dijo Simpson.

—¿Gray?

—Podría ser. Dijo que querías dejar la Triple Seis. Eso no le gustó nada. Es la verdad.

—Al parecer no le gustó a muchas personas. Tú ordenaste la muerte de Andropov y Chernenko, ¿verdad?

Simpson estuvo a punto de atragantarse.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿La ordenaste o no?

—Es cosa del pasado. Pero si hice algo de tal envergadura, que no estoy diciendo que lo hiciera, habría estado debidamente autorizado por las más altas instancias.

—Seguro que te cubriste las espaldas. Hablé con Max Himmerling antes de que muriera.

A Simpson empezó a palparle la sien izquierda.

—¿Himmerling?

—Sí. Supongo que Gray ordenó matarle porque sabía que me lo contaría todo. Y Max sabía dónde estaban todos los trapos sucios.

—¿Qué te contó? —preguntó Simpson nervioso.

—Todo lo que necesitaba saber —repuso Stone con voz queda—. Como que fuisteis tú o Gray quienes ordenaron mi muerte.

El otro apenas podía articular palabra.

—¿Vas a matarme?

—Eso depende de ti. —Stone se puso las gafas de sol y se reclinó en el asiento—. ¿Hasta qué punto valora tu amistad Carter Gray? Si no

muerde el anzuelo, no me sirves de nada.

—¡Bien podría ser el siguiente presidente! —espetó Simpson.

—Eso no me ayuda en nada.

OceanofPDF.com

87

Simpson habló lentamente por el teléfono. Seguía un guión. Si le entraban ganas de desviarse del guión, Stone le apuntaba con una pistola en la cabeza para disuadirle.

—Quieren que nos reunamos, Carter —dijo con voz tensa.

—No sé de qué estás hablando. ¿A quién te refieres?

—¡Ya sabes a quién!

—Pues díles, sean quienes sean, que si están grabando esta conversación, les deseo suerte cuando intenten usarla contra alguien.

—¡Joder, Carter, me han secuestrado!

—Puedo llamar al 911 si quieres. ¿Tienes idea de dónde estás retenido?

—Tienen algo que te interesa.

—¿Ah, sí?

—Saben lo de David.

—Insisto en que no sé de qué estás hablando.

—Tienen las órdenes que firmé, ya sabes cuáles.

—No, la verdad es que no.

—¡Tú autorizaste esa orden, Carter! —estalló Simpson.

—Aunque no sé de qué estás hablando, estoy abierto a un intercambio.

—Yo a cambio del chico.

—No; a cambio de las órdenes.

—¿Y yo qué?

—¿Y tú qué, Roger?

—Me matarán.

—No sabes cuánto lo siento. Pero has vivido muchos años y muy buenos. ¿Dónde quieren hacer el intercambio?

—¡Eres un hijo de puta!

Stone cogió el teléfono.

—Te llamaremos para decirte el lugar y la hora. Y te entregaremos a Simpson a cambio de nada. No tengo ningunas ganas de quedármelo.

—John, me alegra oír tu voz. ¿Sabes cuán difícil me pones las cosas?

—Parece que es para lo único que me sirve seguir vivo.

—Y por supuesto no pretenderás tenderme una emboscada, ¿verdad?

—Tendrás que jugártela, igual que yo.

—¿Y si no aparezco?

—Entonces enviaremos las órdenes de asesinar a Andropov y a Chernenko a cinco personas de Washington que no son precisamente amigos tuyos. Y luego podemos dejar que el distinguido senador te traicione para salvarse él. Creo que quedaría muy bien como testigo.

—¿Después de tantos años crees que a alguien le importará realmente?

—Vale, si crees que no importa, no te tomes la molestia de venir. Las enviaremos y que sea lo que Dios quiera. Cuídate, Carter.

—¡Un momento!

Hubo unos instantes de silencio.

—No oigo nada —dijo Stone.

—¿De dónde has sacado esas órdenes? ¿Lesya?

—No hace falta que lo sepas. Roger las ha visto. Y a juzgar por lo mucho que palideció, yo diría que él cree que importa mucho.

—Siempre fue un poco impresionable. No como tú o yo. Muy bien, John, pero si de verdad quieres negociar, tendrás que mejorar tu oferta. Quiero la grabación original que hiciste en Murder Mountain.

—Eso no es negociable.

—Oh, sí que lo es. Me costó mi carrera. Quiero recuperarla. Y no intentes hacer copias. Disponemos de tecnología que lo averigua.

—¿Y si no acepto?

—No hace falta que te diga las consecuencias, ¿verdad?

Stone miró a Finn.

—De acuerdo. Te llamaré para indicarte la hora y el lugar. Y tienes que venir en persona o no hay trato.

—Entonces prefiero elegir yo el sitio.

—Ya lo sé, por eso lo elijo yo. Una cosa más. Si le ocurre algo a David Finn, no saldrás de ésta con vida.

—Ya no eres como antes, John. Dispongo de cincuenta hombres tan buenos como fuiste tú.

—Déjalo en cuarenta y nueve. Me encontré con uno de tus mejores hombres hace un mes, un ex Triple Seis reconvertido en espía.

Gray colgó y se secó un reguero de sudor que le caía por la cara.

OceanofPDF.com

88

Aquella noche Reuben, Caleb y Alex trasladaron a Mandy y al resto de la familia Finn a otro lugar, tras extremar las precauciones para asegurarse de que no les seguían. También llevaron a Lesya para que estuviera con ellos. Caleb se quedó haciendo guardia con instrucciones estrictas de telefonear inmediatamente si veía algo sospechoso. Luego Reuben y Alex se marcharon para ayudar a los demás en los preparativos para el intercambio de Simpson y David Finn.

Al volver al sótano, Stone dejó muy claro que sólo él y Finn participarían directamente en el intercambio.

—Oliver —dijo Alex—, no sabes cuántos hombres llevará Gray. Recuerda que a Murder Mountain fueron muchos tíos armados hasta los dientes.

—Esta vez jugamos con ventaja. —Miró a Annabelle—. Sin embargo, necesitamos a alguien que se lleve a David. Por distintos motivos, vienes como anillo al dedo. ¿Estás dispuesta?

Alex se colocó entre los dos.

—Un momento. Si alguien va a entrar contigo, ese alguien seré yo, no Annabelle.

—Ella sólo sacará a David del edificio. Lo haremos de manera que no implique un enfrentamiento con Gray y sus hombres. —Miró otra vez a Annabelle—. Sé que tienes mucha sangre fría, pero no te pediría que hicieras esto si tuviera otra opción. —Y añadió—: Tampoco tienes motivos para ayudarme. Te dejé tirada cuando más me necesitabas.

Annabelle miró a Stone y luego a Alex.

—Bueno, el sustituto que te buscaste lo hizo muy bien. Así que estoy dispuesta. ¿Dónde se hará el intercambio?

—En el Centro de Visitantes del Capitolio —respondió Finn.

—Todavía no está acabado —dijo Milton.

—Precisamente por eso —repuso Stone.

Finn dio las explicaciones pertinentes:

—La empresa para la que trabajo ha estudiado el Centro de Visitantes para realizar una operación. Lo hacemos contratados por el Departamento de Seguridad Interior para valorar la seguridad de lugares de importancia. Aeropuertos, puertos, centrales nucleares, esa clase de instalaciones delicadas y estratégicas.

—Pero el Centro de Visitantes ni siquiera está abierto, como ha dicho Milton —observó Reuben—. ¿Por qué querrían los de Seguridad Interior ponerlo a prueba?

—Porque eso es lo que pensaría un terrorista. Atacar ahora, antes de que esté en pleno funcionamiento. Pero el motivo más importante es que el Centro de Visitantes se halla conectado por un túnel tanto con el edificio del Capitolio como con la Biblioteca del Congreso. Los terroristas podrían utilizarlo para atacar esos edificios. Ya he realizado numerosos reconocimientos del Centro de Visitantes. Sé cómo entrar y también cómo sacar a mi hijo.

—¿Cuándo será? —preguntó Annabelle.

—Mañana por la noche —respondió Stone.

—Pero es la noche del simulacro de atentado terrorista en el Capitolio. Nos avisaron hace algún tiempo. El sitio será un caos, Oliver. Ambulancias, policía, coches de bomberos, servicios de urgencias, una olla de grillos —replicó Alex.

—El caos siempre facilita la huida —observó Stone.

—Si es que lográis huir —intervino Annabelle—. Vais a entrar en un edificio inacabado y con pocas salidas para enfrentaros a un ejército de asesinos del Gobierno a las órdenes de un tío que parece astuto y despiadado como el que más.

—Lo has resumido muy bien —reconoció Stone.

—¿Cómo sabes que Gray no matará a Simpson? Quizá finja aceptar el intercambio y luego sus hombres os maten a todos.

—Todos se giraron para mirar a Milton—. Cuando pasas mucho tiempo con Oliver acabas volviéndote un poco paranoico.

Stone sonrió antes de responder.

—Milton, tienes toda la razón. De hecho, no creo que Gray tuviera ningún problema en matar a Simpson y luego culparnos a nosotros. Pero tengo algo que quiere de verdad, y sabía que me lo pediría.

—¿Las pruebas que utilizaste para hacerle dimitir? —dijo Alex.

—Exacto. Es el único motivo por el que vendrá. Las órdenes que tenemos sólo vinculan a Simpson con los asesinatos de Andropov y Chernenko.

—O sea que Gray se presenta con su ejército y se realiza el intercambio. En cuanto tenga lo que quiere, ¿cómo vais a salir junto con David sanos y salvos? —quiso saber Annabelle.

—Hay una manera —dijo Stone—, y necesitaremos vuestra ayuda para lograrlo.

OceanofPDF.com

89

El equipo de Finn había preparado un camión articulado para utilizarlo en la incursión al Centro de Visitantes. El plan inicial había pasado a un segundo plano debido al incidente de Sam. No obstante, el camión estaba listo, y cuando Finn explicó a Stone las posibilidades que ofrecía, el ex Triple Seis le había dicho que fuera a buscarlo.

Y es lo que Finn había hecho; tenía las llaves del vehículo y libre acceso al almacén de seguridad donde se encontraba.

Condujo el camión articulado por el centro de la ciudad. Cuando llegó a la entrada del Centro de Visitantes vio que a su alrededor se ultimaban los preparativos para el simulacro de atentado terrorista.

Estacionó en una zona de carga y descarga y bajó. Llevaba el uniforme de rigor, la acreditación pertinente y órdenes de envío amañadas para engañar a un guardia aburrido. Le enseñó los papeles y abrió la trasera del camión. El guardia inspeccionó la carga, abriendo algunas cajas para echar un vistazo antes de volverlas a cerrar.

Finn había llegado allí a las seis y media porque sabía que los obreros de la construcción acabarían la jornada a las seis debido al simulacro de atentado. El siguiente turno llegaba a la mañana siguiente. El intercambio con Gray se realizaría a medianoche; Stone haría la llamada al cabo de dos horas. Eso les permitiría organizar su plan de huida y concedería muy poco tiempo a Gray para sus propios preparativos.

Milton estaba calle abajo, sentado en un coche y teléfono móvil en mano. Él era el mecanismo de seguridad. Si todo se iba al garete, tenía que llamar a la policía, al FBI, a los bomberos y a quien se le ocurriera. Como todos estarían cerca, el tiempo de respuesta sería muy rápido, aunque no lo suficiente. Caleb estaba en el escondrijo custodiando a Lesya y al resto de

la familia Finn. Reuben y Alex se encontraban cerca, esperando instrucciones de Stone.

—Esto va a llevar lo suyo —le dijo Finn al guardia—. Además de descargar el material tengo que desempaquetarlo. Y mi ayudante se ha puesto enfermo.

—¿Cuánto rato? —preguntó el guardia.

—Probablemente hasta pasada la medianoche.

—Pues entonces mejor que empieces. —Y se marchó sin siquiera ofrecerle su ayuda.

Finn utilizó una carretilla eléctrica para descargar las cajas del aire acondicionado, ventilación y calefacción, y llevarlas al interior del edificio. Cuatro cajas tenían doble fondo. De una de ellas salió Stone, y de otra, Annabelle. De la tercera extrajeron a Simpson atado y amordazado, y de la cuarta Stone y Finn sacaron las armas, incluyendo fusiles de francotirador que Stone había utilizado en su época de Triple Seis. Finn los miró con escepticismo.

—Aún funcionan bien —le aseguró Stone—, a pesar de su edad.

—¿No disponen de mira infrarroja?

—Pues no.

—Los hombres de Gray la tendrán, de última generación —dijo Finn.

—Aja.

—Y protección corporal antibalas, la mejor.

—Siempre apunto a la cabeza.

Ocultaron a Simpson detrás de un cajón de azulejos, y Finn enseñó a Stone y a Annabelle las salas interiores, muchas todavía inacabadas.

Stone se detuvo en una sala y miró hacia arriba.

—¿Una galería?

Finn asintió.

—Esto es el Gran Salón. Desde aquí se domina la zona de visitantes principal. También están el atrio, el auditorio de congresos, la galería de exposiciones, los cines y la zona de restaurantes.

—Esta sala me gusta —dijo Stone mientras observaba el murete que delimitaba la galería y llegaba a la altura de la cintura—. El terreno elevado

siempre ofrece ventajas. Ahora enséñame dónde está la fuente de suministro eléctrico más cercana.

Una vez inspeccionada, Finn los condujo por una serie de puertas que desembocaban en un largo pasillo cerrado.

—Ése es el pasillo subterráneo que conduce al Capitolio. Aún está totalmente bloqueado.

—¿Y cómo saco a David de aquí? —preguntó Annabelle.

Finn señaló hacia arriba.

—Los conductos de ventilación. Serán vuestra vía de salida. Ese conducto de ahí va directo al Capitolio. He dibujado un plano. —Se lo dio y le indicó distintos puntos, señalando que el conducto desembocaba en un pequeño trastero.

»No tienes más que recorrer un pasillo corto y encontrarás una puerta de salida. No está vigilada y se abre desde dentro. Uno de mis compañeros la utilizó cuando realizamos la incursión inicial. A él le costó pasar, pero es más corpulento que tú y David. Vosotros no tendréis problema, ambos sois delgados».

Stone miró a Annabelle.

—Por eso nos venías como anillo al dedo. Reuben o Alex no pasarían por ahí ni haciendo régimen. Caleb y Milton son delgados, pero...

—Lo sé —dijo Annabelle—. Si surgen problemas yo tengo labia suficiente para salir airosa.

—Alex y Reuben estarán apostados cerca de la salida que utilizaréis. Si hace falta, Alex enseñará su placa del Servicio Secreto para que crucéis todos los controles de seguridad.

—¿Dónde quieres que me sitúe, Oliver? —preguntó Annabelle.

—Aquí mismo, al lado de la entrada de la red de conductos. Te traeremos a David.

Annabelle miró al alto y corpulento Finn y a Stone.

—Un momento. Es obvio que Harry y tú no cabéis en los conductos. ¿Cómo saldréis?

—Ya nos preocuparemos nosotros de eso, Annabelle —dijo Stone.

OceanofPDF.com

90

Durante las dos horas siguientes, Stone y Finn coreografiaron lo que sucedería por la noche. Finn, especializado en tareas de esa índole, al final tuvo que reconocer que, en lo atinente a establecer la mejor posición para matar y sobrevivir, Stone le superaba con creces.

Llegó el momento de no retorno. Stone hizo la llamada a Gray y luego ocuparon sus posiciones y esperaron. Stone sabía que Gray enviaría una avanzadilla para hacer un reconocimiento del lugar. Y así fue. Al cabo de dos horas aparecieron unos hombres a husmear e inspeccionar, acompañados por los guardias de seguridad, oportunamente intimidados por las placas oficiales.

Luego apareció Gray en persona. Se le veía más corpulento de lo normal. Desde su posición de francotirador, Stone adivinó por qué: protección corporal antibalas. No le importó: como había dicho a Finn, siempre apuntaba a la cabeza. Nadie sobrevivía sin cerebro, aunque pareciera que en Washington más de uno lo conseguía sin problemas.

Al lado de Gray, un hombre empujaba una carretilla que transportaba una bolsa. Bajó la cremallera de la bolsa y ayudó a salir al chico. David Finn llevaba los ojos vendados y tapones en los oídos. Se colocó tambaleando al lado de Gray, quien recorrió con la mirada el enorme Gran Salón inacabado.

—Bueno —dijo al espacio vacío—. Aquí estamos.

Harry Finn entró en la sala con Simpson amordazado.

—Aquí lo tiene. ¡Ahora entrégueme a mi hijo!

Gray pareció ligeramente molesto por el hecho de que le hablaran de ese modo.

—Harry Finn, hijo de Lesya y Rayfield. Te pareces más a ella que a él.

—¡Devuélvame a mi hijo!

—¿Dónde están las órdenes? ¿Y dónde mi grabación?

Finn sacó unos papeles y un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta. Se los enseñó sin acercarse.

—Quiero a David a mi lado —dijo, y empujó a Simpson hacia Gray.

El senador se apresuró hacia Gray, quien ordenó que le quitaran la mordaza y las ataduras de la mano.

Entonces un hombre empujó a David hacia su padre. Finn abrazó a su hijo.

—Tranquilo, David, ya te tengo. —Le quitó la venda de los ojos y los tapones de los oídos.

—¡Papá! —dijo el muchacho con voz temblorosa, y lo abrazó con fuerza.

Gray estiró la mano.

—¡Dámelos ahora mismo!

Finn le lanzó lo que quería. Gray miró las órdenes.

—Cuesta creer que hayan sobrevivido todos estos años —comentó.

—Hay muchas cosas que han sobrevivido todos estos años, incluida mi madre —dijo Finn mientras colocaba a David detrás de él. Notó que los dedos de varios hombres se acercaban al gatillo de sus armas.

Gray escuchó la grabación en el teléfono móvil, luego se lo pasó a un subalterno, que lo conectó a un pequeño dispositivo electrónico y la reprodujo otra vez. Leyó el resultado que apareció en la pantalla del aparato.

—Es el original, se ha copiado una vez —informó.

Stone le había dado una copia a Gray con anterioridad.

Gray sonrió, se metió el móvil en el bolsillo y miró a Finn.

—¿Y qué tal está tu madre?

—Viuda, gracias a ti.

Gray miró alrededor.

—John, sé que estás ahí, quizás acompañado de tu variopinto regimiento. Pero para que sepas cuál es la situación del terreno de juego, te diré que el lugar está rodeado y completamente acordonado. Y la policía, el FBI, el Servicio Secreto y cualquier otra cosa que se te ocurra tienen prohibida la entrada. Seguro que sabes que ahora mismo se está realizando un simulacro de atentado terrorista ahí fuera. Probablemente por eso elegiste este sitio. Sin duda esperabas que te facilitaría la huida. Pero lo que hace es asegurar que, si se produce un tiroteo aquí dentro, no se oirá desde el exterior, y si se oye nadie se molestará en investigarlo.

En ese momento les llegaron los sonidos de las sirenas, disparos y explosiones, todo parte del simulacro.

Gray miró de nuevo a Finn.

—A lo mejor tendrías que darle las gracias a este joven, John. Mató a Bingham, a Cincetti y a Cole. Tú no lo sabes, claro, pero tus ex compañeros formaban parte del equipo enviado para matarte. Fallaron, por supuesto, pero pillaron a tu mujer. Cole se jactó de haber sido su ejecutor, pero Bingham se lo discutía. De hecho, se ofrecieron voluntarios para hacer el trabajo. Supongo que no les caías muy bien.

El silencio fue la única respuesta al dardo envenenado de Gray.

Gray esperó unos instantes antes de añadir:

—Quizá también te interese saber con quién me he encontrado mientras venía hacia aquí.

OceanofPDF.com

91

A Finn se le cayó el alma a los pies cuando vio aparecer a Milton escoltado por dos hombres de Gray.

Detrás del murete de cemento de la galería, Stone aflojó el dedo del gatillo. Podía cargarse a los dos hombres antes de que le hicieran daño a Milton, pero no sabía dónde estaba el resto del equipo de asalto de Gray. Necesitaba hacerlos salir.

—Creo que esto concluye el intercambio —dijo Finn.

Gray negó con la cabeza.

—No ha hecho más que empezar, muchacho.

Asintió hacia sus hombres mientras se retiraba con Simpson. Cuando estuvieron a salvo, detrás de una pared de ladrillos a medio levantar, Simpson dijo en voz alta:

—Por cierto, John Carr, fui yo quien ordenó tu eliminación. Nadie deja la Triple Seis de forma voluntaria. Lo único que lamento es que no acabáramos contigo entonces. Pero la paciencia tiene recompensa.

Stone escuchó las palabras del senador y por un instante se quedó desconcertado, pero al punto se recuperó. Tenía una misión que cumplir y no le afectaría nada de lo que Simpson dijera. Corrió hasta un gran cabrestante eléctrico que había preparado con anterioridad.

Al recibir la señal acordada, Finn agarró a su hijo y lo tumbó en el suelo al tiempo que sacaba una pistola de la cinturilla y lo protegía con el cuerpo. Al cabo de un instante un objeto enorme cayó del techo. Se trataba de una enorme viga de hormigón que habían alzado con anterioridad. Stone la había soltado antes de regresar a su posición de francotirador.

La viga alcanzó su objetivo cayendo a pocos centímetros de Finn y su hijo, que de inmediato se refugiaron detrás de ella.

Los dos hombres de Gray apuntaron a Milton, el blanco más fácil. Antes de que tuvieran tiempo de apretar el gatillo, Stone los abatió con dos disparos certeros.

Stone tenía a mano un mando eléctrico múltiple conectado a un largo cable eléctrico. Pulsó un botón y la sala quedó a oscuras. Entonces bajó corriendo desde la galería. Había memorizado el número de escalones y giros, por lo que la oscuridad no le entorpeció el descenso. Alcanzó una especie de patinete que habían encontrado en un trastero, del tipo que los mecánicos utilizan para deslizarse bajo un coche, y se tumbó encima. Se deslizó por el suelo del Gran Salón, en dirección a Milton. El plan original había sido sacar de allí a Finn y a su hijo de ese modo. Pero Milton era quien más peligro inmediato corría.

—¡Finn! ¡Cúbreme! —pidió.

Finn empezó a disparar.

Mientras rodaba, Stone parpadeaba con rapidez para acostumbrar los ojos a la oscuridad. Chocó contra un cadáver y le arrancó las gafas de visión nocturna del cinturón.

—¡Milton! —llamó en cuanto se las puso.

—Aquí —respondió Milton con un hilo de voz.

Stone miró a su derecha. Milton estaba allí, tumbado con las manos encima de la cabeza. El otro agente muerto le había caído encima.

—¿Estás herido? —preguntó Stone.

—No.

Stone apartó el cadáver y, encaramados los dos al patinete, se deslizaron por la sala hacia las escaleras que conducían a la galería mientras Finn vaciaba dos cargadores para cubrirles la retirada.

—Voy a llevarte con Annabelle —le dijo Stone a Milton—. Saldréis por un conducto que lleva al Capitolio. Es muy estrecho pero cabrás.

—Oliver, no puedo ir por ahí.

—¿Por qué no?

—Padezco claustrofobia.

Stone resopló.

—Bueno, entonces te marchas conmigo.

—Que no sea estrecho —rogó Milton con nerviosismo.

—Aquí todos los sitios son estrechos —espetó Stone mientras se parapetaban tras el murete de la galería—. ¿Has contado cuántos hombres traía Gray consigo?

—Una docena.

—Entonces le quedan diez.

Stone sabía que en la siguiente fase de la huida tendrían que correr por un espacio abierto. Sin duda los hombres de Gray les seguirían el rastro con las gafas de visión nocturna. De hecho, Stone contaba con ello. Esa clase de gafas eran de gran utilidad pero tenían un inconveniente.

Stone se quitó las que llevaba, cogió el mando eléctrico y volvió a pulsar un botón. La luz inundó todos los rincones. Al punto se oyeron gritos de dolor: los hombres de Gray. Cuando se encendían luces brillantes, quienes llevaban gafas de visión nocturna no veían más que estrellitas durante al menos un minuto.

Stone y Milton echaron a correr para ponerse a cubierto. Apenas se recuperaron, los hombres de Gray abrieron fuego sin miramientos. Stone dejó a Milton y bajó de nuevo a la sala. Finn y su hijo seguían detrás de la gran viga, atrapados por el tiroteo. Stone cogió la carretilla eléctrica cargada con material de calefacción y aire acondicionado y se acercó a Finn y a su hijo. Las balas que disparaban los hombres de Gray rebotaban contra los aparatos de metal.

Con ese escudo alcanzaron una posición relativamente segura y Milton bajó para reunirse con ellos. Corrieron pasillo abajo y atravesaron varias puertas hasta lograr entregarle a Annabelle un aterrorizado David.

Ella vio a Milton.

—Dios mío, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—Es una larga historia y ahora no tenemos tiempo —dijo Stone—. Tú y David saldréis por los conductos. Milton vendrá con nosotros.

Finn abrazó a su lloroso hijo, que se aferraba a su padre.

Al final Finn se separó de su hijo y le dijo que fuera con Annabelle.

—Tienes que ayudar a tu madre —le recordó—. Me reuniré con vosotros apenas pueda.

—Papá, van a hacerte mucho daño...

—Descuida. He salido bien parado de otras situaciones peores —
repuso Finn esbozando una sonrisa.

Annabelle miró a Stone, le cogió la mano y se la apretó.

—No dejes que te maten, Oliver. Por favor.

Ayudaron a la chica y al niño a entrar en el conducto. Luego Finn condujo a Stone y a Milton hasta otro túnel que discurría en paralelo al anterior. Se había construido en previsión de que los obreros tuvieran que evacuar el lugar y por algún motivo la salida normal no fuera transitable.

Se detuvieron ante una puerta de seguridad. Stone hizo saltar la cerradura de un disparo y Finn abrió la puerta, que daba a un largo pasillo.

—Por aquí se llega al edificio Jefferson —indicó Finn.

Stone asintió.

—Caleb me contó cómo salir del Jefferson sin ser vistos. Harry, ve tú primero, Milton en medio y yo detrás.

Milton se asomó al pasillo largo y oscuro.

—¿Seguro que estaremos a salvo?

—Tan a salvo como...

Stone no supo de dónde salió el disparo; apenas lo oyó. Tampoco vio que Finn alzaba la pistola y disparaba, ni que el francotirador se desplomaba. Lo único que vio fue la expresión de Milton, que ensanchó los ojos ligeramente, como sorprendido. Luego cayó de rodillas sin apartar la mirada de Stone. Empezó a sangrar por la boca. Sólo pronunció una palabra: «¿Oliver?»

Acto seguido, Milton Farb cayó de bruces sobre el suelo, se retorció una vez y luego se quedó inmóvil mientras el gran orificio que tenía en el centro de la espalda rezumaba sangre.

Stone había visto muchas heridas como ésa, todas mortales.

Milton estaba muerto.

Finn contempló el cadáver.

—Dios mío.

Stone se arrodilló para levantar el cuerpo de su amigo y lo llevó a un rincón, donde lo depositó con suavidad. Le cerró los ojos inertes y le colocó las manos pequeñas y finas sobre el pecho. A continuación se

levantó, empuñó su arma y pasó junto a Finn sin mediar palabra. No se dirigía a un lugar seguro, sino que volvía al Centro de Visitantes.

Harry Finn miró la puerta que llevaba al edificio Jefferson y a la libertad. Su hijo estaba a salvo. Podría reunirse con él en breve si se marchaba en ese momento. Aquella ya no era su batalla. John Carr había matado a su padre. ¿Qué le debía a aquel hombre?

«Todo. Me salvó a mí, a mi madre y a mi hijo. Se lo debo todo.»

Cogió el arma y corrió tras Oliver Stone.

OceanofPDF.com

92

No fue Oliver Stone, el afable cuidador del cementerio de mediana edad, quien se encaminó a la batalla aquella noche. Fue una máquina de matar llamada John Carr, con treinta años menos, con toda la pericia y ferocidad de una vida profesional dedicada a eliminar personas de maneras inimaginables para la mayoría. Aquella noche puso en práctica todas sus habilidades, pero aun así parecía asistido de un poder superior. Balas que debían haber segado su vida fallaron numerosas veces por un par de centímetros, y el desastre que tenía que haber sobrevenido no llegó a producirse. Quizá por fin le había llegado la hora de hacer justicia, pero eso sólo lo pensó más tarde. Aquella noche se dedicó exclusivamente a matar. Y el Centro de Visitantes se convirtió en una carnicería. Finn sólo mató a un hombre: Stone había acabado con los seis restantes, dos con disparos que Finn jamás había visto en su vida. Seguía sin comprender cómo lo había hecho; parecía como si Stone hubiera ordenado a las balas que encontraran su blanco.

Para Stone, la explicación era otra. No cabía duda de que los hombres de Gray eran más jóvenes, fuertes, rápidos y estaban muy bien entrenados. En la actualidad siempre disponían de una fuerza arrolladora antes de atacar. Habían matado cientos de veces... en los entrenamientos.

Pero cuando se hacía de verdad resultaba muy distinto. Y con su pasos por Vietnam, Stone probablemente había matado a más personas que todos los hombres de Gray juntos. Y nunca había contado con una fuerza arrolladora. A menudo había estado él solo, y eso le hacía ser mejor que los demás.

Cuando el último hombre hubo caído, Finn y Stone se marcharon por la salida de emergencia, llegaron hasta el edificio Jefferson y salieron desde

allí tal como Caleb les había indicado. Stone cargó con el cadáver de Milton. Mientras esperaba tras unos arbustos con el cuerpo de su amigo, Finn consiguió salir a hurtadillas y apropiarse de un uniforme de auxiliar sanitario de una furgoneta forense estacionada cerca del epicentro del simulacro de atentado. Acto seguido, vio una ambulancia aparcada cerca de la biblioteca con las llaves puestas. Al cabo de unos minutos y con ayuda de una camilla, Stone y Finn introdujeron en la ambulancia el cadáver de Milton, con la cara tapada con una sábana. Teniendo en cuenta el caos reinante, nadie distinguiría un cadáver verdadero de uno falso. Finalmente, Finn se puso al volante, Stone se quedó detrás y arrancaron con las luces encendidas.

Finn miró por el retrovisor. Stone iba sentado al lado de su amigo, cabizbajo. No había salido de la batalla ileso: una bala le había rozado el brazo derecho y le había dejado un corte que sangraba; otra le había dejado huella en el lado izquierdo de la cabeza. Stone ni siquiera les había prestado atención. Finn había tenido que vendarle las heridas con gasa y esparadrapo de la ambulancia mientras Stone se limitaba a observar a su amigo muerto.

Stone levantó la sábana, cogió la mano de Milton, todavía caliente, y se la apretó. Empezó a pronunciar palabras que Finn no discernía claramente, pero por instinto sabía qué estaba diciendo.

—Lo siento, Milton. Lo siento mucho.

Una lágrima surcó el rostro de Stone y cayó en la sábana.

Finn no quería interrumpir aquel momento tan privado, pero no le quedó más remedio.

—¿Adonde quieres llevar a Milton?

—A casa. Vamos a llevarle a casa, Harry.

Dejaron la ambulancia a unas tres manzanas de la casa y transportaron el cadáver por el bosque que bordeaba el vecindario. Stone lo colocó con cuidado en la cama y pidió:

—Déjame solo un momento.

Finn asintió y se retiró de la habitación.

Stone había sufrido más en la vida de lo que un ser humano debería. Lo había sobrellevado estoicamente, intentando mirar hacia delante en vez de vivir en el pasado. No obstante, al contemplar el cadáver de su amigo,

todos los recuerdos de sus tragedias personales se abalanzaron sobre él desde la oscuridad.

Aunque lo había hecho en muy contadas ocasiones, en ese momento lloró desconsoladamente, con tal desolación que le fallaron las rodillas y acabó en el suelo, acurrucado como un niño afligido, sufriendo la angustia del millón de pesadillas que se habían acumulado en su interior a lo largo de los años, pesadillas a las que de repente daba rienda suelta con la potencia del agua que revienta una presa.

Al cabo de media hora ya no le quedaban más lágrimas que derramar. Se levantó y acarició el rostro de su amigo.

—Adiós, Milton.

OceanofPDF.com

93

Tras el intercambio, Gray y Simpson habían abandonado la zona del Capitolio rápidamente.

—¿Cuándo te confirmarán que Carr y el hijo de Lesya han muerto? —preguntó Simpson.

—En cualquier momento. ¿Sabes? Has tenido muchos cojones al confesarle a Carr que fuiste quien ordenó su ejecución.

—No quería que muriera sin saberlo. Me habría quedado insatisfecho.

—De todos modos, yo no lo habría hecho —reconoció Gray.

Simpson le pidió las viejas órdenes a Gray y las observó.

—El mundo es un lugar mejor gracias a lo que hicimos.

—Estoy de acuerdo. Dos líderes soviéticos muertos. Despejamos el camino hacia la paz.

—Sin embargo, nunca recibimos el reconocimiento merecido.

—Eso es porque no estaba autorizado. Nos tomamos la justicia por nuestra mano.

—Los patriotas tienen que cumplir con su cometido. ¿Y ahora qué?

—Las órdenes y este teléfono móvil serán destruidos. —Recuperó los papeles de la mano de Simpson.

—¿Qué hay en el teléfono móvil? No lo he oído.

—Alégrate de ello, Roger. De lo contrario te habría tenido que matar a ti también.

Simpson se lo quedó mirando con incredulidad.

—¿Estás de broma?

—Por supuesto que sí —mintió Gray.

Carter Gray recibió la noticia a las cuatro de la mañana: sus hombres habían sido aniquilados y Carr y Finn habían huido. Resultaba obvio que Carr, la máquina de matar, no había perdido facultades. Llamó inmediatamente a Simpson.

—¿Y bien? —preguntó éste.

—Todo sobre ruedas, Roger. Carr y Finn están muertos. No saldrá en las noticias. Lo encubriremos todo.

—Excelente. Ahora por fin podremos olvidar este asunto.

Gray colgó. «Así es.» Se reunió con el presidente ese mismo día después de encargarse de despejar el Centro de Visitantes.

El comandante en jefe no estaba especialmente contento por los acontecimientos.

—¿Qué demonios pasó allí anoche? Me han dicho que encontraron sangre y restos de un tiroteo.

—Señor, conseguimos localizar a John Carr y al hijo de Lesya en el Centro de Visitantes.

—Dios mío, ¡en pleno Capitolio!

—No tengo ni idea de cómo entraron, pero allí estaban. Recibimos un chivatazo y acudimos con un destacamento y se produjo un tiroteo muy intenso.

—¿Y qué demonios pasó?

—Las personas correspondientes fueron eliminadas —dijo Gray de forma vaga.

—¿Sufrimos alguna baja?

—Por desgracia, sí. Las familias están siendo informadas.

—¿Dónde están los cadáveres?

—Los hemos enviado en avión al extranjero para deshacernos de ellos discretamente. Tenemos que mantener esto en secreto, señor. Los medios harían su agosto con todo esto.

—Mira, Carter, soy el presidente. Quiero saber de qué va todo esto y quiero saberlo ahora mismo.

Gray se reclinó en el asiento. Por supuesto, había esperado esa reacción. Sacó las viejas órdenes del bolsillo. Había destruido el teléfono

móvil, pero esas órdenes eran demasiado valiosas, especialmente porque su nombre no aparecía por ninguna parte.

El presidente leyó los documentos.

—¿Roger Simpson?

Gray asintió.

—Permítame que le cuente toda la historia, señor. Se lo inventó casi todo, pero lo contó con tal autoridad y seguridad que, cuando el presidente se reclinó en el asiento, quedó claro que lo aceptaba como la verdad.

—¿Y la implicación de Lesya y Rayfield Solomon? —preguntó el primer mandatario—. Solomon ha sido tildado de traidor. ¿Lo fue? Si no, tenemos que reparar ese agravio de alguna manera.

Gray vaciló.

—No puedo decir con toda certeza que fuera un traidor, señor.

—Pero dices que fue eliminado. Has dicho que era un traidor.

—En aquel entonces parecía claro que lo era. Ahora quizá no tanto. He de investigar más al respecto.

—Pues hazlo, Carter, hazlo. Y si resulta que ese hombre era inocente, repararemos el agravio, ¿entendido?

—No me conformaría con menos. Ray Solomon era amigo mío.

—Dios mío. Dos líderes soviéticos asesinados por nuestro país. No me lo puedo creer.

—A muchos nos resulta difícil de creer, señor.

—¿Me estás diciendo que no lo sabías? —repuso el presidente bruscamente.

Gray eligió sus palabras con cuidado.

—En aquella época las cosas funcionaban de forma distinta. De vez en cuando teníamos pruebas de conspiraciones soviéticas para matar a presidentes de Estados Unidos, pero tomábamos medidas para contrarrestarlas. La verdad no podía salir a la luz porque habría podido provocar una guerra nuclear. Hay que tener en cuenta que nunca se trató de conspiraciones oficiales instigadas por los líderes soviéticos, pero en la guerra fría no se jugaba limpio.

—Entonces, ¿quién demonios ordenó los asesinatos de Andropov y Chernenko?

—Las órdenes no pasaron por mí.

—¿Me estás diciendo que Roger Simpson, quien, si no recuerdo mal, no era más que un agente judicial, lo hizo por su cuenta y riesgo?

—No, nada de eso. Nunca habría hecho una cosa así solo. Debió de recibir la autorización a través de otros canales.

—¿Canales que prescindieron de ti? ¿Por qué? Tú eras su superior, ¿no?

—No para todos los asuntos, señor. Y mi opinión sobre el asesinato de líderes extranjeros estaba clara. Existía una orden ejecutiva que lo consideraba ilegal y para mí ese límite era infranqueable.

—Pues quizá deba hablar de esto directamente con Simpson.

—No sé si es lo más acertado, señor. Va a presentarse como candidato a la Casa Blanca. Es un compañero de su mismo partido. Si empieza a investigar, entonces habrá filtraciones a la prensa y al final acabará sabiéndose todo. Como ya sabe, hoy día resulta muy difícil mantener secretos.

—Dichosos periodistas; sí, ya lo sé.

—¿Y qué diría el senador Simpson? Su firma aparece en estas órdenes. Diría que alguien de arriba ordenó los asesinatos. Incluso podría decir que yo estaba al corriente. Es difícil culparle de querer quitarse el muerto de encima. Pero el asunto es cosa del pasado. Dos hombres fueron asesinados. ¿De forma ilegal? Es probable. ¿El fin justificó los medios? Creo que la humanidad consideraría que sí. Yo optaría por dejar las cosas como están, señor presidente. Dejémoslas estar.

—Me lo pensaré, Carter. Pero mantenme informado si hay novedades al respecto.

—Una cosa más, señor.

—¿Sí?

—Me gustaría volver al trabajo. Como jefe de inteligencia. Quiero servir de nuevo a mi país.

—Bueno, como sabes, actualmente el cargo está vacante. Así que, si lo quieres, es tuyo. Dudo que el Senado ponga alguna objeción para confirmar en el cargo a un hombre galardonado con la Medalla de la Libertad.

—Lo quiero de veras, señor presidente.

El mandatario estrechó la mano de Gray.

—Agradezco la sinceridad que has tenido hoy conmigo, Carter. Eres un verdadero patriota. Ojalá tuviéramos más hombres como tú.

—Sólo cumplo con mi obligación, señor. —En realidad, Carter estaba pensando que, con Carr suelto por ahí, le convenía rodearse del mayor número posible de guardaespaldas competentes.

—¿Sabes? Creo que serías un buen presidente.

Gray soltó una risita.

—Gracias, señor, pero no creo estar cualificado —mintió con toda tranquilidad, pues se consideraba de sobra cualificado para el cargo. Además, quería disfrutar de un poder real. Lo único efectivo que un presidente podía hacer era declarar una guerra, y eso sucedía en contadas ocasiones. Aparte de eso, para el gusto de Gray se trataba de un cargo bastante impotente.

Se marchó de la Casa Blanca y subió al helicóptero. Mientras se elevaba en el aire, pensó que debía sentirse bien, victorioso. Pero no era así. De hecho, pocas veces en su vida había estado tan deprimido.

OceanofPDF.com

94

Oliver Stone no asistió al funeral de Milton, aunque los demás acudieron muy afligidos. Caleb estaba tan afectado por la muerte de su amigo que Alex y Annabelle tenían que mantenerlo en pie. Harry Finn había expresado su deseo de asistir, pero seguía oculto con su familia.

Alex se había presentado ante su supervisor y había comprobado que todos sus problemas se habían esfumado.

—No sé de qué coño iba todo eso —reconoció el supervisor—, y me parece que no quiero saberlo.

Al cabo de una semana se reunieron todos en el apartamento de Caleb para honrar la memoria de Milton. En esa ocasión Finn acudió con Lesya.

—Me cuesta creer que Oliver se perdiera el funeral de Milton —dijo Reuben, bajando la mirada hacia su cerveza—. No me lo puedo creer —añadió con los ojos enrojecidos.

Annabelle miró a Alex.

—¿No ha habido noticias de él?

El agente secreto meneó la cabeza.

—Harry, tú fuiste la última persona que lo vio. ¿Dijo adonde iría o qué haría?

Finn negó con la cabeza.

—Sé que se siente culpable de la muerte de Milton.

Caleb intervino con enfado:

—En el periódico pone que Carter Gray volverá a ser el jefe de la comunidad de inteligencia. Qué mundo maravilloso.

Todos sabemos lo que ha hecho pero, claro, no disponemos de pruebas. —Se dejó caer en una silla y contempló una foto de Milton que había colocado en un estante bien visible. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas regordetas.

—Mi familia y yo tendremos que marcharnos al extranjero. Gray no parará hasta que nos atrape.

—No lo creo. Ha llegado el momento de ponerle punto final a toda esta locura.

Todas las miradas se volvieron hacia Lesya, sentada en un rincón.

Sacó algo del bolso, un objeto muy inusual para una mujer anciana: un osito de peluche.

—El querido osito de mi nieta. El osito de mi preciosa Susie, el que le regalé cuando era pequeñita.

Todos siguieron mirándola, preguntándose si acababa de perder el juicio.

—Esto lo hago con el permiso de Susie. —Extrajo una pequeña navaja del bolso y cortó las costuras del peluche. Abrió la unión, introdujo la mano y sacó una cajita.

—Un artesano de Rusia me la hizo expresamente. —Sacó una llave diminuta, abrió la caja y extrajo un dispositivo electrónico minúsculo provisto de una conexión para USB—. ¿Alguien tiene un ordenador aquí?

En la pantalla del ordenador apareció una habitación muy espartana. Había cuatro personas sentadas alrededor de una mesa de madera. En uno de los lados estaban Solomon y una joven Lesya. Al otro lado se hallaba un joven Roger Simpson, y junto a éste un hombre que no había cambiado tanto desde entonces.

—Carter Gray —dijo Alex.

Lesya asintió.

—Fue idea de Rayfield grabar esto en secreto. Es que la misión era de tal envergadura...

Observaron las imágenes en que los cuatro hablaban del asesinato. Parecía que Andropov ya había sido asesinado, y que ahora se centraban en Chernenko por considerarlo el único hombre que se interponía en el ascenso al poder de Gorbachov.

«Lo hicisteis de maravilla la primera vez, Ray y Lesya —decía Gray—. Todo el mundo creyó que Andropov murió por causas naturales.»

«Ciertos venenos no dejan rastro —comentó ella—. Y en la URSS hay unos cuantos peces gordos que no lamentaron la muerte del pobre Yuri.»

«Quizás ocurra lo mismo con Chernenko —apuntó Simpson—, ahora que lo han nombrado secretario general.»

«Esperad un poco —intervino Gray—. Al menos un año. Así tendremos tiempo de allanar el camino en casa y acallar las sospechas. Todo apunta a que Gorbachov asumirá el poder cuando Chernenko muera.»

«Si esperamos, Konstantin podría complacernos sin necesidad de veneno. No goza de buena salud», señaló Solomon.

«Pues démosle un año —repitió Gray—. Pasado ese tiempo, si sigue con vida, tú y Lesya aseguraos de que no viva mucho más.»

«¿Y el director y el presidente también están de acuerdo con esto?», preguntó Solomon.

«Totalmente —respondió Simpson—. Lo consideran esencial para la paz mundial y la destrucción de la URSS. Como ya sabéis, hay muchas personas del lado soviético que también lo quieren.»

Gray estaba exultante.

«Os convertiréis en héroes —dijo. Se dirigió a Lesya—. El hecho de que te pasaras a nuestro bando ha sido de vital importancia. Si reina la paz entre Estados Unidos y lo que queda de la Unión Soviética, será en gran medida gracias a ti. Y aunque nunca se haga público, te habrás ganado el agradecimiento eterno de tu nación adoptiva. Tú y Ray habéis arriesgado la vida infinidad de veces por este país, y de parte del presidente os digo que os da su más sincero agradecimiento por todo lo que habéis hecho por América.»

La grabación continuaba varios minutos más y luego acababa.

—Nunca he visto a nadie que mintiese tan bien como Carter Gray y Roger Simpson —dijo Lesya—. A su lado, yo era una aficionada.

—¿Por qué demonios no nos enseñaste esto antes? —preguntó Alex.

—Por ejemplo, cuando nos diste las órdenes escritas —añadió Finn.

—Hay que ser tonto para entregar todo lo que uno tiene a la primera. Siempre hay que guardarse un as en la manga. Conservé la película y la

coloqué en este dispositivo antes de introducirlo en el osito que le regalé a Susie.

—Dios mío, ha muerto gente, Milton ha muerto —susurró Caleb.

—Yo no pude hacer nada al respecto —se limitó a decir Lesya—. Si les hubiéramos dado también esto, ¿habría cambiado algo? Seguiría habiendo gente muerta. Tu amigo seguiría muerto. Y no tendríamos nada.

—Pero ¿qué hacemos con esto? —preguntó Alex.

—Quiero reunirme con Carter Gray.

—¿Qué? —exclamó Finn.

—Gray y yo tenemos que sentarnos cara a cara.

—¿Y si no quiere? —preguntó Alex.

Lesya sonrió.

—Deja que hable con él por teléfono. Entonces seguro que querrá verme.

OceanofPDF.com

95

—Ha pasado mucho tiempo, Lesya —dijo Gray; se encontraban en la habitación de un motel de Fredericksburg, Virginia—. Has cambiado mucho —añadió.

—Pues teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, está claro que tú no has cambiado.

—Has dicho por teléfono que tenías algo que debía ver.

—Sé que tienes hombres fuera. Tú siempre tienes hombres fuera, Carter.

—Sí, en mi trabajo hay que tomar precauciones. ¿Qué querías enseñarme? No me sobra el tiempo.

Ella abrió el ordenador portátil que llevaba consigo y le hizo ver toda la grabación.

—¿La grabación fue idea de Rayfield? —preguntó Gray.

—Sí.

—Si sospechaba la verdad, ¿por qué cumplió con el plan?

—Era leal; tú no. Pero en realidad lo hizo para protegerme. Sabía lo vulnerable que yo sería. Él por lo menos tenía la tapadera de los americanos. Yo no tenía nada.

—Siempre he lamentado profundamente lo que os pasó a Rayfield y a ti, Lesya. En muchos sentidos, él fue el mejor amigo que he tenido jamás.

—Él confiaba en ti, Carter. Yo no, pero él sí. De quien siempre receló fue de Simpson.

—Conocía bien el carácter de las personas. —Gray se inclinó hacia delante, dispuesto aparentemente a contar por fin la verdad—. Lesya, yo no ordené su muerte. Eso fue obra de Roger. Nunca le habría hecho eso a Ray.

Nunca. Me puse furioso cuando me enteré, pero no podía hacer nada. Intenté por todos los medios retirar el nombre de Ray del muro de la vergüenza de la CIA, pero Roger también preparó eso con esmero. Se inventó una historia muy convincente sobre la traición de Ray. Y una vez muerto e incapaz de defenderse a sí mismo, yo no podía hacer nada.

—No me interesan tus explicaciones, Carter. Lo hecho, hecho está. Nada me devolverá a mi marido.

—Pero el resultado fue positivo. Precisamente tú entiendes mejor que nadie lo que significó para el mundo. Ray lo habría comprendido.

—Oh, sí, claro. Pero mi esposo murió. Y su nombre ahora es sinónimo de traidor en su país. Murió por su patria y lo llaman traidor. No puedo soportarlo.

—Si hubiera podido hacer algo al respecto, lo habría hecho. Pero tenía las manos atadas. Si sacaba a la luz lo que había hecho Roger, me habría descubierto a mí mismo. Él lo sabía. Quizá sea deshonesto, pero no es tonto.

—¿O sea que no estabas dispuesto a descubrirte para salvar la reputación de tu «mejor» amigo? ¿A renunciar a tu carrera para hacerlo? Rayfield quizá fuera tu mejor amigo, pero está claro que tú no eras su mejor amigo.

—Reconozco que fui débil y egoísta al no entregarme para salvar a Ray.

—Exacto —dijo ella sin rodeos—. ¿O sea que los asesinatos no estaban autorizados por tu Gobierno? Fuisteis tú, Simpson y algunos más, pero ningún cargo político importante. Sé que no responderás a mi pregunta, pero es la verdad. He pensado en el tema durante todos estos años. —Se recostó en el asiento y lo miró de hito en hito.

La habitual seguridad de Gray se había desvanecido considerablemente.

—Roger temía que si Ray descubría que el plan no estaba autorizado, le delataría —explicó—. Y lo cierto es que lo habría hecho sin importarle el daño que le hubiera causado.

—Ya. Mi marido era un hombre honrado. Y aun así fue asesinado y Roger Simpson se ha forjado una buena carrera como senador de este país.

—Lesya, ya sabes cómo eran las cosas por entonces...

Ella le interrumpió con un gesto de la mano.

—Las cosas por entonces eran exactamente igual que ahora. No ha cambiado nada, sólo las personas. Y las personas que se dedican a estos juegos son todas iguales. Hablan de hacer el bien, de convertir el mundo en un lugar mejor. Todo eso son gilipolces. Lo que les interesa es el poder y proteger sus intereses. Y los intereses son siempre los mismos. ¡Siempre!

Gray se reclinó en el asiento.

—Entonces, ¿qué quieres? Estoy seguro de que también lo has pensado durante todos estos años.

—Oh, sí, claro que lo he pensado. Y sé exactamente lo que quiero. Hace treinta años que quiero decírtelo, hijo de puta. Así que quédate ahí sentado a escuchar y luego harás exactamente lo que te diga.

Cuando Lesya hubo terminado, Gray se levantó para marcharse.

—¿Puedo confiar en tener el original de esa grabación y todas las copias a cambio de lo que has pedido?

—No, no puedes. Sólo tienes mi palabra de que me lo llevaré a la tumba. Y tú y Simpson deberíais consideraros afortunados. Podría destruirlos a los dos. Nada me haría más feliz, pero soy una persona que piensa en algo más que en la felicidad personal. Y eso es lo único que os ha salvado a ti y al desgraciado de Simpson. Ahora déjame en paz. No quiero volver a verte. Oh, pero puedes decirle una cosa al bueno del senador de mi parte.

—¿Qué es?

—He oído decir que quiere ser presidente.

—Sí, tiene intención de presentarse como candidato.

—Pues dile que se lo piense mejor, salvo que quiera explicar al pueblo americano el contenido de esa grabación. Eso es lo que quiero que le digas.

—Se lo diré. Adiós, Lesya. Y aunque no sirva de mucho, lo lamento.

Con otro gesto de la mano, Lesya despreció al hombre que en breve volvería a dirigir la inteligencia estadounidense.

La foto de Rayfield Solomon fue retirada del muro de la vergüenza. Su historial se revisó aduciendo errores de interpretación, y se ocultó bajo el título «Aparición de nuevas pruebas». Y luego la CIA clasificó las pruebas como secretas. Los estudiosos podrán acceder a ellas dentro de unos cien años. A continuación, Solomon recibió a título póstumo la

condecoración más importante de la CIA por su labor sobre el terreno. Su nombre no volvería a ser pronunciado jamás junto a la palabra «traidor».

Lesya Solomon recibió la Medalla de la Libertad, que por primera vez se concedía a una ex espía rusa. Las razones de esta condecoración también eran secretas, pero aun así salió en las noticias. Incluso concedió una entrevista alabando los progresos realizados en las relaciones ruso—americanas. Acabó diciendo que le hubiera gustado que su heroico marido, que tanto hizo por el fin de la guerra fría, hubiera vivido para verlo. Se negó a conceder más entrevistas y desapareció de nuevo.

Como era de esperar, el nombramiento de Gray como jefe de los organismos de inteligencia se aprobó sin obstáculos en el Senado. Un helicóptero lo trasladaba todos los días desde su retiro de Maryland, blindado con estrictas medidas de seguridad, a su despacho de Virginia. Su vida volvió a llenarse de actividades clandestinas y decisiones difíciles que tenían repercusión en todo el mundo. Se decía que una palabra de Carter Gray era capaz de hacer temblar a varias naciones. El hombre estaba de nuevo en su salsa.

Sin embargo, para quienes le conocían bien había cambiado. La personalidad amedrentadora, la intolerancia ante el menor error y la soberbia de la que había hecho gala tantos años habían mermado. A veces se lo encontraban sentado en su despacho mirando la pared, con una vieja foto entre las manos. Nadie había visto de qué foto se trataba porque la guardaba en una caja fuerte.

En la foto, Lesya, Rayfield Solomon y Carter Gray eran mucho más jóvenes y se les veía felices y vitales. Tenían un trabajo apasionante, arriesgaban su vida para que millones de personas vivieran en paz. En aquellos semblantes se percibía la amistad, el amor, incluso, surgido entre ellos. A veces, contemplando esa foto, Carter Gray lloraba.

96

Transcurrieron seis meses sin que nadie tuviera noticias de Oliver Stone. Caleb retomó su trabajo en la biblioteca, pero los libros antiguos que tanto placer le habían procurado ya no le parecían más que libros viejos. Reuben volvió al trabajo en el muelle de carga. Cuando llegaba a casa, se sentaba en el sofá cerveza en mano, pero no bebía ni gota. Luego la vertía por el fregadero y se iba a la cama.

Después de la muerte de uno de sus miembros y con el líder desaparecido, el Camel Club parecía definitivamente disuelto.

Harry Finn se reincorporó a su equipo de «Célula Roja» y empezó a trabajar otra vez para el Departamento de Seguridad Interior. Gracias a la exigencia de Lesya y a la prueba que custodiaba, estaba claro que Carter Gray no haría nada en contra de él o su familia. También lo estaba que Finn nunca sería juzgado por matar a tres hombres e intentar acabar con la vida de Carter Gray.

Sin embargo, Finn no tenía alma de asesino y lo que había hecho le atormentaba. Al final se tomó un permiso de seis meses. Pasó todo ese tiempo con su familia, llevando a los niños al colegio y las actividades deportivas y abrazando a su mujer mientras dormía. Siguió en contacto con su madre, pero ella rechazó todos los ruegos para que fuera a vivir con ellos. Harry quería conocer una faceta de ella ajena a secretos y conspiraciones, pero al parecer su madre no lo deseaba. Si él se sentía dolido por su actitud, no lo demostró.

Annabelle podía haberse marchado de Washington y pasar el resto de su vida viviendo de los millones que había estafado a Bagger, pero no lo hizo. Después de que ella y Alex acabaran de explicar al FBI el asunto de Bagger y Paddy Conroy, explicación que omitió todo detalle sobre la estafa

multimillonaria, la mujer preparó un nuevo engaño. Esta vez el objetivo fue la iglesia propietaria de la casita de Stone: les convenció de que era la hija de Stone y se ofreció voluntaria a trasladarse allí y mantener el cementerio en condiciones hasta que su padre regresara de lo que describió como unas «merecidísimas vacaciones».

Hizo que arreglaran la casa y la amuebló, conservando al mismo tiempo las pertenencias de Stone. A continuación se dedicó a ocuparse de los jardines. Alex iba a menudo a ayudarla. Al caer la tarde se sentaban en el porche.

—Es increíble lo que has hecho con este lugar —dijo él.

—La base era buena.

—Típico de los cementerios. —Alex le dedicó una media sonrisa—. Entonces, ¿vas a quedarte por aquí una temporada?

—Nunca he tenido un lugar que considerase mi hogar. Solía bromear con Oliver sobre el hecho de vivir en un cementerio, pero la verdad es que me gusta este sitio.

—Puedo llevarte a dar un paseo por la ciudad, si quieres.

—¿Primero me salvas y ahora quieres salir conmigo? Eres un policía que ofrece servicio completo.

—Es propio de mi trabajo.

—Ya. Yo soy una estafadora, ¿recuerdas? Es mi trabajo.

—Dejémoslo en estafadora «retirada», ¿vale?

—Por supuesto —repuso ella con escasa convicción.

Se quedaron sentados con la vista perdida en las lápidas.

—¿Crees que sigue vivo? —preguntó Annabelle.

—No lo sé. Espero que sí.

—¿Volverá, Alex?

No respondió. Oliver Stone era el único que podía tomar esa decisión. Para que volviera, tenía que apetecerle volver. Sin embargo, a medida que transcurrían los días, más convencido estaba que nunca volvería a ver a su viejo amigo.

97

Cuando Carter Gray informó a Roger Simpson de la exigencia de Lesya, la reacción inicial del senador fue predecible.

—Seguro que podemos hacer algo al respecto —replicó—. He trabajado toda la vida para ser candidato a la Casa Blanca. —Miró a Gray esperanzado.

—Pues no se me ocurre nada.

—¿Sabes dónde está esa mujer? Si pudiéramos...

—No, Roger, Lesya ya ha sufrido lo suyo. No se trata de pensar en ti o en mí. Se trata de que ella viva en paz los años que le quedan.

A juzgar por la expresión de Simpson quedó claro que no estaba de acuerdo con él. Gray le aconsejó una vez más que se olvidara del asunto y se marchó.

Transcurrieron varios meses, y Simpson seguía dándole vueltas al asunto. El nombre de Solomon limpio. ¡Una medalla para Lesya! Gray de nuevo en el poder. Qué injusto era todo. Aquella situación lo consumía y se convirtió en un hombre aún más huraño e insufrible. De hecho, su mujer empezó a pasar más tiempo en Alabama, y sus amigos y compañeros le evitaban.

Una mañana, al amanecer, Simpson estaba sentado de mal humor enfundado en su albornoz, lo cual solía hacer tras recoger el periódico que le dejaban delante de la puerta del apartamento. Su mujer había ido a visitar a unos amigos a Birmingham. Aquello había sido otra cosa que le había enfurecido. Nadie había secuestrado a su esposa. No había sido más que un farol que Finny Carr habían utilizado para hacerle salir sin decir ni pío. Una vez fuera del despacho y lejos de la bomba, podría haber hecho que

arrestaran a Carr. Pero había estado demasiado asustado. Aquello no hacía sino sulfurarlo todavía más.

Bueno, lo cierto era que él había reído el último. Tanto Finn como Carr estaban muertos. Simpson no se había molestado en informarse sobre Finn, y Carr se había esfumado. No obstante, también era cierto que, tras el frustrado intento de llegar al Despacho Oval, ahora sólo sería senador. La frustración del sueño que había abrigado toda su vida le hizo arrojar la taza de café contra la pared.

Se desplomó en una silla junto a la mesa de la cocina y miró por la ventana hacia la incipiente y débil luz matutina.

«Tiene que haber alguna manera, tiene que haberla», se dijo. No podía permitir que una ex espía rusa a la que correspondía estar muerta le negara el cargo más importante del mundo, cargo que se sentía predestinado a ocupar.

Exhaló un suspiro, abrió el periódico y se quedó paralizado.

Una foto pegada en la portada del periódico que tenía entre las manos le devolvió la mirada. Entonces cayó en la cuenta de quién era aquella mujer.

Acto seguido, la cabeza de la mujer desapareció, sustituida por un gran agujero. Simpson soltó un grito ahogado y se miró el pecho. Le brotaba sangre por donde había entrado la bala tras atravesar el periódico y borrar limpiamente la identidad de la mujer. Un disparo de absoluta precisión.

Empezó a fallarle la vista cuando miró por la ventana donde la bala había rajado el cristal. Observó el esqueleto del edificio que había al otro lado de la calle, el que nunca habían terminado. Mientras caía sobre la mesa de la cocina supo quién acababa de matarle.

Durante la rápida reconstrucción de la casa de Gray con vistas a la bahía de Chesapeake, se había realizado un notable esfuerzo para garantizar la seguridad y protección del jefe de la inteligencia. Ese objetivo, por supuesto, incluía evitar que alguien volara la casa por los aires una segunda vez. Teniendo eso en cuenta, además de las observaciones de Oliver Stone, las ventanas tenían cristales blindados y el regulador de gas ya no era accesible desde el exterior. Los guardias seguían durmiendo en la casita situada cerca del edificio principal, y la cámara subterránea y el túnel de huida también se reconstruyeron.

Gray se levantaba temprano y se acostaba tarde todos los días. Recorrió muchos kilómetros en su helicóptero privado, que aterrizaba en el jardín trasero a todas horas. Tenía a su disposición un jet privado que lo transportaba a lugares conflictivos en cualquier parte del mundo. Sabía que al cabo de unos años se jubilaría con la reputación intacta como uno de los mayores servidores de la patria, lo cual significaba mucho para él.

La tormenta se avecinaba rápidamente por la bahía; el fragor de los truenos llegó a oídos de Gray mientras se vestía en su dormitorio. Consultó la hora: las seis de la mañana. Tendría que darse un poco de prisa. Hoy no habría viajecito en helicóptero; el viento soplaba con fuerza y de forma impredecible, y algunos rayos ya surcaban el cielo.

Subió al coche del medio en una caravana formada por tres monovolúmenes. En su Escalade iban el chófer y un guardia; los otros dos vehículos transportaban a seis hombres armados.

Cuando los vehículos salieron de la finca para incorporarse a la carretera principal empezó a llover. Gray estudió una carpeta de

informes que tenía abierta sobre las rodillas para preparar la primera reunión de la mañana, aunque tenía la cabeza en otro sitio.

John Carr seguía vivo.

La caravana de vehículos redujo la velocidad para tomar una curva y entonces fue cuando Gray lo vio. Bajó la ventanilla para verlo mejor.

Al lado de la carretera había una lápida en la hierba junto con una pequeña bandera de Estados Unidos delante del indicador blanco, exactamente igual que los que se utilizaban en el cementerio nacional de Arlington.

Al cabo de un instante, Gray lo comprendió súbitamente. Antes de tener tiempo de gritar, una bala de rifle de largo alcance le impactó en un lado de la cabeza y acabó con su vida.

Los guardaespaldas salieron en tromba de los vehículos, pistolas en mano y apuntando en todas direcciones. Sin embargo, no había nada que ver, ningún tirador al que disparar.

Mientras varios corrían en la dirección de la que probablemente había provenido el disparo, otro abrió la puerta del pasajero y Carter Gray, ensangrentado, se desplomó hacia fuera, con el cinturón de seguridad todavía puesto.

—Hijo de puta —musitó el guardia antes de marcar un número en su teléfono móvil.

OceanofPDF.com

99

Oliver Stone había disparado a Gray desde tan lejos que no le hizo huir corriendo. Lo cierto es que había efectuado disparos incluso más difíciles a lo largo de su carrera, pero ninguno que significara tanto para él. Regresó a la casa del hombre abatido a través del bosque. Mientras caminaba, empezó a llover con más fuerza y los destellos de los rayos y truenos cobraron intensidad.

Había matado a Simpson desde el edificio inacabado de enfrente de su casa con un rifle de francotirador apoyado en un bidón de gasolina. La foto que Stone había pegado en el interior del periódico era la de su mujer, Claire. Quería que Simpson lo supiera. La había colocado en un lugar preciso de la página y calculado el disparo en consonancia, sin dejar rastro de quién había en la foto.

Stone había ido en coche hasta allí tras matar a Simpson porque tenía que eliminar a Gray antes de que se descubriera que el senador había sido asesinado, ya que esa noticia habría hecho que Gray se ocultara. Había consultado la previsión del tiempo la noche anterior. El frente tormentoso que se aproximaba desde mar adentro resultó muy oportuno: los helicópteros no volaban en tales condiciones atmosféricas, lo que obligó a Gray a ir en la caravana de vehículos. Stone había colocado la lápida y la bandera en el arcén de la carretera, convencido de que incluso un hombre tan cauto como Gray bajaría la ventanilla para verlo mejor. Aquellos pocos segundos le habían bastado. Con su mira y rifle de toda la vida, y una habilidad para matar que nunca llegaba a perderse por más años que transcurriesen, era prácticamente seguro que acabaría con él. Y así había sido.

Rodeó el perímetro de la finca de Gray con paso decidido pero tranquilo. Sabía que los hombres de la CIA llegarían pronto pero, en muchos sentidos, llevaba esperando aquel momento toda la vida y quería saborearlo sin prisas.

Llegó al borde del acantilado y miró hacia las aguas oscuras. En su mente se agolparon las imágenes de un hombre joven profundamente enamorado, sujetando a su esposa con un brazo y a su bebé con el otro. Parecía que se comerían el mundo. Su potencial parecía ilimitado, pero cuan limitado había acabado siendo todo. Porque la siguiente imagen que visualizó fue la de John Carr matando, encadenando un brutal asesinato tras otro durante más de una década.

Había forjado su vida a base de mentiras, engaños y muertes violentas y rápidas con la «autorización del Gobierno» como única justificación. Al final lo había perdido todo.

Había mentido a Harry Finn aquel día en la residencia geriátrica. Le había dicho que él, John Carr, era distinto de gente como Bingham, Cincetti y Cole. Sin embargo, no lo era. En varios aspectos era exactamente como ellos.

Se volvió y se alejó del acantilado. Entonces, de pronto John Carr dio media vuelta, corrió directo hacia el borde y saltó. Saltó al vacío con los brazos bien abiertos y las piernas separadas. Había retrocedido treinta años en el tiempo y acababa de matar a otro hombre.

La misión había sido un éxito, pero ahora había docenas de hombres dispuestos a matarle. Había corrido como alma que lleva el diablo; nadie le daría alcance. Era más rápido que una gacela. Había corrido hasta el borde de un acantilado el triple de alto que aquél y, sin pensárselo dos veces, se había tirado. Había caído en picado mientras le llovían balas desde todas partes. Había alcanzado el agua limpiamente, emergido y sobrevivido para seguir matando.

Mientras caía hacia el agua, los brazos y piernas de Carr respondieron a la perfección. Hay cosas que nunca se olvidan. El cerebro no necesita enviar un mensaje, el cuerpo sabe qué hacer. Y durante buena parte de su vida, John Carr había sabido qué debía hacer.

Instantes antes de impactar en el agua, Oliver Stone sonrió, y entonces John Carr desapareció bajo las olas.

OceanofPDF.com

Nota del autor

NO LEER HASTA ACABAR EL LIBRO

Espero que hayas disfrutado con *Frío como el acero*. He de hacer una aclaración para que los lectores no me envíen correos electrónicos diciéndome que he cometido un error flagrante: he cambiado la cronología y he colocado a Yuri Andropov y Konstantin Chernenko como *premieres* de la Unión Soviética de forma que coincidieran con la carrera de Stone como ejecutor del Gobierno. Como escritor de ficción, tengo plena libertad para hacerlo. Se trata de una licencia que me permite la Declaración de Derechos del Novelista, bajo el apartado «¿Para qué molestarse con la verdad cuando te la puedes inventar?». Fue debidamente promulgada por el Congreso, organismo augusto que goza de una experiencia envidiable al respecto.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

A Michelle: el viaje continúa, y no desearía viajar con ninguna otra persona.

A Mitch Hoffman, por el primero de muchos.

A Aaron Priest, Lucy Childs, Lisa Erbach Vanee y Nicole Kenealy, que me permiten centrarme en la escritura. Y por ser siempre muy claros conmigo.

A David Young, Jamie Raab, Emi Battaglia, Jennifer Romanello, Martha Otis y toda la gente maravillosa de Grand Central Publishing, por acompañarme en cada paso. Nuevo nombre, gente igual de fabulosa.

A David North, Maria Rejt y Katie James de Pan Macmillan, por llevarme a lo más alto al otro lado del charco.

A Grace McQuade y Lynn Goldberg, en una nueva y fantástica asociación. Gracias por vuestra dura labor. Ha valido realmente la pena.

A Shane Drennan, por tus consejos de experto. Espero haberte hecho justicia.

Debo la escena de la mesa de dados a Allí y Anshu Guleria y a Bob y Marilyn Schule. Gracias, chicos. Nos vemos en Las Vegas.

A Deborah y Lynette, la tripulación estelar de la nave *Enterprise*.

Y a millones de fans del Camel Club por ver luz allá donde otros sólo vieron oscuridad.

Fin

OceanofPDF.com

Sobre el Autor y su Obra



Escritor estadounidense nacido en 1960 en Richmond, Virginia, donde se crió y ha vivido gran parte de su vida. Licenciado en Ciencias Políticas y en Derecho por la universidad de Virginia, comenzó a escribir relatos siendo estudiante. Tras licenciarse ejerció como abogado durante nueve años cerca de Washington D.C., al tiempo que escribía cuentos y guiones sin obtener reconocimiento. Su falta de éxito lo empujó hacia la novela, y tras cinco años de escritura y de moverse por diferentes editoriales consiguió publicar *Absolute Power* (1996), que resultó ser un éxito internacional y que se adaptó al cine, protagonizada por *Clint Eastwood* y *Gene Hackman*. Desde entonces no ha dejado de publicar novelas y relatos, colaborando con todo tipo de publicaciones y medios. Además de escribir, **Baldacci** es embajador nacional para la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple estadounidense, además de dirigir una fundación, creada por él mismo, contra el analfabetismo, llamada *Wish You Well Foundation* (que es además el nombre de una de sus novelas).

Todos los libros y obras, en castellano, de David Baldacci

Toda la verdad 2010

Frío como el acero 2009

Los coleccionistas 2007
A cualquier precio 2005 (2006)
Camel Club 2005 (2009)
El juego de las horas 2004 (2005)
Una fracción de segundo 2003 (2004)
El último hombre 2001 (2005)
La pura verdad 1998
Control total 1997
La ganadora 1997
Poder absoluto 1996

Fuente: www.lecturalia.com

Página web del autor: <http://davidbaldacci.com/>



OceanofPDF.com

NOTAS

[1] En inglés «seal» significa «foca», de ahí la confusión de la niña.
(*N. de los T.*)

OceanofPDF.com